BERNHARD HÄRING

LA NUEVA ALIANZA VIVIDA EN LOS SACRAMENTOS

herder

BERNHARD HÄRING

LA NUEVA ALIANZA VIVIDA EN LOS SACRAMENTOS

Meditaciones

BARCELONA
EDITORIAL HERDER
1971

Versión castellana de P. Pinedo Arzá, C.SS.R., de la obra de
Bernhard Häring, C.SS.R., *Gabe und Auftrag der Sakramente*, aparecida en la colección
«Studia Theologiae Moralis et Pastoralis edita a Professoribus Academiae Alfonsianae in Urbe»,
publicada por Otto Müller Verlag, Salzburgo 1962

Primera edición 1967
Segunda edición 1971

Puede imprimirse: Juan P. Riesco, Superior Provincial
Madrid, 16 de diciembre de 1965

Nihil obstat: El censor, Enrique Pascual

Imprímase: Madrid, 13 de diciembre de 1965
† Angel Morta, Obispo auxiliar y Vicario general

Depósito Legal B. 8.889-1967

Printed in Spain

Grafesa - Torres Amat, 9 - Barcelona

ÍNDICE

PRÓLOGO

Las presentes meditaciones son fruto nacido a la vez de la investigación científica y de la actividad pastoral en mi oficio de predicador. Las líneas fundamentales fueron propuestas y meditadas a lo largo de más de sesenta tandas de ejercicios, con toda suerte de incidencias, a sacerdotes, religiosos y seglares. Y por fin la palabra hablada hubo de ser confiada a la imprenta por el predicador, movido por las súplicas insistentes de los participantes en los ejercicios.

La finalidad primordial confiada a este libro ha sido la de orientar la vida espiritual hacia la vivencia y penetración de la piedad litúrgica y hacia la unión de la meditación con la celebración sagrada. Otro fin, no menos importante, ha sido lograr la unidad orgánica entre la realidad sacramental de la fe y la configuración de la vida.

Acaso este libro pueda ser útil a los sacerdotes para la preparación de sus sermones y conferencias.

El autor, como teólogo de la ciencia moral, espera que la estructura fundamental de la ley de Cristo vista a través de la meditación en sus raíces bíblicas, sacramentales, personales y en el terreno santo de lo social y de lo histórico, llegue con mayor claridad y alegría a la conciencia de la persona, que mediante la sola consideración científica.

Doy las más expresivas gracias a mi querido hermano y colega, P. Víctor Schurr, por sus valiosas indicaciones.

Roma, San Alfonso, pascua de 1962.

BERNHARD HÄRING, C.SS.R.

Parte primera

VISIÓN SACRAMENTAL DE LA VIDA CRISTIANA

BUENA NUEVA

Después del arresto de Juan, volvió Jesús a Galilea y proclamaba la buena nueva de Dios: «El tiempo ha llegado. El reino de Dios está muy cerca. Arrepentíos y creed en este feliz anuncio.»

Pasando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés, que estaban echando sus redes al mar, pues eran pescadores. Jesús les dijo: «Venid conmigo y yo os haré pescadores de hombres.» Y ellos dejaron inmediatamente sus redes y le siguieron.

Un poco más adelante vio a Santiago, hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, que también estaban en su barca ocupados con sus redes. Los llamó igualmente y ellos, dejando a su padre en la barca con los pescadores a su servicio, le siguieron (Mc 1, 14-20).

En el Evangelio de san Marcos, Cristo abre su predicación con unas palabras que son el preludio anunciador de la buena nueva. Y a su vez san Mateo (Mt 4, 17) nos las propone expresamente como pregón y lema del mensaje de Jesús. Predicación concisa y profunda, que contiene todavía la consigna y el programa para nuestros oídos de hoy y que habla a nuestro corazón. ¿Por qué no hacer de estas palabras, que brotaron de la boca de Dios, nuestro programa personal?

Esas palabras nos dicen que nuestra vida no es tal como nos la describen con frecuencia. Que la vida no se encierra en esa fórmula seca de cumplir los diez mandamientos de Dios. La vida según el evangelio es sentirse viviendo en el tiempo de la plenitud de salva-

ción. Es hacer de la gracia, que Dios derrama en nosotros sin medida, ley y norma de vida cristiana. Es saber que, siempre y en todo, lo que está verdaderamente en juego es el imperio amoroso y el reino de Dios en el mundo. Es comprender la llamada a la conversión no como un grito de amenaza, sino ante todo como una invitación amorosa de Dios a recibir la plenitud de salvación, a vivir alegremente en su reino, implantado entre nosotros en el umbral del tiempo escatológico.

EVANGELIO Y SACRAMENTO

La comunidad primitiva expresó el impacto de novedad que provocó la predicación de Jesús designándola con la palabra *euangelion,* «buena nueva». Pero la bondad, la alegría, no está solamente en el mensaje, en la nueva; ante todo está en el mismo mensajero, el cual en este caso forma parte del contenido esencial de su mensaje.

Palabra del Padre a nosotros

«*Jesús* proclamaba la buena nueva.» No era un enviado más, uno de los grandes profetas. Jesús es el Emmanuel, el Dios-con-nosotros en persona. El portador de este mensaje es la razón y la fuente de toda dicha y felicidad. En su «bienaventurados seréis», que dirigió a los pobres, los humildes, los oprimidos, los despreciados, podemos distinguir algo del júbilo exultante del cielo; percibimos como un eco de la felicidad que inunda el seno de la Santísima Trinidad divina.

Las palabras de Jesús no son puras palabras sobre cosas grandes: son palabras *de la* Palabra, del Verbo en el cual desde toda la eternidad expresa el Padre su plenitud, su poder, su sabiduría. Él, aunque se dirige a nosotros con poder y autoridad, «no es una palabra cualquiera, sino la Palabra que respira amor», *Verbum non qualecumque, sed verbum spirans amorem* (Tomás de Aquino). En Él, Palabra del Padre, se hizo todo cuanto ha sido creado. Sin esta Palabra, que sustenta y activa a cuanto existe, nada habría.

Y ahora, en la plenitud de los tiempos, Él es palabra personal

del Padre a nosotros, palabra que nos trae noticia del amor sin fondo y sin fronteras del Padre. Es el que, después de consumar su misión en la tierra, nos enviará desde el Padre su Espíritu de amor. En Él y para Él hemos sido elegidos y amados por el Padre.

Pero las palabras del Verbo no sólo contienen un mensaje: palabras vivas, actúan con eficacia; provocan acontecimientos decisivos de salvación o condenación. Si la Palabra del Padre se dirige inmediatamente al hombre, toda la creación se ve penetrada de su luz: todo recibe su brillo original, la humanidad alienta con nueva vida. Cuando la Palabra del Padre se hace hombre y habla para trasmitir con palabras humanas el mensaje de la santidad y el amor del Padre, en la humildad de esa palabra, se contiene todo el poder de Dios. No es una palabra apagada, débil o huera: es palabra que crea y remoza la faz de la tierra, que hace que vuelva a brillar en el rostro del hombre la verdadera imagen de Dios. Las palabras de los hombres pueden todas pasar. Pero esta Palabra, y todas las palabras que salen de su boca, permanecen para siempre.

Palabra libertadora

Lo primero que Cristo anuncia no podría ser un precepto, un duro «has de» o «tienes que» exigido al hombre. De esa forma, el hombre seguiría bajo la losa de su indigencia, obligado a constituirse centro de su precaria existencia. El hombre continuaría esclavo forzoso del solipsismo, de su egoísta soledad.

El hombre no tiene la vida recibida de sí mismo. Por eso lo primero en el hombre no puede ser hacer o realizar algo. Lo primero ha de ser la Palabra que le hace vivir a él. Y cuando la Palabra de Dios en persona viene a nosotros y penetra con hondura personal nuestra vida, lo primero y radical en nuestra existencia habrá de ser vivir por gracia de esa Palabra, y no bajo una ley exterior, que, desde fuera, más o menos nos oprime y amenaza. Lo primero, pues, que tiene que decirnos la Palabra humanada del Padre, es el mensaje feliz del amor que todo lo renueva, del amor que quiere llevarnos a su bienaventurada compañía. Jesús no empieza lanzando una exigencia a los hombres, sino anunciando el mensaje de la salvación, el reino del Dios de la salvación.

Abrir nuestros oídos y nuestro corazón a su Palabra: Así podremos percibir ese tono nuevo con que se nos manifiesta la voluntad de Dios.

Su palabra en el sacramento

Entre la predicación de Cristo y nosotros se tienden los caminos seculares, caminos de luz, pero también de polvo e impurezas. Gracias a los autores inspirados que escribieron fielmente sus palabras, y gracias a la santa Iglesia, que nos las ha conservado y trasmitido con igual fidelidad, tenemos nosotros acceso a la predicación de Cristo en toda su pureza.

Hasta el final de los días, sigue la Iglesia predicando el mismo mensaje que pronunciara Jesús bajo el cielo de Galilea y Judea. Y basta que nosotros lo queramos, para que este mensaje no nos llegue como algo lejano, como un eco alegre de tiempos pretéritos. Es *palabra que el Señor nos dirige a nosotros aquí y ahora.* Porque la Iglesia no es solamente portavoz de Cristo. Es ante todo el sacramento de su amor y de su palabra. La Iglesia predica su palabra en el Espíritu de Cristo que el mismo Señor le ha comunicado. Cristo en persona está con la Iglesia hasta el fin de los tiempos.

La Iglesia es ya en sí misma predicación viviente del mensaje de la salvación. Pero *en la celebración de los sacramentos* alcanza esta predicación su auténtica cima. En los sacramentos es Cristo mismo quien pronuncia su palabra gozosa y liberadora, y la dirige a la comunidad cristiana y a cada uno de sus miembros en plan profundamente personal. En los sacramentos está Cristo personalmente, con su presencia eficaz — *virtute praesens* —, como enseña la gran encíclica *Mediator Dei.* No podemos mirar los sacramentos desligados de Cristo. No son algo así como «cosas santas» que están ahí a nuestro servicio, como objetos que tomamos o dejamos. Ante todo, queramos ver en los sacramentos las eficaces «palabras de la Palabra», *verba Verbi.* Son las palabras del Señor que producen y nos dan la gracia. Son *hechos salvíficos* que actualizan la salvación para nosotros en un diálogo con el único que «tiene palabras de vida eterna» (Jn 6, 68). Cuando en los sacramentos recibimos nosotros estas palabras con fe y con un corazón bien dispuesto, recibimos no solamente noticia de las acciones salvíficas de Cristo, de su amor a nosotros y de nuestra amistad con Él, sino que participamos efectivamente en esas acciones, sentimos su amor, vivimos nuestra amistad.

La palabra que Dios nos dirige, únicamente produce su efecto cuando nosotros la recibimos amorosamente, prontos a responderle. La Palabra eterna y personal del Padre se vuelca entera en el amor y así revierte, hecha respuesta total, al Padre. Pues bien, nosotros somos imagen de Cristo. Las palabras de vida que el Señor nos habla en los sacramentos, son reproducción de su vida. Por eso, mientras el hombre no se ha dejado penetrar por las palabras de la Palabra, su vida no producirá fruto. Los sacramentos, que nos comunican la vida, la alegría y el amor de Cristo, exigen de nosotros, como no podía ser menos, una respuesta de amor: «¿Qué podré dar al Señor por todo cuanto me ha concedido?» (Sal 115, 12).

Toda nuestra vida está marcada de signo sacramental. En los sacramentos, en los que Cristo verdaderamente nos habla, escuchamos el evangelio de nuestra alegría, pero al mismo tiempo sentimos la obligación de responder con la misma actitud personal a quien nos habla. En los sacramentos se nos da todo, pero se nos exige algo: un amor íntimo y generosamente entregado. ¿Dónde está ya la obligación moral? Se ha transformado en diálogo dichoso cuyo acorde fundamental será ya siempre el *evangelio,* el mensaje de salvación.

En la vida cristiana y en el seguimiento de Cristo, supone una ganancia sin precio el empezar con ojos claros, viéndolo todo a partir del don de Dios. Porque entonces ya no se separa el evangelio de aquel que es en persona Palabra del Padre a nosotros. Entonces ya no se considera a los sacramentos como cosas puestas ahí, al lado de la Palabra de Dios. No se hace escisión entre evangelio y precepto moral. Entonces es imposible no centrarlo todo en Cristo, no ver en su obra salvífica y en su mensaje de salvación, nuestra salvación y la ley de nuestra vida.

EL TIEMPO DE PLENITUD DE LA SALVACIÓN

«El tiempo se ha cumplido.»

La venida de Cristo significa la «plenitud de los tiempos», la plenitud de la salvación. Con su aparición en la tierra, sonó la hora apremiante, la hora final (cf. 1 Cor 7, 29; 1 Jn 2, 18), que pone al

mundo ante una urgente e inaplazable decisión. En ese momento la historia de la humanidad toma un rumbo definitivo: empieza a tender hacia la cumbre. La alcanzará plenamente cuando Cristo, el Señor, retorne con poder y majestad y entregue todas las cosas al Padre, para que «Dios lo sea todo en todos» (1 Cor 15, 28).

Este tiempo final es el tiempo de la gracia a raudales. Ya no estamos sometidos a una ley que fije con jurídica exactitud los requisitos mínimos. Tampoco nos oprime la letra de una ley, todo lo perfecta que se quiera. Ahora lo primero y definitivo es saberse viviendo en la plenitud de la gracia de Cristo. Y desde ahí comprenderlo todo, naturalmente también la nueva ley.

Se nos ha concedido vivir el tiempo en que el *designio amoroso de Dios para su creación* se ha manifestado en toda su fuerza, al hacerse visible para el creyente en la sangre del Hijo inmolado y en la gloria de su resurrección. Esa voluntad salvadora de Dios se convirtió por la donación del Espíritu Santo en realidad íntima, feliz, para cada uno de nosotros. En el Espíritu Santo nos han dado el Padre y el Hijo la prenda personal de su amoroso designio, y al mismo tiempo la posibilidad de responder plenamente a la urgencia de ese amor que es ya ley de nuestra vida.

Porque toda gracia — como don del empeño amoroso de Dios — nos coloca ante el misterio de la *distinción escatológica,* anunciada por el anciano Simeón al ser presentado el Mesías en el templo: «Éste está destinado a ser causa de caída o resurrección para muchos en Israel» (Lc 2, 34). Pero así como ahora la decisión no es en pro o en contra de una ley limitada a un puro catálogo de prescripciones, tampoco el caer o levantarse dependerá de esa regla. Tanto la decisión del hombre como la separación de la humanidad en dos grupos ante el juicio de Dios tienen lugar cara a la gracia sobreabundante de Dios tal como se nos asegura eficazmente en los sacramentos.

El tiempo final, en que nosotros vivimos, es también tiempo intermedio entre la primera y segunda venida de Cristo. Es, por lo mismo, tiempo feliz de gracia y juntamente tiempo de espera y anhelo de la plena manifestación de la gloria de Cristo y del Padre. Pero también podemos decir que el tiempo que corre entre el día de pentecostés y la vuelta de Cristo es el *tiempo de los sacramentos.*

Los sacramentos son, en este tiempo intermedio, signos escatológicos que actualizan la misericordia de Dios y que provocan también actualmente la *separación propia de los últimos tiempos.* En los sacramentos viene Cristo a nosotros, aunque oculto, realmente, y nos comunica su Espíritu, que es prenda de la futura consumación en libertad bienhadada y en toda gloria. Ese espíritu es, luego, fuerza viviente en nosotros que mediante sus dones nos lanza a un decidido servicio del prójimo. ¿No es ésta la norma según la cual se hará la separación el último día?

En los sacramentos no hay que ver tan sólo medios para conseguir la salvación, ayudas puramente exteriores para cumplir una ley que nos ha sido impuesta. Son más bien ya en sí mismos la proclamación eficaz y jubilosa de la ley más profunda del cristianismo, de la «ley de gracia» que contiene en sí todas las prescripciones de Dios. Los sacramentos son signo de que «el tiempo se ha cumplido». Son signo de la *plenitud de gracia* característica del tiempo escatológico. En ellos está Cristo con su presencia eficaz *(virtute praesens);* por eso los sacramentos nos ponen ante Él, ante las nuevas exigencias de su gracia, ante la gloria de su resurrección. El resucitado, que sale verdadera y eficazmente a nuestro encuentro en los sacramentos, alienta en nosotros el recuerdo de la alegre y constante expectación de su vuelta: lo que al final aparecerá de manifiesto a los ojos de todo el mundo, «está ya cumpliéndose» en germen, pero realmente, dentro de nosotros gracias a los sacramentos. Por esta razón, son también signos de la fidelidad divina, que mantienen despierta nuestra esperanza y avivan el anhelo de ver plenamente cumplido todo lo que en ellos se nos promete. Así se convierten en principio de nueva vida: nos inclinan a vivir conforme a las gracias recibidas y conforme a las mayores esperanzas que por ellos nos animan.

El hombre sacramental es ya «uno de la otra ribera». Pero precisamente por eso, es hombre atento siempre a la voz del momento presente. Porque esa actitud de sentirse ya al otro lado no le nace de vana ilusión, de puro deseo, sino de algo muy actual y muy cierto: la gracia que configura su vida. *La piedad sacramental agudiza nuestra sensibilidad para comprender con claridad la voz del momento presente.* Los sacramentos son signos del tiempo de gracia, es decir, del tiempo en que se fragua nuestra gran decisión. Y son signos para el tiempo de gracia, pues nos preparan para las grandes pruebas de la vida que nosotros consideramos a su luz: «En el tiempo

de gracia te escucho. En el día de la salvación yo te ayudaré. Ahora es el tiempo de gracia. Ahora es el día de la salvación» (2 Cor 6, 2).

Los sacramentos nos aseguran que en las horas más decisivas de nuestra vida están operando en favor nuestro las acciones salvíficas de Cristo; más aún, nos aseguran que están ya operando las fuerzas salvadoras, de suyo reservadas para después del juicio, que empezará con su venida (cf. Heb 6, 5). Todo depende de que sepamos abrirnos por la fe a su gracia. Haciéndolo así, tomando su gracia como ley de nuestra vida, dejamos de estar «bajo la ley» y comenzamos a vivir «bajo la gracia» (Rom 6, 14).

EL MENSAJE DEL IMPERIO AMOROSO DE DIOS

«El reino de Dios está cerca.»

El contenido principal de la buena nueva — aquello precisamente que determina la «plenitud de los tiempos» —, es la aceptación del reino soberano de Dios. El Verbo del Padre se ha hecho hombre, no para perder al mundo en su juicio, sino para salvarlo (cf. Jn 12, 47). Vino para instaurar en el mundo el *imperio salvador del amor de Dios.*

El reino de Dios es reino de amor y de gracia. Queda establecido en nuestro corazón y en nuestra vida desde el momento en que Él, Dios santo y Padre glorioso, expresa al hombre todo su amor en su Palabra consustancial, y el hombre se abre por la fe a tan formidable mensaje de amor. No por temor a castigos, sino ante todo por el amor y por su gracia, quiere Dios reinar en nosotros y sobre nosotros, para hacernos partícipes de su reino.

La llegada del reino de Dios pide *instaurar en nosotros un reino* en el que su don y su gracia sean la gran regla de nuestra vida. El aceptar abiertamente ese don produce en nosotros, como fruto primero, la *formación del pueblo de su amor*: el amor de Dios nos congrega a todos en un solo cuerpo. Unidos así por el poder de su gracia y formando un bloque compacto en su amor, nos transformamos en *instrumentos vivos del imperio salvífico de Dios* en favor de los demás hombres y de toda la creación.

Los sacramentos proclaman continuamente y en todo momento la buena nueva del imperio soberano del Dios de amor. En su paso

por el mundo, Jesús anunciaba la victoria del reino de Dios sobre todas las fuerzas del mal. Con los hechos salvíficos de su muerte, resurrección y ascensión, demostró efectivamente que la entrega total a la voluntad soberana del Padre significa vida y victoria para sí mismo y para la humanidad redimida. Pues bien, estos hechos salvíficos de Cristo se renuevan para nosotros en los sacramentos. En ellos se perpetúan con todo su valor y toda su eficacia para englobarnos y transformarnos en pueblo de Dios, en hijos y pregoneros de su reino.

La gracia del Señor en los sacramentos dirige siempre, de modo plenamente personal, una exigencia a nuestra vida. Esta exigencia es en último término una exigencia de su reino. Los sacramentos son obras del poder de Dios, evangelio del Verbo omnipotente del Padre, amor poderoso del Espíritu Santo. Por eso, necesariamente, son palabras que tienden a dominar por completo toda nuestra existencia hasta convertirnos en miembros agradecidos del pueblo de Dios, abiertos a recibir la gracia, pero también prontos para enrolarse con alma y cuerpo al servicio del reino. Las palabras de los sacramentos son acciones salvíficas de Cristo, el cual, viendo todas las cosas puestas por el Padre a sus pies, quiere orientarlas activamente hacia el último fin: someterlo todo al Padre, como Él mismo se sometió al Padre enteramente. La piedad sacramental ha de estar de primerísima intención orientada hacia el «reino de Dios».

El reino de Dios implica el *primado absoluto de la gracia* por encima de la acción del hombre. En el reino, la gracia es la norma última y decisiva de las acciones de los redimidos. La noción bíblica de «reino de Dios» no supone ante todo Iglesia o pueblo de Dios. Lo que define y caracteriza la venida del reino en Cristo Jesús es la encarnación del misterio de Dios trino, la presencia del misterio de *su* amor en el corazón de la historia de la humanidad. Dios instaura el imperio de *su* amor. Y el pueblo de Dios lo forman aquellos que se abren a ese amor y se dejan dirigir y transformar por él.

Al hacer participar al hombre, por una libre elección de su gracia, en el misterio de su vida y de su amor, está Dios exigiendo de nosotros el amoroso reconocimiento y la agradecida adoración de su santidad y de su soberanía. Pues solamente aquellos que renuncian a todo género de autonomía individual pueden ser admitidos por Dios en el resplandor de su gloria.

El reino de Dios únicamente es recibido por aquellos que se asombran de que Dios se incline hasta su criatura, hasta el pecador. Los hijos del reino saben de su nada, de su debilidad, de su radical inmerecimiento de la gracia: como los niños, esperan todo de la bondad del Padre. El reino de Dios se revela a los «pobres de espíritu» (Mt 5, 3), a los que, como mendigos, están «inclinados» ante Dios. El hombre que no espera nada de sí mismo, que no se reserva en exclusiva ningún sector personal, que pone en Dios toda su confianza, que no señala límites a la voluntad dadivosa de Dios, ése es quien está más cerca del reino de Dios.

Y no es otro el mensaje insistente de los sacramentos. La doctrina que caracteriza la piedad sacramental dentro del catolicismo es el dogma del *opus operatum:* primacía de la acción salvífica de Dios, sobre la acción del hombre. Verdad que en último término no es más que el evangelio del reino y de la soberanía de Dios. Lejos de favorecer un quietismo indolente, esta doctrina precisamente reclama la total entrega a la gracia de Dios para vivir en el más alto grado la vida nueva.

Porque al concedernos dones tan maravillosos por los que interiormente nos renueva, está Dios exigiéndonos caminar según los nuevos principios de vida: exige que nos entreguemos totalmente a Él, a fin de poder Él entregarse completamente a nosotros. Es lo que nos dice Jesús a continuación: «¡Convertíos! ¡Vivid en continua conversión y retorno!»

LA URGENTE BUENA NUEVA DE LA CONVERSIÓN

«Convertíos y creed el evangelio.»

La llamada a la conversión es proclamación alegre del reino de Dios que alborea en nosotros por la gracia, la invitación a la conversión es en el fondo un mensaje de alegría.

También aquí es de capital importancia realizar ante todo un cambio de perspectiva: considerarlo todo a la luz de la fe. La conversión en su más íntima esencia no puede comprenderse sino a partir de la palabra y de la acción de Dios. Ni el esfuerzo necesario para salir de sí e ir hacia Dios, ni las obras de penitencia exigidas en último término por la ley misma de la conversión, pueden hacernos perder de vista lo más esencial: es Dios quien se vuelve al pecador, quien hace que éste le pida la gracia de la conversión. La acción de Dios, el primer paso de Dios hacia el hombre, es lo que reviste todos los pasos del hombre hacia Dios de un carácter alegre y también de urgente obligatoriedad.

La Vulgata traduce, en este pasaje de san Marcos, la palabra griega *metanoeîte* por *poenitemini,* mientras que en Mt 4, 17 emplea *poenitentiam agite,* haced penitencia. Pero a quien considere todo el contexto no le pasará por alto el carácter de alegría que envuelve la invitación de Jesús a la conversión. En realidad, ese mismo «hacer penitencia» es ya de suyo, no menos que el contexto, mensaje de gozo, invitación a la alegría. Porque lo primero, lo que en la mente de Cristo está en primer plano, no es una exigencia impuesta al hombre. No son los «frutos dignos de la conversión» (cf. Mt 3, 8; Act 26, 20), que ciertamente no faltarán si las raíces del árbol son buenas, pues la conversión debe terminar demostrando que es realmente auténtica y profunda, mediante el testimonio palmario de las obras. Pero aun antes de llegar a las obras, la conversión constituye ya por sí misma un acontecimiento de enorme profundidad en el terreno religioso. La palagra griega *metanoeîte* designa el cambio total del corazón y de los sentimientos. Esta sola palabra nos trae a la memoria las múltiples y magníficas promesas de Dios en el Antiguo Testamento, que nos hablan de que es Dios mismo quien creará en nosotros un corazón nuevo. «Mostraré mi bondad hacia ellos y los haré regresar al país. Y les daré un corazón para que conozcan que yo soy el Señor. Y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios; de todo corazón se convertirán a mí» (Jer 24, 6s). En el fondo es el mismo mensaje de la acción renovadora de Dios, que desde fuera, más aún desde el interior de nosotros mismos, nos invita a convertirnos «mediante la renovación de nuestra mente» (Rom 12, 2).

Hay un buen fundamento para suponer que la primera invitación a la conversión tuvo en arameo resonancias más profundas y matiz peculiar. Probablemente, el Señor empleó la palabra *shub,* que significa «regresar». ¿No encontramos en este término el mismo eco de las promesas del Antiguo Testamento? «Mostraré mi bondad hacia ellos y los haré regresar al país» (Jer 24, 6). «Comprenderán que yo, el Señor, soy su Dios, el que les llevó cautivos dispersándoles entre las naciones, pero que ahora les ha hecho volver, sin que falte

uno, a su país. Ya no les ocultaré más mi rostro, porque he derramado mi Espíritu sobre la casa de Israel» (Ez 39, 28s). El evangelio de Jesús desemboca así en una exultante invitación a la fiesta del retorno. Porque, en su última esencia, la predicación a la conversión no tiene en los labios del Señor tono amenazante. Es más bien predicación consoladora, cima del alegre mensaje del imperio amoroso de Dios.

El programa contenido en las primeras palabras de la predicación de Jesús tal como nos las refiere san Marcos, fue luego desarrollado a lo largo de la predicación y actividad de Jesús hasta su vuelta al Padre. Así, tal vez tengamos la mejor explicación, ciertamente la más hermosa, de aquella invitación «convertíos» en las parábolas del gran convite y del hijo pródigo. El Padre celestial es quien prepara a los pordioseros que se convierten a Él, mucho antes que éstos puedan traer por sí mismos algo positivo, un gran festín, una acogida insospechablemente cordial y honrosa.

Que en todos estos casos, el convertido debe mostrarse digno, por sus sentimientos y su conducta, de quien graciosamente le ha invitado a tan extraordinario regocijo, no se dice expresamente en ningún lado: de algún modo, se sobreentiende sin más. «Los frutos dignos de penitencia» brotarán inmediatamente de aquel que sabe del gran honor de haber sido invitado a volver, que conoce la alegría de la casa paterna y ha participado en la fiesta de la alegría.

¿No tenemos aquí trazado todo un programa para nuestra vida espiritual y para nuestro esfuerzo moral? Programa para todas las formas de apostolado, el apostolado del sacerdote, el de los padres y el de los seglares.

Conversión y sacramento

Los sacramentos contienen actualizado el mensaje de salvación. En ellos la buena nueva de la conversión, la invitación de Jesús, se nos dirige aquí y ahora a cada uno de nosotros: «Conviértete.» Los sacramentos son para nosotros, individualmente, acontecimiento salvífico, en cuanto que nos sitúan en relación inmediata y eficaz con el evangelio de Cristo. Así como se dirigió a Pedro y Andrés, a Juan y Santiago, de modo totalmente personal, se dirige también a nosotros en los sacramentos con su voz y su autoridad, y nos invita: «Ven y sígueme.»

No hay conversión sin sacramento, o al menos — lo demuestra la esencia misma de la conversión — sin relación con el sacramento. Esta necesidad absoluta del signo sacramental en el proceso de la conversión pone bien de relieve que la conversión del hombre es ante todo don y obra de Dios.

Considerada como fenómeno religioso, la conversión lleva el sello alegre de todo acontecimiento salvífico. En ella, mediante el «sacramento de la conversión», se nos concede tomar parte en las acciones salvíficas de Cristo, en su muerte y su resurrección. «Hemos llegado — dice el Apóstol — a formar una misma cosa con la muerte y resurrección del Señor» (Rom 6, 5). ¡Hasta tal punto se convierten en realidad nuestra y para nosotros!

Los «sacramentos de la fe» son la causa principal de nuestra conversión. En ellos se actualizan las acciones salvíficas de Cristo; sentimos nosotros su eficacia y recibimos el mensaje de liberación que ellas operan. Así, de los misterios de la vida de Cristo, renovados en los sacramentos, brota la fuerza para realizar nuestra transformación completa en Dios, esa transformación a la que nos vemos llamados con amorosa invitación, pero también con urgente y sagrado deber, hasta conseguir el completo retorno a los brazos del Padre.

El bautismo — al que el mártir y apologeta san Justino llamaba «baño de la conversión» — es el sacramento de la «primera conversión». Para aquellos cristianos que después del bautismo han tenido la desgracia de pecar gravemente, se ofrece la penitencia, «segunda tabla de salvación en el naufragio», sacramento que permite repetir esa primera conversión. Los demás sacramentos todos suponen el bautismo, son ya de suyo «sacramentos de la segunda conversión», es decir, de aquel continuo esfuerzo por la pureza y la perfección, sin el cual la profesión de fe bautismal quedaría en puras palabras y no llegaría a traducirse en una vida de auténtico y cabal testimonio.

La conversión es — nos lo dice la misma intervención divina en el sacramento — un «*volver a nacer de Dios*». «No por razón de algunas acciones justas que nosotros hubiéramos podido realizar, sino impulsado únicamente por su misericordia, nos ha salvado Dios por el baño de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo, infundido por Él abundantemente sobre nosotros mediante Jesucris-

to, nuestro Redentor» (Tit 3, 5s; cf. 1 Pe 1, 3). De aquí nace la obligación de la vida en gracia, según la consigna del Apóstol: «Caminemos conforme a la vida nueva» (Rom 6, 4). Dios se nos ha adelantado, «sirvámosle, pues, conforme al espíritu nuevo; ya no tenemos nada que ver con el antiguo sistema que abrumaba con leyes escritas» (Rom 7, 6).

«El que no ha renacido del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos» (Jn 3, 5). El Espíritu Santo es quien realiza la primera conversión, quien la afirma y desarrolla. Él nos hace entrar en el reino de Dios. De nuestra parte se exige tan sólo un humilde y agradecido sí al empeño salvífico de Dios. No se nos pide sino permanecer abiertos por la fe a la acción de la gracia del Espíritu Santo.

La *nueva creación* y *reconciliación* de la humanidad con Dios en Cristo Jesús es la raíz y el modelo de nuestra conversión, el fundamento de nuestros deberes de convertidos. «Cuando uno está unido con Cristo, se verifica una nueva creación: lo viejo ha desaparecido, lo nuevo se ha manifestado. Y todo es don de Dios, que ha obrado nuestra reconciliación con Él por medio de Cristo... Él nos ha enrolado en este ministerio de reconciliación. Somos embajadores de Cristo: Dios hace oír su invitación a través de nuestras palabras. Por eso os decimos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios» (2 Cor 5, 17ss). La obligación de caminar según el estilo nuevo de vida en Cristo no encierra ninguna imposibilidad. Porque también esto es don gratuito de la gracia de Dios. Cristo nos lo adquirió con su muerte: «Su intención, al morir por todos, fue que nosotros, aun durante la vida, pudiéramos dejar de vivir para nosotros mismos y empezásemos a vivir para Él, que por nosotros murió y resucitó» (2 Cor 5, 15).

Convertirse quiere decir ser arrancado del reino de las tinieblas y recibir un puesto en el reino de la *luz maravillosa de Cristo* (1 Pe 2, 9). Porque Cristo mismo es la luz de todos los que van a Él, de todos los que a Él se convierten (cf. Lc 2, 32; Jn 8, 12).

De manera misteriosa, pero plenamente real, la conversión es un *tránsito de la muerte del pecado a aquella vida* que brota de la muerte y resurrección de Cristo. Por eso, la conversión es en su más hondo sentido un misterioso morir juntamente con Cristo y un empezar a vivir con el Resucitado (Rom 6).

Todas estas expresiones de la Biblia nos están diciendo con claridad meridiana que la conversión es un actualizar el alegre pregón de las *magnalia Dei,* de las maravillas del amor de Dios hacia nosotros. Dios ha hecho en Cristo Jesús grandes cosas en nosotros. Esto es lo que confiere a nuestra respuesta, dada en virtud de la gracia, toda su auténtica grandeza.

En esto coincide también la doctrina teológica de la primacía del *opus operatum* en los sacramentos. Esta doctrina medular de la teología católica no tiene nada que ver con la magia. No implica una concepción de los sacramentos como fuerzas ciegas e inanimadas, ni tampoco supone de parte del hombre una actitud de inerte pasividad. Que los sacramentos son ante todo *opus operatum Dei,* obra eficaz de Dios, quiere decir que en ellos sigue resonando con toda su fuerza el evangelio del reino de Dios, el alegre pregón de la fiesta del retorno, de la renovación del corazón, del primado del amor de Dios.

Fe y sacramento de la fe

De parte del hombre, la conversión es respuesta a la acción de la gracia divina. Núcleo y fundamento de esta respuesta es la *fe* en el evangelio.

Entre los autores del Nuevo Testamento se advierte alguna diversidad en el vocabulario y en el modo concreto de presentar el mensaje de la salvación. Sobre todo en san Juan encontramos dos líneas de pensamiento que se implican y entrecruzan: el sacramento y la fe. Somos salvados por la acción de Dios en los sacramentos; pero al mismo tiempo, leemos que la vida nueva nos viene de la fe. Santo Tomás ha dado la solución clásica para hacer coincidir ambos aspectos: «Tenemos la salvación por la fe en Cristo, hecho hombre y muerto por nosotros; los sacramentos son signos que manifiestan la fe por la cual el hombre se salva» [1].

Por su palabra y su acción en los sacramentos despierta y afirma Dios en nosotros la fe en su amor, manifestado en Jesucristo. La Iglesia entera, como esposa de Cristo, confiesa en los sacramentos su fe en la palabra que una vez para siempre le fue dirigida y que

1. ST III, q. 61, a. 4.

ahora se dirige ya continuamente a toda asamblea, a cada miembro de la gran Iglesia esparcida por el mundo: «Yo soy tu salvación.» En el sacramento se encuentran la palabra de la salvación y la respuesta de la fe, animada y alentada por la palabra de salud. El sacramento de la fe es, pues, ambas cosas: *don y acogida gozosa de ese don*. El sacramento es en cierto modo la prolongación de aquella donación infinita que hizo Dios al mundo hambriento de redención, en la persona de su amado Hijo, entregado por nosotros en la cruz.

Pero Dios dirige su palabra y su don a un ser libre. Por eso, para recibir el don de su salvación, el hombre tiene que creer: tiene que *abrirse* alegre y agradecidamente al mensaje de la salvación, tiene que *entregarse por la fe* al Dios que se entrega a él. «Creyendo en el Dios que le justifica es como el hombre se entrega a su acción justificante y recibe en sí el fruto de la justicia de Dios», dice santo Tomás comentando Rom 4, 5. Es lo que sucede en la entrega mutua de los esposos dentro del matrimonio: el amor que se da y el amor que se recibe son una misma cosa. Esa unión casta nos ayuda a comprender la fusión íntima entre Dios y el hombre por medio de los sacramentos de la fe: la poderosa eficacia del Dios que manifiesta su voluntad de salvarnos y la aceptación agradecida de esa voluntad que implica para el hombre la donación más total de sí mismo, son en verdad una sola cosa. Mediante la fe y mediante los sacramentos de la fe entramos en diálogo en contacto vital y vivificante con el Redentor, que está sentado en su trono a la diestra del Padre, y que está siempre a nuestro lado en la actualidad palpitante y perenne de su muerte y resurrección.

En este diálogo, que es para nosotros fuente de vida, ocupan los sacramentos un lugar tan privilegiado porque contienen, como ningún otro elemento del orden nuevo, el más denso mensaje de salvación, y son además los signos de la fe. Pero esto no quiere decir que nuestro diálogo con el Señor esté limitado a los sacramentos. No; porque de ellos brotan chorros de luz que, superando las barreras del campo específicamente sacramental, iluminan y calientan todos los sectores de la vida. A la luz de los sacramentos, vemos en todas las disposiciones de la providencia divina el empeño salvífico de Dios, comprendemos su amor y nos vemos impulsados a comportarnos en todo como hijos que creen, escuchan y responden agradecidos a su Dios.

«Creed en el evangelio.» El sí creyente al reino de Dios que nos viene de arriba cala en nuestra vida mucho más hondo que todo esfuerzo ético que brote de nosotros y que se debata en torno al propio yo. Sin este sí de la fe, aun los más colosales esfuerzos del hombre carecen de toda eficacia, al menos por lo que se refiere al logro de la salvación. Pero en cambio, el sí alegre y agradecido a la acción de la gracia divina puede transformar de raíz el corazón del hombre y el mundo entero. Pues no es una palabra cualquiera, sino un sí plenamente personal al amor personalísimo, un sí en el cual la criatura se entrega totalmente a las exigencias de un *amor que no admite corazones partidos*. El carácter radical de esta entrega creyente a Cristo que en sus misterios nos coge y nos transforma, ha sido descrito, entre otros, por el apóstol de las gentes en el capítulo 6 de su carta a los Romanos: cuando decimos sí al orden de la gracia, que es un identificarse con la muerte y resurrección de Cristo, lanzamos al mismo tiempo al pecado un «¡alto!» mucho más eficaz y mucho más radical que con mil intimaciones legales que vienen y amenazan al hombre solamente desde fuera.

La conversión cristiana comienza por la fe y crece y se consuma con el crecimiento en la fe; naturalmente, con aquella fe que se activa en la caridad (Gál 5, 6). La eficacia de la fe en la tarea de nuestra renovación moral se explica porque en ella están presentes y actuantes las fuerzas salvíficas de la muerte y resurrección de Jesucristo.

Evangelio y conversión continua

La teología habla de primera y segunda justificación: la obra comenzada en la justificación del pecador, la prosigue el Señor mediante una incesante operación de su gracia, aumentando continuamente en el alma la gracia santificante, supuesta, claro está, la cooperación agradecida del hombre. «El Dios de toda gracia, que os ha llamado en Cristo Jesús a su eterna gloria, después de breve padecimiento, os restablecerá, afirmará y fortalecerá» (1 Pe 5, 10). «Ésta es mi confianza: que el que comenzó la obra, la llevará a feliz término» (Flp 1, 6; cf. 1 Cor 1, 8). En este sentido, en cuanto que la continua actuación de la gracia exige por parte del hombre lucha incesante contra sus inclinaciones torcidas y tender sin descanso hacia la perfección

verdadera, hablamos nosotros de una «conversión continua» o «conversión segunda», paralela a la «segunda justificación». Pero, atención: insistimos en que se trata siempre de un continuo crecer en la fe; es decir: dejarse penetrar siempre de nuevo y cada vez con mayor agradecimiento en la voluntad graciosa de Dios.

El anuncio de la conversión que los apóstoles dirigían a los bautizados no partía en modo alguno del supuesto de que más o menos la mayoría de los cristianos vivía en pecado mortal, necesitando por tanto renovar la primera conversión. Las exhortaciones a la conversión que nos han dejado los apóstoles no se agotan en la enumeración de los deberes o las virtudes del hombre. Parten más bien de algo que está siempre en plena y eficaz actualidad: la acción de la gracia de Dios en los sacramentos. Ese anuncio positivo de la buena nueva, es decir, el gozoso pregón de todo lo que Dios ha hecho por nosotros y en nosotros, es ya en sí mismo exhortación a cambiar de vida: el tono *indicativo* del evangelio pasa a ser, sin más, *imperativo* de la vida cristiana. Pues efectivamente, la acción santificadora de Dios en nosotros, que es signo distintivo de toda nuestra vida, muestra con la mayor claridad que no se pueden compaginar el ser en Cristo y la vida en pecado: esa irrupción de Dios en nuestra vida nos impone el deber de vivir cada vez con más fidelidad y alegría según la santidad recibida. «Habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios» (1 Cor 6, 11). «Aunque en otro tiempo fuisteis tinieblas, ahora sois luz en el Señor: caminad, pues, como hijos de la luz. Donde hay luz florece toda bondad, justicia y verdad» (Ef 5, 8ss).

«¿No habéis sido resucitados a la vida con Cristo? Entonces buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra del Padre» (Col 3, 1s). «Habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios... Mortificad los apetitos terrenos...» (Col 3, 3-5). El apóstol primero afirma: «Sois pan ázimo, porque Cristo, nuestro cordero pascual, ha sido inmolado por nosotros», y luego exige a los cristianos: «Dejad la antigua levadura, para ser masa purificada y nueva.» «Celebremos la fiesta, no con el pan viejo fermentado de malicia, sino con pureza y verdad» (1 Cor 5, 6-8).

Con igual claridad resuena el mismo tono en la siguiente exhortación: «Como escogidos de Dios, como santos y amados, revestíos

de sentimientos de compasión, bondad, humildad, dulzura, paciencia... Pero sobre todo eso, revestíos de caridad, que es el remate de la perfección» (Col 3, 12-14). El recuerdo de las acciones salvíficas de Dios y de su acción santificadora en nosotros penetra igualmente todas las exhortaciones del apóstol san Pedro, por ejemplo: «Habéis sido rescatados a precio de la sangre preciosa de Cristo... Habéis sido engendrados de nuevo no de semilla corruptible, sino por virtud de la palabra viva y eterna de Dios, palabra que es el evangelio que os hemos predicado... Como niñitos recién nacidos suspirad por la leche pura, conforme con la palabra de Dios. Acercaos a Él, que es la piedra viva» (1 Pe 1, 18-2, 6).

Resumiendo, podemos decir: La predicación de los apóstoles ofrece la misma estructura fundamental que la primera predicación de Jesús: es anuncio gozoso de la plenitud de salvación en Cristo, del reino del amor de Dios, del retorno de los hombres por el poder de Dios. Esta buena nueva se dirige a nosotros de modo plenamente personal y eficaz en los «sacramentos de la fe». La vida cristiana está en todo momento polarizada por una sagrada exigencia de respuesta a Cristo, la cual marca definitivamente nuestra vida y nos impulsa al regreso total al corazón de Dios nuestro Padre. En esa misma exigencia va, pues, expresado también el primado del amor y la dicha de sentirse hijo de Dios. Tanto la conversión como toda la vida cristiana son un vivir de la fe que confesamos en la celebración y recepción de los sacramentos, vivir según la santidad recibida.

¡Dios eterno e infinitamente feliz! En Cristo nos has revelado tu amor. En Él hemos de ser eternamente felices contigo. Haz, Señor, que recibamos con alegría y agradecimiento tu buena nueva, que la guardemos fielmente en nuestro corazón y que la traduzcamos noblemente en nuestra vida. Ayúdanos, Señor, para que, conforme a tu designio salvífico, todo nuestro empeño y esfuero moral nazcan siempre de la fe en las sublimes proezas de tu amor y se robustezcan en tu alegría. Por Cristo, nuestro Señor, portador de toda dicha. Amén.

SACRAMENTO Y ORACIÓN

De verdad, yo os lo aseguro, si pedís algo al Padre en mi nombre, Él os lo dará. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid y recibiréis, vuestra dicha será colmada. Hasta ahora os he hablado en figuras; pero ya es hora de hablar sin ambages. Es hora de hablar sencillamente del Padre. En adelante, vosotros pediréis todo en mi nombre, y no os digo que yo a mi vez intercederé por vosotros ante el Padre, pues el mismo Padre os ama a vosotros, que habéis permanecido en mi amor y creéis que yo he venido del Padre. Salí del pade y vine al mundo (Jn 16, 23-28).

El célebre filósofo católico Peter Wust (fallecido en abril de 1940), sintiéndose ya enfermo de muerte, escribió a múltiples requerimientos de sus discípulos y amigos unas palabras de despedida. En éste su testamento espiritual se lee: «Si ustedes me preguntaran si conozco una llave mágica que abra la última puerta del conocimiento y de la verdad, les diría que sí, que la conozco. He aquí la llave maravillosa: no es precisamente la reflexión, como ustedes esperarían de un filósofo, sino la oración. La oración, comprendida como entrega suprema a Dios, da al hombre paz, le convierte en niño, le hace objetivo...»

«La oración es el cerrojo de la tarde y la llave de la mañana» (Gandhi). La oración nos preserva de las fuerzas tenebrosas del mal que acechan en las tinieblas. La oración nos abre el reino de la luz. No solamente nos franquea la puerta de la verdad y de la sabiduría,

como ha podido afirmarse en la mejor filosofía. Nos abre todo el reino eterno del amor de Dios.

Solamente el hombre que ora tiene acceso a los más grandes misterios de la existencia. Y solamente el hombre que ora puede acercarse a los sacramentos de la nueva alianza. En la medida en que nosotros nos abrimos al misterio de la gracia por la oración, nos descubren los sacramentos su oculta riqueza y su confortante esplendor. Pero, viceversa, mucho mejor: *Los sacramentos son la primera escuela de oración*; nos enseñan qué es la oración y cómo tenemos que rezar. Los sacramentos nos permiten participar de la vida de Cristo y nos hacen entrever qué significa rezar «en el nombre de Cristo».

El cardenal Faulhaber, un gran rezador y un liturgo ejemplar, pronunció en un sermón esta sentencia de oro sobre la oración: «Rezar es dirigirse a Dios; es correr al encuentro de Dios con el paso medroso de un niño, arrojarse en presencia de Dios bajo el peso de nuestras preocupaciones y nuestros pecados, precipitarse al paso de Dios con un confiado tú a tú; es volar hacia Dios en alas de perfecto amor.» A la luz de los sacramentos, esta maravillosa sentencia sonaría así:

En el sacramento viene Dios, en Cristo Jesús, a nosotros: en la oración vamos nosotros, con Cristo y en Cristo, a Dios, nuestro Padre.

En el sacramento nos da Dios la seguridad de que «según el beneplácito de su voluntad determinó de antemano que seríamos para Él hijos adoptivos por Cristo Jesús» (Ef 1, 5): en la oración entablamos un diálogo filial con Dios «en el nombre de Cristo», su Hijo.

En el sacramento nos rodea la gracia y la misericordia de Dios «en Cristo Jesús»: en la oración presentamos nuestras preocupaciones y nuestros pecados ante el Dios misericordioso, confiados en nuestro Redentor Jesucristo.

En el sacramento nos da Dios la prenda segura de la bienaventuranza en su amor: la oración es el comienzo de un diálogo de amor sin fin con Dios «en Cristo Jesús».

REZAR ES DIRIGIRSE A DIOS

¿Cómo se atreve la criatura, el hombre pecador, a dirigirse a Dios? El predicador del Antiguo Testamento nos exhorta: «No seas apresurado en prometer ni en tomar resoluciones ante Dios; porque Dios está en los cielos y tú sobre la tierra» (Ecl 5, 1).

Dios está en los cielos, en el trono de su infinita santidad. Dios es «el totalmente otro». Ante Él no somos sino debilidad y pobreza, «hombres de labios manchados» (Is 6, 5). ¿Cómo, pues, podemos nosotros, hombres pecadores, presentarnos ante el rostro de Dios, ante el trono de su santidad y hablar con Él? Es verdad que «en Él vivimos, nos movemos y somos» (Act 17, 28). Esto lo sabían también los paganos: Él es nuestro creador y está siempre cerca de nosotros con su actividad creadora. Él nos conserva en el ser. Pero — y esta pregunta resuena siempre en las oraciones de paganos piadosos —, ¿habrá vuelto su rostro hacia nosotros? ¿Escuchará benévolamente mi súplica y querrá atenderla?

Nosotros podemos dirigirnos confiadamente a Dios y conversar con Él, porque Él se adelanta a venir a nuestro encuentro y a dirigirnos la palabra.

La palabra omnipotente de Dios se dirige a todo hombre que viene al mundo y le llama por su propio nombre. Esto, que se cumplió de manera singular en el caso del gran profeta Jeremías, se verifica también, con insospechada verdad, en todos aquellos que han recibido de Dios el aliento vital. Todos pueden mirar como dirigidas a ellos aquellas palabras: «Antes de formarte en el seno materno, ya te conocía, y te llamé por tu nombre» (Jer 1, 5). Como las demás criaturas, también nosotros hemos sido creados por la Palabra del Padre (Jn 1, 3). Pero, en cuanto hombres, además de haber sido creados, hemos sido también *llamados* por la Palabra en la que desde toda la eternidad expresa el Padre su amor y su gloria. Este llamamiento de Dios por su Palabra — que pertenece a nuestra misma esencia — es tan personal que nosotros podemos comprenderlo y hacer de toda nuestra vida una respuesta a la voz de Dios. Hemos sido creados «a su imagen y semejanza»: literalmente, hemos sido creados por Dios como *palabra y amor, para vert所nos en palabra amorosa que responda a Dios*. Nuestro ser más propio y nuestro

«estado propio» consiste precisamente en sentirnos llamados por Dios y en poder dar respuesta inteligente a su llamada. Las cosas son así y no hemos de imaginarlas como si primeramente nosotros hubiéramos tenido el ser — hubiéramos existido —, y luego, con posterioridad a nuestro existir, hubiéramos sido llamados por Dios. Lo primero es la palabra creadora de Dios dirigiéndose a nosotros: en esa palabra se funda y revela nuestra existencia. Por eso mismo el desarrollo de ese germen existencial se vincula primerísimamente a la manera como vivimos nuestra vida en plan de respuesta a Dios.

Según el designio original que tuvo Dios al crearlo, el hombre es *esencialmente rezador*. Al frescor del atardecer bajaba Dios a pasear en el jardín del Edén, y Adán podía platicar confiadamente con Él (cf. Gén 3, 8). El día que el hombre quiso empuñar las riendas de su existencia y reservarse para sí una parte de su vida, se acabó aquella amistosa convivencia.

Con su palabra omnipotente creó Dios esta maravilla del hombre rezador. Pero luego, con su Palabra humanada, con Jesucristo, vuelve a interpelar personalmente al hombre. Jesucristo es palabra de Dios a nosotros y respuesta nuestra a Dios. Ahora, no solamente de entre la brisa vespertina de las montañas o de la oscura noche del huerto de los Olivos o del ardor inflamado del mediodía en el Calvario, recibe Dios una respuesta adecuada «en nombre» de toda la humanidad. Cristo es cabeza de toda la humanidad nueva. Todos los que por el amor han hecho de su vida una sola cosa con la vida de Jesús, pueden ya con Él y en Él — no solamente invocando su nombre — entrar en diálogo amoroso con Dios.

Rezar en el nombre de Jesús

Cristo es el *sacramento original*: es el gran signo del amor del Padre que contiene todos los demás. En Él nos lo ha dado el Padre todo. En Él nos ha expresado todo su amor. Por Él nos da a su Espíritu, que es Espíritu de amor. En Cristo nos eligió el Padre para ser hijos suyos, llamándonos con nombre inexpresable. Cristo no es solamente Palabra que el Padre nos dirige: es también sacramento radical de nuestra respuesta filial al Padre.

Cristo es, pues, sacramento original de nuestro encuentro con

Dios: Él ha manifestado a todo el mundo el amor del Padre y Él lleva la respuesta del mundo al trono del Padre. Los demás sacramentos, que brotan de ese sacramento original, introducen a cada uno de los fieles individualmente en ese misterio. Así, en el bautismo nos concede Dios un nombre filial, que nadie puede descubrir sino el Hijo y su Espíritu Santo. Y en virtud de este Espíritu Santo, que se nos da en la confirmación, entendemos la palabra amorosa y fuertemente eficaz que el Padre nos dirige al hacernos semejantes a su Hijo. Igualmente, en el Espíritu Santo, pronunciamos jubilosos ese «*Abba*, Padre».

El influjo cada vez más íntimo y profundo de los diversos sacramentos en nuestra alma nos hace avanzar incesantemente hasta introducirnos en la gran realidad de la misión y de la vida de Cristo, que es el primer sacramento. Más aún: mediante los sacramentos, el Dios trino nos introduce en su eterno diálogo de amor y nos admite en el misterio de su intimidad.

La recepción de los «sacramentos de la fe» nos da una seguridad infalible de la autenticidad de nuestra respuesta creyente. En la celebración sacramental Cristo mismo se dirige a la comunidad y a cada uno de los fieles para asegurarles: «Yo soy tu salvación. Para ti todo mi amor, tal como en la cruz se mostró en bien de toda la humanidad.» Al mismo tiempo, y según la medida de nuestra fe, el sacramento engloba nuestra respuesta en la respuesta de la esposa de Cristo, que a su vez unida con la respuesta del Verbo encarnado se dirige al Padre.

El sacramento nos da seguridad de vivir en contacto con Dios: sentimos su presencia suave pero en medio de una poderosa cercanía de lo santo. Comprendemos que aquí y ahora para cada uno de nosotros es Cristo el Emmanuel, el «Dios-con-nosotros». En los sacramentos está ya de una manera espléndida, aunque oculta y sólo accesible a los ojos de la fe, el cielo presente. De esta realidad nos habla clarísimamente sobre todo la eucaristía, centro de todos los sacramentos.

En los sacramentos es donde primordialmente nace la oración de Cristo y donde siempre termina. Nuestra oración es totalmente distinta de la oración de los paganos. Jamás es un grito que lanza el hombre envuelto en la angustiosa pregunta: «¿Me escuchará Dios? ¿Querrá volver su rostro hacia mí?» Nosotros no emitimos un grito. Nosotros podemos rezar. Más: nosotros somos esencialmente rezadores y tenemos que ser rezadores, de no traicionar a nuestra naturaleza y a nuestra vocación.

Llevarlo todo a la oración

Los sacramentos sitúan toda nuestra vida y los problemas capitales de nuestra existencia bajo una singular exigencia de la gracia de Dios. Son consagración de toda nuestra vida al servicio de Dios. Ellos conducen cuanto somos y tenemos hacia un encuentro cada vez más íntimo con Dios. A la luz de esta consagración sacramental de nuestra vida, comprendemos también el significado de la palabra creadora de Dios, e igualmente las disposiciones amorosas y las llamadas de la divina providencia. Quienes en todas las circunstancias de su vida tienen conciencia de «llamados» *(kletoí)*, llamados por la Palabra del Padre, convierten cada acontecimiento en una invitación a la salvación. Para el creyente atento a la voz de Dios y pronto a responder con amorosa confianza, todo se explica, todo se reviste de claridad nueva.

Nosotros somos los «llamados». No significa solamente que, mirando las cosas desde aquí, nuestro destino es la bienaventuranza eterna. Saberse llamado por Dios quiere decir más bien, que ya ahora, mientras caminamos hacia la plena participación en el diálogo amoroso entre Padre e Hijo en el Espíritu Santo, tenemos la seguridad de que el Dios que nos llama quiere salvarnos. Y nuestra seguridad es tan grande que ni podemos dudar de que Dios cumplirá en nosotros por toda la eternidad su palabra. De parte nuestra se exige una sola condición: que recemos, que prestemos oído atento a la llamada de la gracia y transformemos nuestra vida toda en respuesta a esa voz.

CORDIALMENTE HACIA EL PADRE

La sublime sencillez de la plegaria

¿Encierra alguna grandeza el que un niño, atraído por la voz de la madre, dé con miedo y amor palpitante sus primeros pasitos para

lanzarse en brazos maternos? ¿Qué tiene de nuevo el que un niño forme sus primeras palabras y haga oír por primera vez su «papá», «mamá»? Preguntádselo al padre y a la madre. Solamente ellos pueden decirnos todo lo que ese balbuceo medio inteligible representa. Es todo un acontecimiento en su vida.

¿Qué grandes cosas podemos decir a Dios en nuestras plegarias nosotros, hombres pequeñitos y simples? ¡Tan torpes como somos! Pues, sin embargo, el día en que nos lanzamos a hablar filialmente con Dios es todo un *acontecimiento en los cielos.* Porque nuestra pobre oración es la respuesta a la palabra vivificante de Dios, en la cual nos ha dado nombre de hijos y nos ha revelado su nombre de Padre. De esta forma nuestra respuesta participa de la sublimidad de la palabra divina con que Dios nos interpela. Cuando rezamos «en nombre de Cristo», unidos con Él y plenamente confiados en Él, cuando rezamos en virtud de su Espíritu, sentimos claramente que «el mismo Padre nos quiere» (cf. Jn 16, 27).

Hay quien objeta: «Dios no tiene necesidad de nuestras palabras.» ¿No fue Cristo quien dijo: «Antes de que pidáis, conoce ya vuestro Padre lo que necesitáis» (Mt 6, 8)? Es verdad: Dios no necesita nuestro miserable balbuceo. Ni siquiera necesita nuestro amor, pues aun sin nosotros es infinitamente dichoso en el júbilo eterno de su amor trinitario. Pero Dios se ha manifestado a nosotros como el gran enamorado, y quiere que tomemos parte en la fiesta de su amor bienaventurado. *El amor quiere ser amado.* Todos los misterios salvíficos de la vida de Cristo, actualizados maravillosamente en los sacramentos, nos dan esta confianza segura: Dios desea nuestro amor y quiere y acepta las filiales palabras con que se lo manifestamos.

La oración de súplica

La oración confiada por la que pedimos cuanto necesitamos es honrosa para Dios, nuestro Señor y nuestro Padre, pues corresponde a los designios amorosos que nos manifestó en Cristo. Nuestra confianza será tanto mayor cuanto más viva sea en nosotros la conciencia del gran honor que Dios nos concede al llamarnos personal y amorosamente en los sacramentos. ¿Cómo podría Dios negarnos algo necesario a nuestra salvación, después que Cristo se ofreció

por nosotros al Padre para hacernos partícipes de su misma vida? Llevamos el nombre de Cristo, somos — nos lo asegura sobre todo la celebración de la santa eucaristía — «carne de su carne»: rezamos en nombre de Cristo. Nuestra súplica, nacida y fundada en los «sacramentos de la fe», no puede quedar «fluctuante entre dudas» (Sant 1, 6).

El Padre nos lo ha dado todo en Cristo Jesús. Por eso nuestras peticiones «en nombre de Cristo» son una incesante *alabanza de su bondad paternal.*

No está muy lejos aún el tiempo en que para algunos «el Cristo de la liturgia» era ante todo un Cristo cultual, sin lugar por tanto para la oración de petición. Es un gran error. Dios glorifica su nombre y su bondad de Padre mediante los dones que nos concede; y nosotros tenemos un medio excelente de dar gloria a Dios reconociendo humildemente que todo ha de venirnos de Él y entregándonos con inquebrantable confianza en su bondad paternal. La plegaria perseverante es la mejor expresión de esa humildad y confianza. La oración de petición, que tiene en la liturgia su fuente y su modelo, es en realidad un *Magnificat* entonado sin descanso por la Iglesia, humilde esposa de Cristo, y por todos los que son hijos suyos de verdad: «A los hambrientos colmó de bienes. Los que presumen de ricos, se van con las manos vacías» (Lc 1, 53).

Las súplicas del apóstol de las gentes, del mismo modo que nos anuncian con tanta fuerza el misterio sacramental de nuestra vida «en Cristo Jesús», son auténticos himnos a Dios. O cuando menos, *desembocan siempre en un himno al* «Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de todo consuelo» (2 Cor 1, 3).

Nuestros himnos, nuestra oración de adoración y alabanza, resuenan con falsa armonía cuando la oración de petición no mantiene despierta en nosotros la conciencia de que por nosotros mismos somos nada, y menos que nada: somos pecadores dignos de castigo, pero Dios nos lo ha concedido todo en su amadísimo Hijo. Sin embargo, tampoco se puede perder de vista el otro lado de la verdad: nuestra oración cristiana de petición brota de los sacramentos; nuestra firmísima confianza de que el Padre nos ama se apoya en que, congregados «en el nombre de Jesús», rezamos en su nombre. Por eso, la oración de petición es también oración cultual, oración de alabanza. Esa oración de súplica tiende a desarrollar en nosotros las

disposiciones para la gracia sacramental. Oración de petición y oración de acción de gracias han de ir siempre entremezcladas.

Pedir el don de la perseverancia

Nos enseña la Iglesia que mediante la oración podemos alcanzar, no merecer, la gracia de la perseverancia, que es la más decisiva para nuestro destino eterno.

Nunca podremos presentar ante Dios mérito alguno en proporción con la vida de gracia que de Él gratuitamente recibimos. Igualmente, la permanencia definitiva en esa gracia es don inmerecido de Dios, prometido a los que incesantemente lo piden. Pues sólo la oración continua por la perseverancia mantiene viva la conciencia de que todo el conjunto de nuestra elección sobrenatural es don gratuito de Dios. Al mismo tiempo, la oración perseverante es señal de fe en la voluntad salvífica universal del Señor. Él no desea menos que nosotros concedernos este gran don de la perseverancia, pues quiere llevar a cabo la obra magnífica que empezó con nuestra vocación a la eterna bienaventuranza y que los sacramentos hacen progresar sin descanso. Sólo se nos impone la condición de pedir confiadamente esta especialísima gracia.

La súplica filial y confiada por la perseverancia en el amor y servicio de Dios es una forma excelente de dar gracias por el don inmerecido de ser llamados hijos de Dios y serlo en verdad y por haber sido llamados a participar de la plena revelación de su designio amoroso. Entonces comprenderemos qué gran gloria tiene Dios reservada para sus hijos (cf. 1 Jn 3, 1ss).

Peligro de la oración vocal

La oración filial, que es respuesta a la poderosa palabra de Dios, está amenazada por un gran peligro de parte de la oración vocal. Para evitar este peligro, es importante establecer un justo equilibrio entre la oración formularia y la que brota espontáneamente del corazón.

Las fórmulas de oración son necesarias para expresar la oración

de una comunidad. Al mismo tiempo constituyen escuela insustituible para nuestra oración privada y personal. En las magníficas oraciones de los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento encontramos los mejores ejemplos para nuestra oración. Cuando hacemos nuestras las plegarias recogidas en la Sagrada Escritura y las recitamos con toda nuestra alma, sentimos la alegre seguridad de rezar tal como Dios quiere y nos ha enseñado. Y como lo más grande en la oración del cristiano es la unión con Jesús, el rezar «en su nombre», de todas esas hermosísimas oraciones preferimos ante todo las del mismo Jesucristo. Su oración sacerdotal es la verdadera escuela de oración.

Pero en nuestra oración privada debe ocupar lugar preferente la *oración del corazón,* la oración sin fórmulas que es un diálogo inmediato con Dios. Quien no cultiva asiduamente esta oración personal, percibirá que tanto su vida piadosa individual como la comunitaria se irá reduciendo poco a poco pero irremisiblemente a la recitación más o menos mecánica de unas cuantas fórmulas. Sólo en épocas de cansancio o sequedad, en que nos faltan pensamientos y palabras personales, debemos conceder cierta preferencia a esas oraciones hechas.

Supone un defecto irremediable en la educación el que los padres no enseñen a sus hijos pequeños sino fórmulas de rezo, y no los inicien en la oración que es un contemplar a Dios escuchándole atentamente y dialogando personalmente con Él. La piedad sacramental nos enseña que la oración del cristiano es ante todo inserción en el misterio de Dios y de su palabra. Por eso, el mayor peligro de la oración es dejar de percibir la voz de Dios, que nos habla a través de las disposiciones de su providencia y de la acción de su gracia en cada uno de nosotros. Entonces el hombre ya no vive atento a la Palabra, y su oración se convierte en un puro recitado de «oraciones», prácticamente, en un puro despachar los rezos como quien se desentiende de un compromiso con Dios.

No hace falta insistir en la importancia capital que encierra la celebración viviente de los sacramentos y la comprensión profunda de su significado para mantener viva y animada la vida de oración. Un formulismo muerto, un rubricismo desalmado en la celebración de los santos misterios, ponen en grave peligro tanto la oración comunitaria como la estrictamente litúrgica. Cuando la palabra, el

mensaje de salvación contenido en los sacramentos, no nos llega vitalmente, cuando no tenemos la dicha de experimentar en toda su pureza la respuesta de la Iglesia, esposa de Cristo, es casi seguro que también a nuestra oración privada faltará la plenitud y riqueza interior.

Se puede hablar, en general, de personas a las que es más aconsejable la oración vocal mediante fórmulas hechas y otras a las que va mejor la oración espontánea y cordial. Igualmente, en la vida de cada uno hay épocas en las que la misma evolución espiritual inclina más a la oración personal y otras en las que es muy conveniente o necesario echar mano de los libros. A algunos parece que la misma naturaleza les impulsa al diálogo personal con Dios; las fórmulas de oración les resultan un obstáculo a la espontaneidad. Otros, en cambio, encuentran más fácilmente en las oraciones de los santos y en la Sagrada Escritura, la fórmula para expresar sus propios sentimientos de alegría y sus necesidades personales. Hay quien se acomoda sin dificultad al ritmo invariable del rosario; y quien prefiere concentrar en una sola avemaría la meditación pausada de todo el misterio; incluso no faltan quienes simplemente gustan de arrodillarse ante una imagen de la madre de Dios para conversar espontáneamente con ella y meditar en su compañía los grandes misterios de nuestra salvación. *En esto hay que dejar a cada uno la mayor libertad.* Porque cada uno debe crecer en el sentido que Dios le dicta. Las normas de la liturgia y las leyes del rezo en común imponen ya suficientes limitaciones, que por lo demás en ningún caso es lícito descuidar.

Algunas almas piadosas, ansiosas de pertenecer a todas las hermandades y cofradías imaginables, se cargan con tal cúmulo de oraciones obligatorias que no tienen tiempo para el diálogo espontáneo con Dios y así terminan olvidando la verdadera oración. En tal caso surge una resolución radical: liberarse de la sobrecarga de rezos formulistas a fin de tener lugar y tiempo para permanecer atento a todo lo que Dios quiere decirnos con los diversos acontecimientos de nuestra vida, sobre todo en la celebración de los santos misterios, esforzándose por vivir en diálogo personal con Él.

El rezo de las horas

Para muchos sacerdotes el *rezo del oficio divino* representa un problema parecido. Michael Pfliegler escribe agudamente sobre este particular: «El breviario es para el sacerdote o una puerta que diariamente se le abre a los más grandes tesoros y fuentes de la santificación personal, o bien la escuela diaria para ir olvidando poco a poco, pero radicalmente, la vida de oración» [1].

El rezo de las horas debe ser una prolongación de la celebración eucarística y una preparación para la próxima subida al altar. El oficio divino ha de permitirnos captar más hondamente la palabra de Dios que se nos dirige tan eficazmente en los sacramentos. El rezo del breviario, en cuanto oración oficial de la Iglesia, debe introducirnos, más íntimamente que la pura oración privada, en el misterio de la oración de la Iglesia que es la respuesta que la esposa de Cristo da a su esposo divino en los sacramentos.

La principal preocupación y empeño del sacerdote al rezar su breviario no se centrará en la observancia de la rúbrica ni en la pura recitación material. Recordemos siempre la advertencia del Señor: «Cuando recéis, no habléis mucho como los paganos. Ellos creen que cuanto más hablen, tanto más fácilmente serán escuchados. Vosotros no sigáis su ejemplo» (Mt 6, 7s).

Es absurdo objetar que el breviario, aun recitado con irreflexión y sin comprender lo que se dice, tiene su eficacia, pues es «la oración de la Iglesia». ¿Cómo es posible que la Iglesia, la esposa de Cristo, responda a la palabra amorosa y vivificante de su esposo con un indigno farfulleo? El rezo del breviario se designó con el nombre de «oración de la Iglesia», cuando las diversas partes del día se santificaban con una oración en la que podía tomar parte todo el pueblo cristiano. Pero cuando el sacerdote se ve en la imposibilidad de rezar el oficio debidamente y tiene que resignarse a despachar cuanto antes esa obligación, entonces hemos de concluir que la oración de la Iglesia ha dejado de ser la oración adecuada para él.

Para rezar bien el breviario no basta haber hecho en el seminario un curso sobre el salterio. Es preciso un esfuerzo sostenido para

1. *Priesterliche Existenz,* p. 56.

penetrar en su más hondo significado. También es muy importante distribuir razonablemente el rezo a lo largo del día, según lo permitan las ocupaciones.

La escrupulosidad y exageración legalista no son ciertamente el mejor terreno para que germine una recitación alegre «en espíritu y en verdad». Es cierto que el sacerdote ha de empeñarse seriamente en satisfacer el ideal de esta ley tan importante, esforzándose sobre todo en rezar con devoción. Pero si advierte que ha recitado completamente distraído una parte del oficio, en ningún caso tiene por qué repetirla. Lo mejor es que concentre su esfuerzo en recitar la siguiente con tanta mayor atención. El que padece inquietudes de conciencia, siempre que dude si ha recitado ya alguna parte, puede resolver tranquilamente esa duda a su favor. Y si alguna vez, por ejemplo, al finalizar un domingo saturado literalmente por ocupaciones pastorales que no admiten dilación, se encuentra uno con el oficio sin empezar, será mejor que en vez de lanzarse encarnizadamente a «decir el oficio», haga todo lo posible por rezar devotamente la parte que corresponda a esa hora del día.

Carece de toda justificación recargar a las religiosas o a otras personas que no conocen el latín, sin motivo forzoso, con el oficio en latín o con largas oraciones en la misma lengua, que muy bien podrían rezarse en la propia. La misma Iglesia, siempre madre providente y actual, ha facilitado a todos el acceso a la lengua vulgar en la «oración oficial». Una joven que siente en sí la vocación a la vida religiosa y duda en qué congregación entrar, debiera fijarse ante todo en buscar la congregación y la comunidad en que se reza mejor. Pues la vida consagrada debe ser escuela viviente de oración.

DESCARGAR EN DIOS NUESTRAS PREOCUPACIONES

Cuando, siguiendo la exhortación del salmista, vamos hacia Dios «para descargar en el Señor todas nuestras preocupaciones» (Sal 54, 23), lo hacemos conscientes de que Él, nuestro Señor y Maestro, «tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestras molestias» (Mat 8, 17). Es el buen samaritano que, movido a compasión, se preocupó por nosotros, los pobres y enfermos, y nos confió a su Iglesia y a la intercesión de su madre María. Más aún: ha querido

seguir en todo momento a nuestro lado. En los sacramentos, que son fuerza para los débiles y medio de curación para las enfermedades de nuestra alma, nos está demostrando continuamente que sigue preocupándose de nosotros. Todos ellos, pero sobre todo la santa eucaristía, nos demuestran la gran realidad que expresó el apóstol con tan consoladoras palabras: «El Señor está cerca: no os angustiéis por nada, sino más bien, en todas vuestras oraciones y súplicas, presentad ante el Señor vuestras necesidades con acción de gracias» (Flp 4, 5s).

Si alguno está triste o «tiene sufrimiento, que rece» (Sant 5, 13). Ciertamente, lo peor del sufrimiento, de la tribulación y de la tristeza es sentirse a solas con el propio dolor, no encontrar un hombre al que abrirse por completo sin reservas; verse uno obligado a cerrarse en sí mismo en el dolor. Pero quien ha experimentado la proximidad de Dios en los sacramentos, quien ha escuchado la voz de Dios que se deja sentir tan fuertemente en los sacramentos y ha entablado con Él un diálogo en el que entran todos los sectores de la vida, vencerá sin dificultad todo dolor y todo sufrimiento. Ese hombre no puede sentirse solo. Sabe que está «bajo la protección del Altísimo».

La célebre escritora francesa, Madeleine Sémer, discípula aventajada de Nietzsche, había educado a su único hijo en la más estricta incredulidad. El muchacho tuvo que sufrir una larga y molesta enfermedad. Y un día dirigió a su madre este delicado reproche: «Al menos para estas ocasiones habría que saber rezar.»

La desesperación, sima en la que sucumben tantos hombres descorazonados que no han aprendido a rezar, debiera impulsarnos a hacer todo lo que esté en nuestra mano para enseñarles el santo remedio de la oración. Y al menos debiéramos pedir a Dios para ellos esa gracia. Aunque hay que confesar que para rezar bien, con amor y confianza, en el momento de la tribulación, es preciso haberlo aprendido antes. Sólo así podrá terminar en confiada alabanza el grito nacido de la hondura de un corazón atenazado por el sufrimiento.

El salmista, aunque no podía sentir tan maravillosamente como el hombre sacramental de la nueva Alianza la confortadora cercanía de Dios, rezaba así en medio de la más grande aflicción: «Oleadas de muerte me cercaron; torrentes de maldad me embistieron.

En mi apretura grité a mi Dios.» Y en medio de la angustia brota la oración confiada: «A ti, Señor, alzo mi alabanza; ya estoy libre de mis enemigos» (Sal 17, 4-7).

Tras el clamor de la más grande angustia humana y la maravillosa resignación confiada de todos aquellos que «rezan en espíritu y en verdad», descubre el hombre que en los sacramentos «se ha identificado con Cristo por una muerte semejante a la de Él» (Rom 6, 5), el grito poderoso de aquel que cargó sobre sí todas nuestras culpas y trabajos: «Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt 27, 46; Sal 21, 2), y luego la respuesta liberadora de la entrega filial y de la filial confianza: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46).

Si ante nosotros no estuviera Cristo, sacramento original, y si no tuviésemos siempre a nuestro alcance los sacramentos de su perdón, ¿cómo nos atreveríamos a invocar a Dios en medio de nuestra aflicción, en medio de la mayor soledad, la soledad del hombre apartado de Dios por el pecado? ¿Cómo le invocaríamos con absoluta confianza sabiendo que es precisamente nuestro pecado lo que nos ha alejado de Él?

Ciertamente, quien por el pecado mortal ha apagado en su alma la vida de la gracia no puede rezar «en el nombre de Jesús» como rezan los que viven en Cristo por la gracia. Pero Jesús, en su vida mortal, con voz poderosa y con dolores indecibles, pidió al Padre por estos pobres pecadores. Por eso, si el pecador deja toda falsa confianza en sí mismo y en sus presuntos méritos, para confiar únicamente en el perdón de Cristo, en virtud de su pasión, muerte y resurrección, está ya rezando, a su manera, «en el nombre de Jesús». La gracia adyuvante le dirige. Y tiene ante sí los sacramentos: para el no bautizado, el sacramento del bautismo; para el bautizado, el sacramento de la misericordia y del perdón. Es Cristo mismo, el Señor, quien invita al pecador mediante estos sacramentos, mediante su Iglesia, a recibir la palabra liberadora y fortificante de Dios.

Todos nosotros rezamos ciertamente «en el nombre de Jesús», cuando penetrados de nuestra solidaridad con Cristo, invocamos confiadamente a Dios pidiendo su ayuda para los enfermos, los atribulados y sobre todo para los pecadores.

APRENDIENDO LA ORACIÓN DEL CIELO

¿Cuál será nuestra oración por toda la eternidad? Amar y ser amados: *experimentar cara a cara, corazón a corazón, el amor insondable de Dios, que nos hará infinitamente dichosos y entregarnos jubilosamente a ese mismo amor.*

La oración del cielo será participar de la manera más íntima que se puede imaginar en la vida misma del Dios trino, en el incomprensible diálogo de amor entre Padre e Hijo en el Espíritu Santo. Y esta oración comienza ya ahora para nosotros, en esta vida, si bien únicamente como «en un espejo, de manera confusa» (cf. 1 Cor 13, 12), es decir, a través de la fe y la esperanza de conseguir la imagen perfecta. Pues ya ahora «se ha difundido el amor de Dios en nuestros corazones mediante el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom 5, 5).

La oración, dentro del orden de los «sacramentos de la fe», preludia ya de manera velada, aunque sumamente profunda, la perfecta realidad. Es preciso mirar siempre hacia esa realidad que esperamos y orientar hacia ella todo nuestro empeño. Conforme avanza nuestra conversión, la oración ha de ir transformándose en diálogo de amor. Dios en sus sacramentos no nos habla de otra cosa sino de amor. Nuestra respuesta ha de tender a ponerse en el mismo plano: responder cada vez con más perfecto amor al gran amor de Dios y a todas las manifestaciones de su amistad. Nuestra oración ha de brotar ante todo de la alegría por vivir tan en contacto con Dios.

En esta luz consideramos no solamente la alegre celebración del sacrificio eucarístico, sino también la visita sosegada al santísimo sacramento. Pues no solamente el sacrificio del altar, sino que en unión con él, también la presencia real en el sacramento, nos hablan de la nueva y eterna alianza de amor. Visitar amorosamente al Señor en su sacramento es manifestar una actitud de continuo agradecimiento por haber podido celebrar en la mañana los santos misterios. El que siente gusto en estas visitas y bendice estos ratos pasados en compañía del amigo divino, en los que todo el ruido del mundo se aquieta y descansa, vivirá una vida de oración marcada toda ella con el sello de la cercanía e intimidad con Dios. Toda su vida de piedad se moverá en el ámbito sacramental.

Cuanto Dios me envía es palabra y mensaje para mí. Pero solamente el corazón que reza, solamente el hombre dispuesto a responder en cada momento a la llamada del amor, puede reconocer o al menos atisbar en todo un designio amoroso de Dios. Somos rezadores en auténtico sentido cristiano, únicamente cuando, según hemos meditado, miramos las cosas con ojos de hombre sacramental, es decir, lo vemos todo a partir de la voz poderosamente eficaz de Dios y nos esforzamos por penetrar humilde y agradecidamente en su palabra. En los sacramentos nos llama Dios con nombre de hijos. Así pues, sólo de los sacramentos puede venirnos la fuerza para levantar toda nuestra vida en una respuesta filial.

En los sacramentos santifica Dios toda nuestra existencia: con cuanto somos y tenemos, nos invita a penetrar en el círculo santo y santificante de su amor eficaz. En los sacramentos nos abre las riquezas de su amor y de sus amorosos designios, en una medida siempre renovada y siempre distinta, según la naturaleza de cada sacramento. De tal forma que toda nuestra vida está consagrada, con sello fuerte e imborrable, a las exigencias del amor de Dios. Podemos, pues, y debemos abrirnos totalmente a Dios. Es preciso responder al amor de Dios con todo nuestro ser. En marcha hacia el cielo, hacia aquel diálogo eterno de amor, hay que entrar en el espacio santo de la oración con todo nuestro equipaje terreno: sólo así dejará de ser un estorbo y se convertirá en ayuda para nuestro encuentro con Dios.

Hemos visto cómo la oración vocal hecha mecánicamente es un peligro para la oración auténtica. Ésta tropieza a veces también con otra gran amenaza: la de *dejar más o menos al margen a Dios y su Palabra.* Hay peligro o de concebir la oración al modo de una obra puramente humana o de escogerse cada uno sus propios temas. En la línea de su estructura sacramental, la oración no será perfecta sino cuando nosotros atendemos sobre todo a lo que Dios nos dice y nos esforzamos en dar la respuesta adecuada. La auténtica piedad sacramental preserva nuestra oración de toda arbitrariedad, le impide degenerar en una conversación a solas consigo mismo, y no permite al hombre presentarse ante Dios irrespetuosamente para hacer valer los propios caprichos. Los sacramentos de la fe exigen de nosotros una meditación continua de las maravillas obradas por Dios en nosotros y de sus inagotables riquezas tal como

se manifiestan incesantemente en la operación de su gracia a través de los sacramentos. Y siendo los sacramentos de la fe *sacramentos de la nueva ley,* también las «maravillas de la ley divina», *mirabilia legis* (Sal 118, 18), se nos abren una vez que hemos penetrado amorosamente en la acción de Dios: comprendemos la sublime grandeza de la ley de Dios, nuestro creador, redentor y santificador.

Así pues, los sacramentos no sólo nos hacen sentirnos seguros de que Dios está efectivamente ante nosotros llamándonos con su gracia, haciéndonos felices con su compañía e invitándonos a adorarle al verle tan cerca, sino que además nos permiten comprender mejor su palabra. Los sacramentos hacen que nuestra respuesta sea totalmente personal y al mismo tiempo que sea la respuesta a Dios debida, es decir, la respuesta conforme a lo que Dios nos da y a lo que de nosotros espera.

La oración continua, continua en la medida en que nos es posible durante nuestra peregrinación hacia el júbilo eterno de la oración celestial, significa hacer de toda nuestra vida una respuesta a la palabra que Dios nos dirige en los sacramentos y en todos los sucesos dispuestos por su providencia.

El hombre sacramental, aunque muy en la tierra, está ya totalmente volcado hacia el cielo. Estamos en marcha, y tenemos que fijarnos con toda atención en los pasos que a cada momento de nuestra peregrinación hemos de dar. Sin embargo, ya durante la marcha nos asomamos mediante los sacramentos a la liturgia celestial. A la luz del diálogo sacramental, todas las cosas terrenas y todos los acontecimientos de la vida parecen los escalones de una nueva escala de Jacob: vemos cómo en todo tiempo está Dios pendiente de nosotros para conducirnos al cielo.

Mas el camino hacia la eterna oración del cielo nos impone frecuentemente duras batallas. Por eso necesitamos fortalecernos en los festines nupciales de la santa liturgia, en los que podemos unir nuestra voz al canto jubiloso de los coros angélicos. Necesitamos también las horas tranquilas, o mejor los muchos momentos de tranquila oración interior. Sólo así vuelve a brillar nuevamente el cielo, y todo se torna en un amante «*Abba,* padre amado», en «el nombre de Jesús».

Madeleine Sémer, que comprendió el grito angustiado de su hijo pidiendo el consuelo de la oración, halló luego el camino hacia la

fe y la dicha de la oración. En su diario dejó consignados estos pensamientos sobre las gracias de aquella oración que permite vislumbrar la cercanía de Dios. «Desde aquel día de luz, aun en medio de la tribulación, mi vida está en tan plena calma, en tan dulce felicidad, que si tuviera que escoger entre la oración y la vida, no dudaría un instante y con gusto me ofrecería a la muerte» [2].

¡Señor! Con tu omnipotente palabra nos llamaste a la vida. Tú nos hablas en los sacramentos palabras de vida. Danos, Señor, que, como discípulos fieles, vivamos siempre atentos a tu palabra, escuchemos en todo tu voz, hagamos de nuestra vida una respuesta de gratitud, de adoración y de amor. Señor, enséñanos a rezar.

2. *Tagebuch*, p. 231.

VIDA CRISTIANA Y VIDA DE ORACIÓN A LA LUZ DE LOS SACRAMENTOS Y DE LA ORACIÓN DEL SEÑOR

Una vez, en cierto lugar, Jesús estaba haciendo oración. Al terminar, le dijo uno de los discípulos: «Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a orar a sus discípulos.» Jesús les dijo: «Cuando oréis, decid:
Padre, santificado sea tu nombre,
venga tu reino,
danos cada día el pan necesario,
perdónanos nuestras culpas,
como también nosotros perdonamos al que nos debe algo,
y no nos pongas en tentación» (Lc 11, 1-4).

Cuando recéis, no habléis mucho, como los paganos: ellos creen que serán escuchados cuantas más palabras digan. No hagáis como ellos. Vuestro Padre sabe bien lo que necesitáis, aun antes de que se lo pidáis. Vosotros habéis de rezar así:
¡Padre nuestro, que estás en los cielos!
Santificado sea tu nombre,
venga a nosotros tu reino,
hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.
El pan nuestro de cada día dánosle hoy.
Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.
Y no nos dejes caer en la tentación,
más líbranos del mal (Mt 6, 7-13).

La palabra eficaz de Cristo en los sacramentos continúa en la misma línea la gran lección de oración que quiso darnos en el padrenuestro. En éste como en aquéllos nos ha puesto el Señor ante los ojos los grandes ideales de nuestra oración y de toda nuestra existencia. Jesucristo es el *único* Señor y Maestro. En lo alto del monte de las bienaventuranzas — Mateo presenta el padrenuestro en medio del sermón de la montaña —, sobre el monte de los dolores, el monte de la resurrección y de la donación del Espíritu, pregona su evangelio y prepara nuestra salvación. Ahora, en los sacramentos sigue pregonando eficazmente la nueva ley de gracia, que graba en nuestros corazones junto con la nueva vida. Los misterios redentores de Cristo, su voz que resuena de fuera en nuestros oídos y su acción salvífica en los sacramentos se corresponden e iluminan mutuamente.

Pero de manera muy especial se iluminan entre sí el padrenuestro y los sacramentos en su estructura fundamental. De la comparación entre padrenuestro y sacramentos podremos obtener una maravillosa síntesis de nuestra vida.

Muchos grandes teólogos, con admirable agudeza, se han esforzado en yuxtaponer a cada petición del padrenuestro una bienaventuranza, a cada bienaventuranza una virtud teologal o una virtud cardinal, uno de los frutos del Espíritu Santo y finalmente uno de los siete sacramentos. A pesar de tan excelentes modelos, no pretendemos llevar las cosas por ese camino; algunos detalles podrían parecer demasiado rebuscados. Pero el intentar una visión global de todos estos misterios lo creemos un importante deber teológico. Nos interesa sobre todo poner de relieve el valor inmediatamente vital de la gran síntesis que se deduce de los santos misterios. Intentaremos, pues, coordinar esos diversos elementos en una idea unitaria a fin de dar a conocer la mutua dependencia que existe entre los diversos puntos de vista.

«ABBA», PADRE NUESTRO

«Padre», simplemente, leemos en los mejores textos que han llegado hasta nosotros del evangelio de san Lucas. Esta lectura se ve confirmada por otros pasajes (Rom 8, 15; Gál 4, 6) que resumen

la oración de los cristianos en este grito que el mismo Espíritu Santo hace salir de lo más hondo del alma: «*¡Abba,* Padre!» Cuando los apóstoles difunden esta plegaria «*¡Abba,* Padre!», resuena en sus oídos y en su alma la voz cordial del Maestro. Cómo nos hacen recordar inmediatamente aquella súplica dolorida del huerto: «*¡Abba,* Padre! Tú lo puedes todo» (Mc 14, 36). Y aquella explosión jubilosa: «Te doy gracias, oh Padre, Señor de los cielos, que ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes y las manifestaste a los pequeños. Sí, Padre, así lo habías dispuesto» (Mt 11, 25s). ¡Qué santo temblor y qué profunda emoción no sobrecogería a los discípulos al repetir este nombre tan entrañable para el Verbo humanado! Ellos que habían escuchado también aquel «Este es mi hijo amadísimo» (Mt 3, 17; 17, 5; 2 Pe 1, 17).

El Señor nos ha enseñado a unir nuestra voz con la suya para clamar: «*¡Abba,* Padre!» Con ello quiso revelarnos no solamente el misterio de su filiación divina sino también el misterio redentor de nuestra unidad vital con Él. Podemos llamar a Dios, al «Padre de nuestro Señor Jesucristo» (2 Cor 1, 3), con el nombre de padre, padre nuestro, porque Él nos escogió por hijos en su Hijo amadísimo y nos reveló en su Hijo sus paternales designios sobre nosotros. En el bautismo nos dio nombre de hijos, y en la confirmación derramó en nuestra alma la plenitud del Espíritu de filiación, de modo que, animados realmente de sentimientos filiales, podemos exclamar: «*¡Abba,* Padre!» «El Espíritu nos asegura que somos de veras hijos» (Rom 8, 15s).

«*¡Abba,* Padre!» podemos gritar unidos en una sola realidad de vida y de amor con Cristo, en virtud de nuestra maravillosa solidaridad de destino con Él. Pero este grito confiado solamente será agradable a Dios cuando surja de un alma consciente también de la solidaridad de redención de todos los demás hombres en Cristo. Es decir, que el grito «Padre» ha de terminar siempre en un «Padre nuestro», que es lo que leemos en el Evangelio de san Mateo. Ambos textos, el de san Lucas y este de san Mateo, no se contradicen; más bien, mutuamente se ilustran y completan.

El bautismo nos hace hijos de Dios y además miembros de su gran familia; nos convierte en hermanos y hermanas de Cristo. Todo sacramento significa un encuentro personal con Cristo, y un encontrarse personalmente en Cristo con el Padre celestial. Pero los sacra-

mentos son al mismo tiempo y con idéntica verdad signos eficaces de la unidad de la Iglesia, de la unidad de todos los redimidos en Cristo.

Los sacramentos nos invitan a vivir intensamente en plan personal: a realizar y profundizar nuestra responsabilidad personal en la presencia de Dios. Personalismo es éste de raíz tan bíblica y tan genuinamente sacramental, que ha de estar sustentado por el sentido familiar — por la *pietas* divina — de nuestro Padre celestial con quien formamos una familia en Cristo. Toda nuestra oración personal, todo nuestro sentido de responsabilidad personal demuestran su autenticidad, su auténtica categoría cristiana, haciendo nacer en nosotros un sentido de familia, impulsándonos a alabar a Dios en el coro de nuestros hermanos y a compartir nuestras propias responsabilidades con las suyas.

PADRE, QUE REINAS DESDE TU TRONO CELESTIAL

El nombre de padre es el nombre más íntimo: descubre la indescriptible dicha de sentir a Dios cercano. Es la única palabra que tiene el hombre ante el *mysterium fascinosum* del Dios Padre. Ella nos habla del amor incomprensible del Padre celestial que nos envió a su Hijo unigénito y nos comunicó el «Espíritu de gloria» (1 Pe 4, 14).

En cambio, la aposición «que estás en los cielos» nos habla inmediatamente del *mysterium tremendum,* del misterio impresionante de la santidad y sublimidad de Dios. Recordamos al punto la advertencia del Eclesiastés: «Dios está en los cielos y tú sobre la tierra» (Ecl 5, 1). Experimentamos el santo temblor del profeta Isaías al contemplar la visión majestuosa del Dios tres veces santo en su trono excelso. Aquella triple invocación de los serafines nos permite hacernos una pálida idea de la sublimidad del Dios que está en los cielos.

Los sacramentos nos introducen en el misterio pascual, que es al mismo tiempo revelación del amor de Dios tan cercano a nosotros y de la santidad tremenda del Padre celestial ofendido por nuestros pecados. Para comprender en toda su complejidad y hondura el mensaje de los sacramentos, que nos hacen vivir la maravillosa experiencia de la cercanía de Dios, tenemos que haber acompañado a Cristo al huerto y haber escuchado aquel grito estremecedor en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» Tenemos que tomar muy en serio el viernes santo, si queremos gozar de las delicias del misterio pascual. La piedad sacramental exige una tensión equilibrada entre temor y confianza, entre rendida veneración y amor jubiloso, entre *mysterium tremendum* y *mysterium fascinosum* — misterio impresionante y misterio atrayente —. Los sacramentos son a un tiempo chorros ardientes de luz y nubes tenebrosas. Son signos que nos hablan del amor de Dios abajado hasta nosotros, pero también signos que nos ocultan misteriosamente la inaccesible santidad de Dios (cf. Heb 12).

El mensaje del «Dios que está sentado en su trono de los cielos» aunque exige nuestra adoración más absoluta, no disminuye en nada la santa alegría para sentir a Dios tan cercano. Más aún, hasta la aumenta. Pues al comprender la sublime grandeza del Dios santo, comprendemos también su gran dignación al concedernos, por puro amor, vivir a su lado, al lado del Dios, que, siendo Padre de nuestro Señor Jesucristo, quiere ser también Padre nuestro.

Ésta es la enseñanza inicial que nos dan las primeras palabras del padrenuestro consideradas a la luz de los sacramentos. Nos hacen comprender nuestra existencia dentro de un marco fundamentalmente personal y comunitario. Nos hacen concebir nuestra vida como diálogo empapado de profunda adoración y también de filial confianza con Dios nuestro Padre, en unión redentora con Cristo, Hijo del Padre, hecho hombre, y en el seno de su cuerpo místico que es la Iglesia.

Así pues, para nosotros los sacramentos ya no son «cosas santas» que Dios pone a nuestro servicio. Son, ante todo, como la oración, como el padrenuestro, diálogo personal en el que Dios nos habla y nosotros le respondemos. A la luz de la estructura fundamental de nuestra vida religiosa, que es primordialmente estructura hondamente personal, los sacramentos, obra salvífica de Dios en Cristo mediante la Iglesia, son signos de amor de Dios que continuamente sigue ejerciendo su eficacia y continuamente nos llama.

Mediante los sacramentos penetramos en el ámbito del personalismo sobrenatural: somos llamados e interpelados personalmente en Cristo; luego, en Cristo, en virtud de su Espíritu Santo y en virtud

de su esposa, la Iglesia, podemos dar a Dios la respuesta debida. Y, transformados por la «ley de la oración», vemos en todos los dones, aun en los puramente naturales, no tanto medios para nuestros propios fines, sino sobre todo muestras de la bondad paternal de Dios, señales de su amor que nos incitan a convertirlos en pruebas de nuestra gratitud a Dios y del sentido de nuestra solidaridad con los demás hermanos.

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

La interpretación más general entre los exegetas de esta primera y fundamental petición del padrenuestro coincide en afirmar que en ellas se alude sobre todo a la *acción de Dios* y no a la nuestra. Pedimos: que Dios glorifique su santo nombre.

Es Dios mismo quien mediante su Hijo amadísimo manifestó su nombre en la obra de nuestra redención. Es Él también quien lo santifica y glorifica ante los pueblos. Esta acción santificadora de Dios llega a nosotros en los sacramentos, nos alcanza y nos transforma. Por eso, en definitiva, que Dios glorifique su santo nombre en los sacramentos, vendría a significar que Dios vuelva amorosamente su rostro hacia nosotros los hombres y nos salve. Pues mediante los misterios redentores de Cristo, que celebramos en los sacramentos reconociendo ser ellos el mismísimo centro de nuestra existencia cristiana, «el nombre de Dios es glorificado en todos los pueblos» (Mal 1, 11).

Solamente porque *Él nos santificó en los sacramentos,* podemos santificar nosotros el nombre de Dios, pero al pedir que Dios lleve adelante su obra santificadora no se excluye, sino que se incluye en dicha petición y de modo mucho más urgente, la respuesta del hombre a la acción de Dios. Hacemos nuestra la súplica de Jesús: «Padre, glorifica tu nombre»; y juntamente con Él y por Él escuchamos la respuesta: «Le he glorificado y lo he de glorificar más» (Jn 12, 28). No por Cristo, sino «por nosotros» resonó esta voz (Jn 12, 28), a fin de que diéramos cuenta de nuestra santificación y nos sintiéramos enrolados juntamente con Él en su misión sacerdotal. La acción santificadora de Dios continúa siempre en nosotros: nuestro más alto ideal debe ser hacerlo todo «para la mayor gloria de Dios».

En la Sagrada Escritura frecuentemente «el nombre de Dios» designa al mismo Dios. El nombre de Dios es, pues, lo mismo que el misterio de su gloria personal, es su manifestación en Cristo, el Hijo amadísimo, y en el Espíritu Santo. Por eso, al pedir «santificado sea tu nombre», pedimos también que sea debidamente adorado y reverenciado el altísimo misterio de la santa Trinidad. Nuestra petición suena como un eco de la petición de Jesús: «Padre, glorifícame con aquella gloria que tenía en tu presencia desde antes de la creación del mundo» (Jn 17, 5). El misterio de pascua, misterio de la glorificación del Padre y de su Ungido, es un espejo claro en el que vislumbramos la gloria del Dios trino. Y precisamente ése, el misterio en que se revela la gloria de Dios, y por el que nosotros también entramos a formar parte de la *familia de Dios.* Nuestra participación en el misterio pascual nos permite dar a Dios el nombre de «padre» y participar juntamente con Jesús, llenos de veneración y agradecimiento, en el diálogo eterno entre el Padre y el Hijo. En la glorificación del nombre de Dios va incluida nuestra honrosa elección de hijos de Dios.

El misterio pascual nos ha congregado en la gran familia de Dios. Ahora no podemos llamar de verdad a Dios Padre nuestro si no nos sentimos formando realmente *una misma cosa,* una única familia con todos los demás; es decir, si no nos acercamos a Dios tal como Él nos quiere. Tal como Él, Padre de todos nosotros, quiere ser glorificado en Cristo y en nosotros que somos mutuamente hermanos y hermanas en Cristo.

Clarísimamente ha expresado esto el Señor en su oración sacerdotal: «A ellos también he querido comunicarles la gloria que tú me diste, a fin de que sean una sola cosa como tú y yo lo somos: yo en ellos y tú en mí, para que la unidad sea más perfecta... Padre, yo quiero que éstos que tú me has confiado estén conmigo donde yo éste, a fin de que puedan ver mi gloria, la que tú me diste, pues me has amado desde antes de que empezase a existir el mundo» (Jn 17, 22-24).

¿Qué otra cosa podemos hacer para glorificar el nombre de nuestro Padre común sino unirnos en el culto, en la ofrenda de nuestra alabanza comunitaria? Ahí, en la liturgia, resplandecen nuestra unión y armonía mutuas, nuestra solidaridad salvífica instaurada por Cristo. Solamente reunidos «en el nombre de Jesús», unidos

todos a Él y asimilados en su pasión y en su muerte, podemos honrar el nombre del Padre, santificar verdaderamente el nombre paternal de Dios.

El culto divino no constituye, pues, un sector *al margen del* amor a Dios y al prójimo. En realidad, el amor verdadero a nuestro Padre celestial y a su familia es la mejor manera de santificar su nombre. Y a la inversa: solamente un alma con viva confianza de la obra santificadora que Dios ha realizado en ella y de la obligación que por lo mismo tiene de dar culto a Dios, puede hacer triunfar en la vida la caridad hacia Dios y hacia el prójimo.

«Santificado sea tu nombre» no ha de entenderse separadamente de la invocación «Padre nuestro, que estás en los cielos»: bajo cualquier aspecto que se considere, es una prolongación del primer acorde fundamental, que ya no dejará de percibirse en todas las demás peticiones. Es la petición fundamental en la que están contenidas todas las otras. Con distintas palabras ya lo había dicho santo Tomás: «La virtud de religión impera a todas las otras virtudes.» Viene a ser la forma religiosa (cultual) de todas ellas [1]. La tradición afirma unánimamente la misma verdad: el fin último y supremo de todas las obras de Dios es su glorificación, «su mayor gloria».

VENGA A NOSOTROS TU REINO

El Padre ha instaurado en Cristo el reinado de su amor en el corazón del mundo y de la historia de la humanidad. Cristo es el sacramento radical del reino de Dios, precisamente en virtud de su entrega total a la voluntad amorosa del Padre hasta el sacrificio sangriento en la cruz. En virtud del sacrificio de sí mismo, adquirió Cristo para el Padre un pueblo santo, totalmente de Dios.

Los sacramentos nos hacen participar del imperio salvífico de Dios, en cuanto de una manera gratuita y sobrenatural nos convierten en propiedad de Dios. «A semejanza de Cristo», sentimos la dicha de no pertenecer sino a Dios.

Insistentemente nos repiten los sacramentos que todo viene de la gracia de Dios. Pero no podemos pasar por alto la segunda parte

1. ST II-II, q. 81, a. 1 y 4.

de ese mensaje insistente: Dios espera frutos abundantes de aquellos a los que tan liberalmente ha favorecido.

Por los sacramentos crea Dios en nosotros «un corazón nuevo» e instaura su imperio amoroso en nuestro corazón y en nuestro espíritu. Los sacramentos crean un reino interior, pero incapaz de consentirnos cerrados en «la pura interioridad». Son signos sensibles y eficaces del Salvador del mundo, del Redentor y Señor del mundo renovado, del *Kyrios* glorioso al que, después de haber sido obediente hasta la cruz, le fueron entregadas todas las cosas. Mediante ellos prepara Él en este tiempo intermedio de gracia el acto final de la historia del mundo, en el que entregará al Padre todas las cosas «a fin de que Dios lo sea todo en todos» (1 Cor 15, 28).

Mediante la entrega de su cuerpo se santificó Cristo por nosotros, para que también nosotros seamos santificados (cf. Jn 17, 19). En los sacramentos somos santificados por Cristo para el reino del Padre no sólo interiormente en el alma, si bien es ésta la única que puede participar inmediatamente de la gracia santificante, sino también en nuestro mismo cuerpo. Cristo santifica en los sacramentos toda nuestra existencia, toda nuestra vida que va de la cuna (bautismo) hasta el día de la consumación (unción de los enfermos). Cristo santifica nuestra actuación pública (confirmación), la vida del matrimonio y de la familia (sacramento del matrimonio) y la vida en cualquier clase de comunidad (sobre todo, mediante la eucaristía, que es el sacramento central de la unidad y comunidad de la familia de Dios). Hasta la misma naturaleza inanimada participa de su obra de santificación: los dones más preciosos de la naturaleza (el pan, el vino, el agua, el aceite) son elevados a signos sagrados dentro de este imperio de la gracia divina. ¡Qué mayor prueba de que efectivamente todo cuanto ha sido creado por Él puede y debe orientarse en último término a que su imperio amoroso sea glorificado en su «familia»!

Este alcance universal del imperio de la gracia de Cristo lo pone también de manifiesto el uso que la Iglesia hace de los *sacramentales* ejerciendo por ellos el poder santificador que le ha conferido Cristo. Todos los sectores de la vida y de la actividad del hombre, hasta las técnicas más modernas, pueden recibir la bendición de la Iglesia que así los consagra claramente a la gloria de Dios. Es interesante advertir que los sacramentales son de alguna manera pro-

longación kerigmática del mensaje inagotable y riquísimo contenido en los mismos sacramentos.

Pero no siendo propiamente obras de Dios *(opus operatum Dei),* sino de la Iglesia que bendice y suplica, el fruto de los sacramentales, a diferencia del de los sacramentos, depende de las disposiciones de la misma Iglesia: del que en cada caso los administra y de los fieles que toman parte en el rito. Aquí, pues, desempeña un papel importante la actitud interior de plena humildad y amorosa obediencia al imperio gracioso de Dios.

Los sacramentos definen la manera de estar presente el reino de Dios en este tiempo intermedio que corre entre pentecostés y la segunda venida de Cristo. Este tiempo intermedio es precisamente el tiempo de los sacramentos. En él no se ha revelado aún plenamente el reino de Dios, pero sus fuerzas están ya actuando. Advertimos la presencia del reino en la Iglesia visible, en los signos visibles, en el testimonio de la fe. El reino de Dios está presente con sus dones; es ya viva presencia de palabra y de amor, y exige la respuesta de nuestra entrega total.

El tiempo de espera hasta la vuelta del Señor es el tiempo de la *paciencia* de Dios. «Actúa pacientemente porque no quiere que nadie se pierda, sino que todos lleguen al arrepentimiento» (2 Pe 3, 9). Los sacramentos son la obra poderosa pero también infinitamente paciente de Dios en la salvación de los hombres. Y precisamente en vista de esta paciencia de Dios debemos comprender nosotros la santa seriedad y urgencia de este tiempo en que Dios manifiesta su reino dándonos todo pero también exigiéndonos la entrega de todo. «¿Cómo escaparemos del juicio divino si ahora dejamos perder esta excelente oportunidad de salvación?» (Heb 2, 3).

Según los mejores exegetas, la petición «venga tu reino» ha de entenderse en sentido *escatológico.* Equivale al *maran atha* de la comunidad primitiva (1 Cor 16, 22). «El Espíritu y la esposa dicen: Ven... El que tenga sed, venga a recibir gratuitamente el agua de vida... Amén. Ven, Señor Jesús» (Ap 22, 17-20). Haremos recto uso de las gracias de este tiempo intermedio si mantenemos despierto en el alma el anhelo por la manifestación definitiva de la gloria de Dios. Pero no podremos mirar noblemente al día del Señor ni suspirar con ansia sincera por su vuelta si ahora no vivimos abiertos a su gracia. ¿Cómo vamos a pedir sinceramente «ven, Señor Jesús»

si no damos con nuestra vida auténtico testimonio de entrega al imperio absoluto de Dios? ¡Qué diferencia entre la actitud verdaderamente escatológica del cristiano y ese iluminismo apocalíptico, ese andar a la caza de revelaciones privadas o ese enfermizo contar los días que faltan para que acabe el mundo!

Todos los sacramentos en general, y cada uno con acento peculiar, nos aseguran que el reino está ya presente en nosotros y — según nuestra apertura a él — por nosotros. Claro que está presente sólo como «un granito de mostaza» (Mt 13, 31; Mc 4, 31). Nuestra vida sacramental está sometida a la *ley del crecimiento,* desde el bautismo a la eucaristía y la unción de los enfermos. El Señor va desarrollando gradualmente en nosotros la vida que nos prepara al día de nuestra resurrección. Poco a poco nuestra existencia se va dejando penetrar de las fuerzas de la redención. Este proceso se verifica secreta pero continuamente según el ritmo que le señale el Señor. Sólo nuestra resistencia puede imponerle graves y repetidas demoras. En todo instante podemos retardar este progreso.

«El reino de Dios es semejante a la levadura que tomó una mujer y la mezcló con tres medidas de harina hasta que fermentó toda la masa» (Mt 13, 33). Nuestro sí primero y noble al reino de Dios ha de profundizarse y demostrar su autenticidad haciendo que todos nuestros sentimientos y deseos, toda nuestra actividad sean un sí ininterrumpido a Jesucristo.

Los sacramentos nos están diciendo continuamente que somos «sal de la tierra» (Mt 5, 13). Si hemos probado de verdad la sal de la palabra de Dios que preserva de toda corrupción (como probamos la sal en el rito de nuestro bautismo), podemos y deberíamos ser «para Dios buen olor de Cristo entre todos los que se salvan... olor que de la vida conduce a la vida» (2 Cor 2, 15s). Dios nos enriquece y santifica en los sacramentos en vista a la salvación de todo el mundo. Quien entierra el talento recibido en los sacramentos privando al «pueblo de Dios» de estos dones divinos, sin dejar transmitir a su alrededor esas fuerzas que Dios le ha comunicado, ciertamente que será arrojado a tierra como sal desvirtuada.

Los santos misterios hacen que seamos también «luz en el Señor» (Ef 5, 8). Por eso se nos exige: «Caminad como hijos de la luz» (Ef 5, 8s; 1 Tes 5, 5; Rom 13, 12). Incandescentes por la luz y el fuego del amor de Dios en los sacramentos podemos ser en

Cristo y con Cristo «luz para todo el mundo» (Mt 5, 14). Llamados a la luz maravillosa de Cristo e iluminados por su esplendor, podemos pregonar a todo el mundo las obras portentosas de nuestro Dios (1 Pe 2, 9).

Los sacramentos son signos del reino de Dios que viene a nosotros con gran poder, aunque ocultamente, y son igualmente signos de la fe y unidad del *pueblo de Dios*. Son sencialmente también signos de la Iglesia, la cual en este tiempo intermedio hasta la vuelta del Señor, pregona su reino y es ella misma signo poderosamente eficaz y humilde del reino de gracia. Tanto los sacramentos como esta segunda petición del padrenuestro «venga tu reino» nos obligan a sentir con la Iglesia, a obedecer fielmente sus indicaciones y colaborar eficazmente con ella.

HÁGASE TU VOLUNTAD ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

Los «sacramentos de la nueva ley» nos manifiestan la voluntad de Dios de manera «celestial». Precisamente por eso son algo característico de la nueva ley. En ellos nos expresa Dios su voluntad a manera de don que amorosamente nos concede. Los sacramentos ponen toda nuestra vida bajo la ley de la voluntad dadivosa de Dios: «¿Qué podré dar al Señor por su gran generosidad para conmigo?» (Sal 115, 12).

En el cielo ya no habrá preceptos límites ni leyes puramente exteriores. Allí todos nos sentiremos animados por la «ley» viva del amor de Dios. Allí todo será amor, respuesta amante, cumplimiento amoroso de la santa voluntad de Dios. Para quien vive de la gracia sacramental y hace de los sacramentos ley y norma de su vida, para ése — y solamente para ése — tienen aplicación las consoladoras palabras del apóstol: «Ya no estáis bajo un régimen de ley. Estáis únicamente bajo la gracia» (Rom 6, 14). Quien se entrega de todo corazón a «la ley espiritual de la vida en Cristo Jesús» (Rom 8, 2), está ya a salvo de toda acusación de la ley. «Si os dejáis guiar del Espíritu, ya no estáis bajo la ley. Los frutos del Espíritu son: caridad, alegría, paz, longanimidad, servicialidad, bondad, fidelidad, dulzura, dominio de sí. Contra todo esto ya no hay ley» (Gál 5, 18ss).

Esta petición del padrenuestro se relaciona particularmente con la gracia y obligaciones que confiere el sacramento de la *confirmación*. Solamente quien ha sido bautizado con el fuego de la caridad, «con el Espíritu Santo», puede cumplir con auténtica verdad las leyes de la Iglesia y del Estado. Solamente él puede reducir todas las prescripciones exteriores del evangelio a la ley más universal que es «ley del Espíritu».

En nuestra oración «a estilo celestial» («como en el cielo») va también expresada nuestra situación de peregrinos hacia lo definitivo: *ya ahora,* aquí sobre la tierra podemos comprender y cumplir la voluntad de Dios en dimensiones celestiales, porque «la caridad divina ha sido derramada en nuestros corazones». Pero como continuamente seguimos acosados por el «hombre viejo» y sus concupiscencias, nuestra oración ha de ser ella misma lucha incesante por alcanzar en todo momento las fuerzas necesarias para que la voluntad de Dios triunfe y se imponga realmente en nuestra vida. Así pues, si bien podemos sentirnos *ya* como en el cielo, experimentamos la tensión de quien todavía *no* ha alcanzado su meta.

Esta petición mantiene despierta en nosotros la esperanza del triunfo final y al mismo tiempo nos espolea a poner en juego en el momento presente todas las potencialidades de la gracia.

EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA DÁNOSLE HOY

En esta petición del padrenuestro expresamos nuestra confianza en la providencia divina, según nos lo enseñó Jesucristo: «No tenéis por qué vivir angustiados: diciendo: Qué comeremos, qué beberemos, con qué nos vestiremos... Vuestro Padre celestial sabe bien que necesitáis todo eso. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os concederá por añadidura» (Mt 6, 31ss). San Mateo trae estas palabras en el mismo capítulo en que ha recogido el padrenuestro.

No es una petición de sabor mundano, pues no pedimos a Dios un seguro de vida contra cualquier eventualidad que algún día pueda sobrevenirnos, sino simplemente que no nos falte el pan (lo más necesario) para cada día. Y no expresamos este deseo sino después de habernos interesado alegre y generosamente por el reinado amo-

roso de Dios, que es lo que ante todo nos importa. Antes de pedir a Dios nuestro pan, le hemos saludado jubilosamente con el nombre de «*Abba,* Padre, Padre nuestro» y nos hemos preocupado de la «búsqueda de su reino». Ésa es la primera preocupación: el anhelo común que sienten los hijos de Dios de dar al Padre del cielo el honor debido mediante el amor y la armonía en su familia terrenal y de cumplir su voluntad paternal de modo «celestial», es decir, con amorosa disponibilidad. Las preocupaciones terrenas quedan así en su debido lugar. Y en las cosas de la tierra vemos dones preciosos de nuestro Padre común, que Él nos da no tanto para servicio personal de cada uno, como para aumentar la riqueza de toda la familia de los hijos de Dios. Esos dones se nos conceden para que los pongamos al servicio de la caridad y de la verdadera justicia entre los hermanos.

También «el reino de Dios» va incluido en esta petición. Porque el pan dice relación a los dones y a la salvación que se nos ofrece en el reino. El pan se convierte en el pan verdadero de Cristo. Al recibir este pan celestial, nos hacemos todos un solo cuerpo. Cuando pedimos al Señor nuestro pan material, en el que concretamos todos nuestros deseos de orden natural, en realidad pedimos sobre todo el cumplimiento de nuestro mayor anhelo, la venida del reino de Dios.

En la santa misa recitamos el padrenuestro, y especialmente esta petición, *antes de sentarnos a la mesa de la eucaristía.* El pan que entonces pedimos nos lo ha preparado el amo divino y es fruto de sus sudores, más aún: de su sangre derramada por nosotros. Pedir pan tan costoso es una petición atrevida. Pero el mismo Señor nos manda pedirlo y no hemos de titubear.

El padrenuestro antes de la comunión nos enseña qué es realmente la oración «sacramental»: manifestar a Dios nuestras necesidades grandes y pequeñas con igual confianza, pues en los sacramentos tenemos la prueba más palpable y segura de que Él está siempre dispuesto a derramar sus gracias sobre todos los que con fe se las piden.

El alimento terreno, el pan y el vino, es para nosotros señal evidente de la realidad sobrenatural de la comida eucarística. Bajo el pan y el vino está Cristo realmente presente, aunque de modo misterioso.

Para la validez de la misa basta que el sacerdote pronuncie correctamente las palabras de la consagración sobre pan y vino verdaderos. Pero si queremos que la realidad del sacramento signifique algo para nosotros y que la celebración eucarística sea algo vital y sirva para fortalecer nuestra fe y nuestra esperanza, es preciso que también nosotros tomemos parte en ese banquete familiar. En torno al altar ha de sentirse el ambiente íntimo de familia. Quien se mantiene en una actitud meramente pasiva demuestra que ni comprende ni sabe agradecer los sudores del Padre ni la cariñosa solicitud de su madre. Para comprender el hondo significado del banquete eucarístico, hay que haber aprendido a partir el pan de aquí abajo unos con los otros y unos por los otros. Para asimilar de manera vital el mensaje de ese ágape cordial de fraternidad cristiana, hay que saber quemarse en cálida solidaridad por los hermanos. Por lo demás ¿será preciso insistir todavía hoy, en esta época de renovación litúrgica, en que todos han de contribuir a que la misma celebración sea ya de por sí signo elocuente de comunidad, de unidad y caridad?

Necesitamos esa doble experiencia: la del banquete de la familia terrena y de la familia celestial. La terrena es símbolo de la celestial; y la celestial da plenitud de sentido a la terrena. El banquete terreno y el sacramental son camino e invitación continua a la *mensa caelestis,* a la *coena vitae aeternae.* Ambos banquetes son una anticipación del festín dichoso que celebraremos en la perfecta comunidad de la gloria.

El sacrificio de Cristo arrastra todas las cosas en una corriente de redención y santificación. «Por Él, oh Señor, creas sin descanso estos dones, los santificas, los vivificas y nos los concedes» (Canon).

PERDONA NUESTRAS DEUDAS
ASÍ COMO NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES

También aquí es fácil ver el fondo, o mejor, la raíz sacramental de esta petición. Recibimos el bautismo, precisamente para que se nos perdonara el pecado. En el banquete eucarístico recibimos el cuerpo del Señor y bebemos su sangre, derramada por nosotros «para perdón de los pecados». ¿Qué decir del sacramento de la penitencia, siempre a nuestro alcance, gran signo de la misericordia?

Nuestra oración confiada pidiendo a Dios perdón de nuestros pecados no es en realidad sino respuesta a la voluntad de perdonarnos, manifestada por Dios en los sacramentos. Él está siempre pronto a perdonarnos, con tal que se lo pidamos sincera y humildemente.

De una manera o de otra, todos los sacramentos están ordenados al perdón de los pecados y a la curación de las heridas que dejaron en el alma. En ellos se repite con emocionante actualidad la escena de la parábola del hijo pródigo: «El padre ve llegar al hijo desde lejos; corre compadecido a su encuentro, le echa los brazos al cuello y le besa» (Lc 15, 20).

Los sacramentos son la redención siempre a nuestro alcance. En ellos, Dios mismo nos instruye, nos perdona y nos salva. Son *divina institutio,* institución permanente destinada a infundirnos nuevo valor después de nuestras múltiples caídas. Cuando medimos la distancia entre este tiempo de gracia sobreabundante y la realidad de nuestra vida estancada, incorregibles zagueros del reino, nos sentimos desalentados; pero los sacramentos vienen en nuestra ayuda: nos dan ánimos para rezar: «¡Padre, perdona! He pecado contra el cielo y contra ti.» Los sacramentos confirman nuestra confianza en la palabra que es casi juramento divino: «Crees tú que me gozo en la muerte del impío, dice el Señor. No, sino que lo que deseo es que se convierta de su mal camino y viva» (Ez 18, 23).

Todos tenemos que darnos golpes en el propio pecho, y no en el del vecino. El que no confiese sus pecados y no se convierta, tendrá que sufrir el castigo de su culpa. «El alma que pecare, morirá» (Ez 18, 20). Es verdad: cada uno cargará con su pecado. Pero eso no puede hacernos olvidar nuestra responsabilidad por la salvación del prójimo. Los sacramentos nos enseñan también a pedir por todos: «Perdónanos *nuestras* deudas.» Nos hablan muy alto de nuestra solidaridad de redención en Cristo, que vino precisamente por nosotros, los pecadores, para romper las cadenas de nuestra solidaridad de perdición en Adán.

La Iglesia continúa y actualiza la solidaridad de redención en Cristo al hacernos recitar en común esta petición «perdónanos nuestras deudas». Ella es la madre que siente maternalmente como suya la miseria de toda una humanidad en pecado y sobre todo la desgracia de sus hijos pecadores. Cuando no nos limitamos a pedir el

perdón de nuestras culpas, sino que nos esforzamos por compartir las cargas de los hermanos, estamos efectivamente en el camino verdadero de la conversión y de la misma santidad, vivimos en la Iglesia.

Es evidente que esta conciencia colectiva de la necesidad de pedir perdón no es una invitación a sacudirse las propias responsabilidades en los hombros del vecino. Más bien, expresa nuestra convicción y sentimiento de que nuestra lentitud en corresponder a tantas gracias ha contribuido a fortalecer las fuerzas del mal, privando a los pecadores de la ayuda que de nuestra parte cabía esperar y por medio de nosotros les tenía destinada el dador de todos los bienes.

Estos dones y perdones que sin cesar nos brinda Dios en los sacramentos son también una urgencia continua de la nueva ley, en este caso de un aspecto importante de la caridad fraterna. En el marco sacramental se nos ofrece palpable la misericordia de Dios, juntamente con la exigencia de perdón al hermano. Cuando diariamente pedimos perdón por nuestras culpas nos urge la obligación de perdonar a nuestro hermano, de demostrar la caridad con los que aparentemente o en realidad son nuestros enemigos: «Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.» Ley del amor al enemigo, tan decididamente promulgada en el sermón del monte y tan heroicamente llevada a la práctica por el mismo Cristo en su muerte, ley que se graba por medio de los sacramentos en nuestra vida de hombres nuevos.

Finalmente, aquí tenemos bien clara la prueba de que la imitación de Cristo, la *imitatio Dei et Christi,* de la cual tantas veces hablaban los padres de la Iglesia siguiendo a san Pablo, no tiene nada de extraordinario. Se trata simplemente de hacer nuestros interiormente los sentimientos de Cristo en virtud de nuestra asimilación sacramental con Él y en virtud de la experiencia agradecida del amor perdonador de Cristo y del Padre celestial.

Y NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN, MAS LÍBRANOS DEL MAL

La última petición del padrenuestro nos ofrece un rasgo característico de los sacramentos, el cual, aun siendo grande e importante,

es presentado más de una vez con tal insistencia y tan unilateralmente, sin atender a los otros aspectos de la teología de la gracia, que pierde parte de su belleza: los sacramentos son «medios de salvación», remedios contra nuestra debilidad, ayuda frente a la tentación.

La estructura del padrenuestro nos muestra el lugar de esta función de los sacramentos:

El que ha experimentado la dicha del encuentro personal con Cristo y del diálogo con el Padre del cielo «en el nombre de Jesús», no temerá nada más que el pecado y evitará con todas sus fuerzas ponerse a jugar con el peligro. Confiando únicamente en la ayuda de Dios, hará todo lo posible para huir de las ocasiones de pecar y mantendrá en guardia su corazón contra las seducciones del mal.

El que, conforme a la primera petición del padrenuestro y al significado fundamental de los sacramentos, lo ha orientado todo a la mayor gloria de Dios, a la *santificación del nombre de Dios Padre,* está ya a salvo de una de las peores tentaciones, la tentación de un grosero egoísmo, una de cuyas especies más peligrosas, por ser de las más refinadas, es precisamente el egoísmo de la propia salvación, el egoísmo del que quiere servir a Dios únicamente hasta donde tiene necesidad de Él.

El *sello del reino de Dios* que caracteriza a los sacramentos y la segunda petición del padrenuestro nos invitan a no sucumbir a las preocupaciones del momento, a la tentación del materialismo terreno. Nos hacen mirar perseverantemente al gran día de la vuelta del Señor. El ídolo del nivel de vida es la gran tentación de aquellos que ni tienen idea de la grandeza del reino de los cielos. Pero para quienes suspiran con todas las fibras de su corazón por la revelación del reino de Dios, la tentación de lo terreno está desprovista de toda virulencia.

El que en los sacramentos pronuncia un sí decidido a la ley de la gracia que es expresión del reino de Dios llamando a nuestra puerta, ve en todas las cosas y circunstancias de la vida un *kairós,* una hora de gracia, una situación que le brinda inmensas posibilidades para el bien. Ese paso resuelto al frente le libra de sucumbir a la fuerza cegadora del mal.

El que alegre y cordialmente acepta la obligación sacramental de cooperar activamente en el bienestar del pueblo de Dios, se lanza

a crear, en unión con todos los buenos, una atmósfera saneada que es condición imprescindible para vivir y constituye por sí misma un testimonio de que el reino de Dios está realmente significando algo en la vida de los que le han aceptado. Al mismo tiempo el gran número de los débiles está reclamando esta atmósfera sana como protección absolutamente necesaria contra las tentaciones.

El que, fortalecido por los sacramentos, se consagra alegremente a cumplir la voluntad de Dios *así en la tierra como en el cielo,* se aleja cada vez más en su afán de perfección de los postes de señales que marcan la frontera del peligro.

Quien ha comprendido el sentido auténtico de la petición del pan de cada día en la comunidad eucarística y en el ambiente agradecido de la «familia de Dios», puede entregarse sin peligro a los propios problemas económicos. Si ha hecho suyos esos sentimientos de la comunidad, que pone en primer plano los asuntos de orden espiritual y está continuamente vuelto hacia Dios para agradecerle todos sus dones, la «lucha por la existencia» está ya para él desprovista de todo su veneno. Aprovechará todas las ocasiones para la práctica del bien, especialmente las que le inspire su sentido social, y vivirá muy alerta contra los campos de sirenas del egoísmo, que aconseja hacerse el duro ante los miramientos de una caridad sensiblera.

Los sacramentos son la actualización de la misericordia divina. Juntamente con la petición «perdónanos nuestras deudas», repiten a nuestros oídos el gran precepto del sermón de la montaña, el precepto del amor a los enemigos. Nos enseñan a ver en el orgullo y en la dureza de corazón la peor tentación contra el mandamiento nuevo: «Amaos unos a otros como yo os he amado» (Jn 13, 34; 15, 12). El pecado nos había hecho enemigos suyos. Amándonos a nosotros, pecadores, nos quiso manifestar hasta dónde es capaz de llegar el verdadero amor: «No como si fuéramos nosotros los que amamos a Dios primero. Fue Él quien se adelantó: nos amó y envió a su Hijo unigénito como propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4, 10). El cristiano sacramental no puede engañarse disculpando la dureza de corazón o la actitud inflexible frente al hermano que le ha ofendido como si se tratara de un «pecado elegante» o de una exigencia del honor. Sabe que esas disculpas no son más que el disfraz más estudiado del «maligno» para hacernos sucumbir a las tentaciones contra el amor a los enemigos.

Ciertamente, el cristiano sacramental no puede poner su vida bajo la consigna de «evitar las ocasiones próximas», si eso significara que el miedo a la tentación es en realidad su preocupación predominante. La actitud ha de ser necesariamente de signo positivo. Pero esta entrega confiada al servicio del bien, que ha de prevalecer sobre el propóisto de no caer en el mal, no debe impedirle que, consciente del bien tan grande que está en juego, tema por su propia debilidad. Los sacramentos son fortaleza para la lucha. Por medio de ellos Dios le infunde valor, pero también le advierte: «Andad con mucho cuidado cómo os portáis: no como necios sino como prudentes, y aprovechad bien estas oportunidades de la gracia; porque los días son malos. No viváis a lo loco, sino esforzaos en comprender qué es lo que Dios quiere de vosotros en cada momento» (Ef 5, 15ss).

La piedad sacramental tiende a introducirnos cada vez más profundamente en el misterio de la batalla escatológica entre Cristo y el mal, entre Cristo y «el maligno». El cristiano vive de la alegría de la salvación. Pero se siente obligado a tomar parte en la lucha de Cristo contra los poderes del mal. La carta a los Efesios, que es precisamente el texto sagrado que nos habla tan maravillosamente del misterio de la redención, de la Iglesia y de la vida sacramental, contiene también esta exhortación a vivir con las armas en la mano y con la oración siempre a flor de labios: «En fin, haceos fuertes en el Señor y en el vigor de su fortaleza. Revestíos la armadura de Dios, para poder hacer frente a los ataques del diablo. Pues nuestra guerra no es solamente con la carne y la sangre, sino contra las autoridades y potencias, contra los que gobiernan este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que habitan bajo los cielos... Vivid, pues, en continua súplica. Rezad en todo tiempo, en el Espíritu. Manteneos en vela continua» (Ef 6, 10ss).

Son los mismos tonos que resuenan en el padrenuestro. No podemos escamotear estos aspectos de la gracia sacramental y de las obligaciones que nos imponen los sacramentos. Pero tampoco olvidar que estos aspectos no revisten todo su valor sino cuando se les sitúa en su lugar propio dentro del conjunto de toda la doctrina cristiana. Presentarlos de una manera unilateral y desenfocada es hacerles perder la raíz más pura de su seriedad y su urgencia.

¡Señor, quédate con nosotros! ¡Penétranos de tu vida! Llénanos de tu espíritu a fin de que juntamente contigo podamos rezar «¡Abba, *Padre!*» *Haz que unamos nuestra vida con tu vida y así unidos vivamos para alabanza de nuestro Padre que está en los cielos y para dar testimonio en la tierra de la fuerza de tu amor que a todos nos une.*

Parte segunda

EL MISTERIO DE LA SALVACIÓN EN CADA UNO DE LOS SACRAMENTOS

QUÉ NOS ENSEÑA LA GRACIA BAUTISMAL

La gracia de Dios, fuente de salvación para todos los hombres, ha alboreado sobre el mundo. Ella nos enseña a renunciar a la impiedad y a las concupiscencias mundanas, y a llevar una vida de moderación, honestidad y santidad en este tiempo presente, teniendo siempre a la vista el feliz cumplimiento de nuestra esperanza, cuando aparezca el esplendor de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. Él se sacrificó por nosotros para librarnos de toda maldad y hacernos un pueblo limpio que fuera suyo en propiedad y practicara celosamente las buenas obras.

En otro tiempo anduvimos nosotros como insensatos y rebeldes; anduvimos errantes, esclavizados por toda clase de pasiones y placeres, viviendo en la maldad y en la envidia, odiándonos y persiguiéndonos unos a otros. Pero cuando apareció la bondad y filantropía de nuestro Redentor, entonces, no por mérito de algunas buenas obras que nosotros hubiéramos podido hacer, sino por su pura misericordia, se nos concedió la salvación mediante el baño de regeneración y de renovación en el Espíritu Santo. Pues el Espíritu fue abundantemente derramado sobre nosotros mediante Jesucristo, nuestro Redentor, a fin de que, justificados por su gracia, alcancemos en esperanza la herencia de la vida eterna (Tit 2, 11-14; 3, 3-7).

La liturgia nos ha hecho muy familiar este cántico jubiloso a la gracia de Dios, nuestro Redentor, que resuena insistente en nuestros corazones. Con él nos introduce san Pablo en el mismísimo centro

de la existencia y de la piedad cristiana, dejándonos entrever la dichosa novedad del programa moral del Nuevo Testamento: Dios está a nuestro lado; su gracia operante y eficaz es nuestra maestra y nuestra guía. Ella es, en realidad, la ley más honda de la vida cristiana. El amor dadivoso de nuestro divino Redentor, es decir la gracia, nos indica cómo hemos de conducirnos en este tiempo intermedio en el cual la revelación de su amor solamente se ha iniciado. Fijos los ojos en la gracia que ya ahora nos envuelve, hemos de prolongar nuestra mirada, anhelante y confiadamente, hacia la hora definitiva en la que todo lo que la gracia ha comenzado, alcanzará su plenitud. Mirada bien abierta hacia la presente hora salvífica y tensión esperanzada hacia la plena manifestación de la gloria de nuestro Dios, son las dos actitudes o más bien los dos aspectos de la misma y única actitud que en nosotros origina la gracia.

LEY DE GRACIA

«La gracia nos enseña.» Esto es lo que constituye la alegría y la fuerza de la nueva ley. Ante nosotros, los hijos de Dios, no existe un cúmulo imponente de prescripciones, mandamientos y amenazas: ante nosotros está el Emmanuel, el Dios-con-nosotros, «la bondad y el amor a los hombres de nuestro divino redentor» (Tit 3, 4). No somos, pues, nosotros quienes trazamos nuestro plan de vida conforme a una ley que a nosotros nos parece. No son nuestras obras el fundamento sobre el que hemos de construir. Desde el día en que por medio de los sacramentos realizamos nuestro primer encuentro personal, experimental, con Jesucristo, nuestra vida está ya palpablemente bajo el signo de su gracia. Hemos visto el signo sacramental. Hemos escuchado su palabra sacramental. Pero por encima de todo sabemos que desde ese día llevamos el sello de Cristo grabado en nuestra alma.

Ésta es la ley fundamental de nuestra vida, una ley que Dios ha grabado a fuego en nuestra alma: vivimos en virtud de su gracia; la gracia de Dios es y será siempre la regla de nuestra vida. «No a causa de algunas obras rectas que nosotros hubiéramos podido hacer, sino movido únicamente por su piedad quiso salvarnos mediante el baño de regeneración y de renovación en el Espíritu Santo, el cual

derramó abundantemente sobre nosotros por medio de nuestro Redentor, Jesucristo» (Tit 3, 5s). Ésta es la realidad fundamental que está en la base de nuestro ser cristiano. Ésta es la fuerza que pugna por transformar nuestra vida. Vivimos de la gracia, y con los ojos fijos en la gracia, hemos de acomodar todas nuestras actividades a esa ley capital de nuestra nueva existencia. Nuestra misma oración nace de la gracia; rezando adquirimos más plena conciencia de que el principio de todas las cosas ha de estar siempre en Dios y no en nosotros.

«La gracia nos enseña.» Éste es el misterio gozoso del esfuerzo moral del cristiano. Es el misterio que los sacramentos nos van presentando siempre en nuevas facetas. En la celebración de los santos sacramentos, de los santos misterios, el mismo Señor en persona nos da su gracia y nos manifiesta así su voluntad amorosa. San Cirilo de Jerusalén lo inculcaba a los catecúmenos: «Corresponde a Dios concederte la gracia. A ti recibirla y guardarla.» «Como discípulos del Nuevo Testamento, llamados a participar por la gracia de los misterios de Cristo, cread en vosotros un corazón nuevo y un nuevo espíritu» [1].

La vida cristiana es en su más honda esencia respuesta a la voz de la gracia. Exige continuamente una actitud de discípulo frente a la vivificante llamada de la gracia.

No se puede concebir la gracia como un puro remedio que nos ayuda a cumplir los mandamientos. Es mucho más. Gracia es presencia inmediata de Dios, que nos enseña las grandes metas que su don nos ha hecho accesibles y a las que su amor nos obliga. Gracia es fuerza impulsora para exclamar jubilosamente como hijos de Dios: «*¡Abba,* Padre!» (Rom 8, 15). En ese grito va expresada nuestra buena disposición hacia la voluntad de aquel que es el mismo amor.

Esta presencia de nuestro Dios dándose a nosotros la sentimos sobre todo en el momento de la sagrada comunión. Por eso, en ese instante dichoso tomamos las palabras del salmista para expresar nuestro agradecimiento: «¿Qué podría ofrecer yo al Señor en pago de todo lo que me ha concedido?» (Sal 115, 12). Si conservamos siempre esta actitud interior, es decir, si vivimos bajo la impresión

1. *Primera Catequesis,* PG 33, 376 y 369.

de la presencia del Señor en los sacramentos y enfocamos todos nuestros problemas conscientes de que la gracia está siempre actuando en nosotros, entonces podremos con toda verdad afirmar que «la gracia nos enseña» a vivir.

Al principio de nuestro esfuerzo hacia la perfección de la vida cristiana habrá seguramente muchas cosas oscuras, muchos puntos sin clarificar. Pero el paso más decisivo está ya dado. Cuando hacemos de la ley de la gracia ley fundamental de nuestra vida, aun sin llegar a comprender plenamente el alcance maravilloso de esta ley, hemos dado ya la respuesta decisiva que Dios espera de nosotros.

LA GRACIA BAUTISMAL NOS INCULCA ESPÍRITU FILIAL

A través de la gracia, el mismo Espíritu Santo se convierte en maestro interior de nuestra vida. Al infundir en nosotros el nuevo ser, graba en nuestro interior la ley que Cristo nos enseñó con su palabra y con su ejemplo. La inscribe en nuestro corazón (Heb 8, 10). Y luego nos ayuda continuamente a expresar en nuestra vida esa ley interior, a traducir la imagen de Cristo que el carácter bautismal ha impuesto en nuestra existencia.

Lo primero que el Espíritu Santo graba en nuestra alma es nuestra *filiación divina*. Es la gracia propia del bautismo. «En el bautismo de Jesús resonó la voz del Padre: "Éste *es* mi Hijo querido"; a ti, en cambio, se te dijo el día de tu bautismo: "Ahora *has sido hecho* hijo mío"» [2]. Bautizados en Cristo, nos hemos revestido de Cristo (Gál 3, 27). Hemos sido hechos semejantes al Hijo de Dios (Rom 8, 29). Nuestra vida tiene que ser, pues, vida informada por Cristo, vida semejante a aquel que es a plenitud y por naturaleza Hijo del Padre. «Según la amorosa decisión de su voluntad, determinó de antemano que seríamos para Él como hijos adoptivos en virtud de Cristo Jesús, para alabanza de la gloria de su gracia, la cual nos concedió tan abundantemente en su Hijo, el amado» (Ef 1, 5s).

La gracia bautismal nos enseña a mirar a Cristo, precisamente en cuanto que *Él es el Hijo predilecto*. Como hijos adoptivos, tenemos que aprender de Él la manera de portarse un hijo con su Padre. En cuanto hijo, Jesús se está recibiendo continuamente como Verbo eterno del amor infinito del Padre. Ésta es la gloria eterna del Hijo: recibirse continuamente como don amoroso del Padre y entregarse al Padre otra vez en respuesta de igual amor infinito. Y la santísima humanidad de Cristo participa de la manera más perfecta en este intercambio amoroso entre Padre e Hijo.

Toda la obra redentora de Cristo quiere ser ante todo expresión de su más íntima naturaleza: Jesús es ante todo el Hijo. Al entrar en el mundo pronuncia su primera oración, expresando una actitud de filial obediencia que mantendría hasta el final, hasta alcanzar el punto culminante de su obediencia en el misterio pascual: «Me has preparado un cuerpo. Aquí me tienes, dispuesto a cumplir tu voluntad» (Heb 10, 5ss). Aceptándose como don del amor del Padre, no busca *su* voluntad, ni *su* gloria, sino solamente la voluntad y la gloria del que le ha enviado. Quiere responder con todo su ser al don del Padre, y para ello se entrega confiadamente al Padre como víctima total mediante el sacrificio de la cruz. La gloria de la resurrección, que el Padre le ha de conceder, será la prueba de que su sacrificio ha sido aceptado. Pues el misterio pascual de la muerte y resurrección de Jesús no será sino reflejo y destello de la gloria eterna que tenía el Hijo cabe el Padre antes de la creación del mundo. La gloria de Cristo es la gloria del Unigénito, que recibe su ser del Padre (Jn 1, 14). La gracia nos permite participar de esta gloria que compete al Hijo en virtud de su filiación divina: «De su plenitud hemos recibido todos, gracia sobre gracia» (Jn 1, 16).

Mediante el bautismo, el misterio redentor de la muerte y resurrección de Cristo — en definitiva su relación filial respecto del Padre — se convierte en forma de nuestra vida. Hemos sido hechos hijos de Dios a semejanza de Cristo. Podemos considerarnos como puro don del amor de Dios. En un sentido plenamente filial, podemos mirarnos como nacidos de Dios (Jn 1, 13). El bautizado puede y debe mantenerse alejado de ese grave error del hombre autónomo, del hombre irredento que considera su relación con Dios como algo sobreañadido. El bautizado, en cambio, sabe y siente, pues la gracia se lo enseña, que todo lo que es y todo lo que tiene, lo es y lo tiene únicamente por haberlo recibido de Dios. Sabe que por pura gracia de Dios es Hijo «a semejanza de Cristo». «Sí, sois hijos. Y porque lo sois, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el

2. CIRILO DE JERUSALÉN, PG 33, 62.

cual grita: "¡*Abba,* Padre!" De manera que tú, gracias a Dios, ya no eres esclavo sino hijo» (Gál 4, 6s).

Podemos en Cristo y con Cristo entregarnos totalmente al Padre. Y de este modo, entregándonos confiada y agradecidamente al Padre, haciendo de nuestra vida una continua alabanza a aquel de quien todo lo recibimos, tomamos parte en la gloria del Hijo Unigénito, participamos de su don «gracia sobre gracia».

El principio y la cima de la vida cristiana es un sentido filial para con Dios, sentido filial que corresponde realmente a nuestra condición de hijos de Dios.

El bautismo es «el baño de la conversión», como lo designaba ya san Justino, uno de los más antiguos escritores eclesiásticos. El don de la conversión, o en otras palabras, del retorno a Dios, es «el espíritu de filiación que nos hace exclamar: "¡*Abba,* Padre querido!" Precisamente este Espíritu está diciendo a nuestro espíritu que somos hijos de Dios» (Rom 8, 15s).

Los sacramentos de la conversión nos hacen hijos de Dios. Por eso la exigencia fundamental que el bautismo pone a nuestra vida y que toda nueva gracia del Espíritu nos recuerda es vivir conforme a nuestra divina filiación: «*Si no os convertís y hacéis como niños, no podréis entrar en el reino de los cielos*» (Mt 18, 3).

El niño sabe que todo lo ha recibido de sus padres. No le cuesta pedir. No tiene miedo a perderse, sino que vive plenamente confiado en sus padres. No teme equivocarse haciendo lo que ellos le dicen. El niño es en su simplicidad una imagen natural del Hijo de Dios. El bautismo nos hace ser de manera más perfecta, de modo sobrenatural, copias vivas de Cristo, de su agradecimiento filial, de su entrega al Padre. Para eso precisamente nos dio Cristo su Espíritu y a eso va encaminada toda gracia del Espíritu Santo: a enseñarnos a recibirlo todo como venido del Padre y a entregarnos agradecidos al Padre como hijos suyos. «Conociendo esto, nuestra adopción divina, caminemos en el Espíritu; pues los hijos se dejan guiar por el Espíritu (Rom 8, 14). De nada sirve llevar el nombre de cristiano, si los frutos no se ven por ninguna parte» (Cirilo de Jerusalén).

Junto con la adopción nos concede Dios en el bautismo las tres fuerzas fundamentales para vivir esa vida divina: la fe, la esperanza y la caridad. Estas tres virtudes nos enseñan y ayudan a realizar en la vida nuestro ser de hijos de Dios.

En el mismo momento en que la Iglesia pone en nuestros labios la confesión de nuestra fe y nos recibe en la comunidad de los creyentes, abre Dios nuestros oídos «a fin de que escuchemos como discípulos» (Is 50, 4).

La *virtud de la fe* nos da una mirada sencilla y penetrante para considerar las obras de Dios. La fe, en cuanto fuerza viva de Dios en nosotros, quiere ser mucho más que el puro acto intelectual de asentimiento a las verdades que Dios nos ha revelado. La fe no se queda sólo en el entendimiento: abre nuestro espíritu y nuestro *corazón* a los misterios más personales e íntimos del corazón de Dios; por la fe hacemos nuestra la verdad que se nos ofrece en la misma persona de Cristo viniendo a nosotros, verdad felicísima, verdad que libera, verdad de la que brota continuamente la vida.

Hay que poseer un sentido especial para comprender la palabra de Dios que solicita nuestra fe. Hay que saber escuchar como escucha un niño. Hay que aprender a maravillarse como sólo puede hacerlo un niño. Pues solamente así, mediante este sentido filial, podremos penetrar por la oración y la meditación en las riquezas de la verdad divina hasta abismarnos en la entrega a aquel que es la verdad en persona.

La fe halla su mejor expresión en el diálogo filial de la plegaria. Dichoso el que desde el regazo materno ha aprendido que rezar no es lo mismo que «despachar unas cuantas oraciones o recitar algunas fórmulas», sino hablar con Dios de corazón a corazón. Rezar es hablar filialmente con Dios. Y este carácter filial del diálogo amoroso con nuestro Padre implica siempre una actitud fundamental de atención a lo que Dios quiere decirnos. Son tantas cosas las que Dios nos dice. Él nos habla siempre. Nos habla en la Sagrada Escritura. Nos habla a través de la predicación. Nos habla mediante su palabra eficaz en los sacramentos. Nos habla mediante la acción de su gracia fuera de los sacramentos. Nos habla mediante su providencia que

dispone todas las cosas que suceden en nuestra vida. Solamente el sentido filial de la fe puede descubrir en todos esos instantes la voz amorosa de Dios y seguirla con amor.

«El espíritu de filiación, en el cual exclamamos: *¡Abba,* Padre!, nos permite descubrir que somos hijos de Dios. Si somos hijos, somos también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo» (Rom 8, 15ss). El diálogo filial de la fe lleva ya en sí la *esperanza,* la confianza filial. La oración despierta en nosotros la conciencia de que, unidos con Cristo, hijo por naturaleza, somos también verdaderamente hijos de Dios. De aquí nace la confianza filial del heredero, del miembro de la familia. Esta confianza, sin embargo, no tiene nada que ver con un interesado mirar hacia el cielo como premio o salario de nuestro esfuerzo. La esperanza nos hace mirar al cielo con ojos filiales, nos hace ver en el cielo ante todo la eterna comunidad en el amor de Dios y de todos los suyos. La esperanza que nos da el bautismo infunde ante todo en nuestra alma esta seguridad: Dios mismo será nuestro premio. Él nos lo asegura: «Yo soy tu salvación.»

La virtud teologal de la esperanza alienta nuestras relaciones filiales con Dios, las cuales encuentran cauce adecuado en la oración de petición que nace espontánea y sencillamente como la confiada súplica de un niño. Perseverar en esta oración de petición es mantener una alabanza continua a la bondad paternal de Dios y dar un sí alegre y total a nuestra absoluta dependencia de Dios. La virtud teologal de la esperanza afirma en nosotros esta convicción: «Lo recibiremos todo con tal que nos entreguemos a Dios por completo.»

Esta entrega confiada a Dios se demuestra en la *aceptación del sufrimiento.* La muerte de Cristo en la cruz es la muestra suprema de su entrega filial y de su confianza en el Padre. Buscando solamente la gloria del Padre, Cristo tiene la más completa seguridad de que el Padre se preocupa de la gloria que compete al Hijo (cf. Jn 13, 31; 17, 1ss). Al dar un sí resuelto al sufrimiento, demostramos que realmente hemos recibido el espíritu de filiación: «Coherederos de Cristo, a fin de que compartiendo con Él el sufrimiento, seamos también con Él partícipes de su gloria» (Rom 8, 17).

Para creer y esperar filialmente es preciso conservar la gracia de la filiación y con ella la *virtud teologal de la caridad.* Ésta es la virtud que da a todas las manifestaciones morales y religiosas de los

bautizados el sello auténtico de la filiación divina. Sin ella, tanto a la fe como a la esperanza les falta algo muy importante, esa entrega filial que constituye el valor más auténtico de toda virtud teológica. La caridad suscita ese júbilo exultante, infantilmente orgulloso, por la grandeza del Padre de nuestro Señor Jesucristo y ese agradecimiento alegre y rendido por la dicha de saberse llamado por el Padre con nombre de hijo.

EL BAUTISMO NOS ENSEÑA SENTIDO DE FAMILIA

Por el sacramento del bautismo nos otorga Dios derechos de hijos. Además, el bautismo nos constituye hijos de la madre Iglesia, con todos los derechos y dignidades de personas en la Iglesia [3].

Al aceptarnos Dios como hijos suyos, nos confía a los cuidados maternales de la Iglesia. Ella debe y quiere educarnos hasta que alcancemos la madurez en nuestras relaciones filiales con Dios. Por eso los mismos dones que recibimos en el bautismo nos enseñan ya a prestar fiel atención a la palabra de la Iglesia, a confiar filialmente en sus indicaciones, a permanecer amorosamente unidos a ella como un niño permanece fiel junto a su madre, a interesarnos por ella y a colaborar con ella con el mismo afán con que un niño se entrega por las cosas de la familia. En la familia de los hijos de Dios, en la Iglesia, madura el espíritu de la filiación adoptiva. Y no sólo hacia arriba, sino también lateralmente: si somos todos hijos de Dios, los que están a nuestro lado son efectivamente nuestros hermanos y hermanas.

El carácter bautismal graba en nuestro corazón y en nuestro espíritu el sello de los miembros de Cristo. Impone la obligación de hacer nuestros los sentimientos de Cristo, nuestro hermano, cabeza de su cuerpo. Abriéndonos a esta ley de vida, que es la gracia vivificadora del cuerpo de Cristo, desarrollamos la vida de Cristo en nosotros. Él no nos enseñó solamente a tener sentimientos filiales para con nuestro Padre celestial, sino también a tener sentimientos familiares hacia la gran familia de los hijos de Dios: «Cristo no vivió para buscar sus gustos» (Rom 15, 3). Siendo hijo de Dios, se

3. Cf. CIC, canon 87.

hizo hermano nuestro, y nos enseñó la norma de conducta en nuestras relaciones con los hermanos. «Tenemos el deber de soportar las debilidades de los que no poseen nuestra misma fortaleza; no podemos buscar solamente lo que a nosotros nos agrada» (Rom 15, 1s).

Con libérrima decisión de su voluntad, Cristo se entregó por nosotros. Su amor le hizo sentirse solidario de nuestra condición y quiso compartirla hasta la muerte. Seguir este ejemplo suyo es poner de manifiesto la unidad que existe entre todos los miembros de la familia de Dios, para gloria del Padre celestial. Naturalmente, esto exige paciencia y sufrimiento. «Que el Dios de la paciencia y del consuelo os conceda tener entre vosotros las mismas aspiraciones según el ejemplo de Cristo. Así podréis, con un solo corazón y una sola boca glorificar al Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Rom 15, 5ss).

Con estas y parecidas exhortaciones pretendía el apóstol de las gentes ir más lejos de lo que a veces se piensa. No intentaba solamente proponer el ejemplo virtuoso de Cristo, el cual podemos y debemos ciertamente seguir. Ni tampoco perseguía, en primer lugar, exhortarnos a un sometimiento a la voluntad de Cristo. En el fondo está el misterio del cual nace la obligación de crear en nosotros sentimientos filiales para con Dios y sentimientos familiares hacia la Iglesia, misterio al que san Pablo alude con frecuencia: *Nuestra vida «en Cristo»*.

Por el bautismo Cristo vive en nosotros. Por la gracia bautismal se imprime a nuestra alma el mismo sello de Cristo. Tenemos, pues, la obligación de vivir conforme a ese ser nuevo que se nos ha dado. Es ley de la vida que ya domina en nosotros. Por eso nos dice san Pablo de sí mismo que se siente «cogido» por Cristo y que, por tanto, no puede buscar sus intereses, sino que se ve obligado a buscar el gusto de los otros y a pensar continuamente en el mayor número a fin de que éstos alcancen la salvación (1 Cor 10, 33). Este deber no es privativo o característico del apóstol; todos los bautizados, en virtud de la vida divina que Cristo les ha dado, están sometidos a la misma ley de solidaridad.

Unidos por una misma cabeza, que es Cristo, hemos formado una familia, en alguna manera *un* cuerpo. Nuestra propia salvación — nuestra permanencia «en Cristo» — está sometida esencialmente a la ley de la solidaridad. «Hemos sido bautizados en *un* solo Espíritu para constituir un solo cuerpo, y en *un* solo Espíritu hemos sido abrevados» (1 Cor 12, 13). De aquí la consecuencia que saca el gran maestro de la solidaridad salvífica: «Cuando sufre un miembro, sufren todos los demás miembros con él. Cuando un miembro recibe alguna distinción, todos se alegran con él» (1 Cor 12, 26).

Que, como bautizados, tenemos que «llevar unos las cargas de los otros», es para el apóstol simplemente *la ley de Cristo* (Gál 6, 2). Efectivamente: Cristo, nuestra cabeza, ha llevado las cargas de todos nosotros. El bautismo nos ha incorporado a todos en la misma unidad de amor que impulsó a Cristo a derramar su sangre por todos: «Todos vosotros, los que habéis sido bautizados en Cristo, os revestisteis de Cristo... Formáis todos una sola cosa en Cristo Jesús» (Gál 3, 27). «Soportaos unos a otros con caridad y esforzaos en conservar la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz: *un* cuerpo y *un* espíritu, como es *una* sola la esperanza que os aguarda al final de la vocación que habéis recibido. *Un* señor, *una* fe, *un* bautismo, *un* Padre de todos que está sobre todos, por todos y en todos» (Ef 4, 2-6). San Agustín tiene unas expresiones maravillosas sobre este misterio de la unidad: «Habiendo muchos hombres, son, a fin de cuentas, un solo hombre: muchos hombres, pero un solo Cristo. Los cristianos, juntamente con su cabeza, ascendida a los cielos, forman el *único* Cristo. No es que Él sea uno y nosotros muchos: en Él, que es uno, nosotros, que somos muchos, somos en realidad una sola cosa. Éste es, pues, el único hombre que en verdad existe: Cristo, cabeza y cuerpo» [4].

Tratando del amor conyugal santificado por el sacramento del matrimonio, establece san Pablo una regla que debe ser también ley fundamental de los hijos de Dios dentro de la gran familia de los bautizados: en ambos casos el amor debe ser semejante al amor de Cristo, redentor de su cuerpo, que amó a su Iglesia y se entregó por ella [5]. «Redimidos por el *uno* y mediante el *uno,* tenemos que ser nosotros mutuamente redentores.» En esta conocida frase de Clemente de Alejandría está perfectamente esta realidad que funda el bautismo: la unidad de la gran familia de Dios. Toda nueva gracia que nos une más íntimamente con Cristo, nos impulsa y ayuda a crecer también en el espíritu de colaboración y a trabajar eficazmente en el bien de los demás. Y a su vez, este misterio de nuestra soli-

4. San AGUSTÍN, *Com. in Psalm 127, 3;* PL 36, 1679.
5. Cf. Ef 5, 23ss.

daridad dentro de la gran familia, en la cual todos formamos una sola cosa y estamos animados de los mismos sentimientos, constituye también un motivo decisivo para llevar adelante nuestra tarea de propio perfeccionamiento. Como ya señalaba Clemente de Alejandría [6] en el siglo II, el sentimiento de solidaridad nos anima a avanzar por el camino del bien. Porque cuanto más unidos estemos personalmente con Cristo, tanto más fluirá de nosotros la salvación y la salud para nuestro prójimo y toda la familia de los hijos de Dios.

Este pensamiento de nuestra íntima solidaridad en la obra de la salvación, que tan claro aparece en la divina revelación y que brota espontáneamente de la consideración del bautismo, nos conduce a otro misterio para nosotros muy querido: el de la colaboración de la santísima Virgen en la obra de la redención, el misterio de la mediación de María bajo el *único* redentor y mediador, Jesucristo. Esta asociación de la Virgen como compañera y diaconisa de la salvación por parte del Vervo encarnado, nos muestra palpablemente «qué abundante es en Él la redención». La mediación de la Virgen, aunque ocupa un lugar único, sobresaliente y en cierto modo incomparable, permanece, sin embargo, dentro del marco de la solidaridad salvífica de todos los redimidos en Cristo. Si no pensamos agradecidos y generosamente en nuestra propia solidaridad con nuestros hermanos, de poco valdrá que ensalcemos calurosamente las grandezas de nuestra medianera. Esas alabanzas no agradarán a Dios. Hemos de comenzar por tomar en serio y cultivar nuestro sentido de familia sobrenatural. Un cristiano «egoísta de su salvación» no puede ser verdadero devoto de María, y desde luego tampoco será buen cristiano.

A la luz de estas verdades, comprendemos por qué la moderna sociología y psicología insisten tanto en el papel básico del ambiente como fuerza o factor decisivo del comportamiento humano. En el nuevo lenguaje de estas ciencias, podríamos decir: El único medio para liberarnos de la solidaridad en el pecado, para contrapesar la fuerza aplastante de un ambiente corrompido, es despertar en nosotros conciencia de nuestra solidaridad en la obra de la salvación, favorecer el sentido de familia, único que puede crear un nuevo ambiente. El egoísta, y muy particularmente el hombre «egoísta de su

6. Cf. PG 9, 413.

salvación», permanece esclavizado por las viejas fuerzas del mal, y, consciente o inconscientemente, arrastra a los demás consigo a actitudes estrechas. El egoísta crea división. En cambio, el sentido de colaboración y de responsabilidad, el sentido de familia y armonía, es como un lazo de unidad, que nos libera y redime a nosotros mismos y a nuestro ambiente. En la fuerza de la caridad y en la armonía de todos los hijos de Dios radica nuestra victoria sobre el mundo. De la unidad de los cristianos depende la victoria de la fe que confesamos en nuestro bautismo, la manifestación cara a todos los hombres del misterio glorioso que llevamos dentro de nosotros.

En su oración sacerdotal, rezaba Cristo por todos los que reciben el bautismo, «sacramento de la fe»: «Les he dado la gloria que tú me diste, a fin de que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno y el mundo conozca que tú me enviaste y los amaste a ellos con el mismo amor con que me amaste a mí» (Jn 17, 22s).

¿No es natural que al cabo de estas reflexiones pensemos en la celebración del rito bautismal, que, como signo elocuente y sensible de esta honda realidad, está llamado a recordarnos una y otra vez este misterio? ¿No es deseable que todo el pueblo, toda la familia de Dios tome parte activa en ese rito para expresar su alegría por el nacimiento de un nuevo miembro en la familia? Todo bautismo que se celebra en la parroquia, que es el lugar normal de su celebración, debiera ser una ocasión para que todos los feligreses se comprometiesen fielmente a procurar que el recién nacido a la familia de Dios encuentre dentro y fuera de la iglesia aquella atmósfera pura y alegre sin la cual no es nada fácil perseverar y crecer en la gracia de la fe.

EL BAUTISMO NOS ENSEÑA A SER AGRADECIDOS

Según los designios de Dios, el bautismo significa salvación y elección. «Por nosotros mismos estábamos, igual que los demás, sometidos al tremendo juicio de Dios. Pero Dios, rico en misericordia, quiso mostrarnos su gran amor y así, aunque estábamos muertos a causa de nuestros pecados, nos condujo a la vida junto con Cristo. Habéis sido salvados por su gracia. Por Cristo nos resucitó y nos concedió un lugar en los cielos» (Ef 2, 1-9).

En su carta a Tito describe el apóstol de las gentes con mucha mayor claridad la solidaridad de los malos en el pecado, que a todos nos tenía atenazados, a fin de poner más de manifiesto el carácter inmerecido de nuestra elección. «Entonces amaneció sobre el mundo la bondad y generosidad de Dios, nuestro redentor, y nos trajo la salvación, no a causa de algunas obras buenas que nosotros hubiéramos realizado, sino por su pura misericordia: mediante el baño de regeneración y de renovación en el Espíritu Santo» (Tit 3, 4ss).

A este llamamiento y predilección inmerecida debe corresponder un corazón agradecido. La perseverancia en esta gracia inmerecida y en general toda la vida cristiana, deben estar, por una exigencia íntima, bajo la ley de la gratitud. Incluso nuestros «méritos», es decir, las buenas obras que podamos hacer, han de considerarse ante todo como don de Dios. Pues todo cuanto hacemos recibe su valor eterno solamente cuando se edifica sobre la base de nuestra vocación inmerecida con la que Dios quiso distinguirnos al principio.

La expresión más espontánea de gratitud es reconocer alegres que todos los beneficios recibidos son muestra del amor que nos tiene Dios. ¡Qué alegría poder ser agradecidos con Dios! ¡Cuántas veces aparece este sentimiento en las catequesis bautismales de san Cirilo de Jerusalén! Con especial relieve lo encontramos cuando, al final de su exposición, recuerda una vez más a los neófitos todos los beneficios recibidos: «Cómo habéis sido purificados de vuestras culpas mediante la ablución del agua y por la palabra; cómo, a semejanza de los sacerdotes, habéis sido hechos partícipes del nombre de Cristo, el ungido; cómo se os concedió el sello de la comunicación del Espíritu, y cómo, finalmente, vuestra vida no tendrá otro sentido sino caminar, en obras y palabras, dignamente conforme a la gracia recibida, a fin de que podáis alegraros de la vida eterna. En fin, alegraos siempre en el Señor. Os lo diré otra vez: Alegraos» [7].

Es imposible que esta alegría agradecida no rebase el alma y se desborde hacia los demás. Necesariamente hará nacer el deseo de que todos los hombres sientan esa inmensa alegría. El amor de Dios se manifiesta en la obra de la redención: su infinita felicidad se desborda sobre nosotros para hacernos también felices; Dios quiere que también los hombres participen de su amor bienaventurado. La gra-

7. *Catequesis 18*, PG 33, 1055.

titud nos convierte en pregoneros infatigables de la buena nueva.

El hecho de haber sido preferidos a otros, sin mérito mayor de parte nuestra, impone a nuestra gratitud una tarea especial: la preocupación pastoral por aquellos que todavía no han recibido la gracia del bautismo, o que, habiendo sido bautizados, no viven de manera consciente su vocación bautismal.

En el Antiguo Testamento los profetas recordaban una y otra vez al pueblo que su elección inmerecida les obligaba a más con respecto a los otros pueblos. Israel tenía una auténtica responsabilidad para con las demás naciones; era «reino de sacerdotes en medio de los pueblos» (Éx 19, 6). Con cuánta mayor razón se puede decir esto del pueblo de los bautizados, que es el pueblo del Nuevo Testamento. Por gratitud hacia el que nos llamó y eligió tenemos que mostrarnos dignos de esta libérrima vocación interesándonos por aquellos que todavía están fuera: «Vosotros sois raza elegida, reino de sacerdotes, pueblo santo, que Dios reclama como suyo, *a fin de que* pregonéis las proezas de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa» (1 Pe 2, 9).

Como miembros del único cuerpo de Cristo, tenemos obligaciones recíprocas de unos para con otros. Pero como comunidad orgánica, que ha recibido una vocación colectiva, como nación sacerdotal, tenemos la obligación de anunciar a los gentiles las maravillas de Dios.

La responsabilidad para la conversión de los paganos y por la vuelta de los separados no es algo privativo de los obispos y de las órdenes misioneras. Todo bautizado, y evidentemente todo sacerdote de manera especial, debe llevar muy en el alma el celo misionero. Todos a su manera pueden contribuir a la conversión de los paganos: mediante el testimonio de la fe, el buen ejemplo, la caridad, la oración y el sacrificio. La vivencia alegre de la fe y la gratitud por la vocación bautismal crecen y se afirman en la vida de cada cristiano y máxime en la vida de una parroquia o de una diócesis, exactamente en la medida en que prospera en el alma individual o en la colectividad del celo misionero.

Antes del bautismo nos preguntó la Iglesia qué le pedíamos. Le respondimos que la fe. Y se nos concedió esta virtud divina como participación en la fe de la Iglesia. ¿Para qué otra cosa sino para que la *confesemos* con la boca y con la vida?

La gratitud por este don inmerecido exige de los cristianos una fe espléndida, una fe empeñada en proclamar las grandes maravillas de Dios, de modo que la Iglesia sea en realidad para el mundo bandera enhiesta, signo de la fe que todos puedan contemplar desde los más apartados rincones. Lo será no solamente gracias a la pureza de su doctrina, sino también gracias a la dignidad de nuestros cultos litúrgicos y a la fuerza irradiante de nuestra vida.

Las laudes divinas en el culto eucarístico y el fausto de nuestras iglesias no son agradables a Dios sino cuando nuestra gratitud por los beneficios va unida con un celo eficaz por las misiones extranjeras. ¡Qué sonido tan falso el de nuestros órganos y nuestras campanas cuando al mismo tiempo olvidamos que el misionero de infieles no tiene más que una pobre esquila con que convocar a los cristianos en una mísera choza! ¿Es que hemos pensado de verdad en ellos?

Toda nuestra vida cristiana dentro de la comunidad eclesial tiene que ser sana para poder irradiar. Y no será sana si no va acompañada siempre del recuerdo de que nuestra vocación nos impone un continuo deber de gratitud y una obligación particular para con los más desheredados, los paganos de estilo antiguo y los de hoy.

EL BAUTISMO NOS ENSEÑA ALEGRE RESOLUCIÓN

Dentro de su predicación sobre el bautismo, lanza san Pablo su consigna revolucionaria: «No estáis bajo una ley, sino bajo una gracia» (Rom 6, 14).

Así ha expresado san Pablo no solamente el honor de ser cristiano, sino también la santa resolución que debe caracterizar la vida cristiana. La pura atención a la ley exterior no implica de por sí más que la observancia de un mínimo legal. En un régimen simplemente legalista basta evitar aquello que puede motivar la sanción. La gracia es, por el contrario, principio de vida renovada, de vida según Dios y de obligación a tender a la perfección. La ley de las bienaventuranzas desemboca en una exigencia que ahora podemos comprender fácilmente a partir de la gracia: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48). Cuando menos, estamos obligados a tender noblemente hacia esa meta.

La gracia bautismal está tan unida con el acontecimiento central de la historia de la salvación, la muerte y resurrección de Cristo, que éste es en verdad la norma de nuestra vida. La gracia bautismal — y en general toda gracia — es fruto de la muerte de Cristo. Sobre nuestra vida pesa la *hipoteca de la pasión de Cristo*: ¿cómo podría un bautizado tener miedo ante la lucha sabiendo que debe su vida a la muerte del Señor? ¿Cómo podrá un cristiano contentarse con la ley del mínimo, una ley que se le impone solamente desde fuera, sabiendo que Cristo ha derramado por él hasta la última gota de sangre?

Más aún: la gracia bautismal no solamente es deuda nuestra a la muerte del Señor. Esa gracia nos une íntimamente con Él. El bautismo opera en nosotros una asimilación con Cristo en vista al misterio de su muerte y resurrección. Asimilación que es urgencia suprema. Más, mucho más que la más severa amenaza legal, esta unión con la muerte y resurrección del Señor nos prohíbe toda clase de medias tintas, todo compromiso y flirteo con el pecado: «¿Qué diremos? ¿Es que vamos a permanecer en el pecado a fin de que se multiplique la gracia? No, de ninguna manera. ¿Cómo podríamos, después de haber muerto al pecado, seguir viviendo en él? ¿O es que no sabéis que los que hemos sido bautizados en Cristo, hemos sido bautizados en su muerte?» (Rom 6, 1ss).

El que vive del evangelio y conforme a la ley de la gracia, ha puesto la barrera más eficaz contra una vida sin ley. Y por otra parte, la resolución que nos inculca el bautismo es de género muy diverso del propósito que forma el hombre dominado por el temor de la ley a fin de no crearse conflictos con sus prohibiciones. La resolución cristiana es incomparablemente más radical, pero no tiene nada de su encarnizado paroxismo. Porque la gracia, al mismo tiempo que pide, y aun antes de pedir, concede la fuerza para cumplir con alegría sus exigencias. Esta exigencia no es en sí más que expresión del nuevo ser que ha nacido en el hombre.

Pero aún no hemos llegado al fondo de nuestro análisis sobre la realidad de la gracia bautismal. La palabra más decisiva la tiene nuevamente san Pablo cuando dice: «Si hemos sido incorporados a Cristo mediante una muerte semejante a la suya, llegaremos a formar una cosa con Él mediante una resurrección también semejante» (Rom 6, 5). La muerte ya no tiene poder alguno sobre el que ha

dado un sí a la seriedad de la muerte de Cristo y la victoria de su resurrección. «Sepultados con Cristo, habéis resucitado con Él por la fe en el poder de Dios que le resucitó» (Col 2, 12).

Los repetidos *exorcismos* del rito bautismal expresan la necesidad de esta lucha decidida y la confianza de triunfar en este buen combate de la fe. Con ellos se arrojan las fuerzas del mal y se le dice al bautizado que no tiene por qué temer al maligno, con tal que edifique sobre Cristo y permanezca solidariamente unido con Cristo y con su pueblo.

Como no podría ser de otra forma, en este rito bautismal, que expresa en palabras e imágenes la realidad y la esencia de la vocación cristiana, podemos encontrar todos los elementos de la meditación fundamental de los *Ejercicios* de san Ignacio. En el bautismo nos escoge Cristo para el reino de su Padre. Nosotros damos nuestro sí, declarándonos dispuestos a combatir contra las fuerzas del mal bajo la bandera de Cristo y en perfecta solidaridad con el pueblo de Dios. A la grandeza de la elección debe corresponder una decisión resuelta y empeñada de combatir noblemente al lado de Cristo. Sabemos desde luego que en la victoria final Cristo será quien triunfe. Y su victoria será nuestra victoria si mantenemos firme nuestro frente a su lado.

La resolución del bautizado para combatir la buena lucha se alimenta de la virtud teologal de la *esperanza,* y ésta vive de la *fe en la muerte y resurrección de Cristo,* que por el bautismo han pasado a ser realidades también nuestras. Nuestro ser renovado nos asegura la solidaridad con Cristo en esta lucha, y a su vez experimentamos que este ser permanece en la medida en que pronunciamos nuestro sí a la solidaridad con todo el pueblo de Dios.

Sabemos que nada nos puede separar de Cristo, pues hemos sido incorporados a Él mediante una muerte y resurrección semejantes a la suya. La gracia se presenta con más dura urgencia que la muerte y el infierno, pero con tal de que se observe una condición fundamental: que estemos sinceramente resueltos a vivir no bajo el régimen de una ley ceñida al puro límite inferior de la obligación, sino realmente «bajo la gracia», conscientes de todo lo que signifique y exige esta gozosa realidad. No podremos, pues, formular la pregunta del esclavo: «¿Qué es a lo que en rigor estoy obligado?» Para el que vive bajo la ley de la gracia no hay más que una preocupación: vivir

fundamentalmente del don de Dios, orientar toda su actividad hacia la gracia que ha recibido por concesión sobrenatural.

Cuando agradecidos y resueltos hacemos de la gracia la ley de nuestra vida, sabiendo que en la gracia nos concede Dios realmente la norma de conducta según la nueva vida, podemos tener la seguridad de que nunca nos ha de faltar la fortaleza de esta gracia divina.

Dios no abandona sino a quien le abandona primero. Hay un grave peligro para el bautizado: centrar prevalentemente la atención en la ley exterior que señala unos límites necesarios, considerando la gracia como una ayuda que se le concede luego en vistas a la observancia de dicha ley. Es desenfocar la realidad e invertir los términos de manera funesta y vergonzosa. De ahí nace esa confusa división entre gracia santificante y gracia actual, que son de suyo dos aspectos de la misma y viva realidad. Las gracias actuales no tienen por finalidad primaria y directa ayudar a cumplir la ley exterior. Están en relación inmediata con la gracia santificante, a cuyo desarrollo se ordenan. La ley, por su parte, no es sino una defensa contra posibles concepciones falseadas de la realidad interior. La ley es ciertamente expresión del ser en gracia; pero expresión que en ningún modo traduce adecuadamente la realidad íntima de la vida de la gracia y de las gracias actuales que Dios otorga incesantemente en vista a su conservación y desarrollo. Todos estos dones de Dios exigen nuestra colaboración agradecida. La ley, teniendo en cuenta nuestra condición humana, tiende a impedir que vivamos despreocupadamente o engañados por una vaga ilusión.

«La gracia nos enseña.» Pero cuidado con entender esto como si dicha enseñanza se redujera a la meditación racional o afectiva de esta maravillosa realidad que es la gracia, auténtica norma de nuestro pensar y de nuestra conducta. Porque, por encima de la gracia y actuando a través de ella, *está el mismo Espíritu Santo, verdadero maestro interior de nuestra alma.* Lo cual no excluye que la actitud sumisa a su actuación a un tiempo suave y enérgica no exija una meditación continua de sus dones y un oído atento a la voz de la Iglesia que nos anuncia la buena nueva de la gracia y nos impulsa y conduce sin cesar hacia la ley interior de la gracia. Y no olvidemos tampoco el papel de la liturgia: participando activamente en sus misterios renovamos y profundizamos más y más nuestra orientación hacia esta realidad básica de nuestra consagración bautismal.

Te rogamos, Señor, que lleguemos por la fe a conocer más y más las grandes maravillas que has obrado en nosotros por medio del santo bautismo, a fin de que halle cumplimiento en nuestra vida lo que tú por medio de tu santa palabra nos has prometido. Haznos vivir la gracia de nuestra filiación divina de tal manera que unidos contigo miremos filialmente al Padre del cielo. ¡Afiánzanos en el amor fraterno para que nuestra mutua caridad y unidad redunde en tu gloria, amado Redentor nuestro! ¡Haznos pregoneros de tus misterios salvíficos!

DONES Y DEBERES DE LA CONFIRMACIÓN

En el último día, el más solemne de la fiesta, Jesús, en pie, gritaba en alta voz: «Si alguno tiene sed, que venga a mí, y que beba, el que cree en mí»; pues dice la Escritura: «De su interior fluirán torrentes de agua viva.» Decía esto aludiendo al Espíritu que habrían de recibir los que creyeran en Él; pues entonces aún no se había concedido a los fieles el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado (Jn 7, 37-39).

Yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Paráclito no vendría a vosotros. Pero si me voy os lo enviaré. Cuando Él venga confundirá al mundo poniendo en claro dónde está el pecado, la justicia, y cuál es el juicio recto: el pecado, acusándoles de no haber creído en mí; la justicia, demostrando que ésta estaba de mi parte, pues al desaparecer de vuestra vista, me voy al Padre; el juicio, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado. Todavía tengo muchas más cosas que deciros, pero no las podéis comprender ahora. Cuando venga Él, que es el Espíritu de la Verdad, os introducirá en la verdad cabal. Porque Él no hablará por su cuenta; os dirá solamente lo que se le transmita, y así os anunciará los acontecimientos futuros. Él me glorificará pues Él tomará de lo mío y os lo comunicará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso os decía: «Tomará de lo que es mío y os lo comunicará» (Jn 16, 7-15).

El Espíritu Santo es para nosotros don de Cristo glorificado. El Señor tuvo que pasar previamente a través del mar Rojo de su muer-

te para conducirnos al reino de su Padre. Durante la peregrinación por el desierto de esta vida terrena es también Él para nosotros la roca de la que brota el agua de vida, el espíritu de verdad. En la cruz quiso que su corazón fuese traspasado para que, a través de la herida abierta, quedase patente el amor del Hijo hacia el Padre celestial y hacia nosotros. Finalmente, terminada su carrera mortal, el Hijo hizo que también su naturaleza humana participase de aquella gloria que «poseía cabe el Padre antes de la existencia del mundo». Solamente entonces podía enviarnos desde el seno del Padre el «Espíritu de la gloria».

Mediante el don del Espíritu Santo, nuestra existencia ha sido introducida en el amor con que desde toda la eternidad se aman el Padre y el Hijo, en el amor en que — hablando desde el punto de vista de la historia de la salvación — el Hijo hecho hombre se ofreció por nosotros al Padre en la cruz, y en el mismo amor con que el Padre le glorificó en su resurrección y sentándole a su diestra.

El día de pentecostés significó para los apóstoles, para la Iglesia naciente, el primer paso hacia la comprensión del misterio pascual de la muerte y resurrección de Cristo. Ese día, por vez primera comprendieron el significado de aquellos misterios y se sintieron capaces de dar testimonio de aquellos hechos de los que habían sido testigos ante todo el mundo. De la misma forma aun después del bautismo necesitamos nosotros algo: la santa confirmación, que nos capacite para llevar a pleno desarrollo la nueva vida que late en nosotros y para dar testimonio valiente y eficaz ante el mundo.

Según doctrina expresa del concilio de Trento [1], la confirmación es verdadero y propio sacramento. No es simplemente un desdoblamiento o aclaración del rito bautismal. Pero, según la opinión unánime de los teólogos, ha de enfocarse como un profundizar en las realidades básicas del bautismo. Así pues, la gracia y las obligaciones que nacen del sacramento de la confirmación han de considerarse a la luz del bautismo. Pero también, viceversa: La confirmación lleva a plenitud la gloria que estaba implicada en la vocación del bautizado.

1. Dz 871.

VOSOTROS SERÉIS MIS TESTIGOS

Al momento de bautizarse Jesús en el Jordán, los cielos se abrieron sobre Él, y «el Espíritu revistió la forma de paloma, cerniéndose sobre Él». En aquella ocasión el Padre quiso dar testimonio de su filiación y del origen divino de su misión: «Tú eres mi Hijo querido; tú tienes todo mi favor» (Lc 3, 22). Este testimonio del Padre en favor de su Hijo, ungido con la plenitud del Espíritu, es el comienzo de su glorificación. Ésta, a su vez, nos obliga a aceptar su testimonio: «A Él tenéis que escuchar» (Mt 17, 5).

«Lleno del Espíritu» (Lc 4, 1) se lanzó Jesús a su obra de desenmascarar a Satán y a sus pompas, que son los apetitos mundanos. *«Con la fuerza del Espíritu»* (Lc 4,14), *comenzó a predicar la buena* nueva: «El espíritu del Señor está sobre mí. Me ungió y me envió a llevar la buena nueva a los pobres... a proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4, 18 ss). Jesús es el «testigo fiel» (Ap 1, 5). No habla para agradar a los hombres. Da «testimonio de la verdad» y confirma este testimonio con su sangre. El resucitado es el testigo acreditado por el Padre; nos envía el Espíritu Santo a fin de que nosotros seamos también sus testigos.

Cristo, ungido con la plenitud del Espíritu, vino a nosotros para «bautizarnos con el Espíritu Santo y con el fuego» (Mt 3, 11). «He venido a poner fuego a la tierra, y cómo quisiera ya verlo encendido. Pero primero tengo que recibir un bautismo, y cómo me quemo por verlo cumplido» (Lc 12, 49).

Llama Jesús bautismo de sangre a su pasión, que era requisito necesario para nuestro bautismo con el fuego del Espíritu Santo. El evangelista insiste intencionadamente en la glorificación de Cristo para su resurrección y ascensión como presupuesto necesario también para la efusión del Espíritu (Jn 7, 39). Ambos se explican y completan mutuamente: la glorificación de Cristo por su resurrección y ascensión es la respuesta a la glorificación del Padre por la muerte expiatoria del Hijo. Son simplemente dos aspectos de una sola e indivisible realidad: el Padre se glorifica en el Hijo, y el Hijo en el Padre. Por su obediencia amorosa hasta derramar su sangre dio el Hijo valioso testimonio de su amor al Padre; el Padre responde con otro testimonio precioso: glorificando la naturaleza huma-

na de su Hijo. De esta suerte, el fuego ardiente del amor personal entre el Padre y el Hijo a la cabeza de la nueva humanidad se convirtió en realidad palmaria, en testimonio certísimo. Las lenguas de fuego que en el día de pentecostés se concedieron a la Iglesia eran una invitación a que ella — «en el mismo Espíritu» — continuara aquel testimonio. Todos los confirmados están llamados a tomar parte como «testigos» en la obra misionera de la Iglesia. Para eso se nos concede «a plenitud» el Espíritu en el bautismo de fuego de la confirmación: para que seamos capaces de cumplir nuestro deber de ser testigos de Cristo «hasta los confines de la tierra» (Act 1, 5-8).

Por la confirmación se nos urge aún más a ser fieles a la obligación impuesta ya en el bautismo de pregonar las obras gloriosas de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz maravillosa (1 Pe 2, 9).

En el curso del rito de la confirmación unge el obispo en la frente al confirmando trazando la cruz mientras dice: «Yo te signo con el signo de la cruz y te confirmo con el crisma de la salud en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.» Con «espíritu de fortaleza», debemos, pues, hacer frente al espíritu del mal en el medio en que vivimos, dando un testimonio alegre y decidido en favor del evangelio, dispuestos al sufrimiento y a la cruz cuando fuera preciso. El crisma del amor divino es para nosotros prenda de victoria: nos habla de la victoria de la cruz frente a los enemigos y perseguidores, de la victoria del amor pronto al sacrificio. La confirmación nos capacita y nos obliga a «dar testimonio sin miedo y sin debilidad» (sínodo de Elvira). «No os olvidéis del Espíritu. Os dará un sello celestial y divino que infunde temor a los demonios. Él os arma para el combate. Os concede fortaleza. Será vuestro protector y vuestra defensa. Velará sobre vosotros como sobre sus soldados» [2].

Queda, pues, suficientemente claro que la vida del bautizado y del confirmado está esencialmente ordenada al *testimonio público de la fe;* tan esencialmente como Cristo consagró la suya a partir del bautismo en el Jordán al servicio de la voluntad amorosa del Padre, que en aquella ocasión quiso también dar testimonio en favor de su Hijo; tan esencialmente como el «bautismo» de sangre de Cristo en el día de viernes santo y en medio de los resplandores de la pascua fue testimonio decisivo ante el mundo.

2. Cirilo de Jerusalén, PG 33, 996.

El bautizado y confirmado tiene que ser apóstol y testigo de Cristo, para que su vida corresponda realmente a lo que lleva dentro del alma grabado con buril divino.

Y, sin embargo, la gracia de la confirmación nos enseña que no es precisamente el apostolado exterior, sino la *entrega,* la dócil sumisión a la dirección interior de la gracia, lo que primeramente importa. El ejemplo de Cristo nos ha enseñado bien claro — tanto en el bautismo del Jordán como en el misterio de la pasión y resurrección — que toda la fuerza del testimonio nace del amor, de la mutua donación entre Padre e Hijo. El Espíritu Santo es el vínculo de este mutuo amor. Por eso se concedió a Cristo, el Hijo, en medida desbordante y se nos concede a nosotros como prueba de nuestra adopción filial y como obligación de hacer de nuestra vida un testimonio continuo en favor de la realidad sobrenatural del mundo de la fe. Pero este testimonio no tendrá valor sino en cuanto sea expresión espontánea, consciente, naturalmente, de nuestra filial entrega a Dios.

Este aspecto, con alguna frecuencia olvidado por esos apóstoles que podríamos llamar fanáticos de la organización, lo pone muy claramente de relieve la fórmula que utilizan los griegos para la administración de este sacramento: «Sello del don del Espíritu Santo.»

El papel primordial de la interioridad no quiere, sin embargo, decir que primeramente hemos de consagrarnos a arreglar nuestras propias relaciones con Dios a fin de conseguir una perfección que nos permita dedicarnos a compartir la responsabilidad pastoral por los otros y a las obras de apostolado. En el amor que animaba a Cristo en su bautismo tenemos un testigo del mutuo amor que reina entre el Padre y el Hijo, y juntamente un testimonio de su amor a los hombres. La confirmación viene a decirnos que para crecer en el amor de Dios es preciso que crezca juntamente y brille cada vez más irradiante y más puro nuestro testimonio apostólico por la salvación del prójimo.

GRACIA Y DEBER DE SANTIFICACIÓN

El bautismo y la confirmación nos imponen un deber de santidad. En ambos escribe el Espíritu Santo con caracteres indelebles, con la escritura a fuego de su propia santidad, este sello en nuestra

alma: «Santo para el Señor.» Hemos sido lavados de nuestros pecados y «santificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios» (1 Cor 6, 11).

Mediante la reconciliación por la sangre de Cristo y mediante la santificación por el Espíritu Santo, abatió el Santo de los Santos la línea mortal de separación, el muro del pecado. Ahora nuestra propia alma resplandece en el brillo de su santidad. Ahora ya no es solamente el celo devorador de la santidad de Dios el que, desde su elevado trono, nos conmina a huir de la iniquidad. En virtud de su ser renovado por el Espíritu Santo, el hombre nuevo, el santificado ve en el pecado la oposición más radical a la gracia santificante: no hay coexistencia posible.

El pueblo de la alianza en el Antiguo Testamento estaba llamado a caminar en presencia de la santidad de Dios y a glorificar el nombre de Dios ante las naciones. Su vocación de «reino sacerdotal y pueblo santo» (Éx 19, 6), era la regla fundamental de toda su conducta: «Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo» (Lev 19, 2). Como pueblo de la nueva alianza estamos los cristianos llamados a movernos de manera mucho más perfecta en el ámbito de la santidad divina. Hemos recibido la plenitud del Espíritu de santidad: luego el mandamiento de ser santos nos urge mucho más. La vocación cristiana significa esencialmente «santificación en el Espíritu Santo» (1 Pe 1, 2; 2 Tes 2, 13). En esa fórmula está indicada tanto la acción santificadora de Dios en nosotros como nuestro deber de llevar una vida santa. La gracia nos impone un imperativo: «Sed santos.»

Toda santificación nace del sacrificio de Cristo en la cruz. Nuestro sumo sacerdote, Jesucristo, funda la santidad de los elegidos en su propia santificación como víctima inmolada por nosotros [3]. Cristo, el ungido con la plenitud del Espíritu Santo, se santifica a sí mismo en cuanto que pronuncia con plena libertad y amor un sí a la misión que el Padre le señaló, la de ofrecerse como víctima por el mundo; sí a la glorificación del Padre y sí a nuestra santificación para que fuéramos capaces de santificar el nombre de Dios. «Por ellos me santifico yo, a fin de que sean santificados en la verdad» (Jn 17, 19).

3. Cf. Heb 2, 11; 10, 14.

Así como Cristo dijo sí a su santificación objetiva, esta misma santificación objetiva que se nos concede por medio del bautismo, la confirmación y la ordenación sacerdotal, reclama nuestro sí libre que ha de unirnos inseparablemente con el sí del sumo sacerdote y del cordero. Por la gracia santificante de los sacramentos, y en particular por el carácter sacramental, vivimos «en Cristo Jesús, hecho por nosotros justicia, santidad y reconciliación» (1 Cor 1, 30). Unidos con Él, somos «hostia agradable, santificada en el Espíritu Santo» (Rom 15, 16).

Mediante la confirmación y los demás sacramentos, afirma y profundiza el Señor la obra maravillosa de nuestra santificación comenzada en el sacramento del bautismo. El sacramento de la santa unción pondrá la última mano a esta tarea, cuando fortalecidos por la gracia propia de este sacramento y unidos perfectísimamente con Cristo, entreguemos nuestra vida en las manos del Padre.

«La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús» (Rom 8, 2) pide de nosotros una vida santa, pues es ley que nos santifica. Para el hombre ser santo significa vivir conscientemente de la gracia recibida, entrar agradecido en los designios de Dios, que santifica y glorifica su nombre en la obra de nuestra salvación. El Espíritu Santo obra incansablemente en los santificados, y por eso la consigna de santidad impresa en nuestra vida y renovada con cada gracia nueva suena así: «Que el santo siga adelante en su santificación» (Ap 22, 11).

LLAMADOS A SANTIFICAR EL MUNDO

Cristo se santificó ofreciéndose como víctima por la salvación de todo el mundo. Santificados en Cristo no podemos centrarnos en el problema de nuestra «propia» salvación. Sería interés egoísta y estrecho. Además, nuestra salvación no está sino en el cumplimiento agradecido del deber básico de nuestra vida: santificarnos conforme al Espíritu de santificación que hemos recibido *para gloria de Dios y para salvación de todo el mundo*. Dios quiere que por medio de nosotros todos los hombres y toda la creación se revistan del glorioso esplendor de su santidad.

Uno de los nombres con que antiguamente se designó a la confirmación era el de *teleíosis, perfección acabada*. La perfección cris-

tiana está en el servir y en el esperar la consumación de todas las cosas en Cristo. Nosotros, que tenemos el don del Espíritu, no esperamos solamente en la plena manifestación de nuestra filiación divina; experimentamos también «el anhelo de la creación», que desea también ser redimida para «la libertad, el don glorioso de los hijos de Dios» (Rom 8, 19ss). El confirmado debe saber que no hay perfección personal posible sin una arraigada y sentida solidaridad con el ambiente en torno con el prójimo y con los órdenes humanos, con toda la creación de Dios.

El que ha recibido el don del Espíritu tiene que colaborar con todas sus fuerzas desde su puesto, desde su profesión y su ambiente, para que todas las cosas terrenas vuelvan a ser reconocidas como dones del Padre celestial y empleadas como medios de la caridad al servicio de la comunidad, «en justicia y santidad verdaderas» (Ef 4, 24).

Entre los deberes que nos impone la confirmación sobresale también la *misión temporal de los seglares*. No se trata solamente de que en su profesión, en la vida económica, cultural, en la vida política — en cualquier parte en que se encuentre — observan las leyes de la creación. Es necesario que todo esto lo hagan, pero conscientes de que no conseguirán cumplir perfectamente con esta misión si no se esfuerzan en hacerlo todo conforme al «Espíritu de santidad» por el que Cristo es Señor del mundo redimido, y con una orientación clara de toda su vida a la mayor gloria de Dios y a la salvación del mundo. Solamente así volverá a brillar el orden de la creación para los redimidos y santificados. Ese orden creado será también regla de nuestra vida cuando vivamos del don supremo, del «sello con el don del Espíritu Santo», y nos entreguemos desinteresadamente por el mundo de Dios.

EL ESPÍRITU SANTO NOS ENSEÑA LA LEY DE CRISTO

Solamente el Espíritu Santo, el cual nos ha dado la vida en Cristo Jesús, puede enseñarnos la «ley de Cristo», la ley del amor desinteresado y consciente de nuestra solidaridad en la obra de la salvación. Más aún: podemos decir que la gracia del Espíritu Santo que, enviado por Cristo glorificado, renueva en nosotros el misterio

de Cristo, es en última instancia y en un sentido maravilloso nuestra verdadera ley. Como dice santo Tomás, la nueva ley consiste principalmente en la gracia del Espíritu Santo que se concede a los fieles [4]. Y al hablar así, santo Tomás no hace sino transmitir el eco de la tradición. Agustín siente verdadera pasión por recalcar esta profunda verdad. En solemne ocasión, al prometer la eucaristía y al instituirla en el cenáculo, se refirió el Señor a este misterio: «El Espíritu es el que da vida» (Jn 6, 63). «El Espíritu os enseñará todas las cosas» (Jn 14, 26; 16, 13).

En el sentido más pleno de la palabra Cristo en persona es nuestro legislador [5]. Aun exteriormente promulgó su ley. En el monte de las bienaventuranzas y con palabras llenas de energía y autoridad trazó unas metas de altura insospechada. En el Gólgota, con la letra de su sangre preciosísima, derramada por nosotros, manifestó la ley de su amor con una urgencia tal que ningún corazón sensible puede ignorarla. En el cenáculo explicó el sentido de la institución de la eucaristía y del lavatorio de los pies con palabras de claridad meridiana: «Os he dado un ejemplo para que vosotros hagáis lo que yo he hecho» (Jn 13, 15). «Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn 15, 12). Todas sus palabras y acciones, su persona y su ejemplo nos anuncian la voluntad amorosa de su Padre: nos hablan de lo que Dios nos da y también de lo que consiguientemente nos exige. A su Iglesia entregó junto con el evangelio una ley alegre y liberadora. Usando de su plena potestad y guiado por su espíritu, nos manifiesta su voluntad y la del Padre: «El que a vosotros escucha, a mí me escucha...» (Lc 10, 16). Hasta ahora no ha habido otro legislador que haya expresado tan claramente su voluntad.

Sin embargo, aun siendo todo eso verdad, no está dicho lo más propio, lo peculiar, *lo principal* de la «ley de Cristo» (Gál 6, 2). Lo más grande, lo más característico de la ley nueva es que se trata de una ley establecida con autoridad pero amorosamente por el Señor mediante el don personal de su amor, mediante la «renovación en el Espíritu Santo» (Tit 3, 5). Sólo cuando envió el resucitado a los apóstoles el Espíritu de pentecostés, el cual les «explicaría y

---

4. «Principaliter lex nova est gratia Spiritus Sancti, quae datur christifidelibus», ST I-II, q. 106, a. 1.
5. Concilio de Trento; Dz 831.

enseñaría todas las cosas», comprendieron ellos verdaderamente los designios y la voluntad amorosa de Cristo. Con la efusión del Espíritu se cumplió la profecía: «Serán todos enseñados por Dios» (Jn 6, 45). Es éste un pensamiento querido de los padres y de los grandes teólogos: que la promulgación de la nueva ley tuvo lugar principalmente en el día de pentecostés, pues solamente mediante el Espíritu Santo comienza esta ley a tener vigencia para cada uno, ya que es necesario que el Espíritu del resucitado nos haga comprender desde dentro las palabras y ejemplos de Cristo. San Agustín explicaba esta verdad año tras año a los neófitos. Para él venía a ser el ABC de la religión cristiana.

Al insistir tanto en la «ley del Espíritu» (Rom 8, 2), no pretendemos en modo alguno quitar valor a la ley exterior promulgada por Cristo. Al contrario, le damos una importancia mucho mayor. Pues no son dos leyes que existan independientemente. Solamente el que se deja guiar plenamente por la gracia, el que acepta con toda seriedad esa ley interior, puede comprender y cumplir en su verdadero sentido la ley exterior contenida en las palabras y ejemplos de Cristo. No hay sino una ley. Porque no hay sino un solo Señor y *un* solo Espíritu.

El mismo Señor nos ha dado sus palabras y su ejemplo y nos ha enviado al Espíritu Santo como maestro interior. Es el mismo maestro y legislador el que ha dado a la Iglesia poder y autoridad para regir y enseñar, y el que mediante los sacramentos por él instituidos hace actuar su gracia en nosotros, otorgándonos primeramente el poder cumplir aquello que luego nos exige.

No hay más que *un* Espíritu: el que ungió a Cristo para la obra de su amor, el que fue dado a la Iglesia y el que desde el interior de nuestra alma «nos abre el oído para que escuchemos a modo de discípulos» (cf. Is 50, 4).

Si verdaderamente pensamos y caminamos en el Espíritu, tomamos efectivamente parte en la función profética de Cristo, en su testimonio ante el mundo. Ni el fanático de la ley ni el leguleyo minimalista pueden sacar al mundo del atolladero. Pasarán de largo, alzando compasivamente los hombros, y no esperéis más. En cambio el cristiano verdaderamente espiritual, interiormente libre, tiene un mensaje importante que se clava en la entraña del mundo: bien despertando la fe en Cristo, bien poniendo al descubierto el odio y la rabia de los que se oponen a ese testimonio. En los santos actúa el Espíritu de verdad, que acusa al mundo y descubre los pensamientos más ocultos. Este Espíritu demuestra que el pecado es miseria y vergüenza, mientras que la fe es prenda y comienzo de victoria sobre el mundo. En la humildad y en la debilidad aparente del hombre verdaderamente espiritual se refleja ya la victoria de Cristo crucificado y ya glorificado y comienza a dibujarse la victoria final.

EL GRAN MANDAMIENTO DEL AMOR

«El Nuevo Testamento es alianza en el Espíritu Santo, que ha sido derramado en nuestros corazones (Rom 5, 5). Y así es el Espíritu Santo el que crea en nuestros corazones aquel amor que es la plenitud de la ley, que es propiamente la ley nueva» [6].

El Espíritu Santo es el lazo amoroso entre el Padre y el Hijo. En Cristo reside la plenitud del Espíritu Santo. En el Espíritu se entrega Él desde la cruz en las manos del Padre. En virtud del Espíritu Santo sale del sepulcro. De esta forma, la cabeza de la nueva humanidad es la más acabada realización de la unión amorosa que existe entre las personas de la Trinidad, en la cual el Hijo existe como recibiéndose del amor del Padre y entregándose nuevamente al Padre en el amor del Espíritu Santo. Por el misterio pascual de su muerte y resurrección concluyó Cristo en el Espíritu Santo una alianza amorosa con la Iglesia. La misión del Espíritu es precisamente prenda de esta unión.

En Cristo reside la plenitud del Espíritu. Por eso, su misión es llevar a todos los tristes y oprimidos el mensaje feliz del amor de Dios. Ungido por el Espíritu, su vida es expresión no sólo de amor al Padre, sino también de amor a sus hermanos, los hombres: «El Espíritu del Señor está sobre mí. Por eso me han ungido para anunciar la alegría a los oprimidos; me ha enviado a proclamar la liberación de los cautivos...» (Lc 4, 18s).

El amor de que Cristo nos dio ejemplo al entregarse por nosotros en la cruz es ya ley para sus discípulos, pues también en sus corazones alienta ya el Espíritu Santo (Rom 5, 5). Solamente gra-

6. Santo TOMÁS, *Com. a 2 Cor,* III, lectio II.

cias a la presencia del Espíritu, derramado en nosotros, podríamos cumplir aquel mandamiento: «Amaos unos a otros como yo os he amado» (Jn 15, 12). Por eso puede el Doctor Angélico atreverse a afirmar que el mismo Espíritu Santo es la nueva ley, en cuanto que Él es quien engendra en nuestros corazones aquel amor que Cristo nos enseñó con palabras y ejemplos como perfección cumplida de la ley. La acción del Espíritu nos hace entrar en la órbita de aquel amor por el cual el Hijo Unigénito de Dios se vuelve continuamente al Padre y se entrega por sus hermanos.

Santo Tomás ve expresado este precepto del amor fraterno en los mismos símbolos de que se sirve el sacramento de la confirmación, especialmente en el bálsamo mezclado con aceite de oliva: «Se mezcla el bálsamo a causa de su fragancia que se difunde a los demás» [7]. En el bálsamo que progresivamente perfuma con su agradable aroma el ambiente ve santo Tomás el mismo simbolismo que en las lenguas de fuego posadas sobre las cabezas de los apóstoles, porque «el lenguaje crea comunidad con los otros» [8].

En la confirmación se nos signa con la señal de la cruz y somos fortalecidos con el crisma de la salud, a fin de poder tomar parte en la lucha como valientes soldados de Cristo. Cristo consiguió su victoria en la cruz. Fue victoria del amor. Ungidos por el Espíritu Santo con el aceite de la alegría, podemos lanzarnos a la lucha con las mismas armas de Cristo. El Espíritu que nos envía el resucitado es para nosotros prenda segura de que la victoria está ya decidida en favor del amor generoso y sacrificado. No hay quien pueda arrebatarnos la alegría del triunfo en el combate por nuestra salvación, si vemos siempre nuestra vocación en el servicio caritativo del prójimo.

El Espíritu Santo funda la comunidad de naturaleza entre los redimidos. «El bautismo en un mismo Espíritu nos ha constituido en un solo cuerpo» (1 Cor 12, 13). El mismo Espíritu es quien suscita los múltiples dones que contribuyen a la edificación del cuerpo de Cristo (1 Cor 12, 4-12). Por eso toda gracia recibida de Dios nos impone una honrosa pero muy seria obligación de vivir como Cristo, no buscando nuestro propio gusto. La ley inscrita en nuestro corazón por el don del Espíritu suena así: «Que cada uno

7. ST III, q. 72, a. 2.
8. L. c., ad 1.

lleve las cargas del otro. Así cumpliréis la ley de Cristo» (Gál 6, 2). «Hermanos, servíos unos a los otros en el amor. Porque toda la ley se resume en un precepto: Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Gál 5, 14). «El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, bondad, amabilidad» (Gál 5, 22). Basta que nos entreguemos filial y dócilmente, a la acción de la gracia del Espíritu Santo, y Él hará realidad en nosotros toda la ley, consumará la caridad.

Este amor que brilla en la unión armoniosa entre los hermanos es la señal evidente de que el reino de Dios se ha instaurado en la tierra, de que hemos participado verdaderamente de la realeza de Cristo. El cumplimiento de este «mandamiento real» (Sant 2, 8) es también prueba de nuestra semejanza con Cristo sumo sacerdote. Pues, unidos por la caridad, «imitamos a Cristo, glorificando con un mismo corazón y una misma boca al Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Rom 15, 5s). De esta forma se cumple efectivamente la súplica de la Iglesia en la consagración del crisma, el jueves santo: Que los fieles «sean revestidos de dignidad real, sacerdotal y profética».

LEY GRABADA EN EL CORAZÓN

Con la operación del Espíritu Santo en los sacramentos, y particularmente en el sacramento de la confirmación y en las gracias que con él se relacionan, se ha cumplido la predicción de los profetas: «Pondré mi ley en su interior, y la escribirá en su corazón» (Jer 31, 31-34; Heb 8, 10).

Habiendo sido bautizados por el fuego del Espíritu Santo, debemos mantener vivo en el alma nuestro agradecimiento por ese don extraordinario y no seguir viviendo como si todavía estuviéramos sometidos a una ley exterior, impuesta desde fuera. Que no estamos ya bajo un régimen legal, sino bajo el imperio suave y exigente a la vez de la gracia (Rom 6, 14). Pero, hay que decirlo nuevamente, a condición de que exista una decisión absolutamente imprescindible: que demos un sí incondicional a lo que constituye lo esencial de la nueva ley, a la dirección del Espíritu Santo: «Si os dejáis guiar por el Espíritu, ya no estáis bajo la ley» (Gál 5, 18). Porque contra los frutos del Espíritu, ya no hay ley (Gál 5, 22s). En cambio,

mientras seguimos contemporizando más o menos con las obras del hombre «carnal», que son «fornicación, impureza, enemistades, disputas, envidias, mal genio, disensiones, espíritu partidista...» (Gál 5, 19), estamos aún sometidos al juicio de una ley de prohibiciones. El hombre viejo, el hombre independiente, el viejo Adán dominado por sus concupiscencias, necesita ser combatido sin descanso por las limitaciones de la ley exterior. Pero ese hombre que vive en nosotros no recibe el golpe de muerte, no es verdaderamente vencido sino mediante una vida por virtud de la gracia. El hombre viejo no muere sino cuando empezamos a caminar en el Espíritu [9].

Qué triste retroceso el del bautizado con el Espíritu Santo [10] que no tiene más ideal que orientar su vida conforme a los límites de la ley exterior, considerándose libre de las exigencias que impone la donación de la gracia. El cristiano que se propone únicamente como meta de su esfuerzo moral evitar las faltas que le crean complicaciones con la ley, se ve apartando cada vez más de la ley personal de la amistad, de la ley de gracia inscrita en el corazón y en el espíritu. En realidad vive ya con alma de esclavo. Al no considerar esa ley exterior partiendo desde la ley interior de la gracia, con la que forma una auténtica unidad, no puede ver en la ley externa sino un yugo aplastante e insoportable.

Por el contrario, para el que vive agradecido al don de la gracia y tiene clara conciencia de las obligaciones que le impone tan alto don, las mismas leyes exteriores del evangelio y de la Iglesia se convierten en expresión cariñosa del amor de Dios que le espolea fuerte y suavemente hacia alturas cada vez más sublimes. El que mira la ley como algo exterior, el que se acerca a ella con alma de siervo, irá inconscientemente deformando hasta los más sublimes preceptos, el precepto capital de la caridad, las altas metas del sermón de la montaña: llegará a no ver en ellas más que un mandamiento penoso como todos los demás. Y así aquellas metas sublimes se han convertido en ley del mínimo esfuerzo para ese escuadrón cansino que vive trampeando siempre de un lado a otro de la frontera.

Todo lo que es invitación generosa y categórica hacia las alturas, no interesa, no le sirve: «Al fin, no tiene fuerza obligatoria;

9. Cf. Gál 5, 25.
10. Cf. Mc 1, 8; Jn 1, 33.

es simple consejo.» «¿A qué cargar con pesos inútiles en la mochila?» Y no se da cuenta de que cuantos más «pesos» de esta clase va tirando, tanto más le pesan los que le quedan. ¡Qué distinto el cristiano que deja que la gracia le trace su camino! Cuanto más empinado suba el sendero, tanto menos siente la carga.

El confirmado que camina «según el Espíritu» tiene buena experiencia de que en medio de la lucha nunca le falta junto al crisma de la fortaleza el bálsamo de la alegría. El que ha llegado a encontrar gusto en la «ley del vivir en el Espíritu», dando un sí resuelto a la difícil y grande tarea del seguimiento de Cristo, recibirá siempre del Espíritu y cada vez con más abundancia el fruto sabroso de la santa *alegría*.

La discusión en torno al problema de los sacerdotes obreros, que llegó también al gran público, sirvió para poner en claro dos verdades: primeramente, que una empresa apostólica tan atrevida exigía una madurez espiritual a toda prueba y juntamente una preparación humana adecuada. Pero en segundo lugar se puso de relieve otro aspecto al que con frecuencia no se prestó debida atención: algunos de aquellos sacerdotes obreros «naufragaron». Falsearon su testimonio en favor de Cristo y de su ley. Pero ¿no lo falseaban mucho más aquellos sacerdotes y seglares que asistían al desenlace del drama cómodamente instalados en su mundo satisfecho y burgués?

La existencia de esos hombres a los que nada puede hacerles variar de ritmo es realmente la más perfecta caricatura de la vida según la «ley de Cristo». Seguros de sí mismos, monótonos rutinarios, nada detestan más que esas empresas atrevidas del celo misionero que siente la obligación de transmitir el mensaje de forma adaptada a las necesidades de los hombres. Están tan perfectamente acoplados a su ambiente semiincrédulo y cómodo que ni ven el formalismo que impera en toda su vida, el formalismo con que «cumplen sus deberes para que nadie pueda decir nada de ellos». Agotan todas sus débiles energías en un fiero aferrarse al mínimo fijado por la ley en mil pequeños y minúsculos detalles. ¿Qué atención podrán dedicar a las necesidades concretas y cambiantes del prójimo, a las exigencias históricas del reino de Dios? Solamente las preocupaciones de orden terreno, alguna que otra noticia sensacional, puede sacarles de su embotado reposo. Ésos son los estímulos que fre-

cuentemente actúan sobre su inercia. La santa inquietud por el reino de Dios, presente ya en este tiempo de plenitud de gracia y que exige una urgente decisión, no se hizo para ellos.

El cristiano aburguesado, ese parásito que vegeta en los arrabales del reino, entra en lo que define la moderna sociología como «moral límite». Es la moral del hombre de mundo que no se guía por el imperativo de su conciencia, sino que es arrastrado por el ambiente y viste con facilidad el traje que se lleva. «Moral límite» es la del hombre que suscribe cualquier costumbre social con tal que le reporte alguna ventaja; aceptará todas las reglas en uso dentro del juego social, sin exponerse a crear un serio conflicto con la opinión pública. Si las condiciones son favorables, todo podrá ir bien, aparentemente, durante largo tiempo. Pero que surjan crisis sociales o familiares, y entonces veremos cómo de entre las filas de los seguidores de esa «moral límite» es de donde se recluta el más elevado número de transgresores. Este deslizarse hacia la zona de lo inmoral podrá sorprender a muchos, pero era un movimiento que en realidad venía preparándose de tiempo atrás.

Todo esto puede aplicarse a la vida cristiana: el que vive instalado en el límite inferior de la obligación legal, aprovechando esa situación fronteriza para traficar con el del otro lado, al menos en pequeña escala de modo que no puedan comprometerlo demasiado — llamémosles «pecados veniales» o «simples imperfecciones» —, no podrá a la larga conservar la vida en gracia. Llegará la hora difícil de la tentación y se verá qué da de sí aquella corrección aparente. Dichoso el que aprovecha esta seria advertencia de la tentación para convertirse realmente a la ley de la gracia.

La apostasía de las masas, tan típica de nuestro siglo, esa apostasía de todas esas masas de gentes que emigran de regiones tradicionalmente cristianas hacia la gran ciudad, nos viene a decir lo mismo pero en dimensiones mayores: en las épocas de crisis solamente puede resistir un cristianismo que se haya empeñado personalmente por Cristo. En la hora de las grandes sacudidas solamente perseveran las comunidades vivas, que saben crear un clima no para adormilar sino para hacer madurar personalmente a sus miembros. Esta lección de la historia debe hacernos sacar una clara consecuencia. En fin de cuentas, habrá venido bien si aumenta en nosotros la convicción de que la actitud del que se instala por sistema en esa mediocridad al amparo de la ley es la más hiriente contradicción a la ley nueva, a la misma esencia del cristianismo.

El Señor nos ha expuesto su ley, esta ley interior de la gracia, en la parábola de los talentos (Mt 25, 14-30): a aquel que se le dio mucho, también se le pedirá mucho. Toda preferencia en el plano natural y en el sobrenatural nos está obligando, en virtud del amor con que Dios nos ha distinguido, y en vista al reino de Dios, a corresponder fielmente en su servicio. Esta actitud filial y agradecida del que intenta conocer la voluntad amorosa de Dios juzgando por los talentos particulares y gracias que ha recibido, abre el corazón y la voluntad, la mente y el espíritu a los dones del Espíritu Santo. En cambio, el que se mueve en el peligroso terreno de la frontera, con su alma gris agarrotada por temor al castigo, cierra su corazón al verdadero temor de Dios, que no conoce mayor desgracia que resistir la invitación divina de la gracia.

El cristiano que vive filialmente en presencia de su Dios, con el alma pronta siempre a buscar el camino que la gracia y la providencia divina le van trazando, es conducido de la mano por el Espíritu Santo mediante sus dones de sabiduría, de consejo y de entendimiento. Junto con el gusto por la ley, le concede el Espíritu el arte de distinguir la voz de Dios de los subterfugios del hombre viejo.

LA LETRA MATA

Cristo vino a nosotros con la fuerza del Espíritu Santo. Ungido con el Espíritu, consumó su inmolación por nosotros, revelando así el designio amoroso del Padre. Después de subir al cielo, envió a la Iglesia su mismo Espíritu. La Iglesia vive la vida de Cristo en el Espíritu Santo, el dador de vida.

Todo intento de comprender la obra redentora de Cristo o la misión de la Iglesia prescindiendo del Espíritu Santo traería consecuencias funestas. Tampoco es admisible el relegar al Espíritu Santo a la llamada «Iglesia de la caridad», mientras que la Iglesia como institución jurídica se explica en términos puramente humanos. Tanto la Iglesia de la caridad como la Iglesia jurídica forman una sola cosa, creada y mantenida por virtud del Espíritu. Esto, sin embargo, no quiere decir que el Espíritu salga responsable de todos

y cada uno de los artículos del código, y menos de su aplicación en cualquier meridiano de la Iglesia. Hay que afirmar lo mismo que se afirma de los servidores de la Iglesia: son testimonio del amor de Cristo solamente en la medida en que se dejan conducir humildemente por el Espíritu Santo. De la misma manera, tanto la constitución y manejo del derecho canónico como la interpretación de la ley esencial de Cristo exigen una fiel sumisión al Espíritu Santo.

En el Antiguo y en el Nuevo Testamento ha expresado Dios su voluntad de palabra y por escrito. Pero la actividad del Espíritu Santo no termina con la inspiración de la Sagrada Escritura. La nuestra no es una religión «libresca». Aunque los cristianos nos gocemos de poseer como propio el libro de los libros. Querer resolverlo todo mediante la Escritura, sin contar para nada con la Iglesia que posee la dirección del Espíritu Santo, es una fatal aventura. Porque «la letra mata; el Espíritu es quien da la vida» (2 Cor 3, 6).

No hay que olvidar nunca esta enseñanza del apóstol, sea que se trate de nuestra relación con la Sagrada Escritura, o de la doctrina de la Iglesia recogida en fórmulas humanas, sea que se trate de conocer la voluntad de Dios expresada en las formulaciones jurídicas de la autoridad eclesiástica. En ningún caso podemos portarnos como si se tratase de leyes a la letra muerta. Esencialmente no lo son. Nuestra ley es ley viva y vivificante en virtud del Espíritu que la anima, que es el Espíritu dador de vida. Lo fundamental, lo propio de la nueva ley es la dirección interior de la gracia y la virtud del Espíritu Santo. Cuando nos empeñamos en considerar esa ley como cualquier otro texto legal, la convertimos en ley muerta, en letra que mata. ¡A qué triste caricatura hemos reducido la ley de la gracia que es ante todo ley de vida!

La gracia del Espíritu Santo no es algo accesorio, que se añade de una manera postiza a la ley nueva. Tampoco es exactamente una ayuda o una fuerza que se nos concedió después para que pudiésemos cumplir los preceptos de una ley exigente y difícil. En realidad, la ley de Cristo es, ante todo y simplemente, gracia. Como tal, es ley revelada por Cristo en la buena nueva de su amor redentor y promulgada interiormente por la acción del Espíritu Santo. De esta manera, la gracia nos concede el poder y el deber como una posibilidad a nuestro alcance. Basta que de nuestra parte respondamos con una actitud de humilde agradecimiento.

Siendo la ley de Cristo esencialmente ley que nace de la riqueza del amor del Señor y de su Espíritu, su fuerza y hermosura no se revelan sino a los que la reciben con amor y agradecimiento. No es ley para esclavos. Es ley para el amigo, para el hijo amante de Dios. Por eso, desde el mismo momento en que comenzamos a mirar esa ley con ojos carnales, fijándonos en la pura letra, preocupados por la cuestión capital para el alma de esclavo: «¿Tengo que hacer esto so pena de pecado mortal?», ha perdido para nosotros la ley nueva toda su fuerza y alegría. Mientras que cuando, con el apóstol, podemos afirmar: «El amor de Cristo no me deja lugar a opción» (2 Cor 5, 14), es señal de que hemos comprendido el sentido auténtico de la ley exterior.

Apliquemos todo esto a una obligación que pesa diariamente sobre el sacerdote: el rezo del breviario. Nuestra preocupación principal, y menos aún la única preocupación, no puede ser cumplir correctamente con la recitación material del oficio. Nuestra primera intención debe ser siempre realizar el sentido de esa ley, rezar en espíritu y en verdad. Y éste ha de ser también el primer principio cuando se trate de interpretar el alcance de esa ley.

OBRAS DE SUPEREROGACIÓN

Una vida siempre atenta a la voz interior de la gracia, continuamente abierta al *kairós,* al llamamiento de Dios en cada instante, a las necesidades del prójimo, una vida a la altura de los talentos recibidos no es un deporte ni un virtuosismo del espíritu. Es en realidad la exigencia inaplazable de la ley nueva inscrita en el espíritu y en el corazón de aquel que ha sido bautizado con el Espíritu Santo. Es, pues, necesario que la conciencia de todos los cristianos sea informada de esta convicción siguiendo el ejemplo magistral que nos han dejado los padres de la Inglesia en sus catequesis mistagógicas. No hay dos tipos de moral en el cristianismo. Tanto al orgulloso fariseo, como al estoico ufano de sus virtudes y al monje budista que edifica su perfección sobre una ética autónoma dirige el Señor la advertencia a los discípulos: «Cuando hayáis concluido todas las obras que os habían ordenado, decid: Siervos inútiles somos: no hemos hecho más que lo que teníamos que hacer» (Lc

17, 10). Nunca podremos excedernos en nuestra correspondencia a la gracia que sin cesar nos reclama. No podremos nunca darnos por satisfechos. La gratitud nos obliga a estar siempre dispuestos a hacer más y más.

La teología tradicional tiene toda la razón al designar con el nombre de obras supererogatorias (=que superan el margen de la obligación) todo aquello que no está estrictamente mandado por un precepto positivo exterior. Esa distinción tiene una importancia decisiva en la aplicación pastoral: todo aquello que pasa de lo imperado como norma general, no puede ni debe ser exigido a la fuerza. Es algo que no cae dentro de lo que el hombre puede imponer. Pretender reducir a cauces legales aquello que respecto de la ley común no es sino un consejo o una obra supererogatoria — por ejemplo, la comunión mensual o semanal — supondría un desconocimiento radical de la naturaleza de la ley nueva e impediría el acceso amoroso a la misma.

¿Pero qué significa propiamente esta distinción entre obras obligatorias y supererogatorias? Bien entendida no es una concesión a nuestra pereza que puede así verse desligada del deber de buscar siempre metas más elevadas. Es una invitación a respetar la conciencia y la vida interior del prójimo, a respetar en último término la acción secreta del Espíritu Santo a la que no se pueden fijar moldes ni esquemas humanos. Y para el cristiano favorecido con una gracia especial significa esa expresión que el amor de Cristo debe impulsarle siempre a superar el mínimo legal en busca de la perfección cristiana y a producir sobreabundantemente (supererogatoriamente) los frutos del Espíritu.

Los moralistas de los últimos siglos se han empeñado con agudo ingenio, y la mayor parte de las veces también con delicada intuición, en señalar hasta qué extremo puede y debe llegar un buen confesor en la absolución de un pecador débil o bien de aquellos que tras muchos años vuelven nuevamente a los sacramentos. Es muy conforme con la ley de Cristo el juzgar a nuestro prójimo con toda la caridad posible y mucho más tratándose del sacramento de la divina misericordia. Aun cuando, como pastores de almas, acariciemos como meta ansiada de nuestra labor pastoral conducir a las almas hasta el sí resuelto «a la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús», no hemos de perder nunca de vista que no somos nosotros

quiénes para aplicar al prójimo — juzgando desde fuera — la medida de esa que es ante todo ley interior.

Pero sería un absurdo inaudito para una conciencia cristiana ilustrada el hacer de las reglas de suavidad pastoral el refugio y la justificación de su propia vida mediocre. Muy laxos consigo mismos, los que así obran pecan ordinariamente de excesivo rigor con el prójimo. En todo caso, tomar esas reglas como única norma de conducta, sería la total materialización de la ley, al reducirla a un límite externo que al fin de cuentas poco importa que sea rígido o laxo. El cristiano verdaderamente espiritual, el que vive de la gracia de la confirmación, descubre el valor personal de su ley en la realidad íntima de la gracia que forma una unidad con las normas exteriores. Su consigna y preocupación es: «¿Qué podría yo dar al Señor por todo lo que Él me ha concedido?»

En esta actitud cabe una recta aplicación del probabilismo moderado o equiprobabilismo, tanto referido a la comprensión pastoral del pecador, como a la obligación de conciencia frente a los deberes que propone la situación exterior o el llamamiento interior de la gracia. Esta apertura continua a la voz de Dios en cada momento, que es una obligación para el que sigue la ley de gracia, no consentirá el que por cumplir leyes dudosas o por atenerse fieramente a la letra de la ley se cierren los oídos a la voz del *kairós,* a las necesidades del prójimo, a las leyes del crecimiento interior de la gracia, o se desaprovechen grandes ocasiones pastorales que reclaman una decisión audaz a fin de dar con la solución auténtica y verdaderamente cristiana.

LIBRES DE LA LEY DEL PECADO

Más de una vez hemos tenido que experimentar qué dolorosas limitaciones imponen las leyes humanas a nuestra libertad. La ley inscrita por nuestro creador y redentor en el corazón del cristiano y contenida en la Escritura y en el magisterio eclesiástico presenta también evidentemente una barrera infranqueable contra nuestro egoísmo arbitrario, pero no constituye en modo alguno una disminución de la verdadera libertad. La ley de Dios conduce a la libertad. Y esto vale sobre todo de la ley de la gracia, cuya meta es ha-

cernos participantes de la libertad de los hijos de Dios y finalmente de la libertad del mismo Dios. «La ley del espíritu de vida en Cristo Jesús te ha libertado de la ley del pecado» (Rom 8, 2).

Cristo ha llevado por nosotros todo el peso de la deuda de nuestros pecados. Su amor redentor le llevó a hacerse solidario de nuestros sufrimientos a fin de romper las cadenas que nos hacían solidarios del pecado. La ley del pecado fue vencida por la expiación amorosa del Señor. El resucitado está libre de toda coacción, libre también de la «ley del pecado», que alcanzó en la cruz su «victoria mortal». Cristo glorificado nos hace participar por medio del Espíritu Santo de su triunfo glorioso: «Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad» (2 Cor 3, 17).

La ley espiritual de la vida en Cristo Jesús es «la más perfecta ley de la libertad» (Sant 1, 25; 2, 12), porque nos hace vivir como Cristo vida de resurrección. El Espíritu Santo transforma nuestro hombre interior a semejanza de Cristo: «Los que se dejan guiar por el Espíritu son hijos de Dios» (Rom 8, 14). Si transformamos nuestra vida en el mismo Espíritu en el que exclamamos «*¡Abba,* Padre!» (Rom 8, 15), haremos de ella un testimonio perdurable en favor de nuestra interior asimilación con Cristo, partícipe de su misma libertad.

Porque el hombre que vive resueltamente esta realidad de la gracia no es un hombre sin ley. La ley del Espíritu es protección eficaz contra todas las obras del hombre carnal que no busca sino satisfacer sus caprichos. Y sin embargo esta vida en el Espíritu no puede ser descrita ni presentada como «vida bajo una ley». El hombre que camina en el Espíritu no está ante la ley de Cristo como frente a una ley exterior y esclavizante. Haciendo de nuestra vida en Cristo la norma fiel de nuestros pensamientos, deseos y acciones, ni estamos sin ley ni estamos bajo una ley. Así, paradójicamente, porque «Cristo es nuestra ley» (somos, como san Pablo, ἔννομος Χριστοῦ, 1 Cor 9, 20s). El amor de Cristo que nos apremia es nuestra ley nueva y la fuente de nuestra libertad. El amor de Cristo libera en cuanto que nos obliga.

Con todo, seguimos necesitando siempre las indicaciones de la ley exterior con sus preceptos y prohibiciones. Dicha ley es la clave para «distinguir los espíritus», es decir, para distinguir la verdadera libertad de los hijos de Dios frente a los falsos ideales de la libertad

de este mundo. No es que necesitemos la ley exterior como un apoyo a la obra del espíritu de Cristo para transformarnos en su imagen. La necesitamos como un remedio de nuestra flaqueza, mientras vivimos en la carne y esperamos la plena revelación de la libertad de los hijos de Dios. Si la ley espiritual de la vida en Cristo Jesús hubiera llegado en nosotros a su completa perfección, ya no necesitaríamos para nada esa norma exterior. Cuando lleguemos a identificar plenamente nuestra voluntad con la de Dios, podremos decir con santa Teresa del Niño Jesús: «Yo hago siempre mi voluntad, porque la he entregado por completo al Señor.» Pero mientras el hombre viejo siga tramando su juego, no podemos dispensarnos del esfuerzo por acomodarnos con toda exactitud a la ley exterior. San Agustín, es verdad, decía: «Ama y haz lo que quieras», pero sólo un corazón limpio, un amor perfecto puede hacer suya esa norma, ya que solamente él puede atinar con toda certeza en el blanco.

Por eso, también las leyes que fijan el mínimo imprescindible son buenas y necesarias. Pero no hay que olvidar respecto de ellas que «la ley no es para el justo sino para los malos y desobedientes» (1 Tim 1, 9); «la ley se dio por causa de los transgresores» (Gál 3, 19). La ley va perdiendo importancia gradualmente en la medida en que nos esforzamos noblemente por entrar en los designios amorosos de Dios. «El siervo no sabe lo que hace su Señor. Por eso os llamo amigos, porque os he manifestado todas las cosas que oí de mi Padre» (Jn 15, 15).

LIBRES DE LA LEY DE LA MUERTE

«Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere. La muerte ya no tiene poder sobre Él» (Rom 6, 9). Esta afirmación del apóstol no vale solamente referida a Cristo ascendido a los cielos. En sentido místico se aplica también a los miembros del cuerpo de Cristo, es decir, a nosotros desde el momento en que Cristo vive en nosotros y nos dejamos conducir plenamente por el Espíritu del resucitado. El apóstol lo afirma solemnemente: «La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha *liberado de la ley del pecado y de la muerte*» (Rom 8, 2).

La salvación en Cristo no termina en la vida de la gracia, la cual es ya algo imperecedero, pues nada en el mundo la puede destruir, con tal que nosotros permanezcamos fuertemente unidos con Cristo. Pero hay más: Cristo nos libró además de la ley de aquella muerte que entró en el mundo por el pecado de Adán. Desde entonces todos quedamos sometidos a la ley de la muerte como un castigo por haber pecado. La muerte impuesta a Adán fue la consecuencia de su loca pretensión de alcanzar la ciencia y la altura de Dios con sus propias fuerzas. Una humanidad angustiada ante la muerte es una humanidad que no ha querido comprender su existencia como un don recibido humilde y agradecidamente de la mano del Dios de la vida.

La muerte de Cristo es de muy distinta naturaleza. Cierto que en el huerto de los olivos tuvo Jesucristo que soportar la angustia ante la muerte, y en la cruz brotó de su corazón la oración del supremo desamparo. Pero sus últimas palabras: «Padre, en tus manos encomiendo mi alma», son expresión de confianza filial, de generosa obediencia y de rendido amor. La resurrección pone de manifiesto ante los ojos de todos los creyentes que esa obediencia hasta la muerte lleva en sí la vida, a diferencia de la desobediencia de Adán que fue un intento esencialmente marcado con el sello de la muerte.

La «ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús» nos llena de celestial sabiduría, aquella que por tan distinto camino buscaba Adán. Esa ley nos hace experimentar efectivamente que la entrega perfecta a Dios significa vida para nosotros. El cristiano que no se parapeta en el refugio del mínimo legal para resistir la voz imperiosa y urgente de la gracia, sino que se entrega con una disponibilidad sin reservas al dominio del Espíritu, a la dirección de la gracia, ya no tiene por qué temer aquella muerte que pesa sobre el mundo a partir de la desobediencia de Adán. Pues en la medida en que se deje guiar del Espíritu, se irá preparando para otra muerte semejante a la de Cristo y que lleva, como la de Él, en la obediencia la vida.

Con razón hablaba san Francisco de «la hermana muerte». El que está libre de la ley del pecado y no busca en todo más que dar gusto a Dios, ve en la muerte la gran posibilidad de entregarse amorosa, confiada y obedientemente en las manos de Dios. Una muerte así lleva en sí misma toda la vida. Es la última expresión de la verdadera libertad.

Es necesario insistir en que esta alegre noticia: «Estáis libres de la ley del pecado y de la muerte» supone siempre una condición imprescindible: «Con tal que os dejéis guiar del Espíritu» (Gál 5, 18; Rom 8, 14). Mientras el cristiano vive trampeando, traficando con Dios: «¿Hasta qué punto me obliga bajo pecado esta ley de la gracia?», o como recientemente decía alguno: «¿Hasta qué punto puedo resistir a la gracia del Espíritu Santo sin pecar?», tendrá en el trasfondo del alma el aguijón de la muerte; mientras se conserve algo de propia voluntad, también vivirá el cristiano bajo la angustia de la muerte. Está en peligro continuo de caer nuevamente bajo la «ley de la muerte» que pesó sobre Adán. El que no quiere orientarse fundamentalmente según la gracia que opera en el interior y según las disposiciones de la divina providencia, se irá cerrando más y más a la acción del Espíritu Santo, y no participará de la virtud transformante de la muerte y resurrección de Cristo. Quedará siempre en una fase imperfecta, bajo la ley. No alcanzará la madurez en Cristo, y estará expuesto al peligro supremo de convertirse en un sin-ley o de poner la ley al servicio de su egoísmo. En todo caso, para ése sigue pesando con toda su trágica fuerza la ley de la muerte.

Quien, mediante la entrega total de sí a la «ley del Espíritu», está muerto a sí mismo, puede mirar tranquilo a sus postrimerías y desafiarlas jubilosamente: «Muerte, ¿dónde está tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado; y el poder del pecado está en la ley» (1 Cor 15, 54ss).

¡Envía tu Espíritu y renueva la faz de la tierra! Oh Dios, tú instruyes los corazones de los fieles enseñándoles tu ley por medio del Espíritu Santo, Espíritu de verdad y de amor. Haz, te pedimos, que encontremos gusto en todo lo que a tus ojos es bueno, y ayúdanos a realizar alegres lo que conocemos ser tu voluntad. Por medio de Jesucristo, tu Hijo, que contigo vive y reina en unión del mismo Espíritu Santo, Dios por todos los siglos. Amén.

LA GRACIA DE LA CONFESIÓN

*Terminada la comida, dijo Jesús a Simón Pedro: «**Simón**, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?» A lo que respondió: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Y Jesús le dijo: «Apacienta mis corderos.» Nuevamente le preguntó: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Y nuevamente le contestó Pedro: «Señor, tú sabes que te quiero.» Y Jesús: «Apacienta mis ovejas.» Por tercera vez le preguntó: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Entonces Pedro se entristeció de que tres veces le preguntara si le quería, y le replicó: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero.» Jesús le respondió: «Apacienta mis ovejas. En verdad te digo que cuando eras joven te ceñías tú mismo e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, tendrás que extender tus manos, y otro te ceñirá y te llevará a donde no querrías ir.» Con esto aludía el Señor a la muerte con que el apóstol había de glorificar a Dios. Y añadió: «Sígueme» (Jn 21, 15-19).*

Instruido por el Espíritu Santo, Pedro fue el primero en declarar: «Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16, 16). Y el Señor, conmovido por esta confesión, le respondió: «Dichoso tú, Simón, hijo de Juan; porque no han sido ni la carne ni la sangre quienes te manifestaron esto, sino mi Padre que está en los cielos.»

Por segunda vez confesó Pedro su fe en nombre de los discípulos que querían permanecer fieles, cuando, después de prometer el Señor el misterio de la eucaristía, muchos le abandonaron: «Señor,

¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y reconocido que tú eres el Santo de Dios» (Jn 6, 68ss).

¿Quién iba a decir que aquel mismo Pedro negaría al Señor en la hora de su pasión, muy poquito después de que el Señor le había lavado los pies, le había dado el pan de vida y le había confiado poderes sacerdotales? ¿Qué se hizo de aquella luminosa declaración de Cesarea de Filipo? ¿A qué todos aquellos juramentos de fidelidad en el cenáculo?

Pero el resucitado daría al discípulo arrepentido una nueva ocasión de confesar su fe. Aquella confesión hizo recordar a Pedro humildemente su culpa, pero es mucho más que una simple y dura autoacusación. Es la confesión del amor purificado con las lágrimas del arrepentimiento. «Pedro, ¿me quieres?» Humilde y agradecido a la vez, responde Pedro: «Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes también que te quiero» (Jn 21, 17). El Señor recibe complacido esta humilde confesión y, al confirmar a Pedro sus poderes de supremo pastor, le asegura que su amor ya le ha perdonado. Más aún: promete a Pedro que un día podrá confirmar aquella confesión con el testimonio de su sangre en el martirio: «Otro te ceñirá y te llevará a donde tú no quieres. Con estas palabras dio a entender con qué clase de muerte habría de glorificar a Dios» (Jn 21, 18). Finalmente, una vez más y ahora definitiva escucha Pedro aquellas palabras: «Sígueme» (Jn 21, 19). Ahora es cuando comprende en toda su profundidad el sentido del seguimiento de Cristo. Ahora recibe humilde y agradecido aquel llamamiento como una gracia inmerecida.

En el bautismo profesamos solemnemente nuestra fe y juramos permanecer fieles en nuestra confesión hasta la muerte. Frecuentemente hemos repetido en el curso de la celebración eucarística aquella confesión, prometiendo eterno amor y fidelidad a Cristo. Y sin embargo en todo pecado mortal nos hemos conducido como si no le conociéramos y no nos hubiéramos declarado totalmente suyos. ¿No tendría Él motivo sobrado para negarnos para siempre su amistad? Sin embargo, quiere concedernos después de cada pecado la misma gracia concedida a Pedro. Como a él, nos ofrece la ocasión de confesar en su presencia nuestro pecado y alabar, con esa humilde confesión, su gran misericordia. Incluso después del pecado venial, ¡qué gracia tan grande poder confesar inmediatamente nuestra culpa y poder escuchar la palabra divina del perdón!

En el sacramento de la penitencia viene Cristo personalmente hasta nosotros y nos pregunta: «¿Me amas?» En esta pregunta va incluida la promesa divina del perdón. Con ella nos asegura que quiere volver a concedernos su amistad perdida y si no afianzarla. Ésta es la grande alegría del sacramento del perdón: que el Señor viene en persona hasta nosotros misericordiosamente para recibir nuestra confesión y declararse Él mismo a nosotros una vez más. Nuestra humilde confesión recibe toda su fuerza liberadora de la eficacísima confesión de Cristo en la cruz ante el Padre y ante todo el mundo. Allí, en el sacrificio de la cruz, manifestó el Dios misericordioso su amor a una humanidad sedienta de redención. Poder manifestar en la confesión nuestros pecados a Cristo crucificado con toda confianza y con mérito saludable, es una gracia que brotó para nosotros del corazón del Redentor traspasado por amor nuestro.

Por la muerte en cruz se entregó Cristo a la justicia devoradora del Padre que exigía una satisfacción por la injusticia que ocasionara el pecado del hombre. A imitación de Cristo, también el cristiano que con corazón contrito confiesa sus pecados en el sacramento de la penitencia, se entrega al juicio del Padre celestial y al juicio de Cristo glorificado que un día volverá a juzgar a vivos y muertos.

NUESTRA CONFESIÓN A CRISTO PACIENTE

En el bautismo Cristo se nos da. Nos llamó por el nombre. Inscribió en nuestra alma el carácter bautismal como signo de nuestra pertenencia a Él. La confesión de fe y las *promesas bautismales* fueron la respuesta agradecida a todo lo que el Señor había grabado imborrablemente en nuestra existencia. Nosotros nos confesamos suyos porque primero Él se confesó nuestro. El credo de la Misa, pero en general toda celebración eucarística, constituye nuestra confesión, sin cesar renovada solemnemente, de que estamos decididos a ser totalmente de Cristo, a quien nos consagramos irrevocablemente en el bautismo. Ésta es la dicha y la honra de nuestra vida: poder asociarnos al cántico de alabanzas que dedica la Iglesia a su esposo divino; más todavía, poder tomar parte en la misma *confessio Christi,* en el testimonio o *martyrion* que ofreció Cristo al Padre en la cruz y que renueva sin cesar actualizándolo en la eucaristía.

En el bautismo, Cristo, presente eficazmente en el sacramento por virtud de su muerte redentora, se confesó nuestro. Asimilados a Él por una muerte y resurrección semejantes a la suya, hemos pasado a ser propiedad suya, nos hemos declarado discípulos suyos. Pero solamente cuando confesamos realmente en nuestra vida aquella profesión de fe hecha en el bautismo, cuando vivimos realmente lo que prometimos, somos dignos del *confitemini,* esto es, de alabar al Señor en la eucaristía. Cuando por el pecado hemos dado un no al amor de Cristo, tenemos que emprender el camino doloroso del arrepentimiento y confesión de nuestra culpa, antes de ser admitidos nuevamente a participar de las alegres alabanzas de la comunidad eucarística. Pedro tuvo que llorar lágrimas de vivo dolor y confesar humildemente su culpa. Sólo cuando su corazón se renovó por la penitencia, pudo sentirse capaz de anunciar a los hombres el triunfo redentor de Cristo.

La gracia suscita el dolor en el alma. La voluntad libremente se duele del pecado. Y así, en virtud de la gracia que opera en la voluntad, la declaración de los pecados se convierte en una confesión liberadora y en un encuentro saludable con Cristo paciente. Por el dolor, por la declaración dolorosa del pecado, nos reconocemos culpables de la pasión y muerte de Cristo. Al mismo tiempo, confesamos nuestro pecado contra el Cristo místico. Por el dolor reconocemos contritos el mal que nuestro pecado ocasionó no solamente a nuestra alma sino también a todo el Cuerpo de Cristo.

Con nuestro pecado hemos ofendido al mismo Señor. No podemos desentendernos del crucificado. Es inútil querer huir lejos de su vista. Hemos sido bautizados en su muerte. Estamos empapados de las fuerzas santas y santificadoras de su muerte. Pertenecemos a Él indisolublemente. En todo lo que hacemos, tropezamos siempre con Él, porque de una vez para siempre ha querido Él ponerse en nuestro camino.

Le encontramos en el camino de la cruz con nuestro pecado. Pero no como lo encontró la Verónica ni como aquellas piadosas mujeres que lloraron a su paso y le ofrecieron vino mirrado, ni tampoco como su madre y como Juan que estuvieron firmes al pie de la cruz sustentados por un amor fiel. Tal vez lo encontremos como Pedro, el cual después de tantas gracias y después de haber vivido en la intimidad del Señor, después de haber asistido a los fulgores

del Tabor y a la bienaventuranza del cenáculo, tuvo valor para afirmar: «No lo conozco.» En todo pecado se encuentra poco más o menos la misma aserción: «No lo conozco.»

O tal vez encontramos al Señor en su viacrucis como aquellos indiferentes y desagradecidos que ya no querían saber nada de que había sido precisamente aquel sentenciado a muerte el que les había sanado milagrosamente. Quizá también alguna vez nos hemos dejado llevar de la masa y en más de una ocasión habremos gritado con el populacho: «¡Crucifícale!» Cuántos bautizados sucumben hoy a la seducción del ambiente y se atreven también a criticar la ley de Dios sobre el matrimonio en lo que se refiere a la procreación, a la castidad y fidelidad conyugal, a la indisolubilidad del matrimonio. En el fondo, ¿no están criticando al mismo Dios? También ellos vociferan: «¡Crucifícale!» Y no faltará algún cristiano que se tenga por más ilustrado y se atreva a pedir a la Iglesia que adapte su moral a la sensibilidad de los nuevos tiempos; que deje de hablar de abuso en el matrimonio cuando los padres han dado la vida a uno o varios hijos. Hasta es posible que algún sacerdote se crea a este respecto especialmente ilustrado y dé muestras de excesiva benignidad. No le faltará buena voluntad. Tal vez le anima una fuerte — demasiado fuerte sin duda — comprensión de la necesidad espiritual del prójimo. Pero en realidad él, igual que los otros, está de alguna manera mezclando su voz en el tumulto que alza el espíritu irreligioso de nuestro tiempo para seguir clamando: «¡Crucifícale!»

En cada pecado nos hemos encontrado con el crucificado. Él ha querido ser pisado por nuestras culpas, pues por nosotros se ofreció como víctima expiatoria. Así lo había profetizado ya Isaías: «No me volví atrás. Ofrecí mis espaldas a los golpes y mis mejillas a los que pretendían arrancarme la barba. No aparté mi rostro de los ultrajes y salivazos» (Is 50, 5s).

Oh Señor, ya sabía yo que con mis pecados te ofendía, y sin embargo no he tenido reparo en pecar más y más. Mis pecados te hicieron sudar aquel sudor de sangre en el huerto de los Olivos, cada vez que he sido responsable del pecado de mis prójimos, y tú, herido en lo más vivo del corazón, me preguntaste: «¿Por qué me persigues?» He obrado como si no te conociera, cada vez que he pasado duro e indiferente ante la necesidad espiritual de mi prójimo diciéndome: «A mí, ¿qué me importa?» ¿Qué haré Señor? No puedo huir de ti,

pues a donde vaya te encuentro. Tú estás siempre en mi camino. En mi desesperación exclamaré: «¡Montes, caed sobre mí; colinas, cubridme!» (cf. Lc 23, 30).

Nos sobra motivo para temer, porque hemos ofendido al Dios santo y somos responsables de la amarga pasión de Cristo. En el camino de la cruz nos dirige el Señor la misma advertencia que a las piadosas mujeres: «Si esto se hace con el leño verde, ¿con el seco qué se hará?» (Lc 23, 31).

Pero mientras lloremos nuestras culpas y las confesemos humildemente al Señor, no tenemos por qué desesperar. «Ánimo, alma mía. Todavía puedo presentar ante Él mi confesión y mi alabanza» (Sal 42). Nuevamente el profeta Isaías nos anuncia esta alegre confianza: «No temas. Yo te he redimido. Te llamo por tu nombre: Tú eres mío» (Is 43, 1).

El pecado ha sido un encuentro desafortunado con Cristo. En el sacramento de la penitencia nos encontramos nuevamente con Él, pero de modo distinto: Cristo nos sale al paso igual que en el bautismo. Nos mira con mirada llena de compasión, como miró a Pedro en el atrio del pontífice. Con el amor que nos mostró en la cruz, quiere ganar nuestro corazón. Quiere lavarlo con los torrentes de gracia de su sangre derramada por nosotros. En el día bienaventurado de nuestra confesión contrita está el mismo Señor ante nosotros lleno de amor misericordioso. Nuestra única preocupación debe ser presentarnos a Él con la actitud justa y saludable, con la actitud de Pedro, que, al sentirse herido por la mirada triste del Maestro, salió fuera y lloró amargamente; con la actitud de María Magdalena que se mantuvo firme y confiada junto al árbol de la cruz.

En el sacramento de la penitencia hacemos nuestra confesión al Cristo paciente, cargado con la cruz por nosotros. Pero este encuentro con Cristo paciente sólo nos es posible cuando nosotros de alguna manera participamos también en la pasión del Señor. Sin embargo, no todo sufrimiento nos salva. Sólo tiene verdadero valor el sufrimiento que nos asemeja a Cristo. Por el pecado entraron todos los males y dolores en el mundo. Después de haber pecado, cada uno de nosotros habrá podido experimentar qué amargos son los frutos de la culpa. Qué intranquilidad y tormento deja en el alma todo pecado. Y el pecado mortal lleva ya en sí el germen del tormento y de la desesperación eterna. No es éste el sufrimiento que

provoca en nosotros el sacramento del perdón. No hay desesperanza en él; es participar meritoria y honrosamente en la pasión de Cristo.

No basta cualquier pesar o vergüenza por el pecado para asemejarnos a la pasión de Jesús. Todo el valor y el fruto del dolor nacen de la contricción saludable, de ese sentimiento de dolor que lleva en sí la fuerza bendita de la misma tristeza que sintió Cristo por nuestros pecados. Por eso hemos de esforzarnos seriamente por que sea lo más semejante posible al dolor que experimentó Cristo.

En la administración de este sacramento puede experimentar el sacerdote maravillado qué confortadora transformación realiza el dolor en el corazón del hombre. Qué impresionante cuando un pecador que arrastra toda una larga vida en la culpa, se queja: «Esta penitencia es demasiado pequeña para mis pecados.» Impresionante también cuando una mujer que, por horror al sacrificio y temor a la vergüenza, ha atentado contra una vida incipiente, sugiere que en penitencia está pronta a presentarse ella misma al tribunal, soportando la vergüenza merecida por su crimen. Y, sin embargo, estos rasgos no son sino reflejos que nos permiten imaginar la transformación más profunda que se verifica allá dentro del alma por medio de la contrición saludable. Por ella el dolor estéril que devora la conciencia en pecado se trueca en una honrosa participación de la pasión infinitamente fructuosa de Cristo Redentor.

Si queremos provocar en nosotros un dolor verdaderamente profundo, el medio mejor es comenzar por volver nuestra mirada hacia los tormentos y la tremenda soledad del infierno. De esas penas quiso Cristo librarnos mediante su amarga tristeza y su abandono. Después volvamos los ojos hacia la esplendente gloria de los santos en el cielo. Están llamados a participar por toda la eternidad del júbilo del amor trinitario, pues Cristo se lo consiguió con el caro precio de su sangre. Pero sobre todo miremos en la cruz el corazón traspasado de Jesucristo. Entonces es cuando realmente comprenderemos lo espantoso del pecado como ofensa del Dios santo y digno de infinito amor, y juntamente el poder saludable del verdadero dolor por nuestros pecados. Cuando unimos nuestra contrición con la tristeza y la pasión de Cristo, Él santifica nuestro dolor y da un valor insospechado a nuestra vergüenza en la acusación y a lo penoso de las obras de penitencia. Hace nuestro dolor y nuestra penitencia saludables para nuestra salvación y para la salvación de los demás.

Con nuestros pecados causamos una herida en el cuerpo místico de Cristo. El pecado es un obstáculo a la eficacia de la muerte redentora de Cristo en nosotros y en nuestro prójimo, cuya salvación ponemos en peligro. Cuando ofrecemos a Cristo el dolor saludable de nuestra contrición, la humillación de nuestra confesión y el esfuerzo de nuestra penitencia, Él santifica todo esto por medio del sacramento, permitiéndonos participar nuevamente en su obra de redención. Mientras que por el pecado éramos miembros muertos de su cuerpo y un foco de infección para los demás, por medio de la penitencia nos concede el Señor la oportunidad de asociar nuestras obras de expiación con su pasión redentora, a fin de reparar así los daños ocasionados al reinado de su amor en el mundo.

Todo dolor auténtico implica un encuentro sacramental con Cristo, ya que al menos radicalmente la contrición cristiana es por su misma naturaleza una declaración agradecida y confiada a Cristo crucificado, una confesión de fe en la fuerza saludable de su dolor y de sus sufrimientos. Es sumamente importante que inmediatamente después de cada pecado, y lo más pronto que sea posible, hagamos en nuestro interior un acto de contrición, pidiendo a Dios con toda humildad y confianza que nos perdone ese no desagradecido que acabamos de dar a su gracia. De esta manera preparamos también la confesión sacramental que siempre es más provechosa cuando va precedida de la perfecta contrición. En ésta, como decimos, tiene lugar ya un anticipado encuentro sacramental con Cristo, pero no con la misma seguridad y entrega mutua que reviste el encuentro al recibir realmente el sacramento.

NUESTRA CONFESIÓN A CRISTO JUEZ

Todo pecado cae necesariamente bajo el juicio de Dios. Él, que es el santísimo y justísimo, forzosamente tiene que odiar el pecado. Es el gran tema de los profetas: «Dios es juez.» Ningún pecador puede escapar del juicio divino. Y todos los juicios de aquí abajo son puro juego comparados con el gran día en que a trueno de trompetas congregarán los ángeles del juicio a todos los pueblos.

Quid sum miser tunc dicturus! ¿Qué podré alegar yo, pobrecillo, cuando hasta a los mismos justos sobrecogerá el pánico? Mis peca-

dos me someten al juicio de Dios. ¿A dónde huiré para escapar del rostro airado de Dios cuando vuelva para juzgar al mundo?

Pero ya por medio del profeta Isaías nos ha anunciado el Señor nuestra confianza. Dejemos, pues, todo temor excesivo. «El Señor es nuestro juez. El que es nuestro salvador será nuestro juez» (Is 33, 22). Por eso, el día final, el día del gran juicio, en el cual volverá el Señor «con gran poder y majestad», será el día de salvación para los suyos. «Alzad vuestras cabezas, pues está ya próxima vuestra redención» (Lc 21, 28). Esta palabra consoladora de aquel a quien ha confiado el Padre la misión de juzgar todas las cosas, se dirige también a nosotros pobres pecadores que, en marcha hacia el juicio final, nos hemos sometido al juicio misericordioso de Jesús.

El Salvador vino al mundo no para perder a los hombres por el juicio, sino para salvarlos (cf. Jn 3, 17; 12, 47). El Padre le ha confiado todas las cosas (Lc 10, 22), incluso el juicio, aun cuando la propia conciencia juzga a cada uno. Para los condenados, el gusano roedor de la conciencia que siempre acusa y nunca muere, será el tener que reconocer siempre: Él quiso salvarnos, pero se vio obligado a ratificar el veredicto condenatorio de nuestra conciencia, al despreciar nosotros su perdón.

Nos queda siempre una gran esperanza: que el juez está siempre dispuesto a cambiar su juicio en veredicto de perdón, con tal que nosotros simplemente lo queramos. En el sacramento de la penitencia tenemos la prenda segura de esta esperanza. En ese gran juicio misericordioso de este tiempo de salud nos asegura el Señor que el juicio final ha de ser día de liberación definitiva para los suyos. La confesión de nuestros pecados en el sacramento del perdón hace que tanto este juicio sacramental como el juicio final se ordenen a nuestra gloria y salvación.

La detestación de nuestras culpas *participa del odio que el mismo Dios tiene al pecado.* Así transforma Cristo glorificado, el futuro juez, nuestra contrición dándole la fuerza del Espíritu Santo. Por medio del sacramento debemos unir nuestra confesión contrita con el *martyrion* de Cristo, con el testimonio y la alabanza que ofreció Cristo en la cruz a la justicia y misericordia del Padre. Una confesión noble y humilde en el sacramento de la penitencia es una auténtica alabanza de Dios y de sus juicios, una alabanza que hallará su eco en el día de la vuelta del Señor que será el día de su gloria, cuando todos tendrán que rendir homenaje al nombre de Dios y al de su ungido, cuando los que estén en el cielo, los de la tierra y los de los infiernos se postren para gloria de Dios.

Todo pecado es una crítica oculta o abierta a los mandamientos de Dios. De alguna manera el pecador se atreve a criticar a Dios. El pecado es un reproche dirigido contra Dios: «Dios no ha atinado conmigo. Yo sé bien lo que ahora me conviene.» En cambio, en el sacramento de la penitencia, dice el pecador: «Tu mandamiento, Señor, es justo y santo y bueno» (Rom 7, 12). Pero esta confesión sólo es auténtica y noble cuando va acompañada realmente de una firme voluntad de seguir manteniendo esa confesión en la vida, viendo en los mandamientos divinos la expresión más clara de la voluntad de Dios y el único camino para nuestra felicidad. El mismo examen de nuestra conciencia debe ser un ejercicio de adoración y alabanza de Dios.

Todo esto requiere que nos limitemos a renunciar a los actos pecaminosos externos. Para que nuestra confesión sea auténtica adoración del Dios santo, es preciso que juntamente nos propongamos romper con el afecto interior al pecado. Así, por ejemplo, el que, dispuesto a terminar con un pecado de adulterio, no quiere sin embargo cortar el galanteo con la mujer de su prójimo, es un loco. Ni comprende su debilidad ni la urgencia del precepto divino. El que quisiera terminar con el adulterio y con las relaciones exteriores, pero no se propusiera juntamente arrancar de su corazón el afecto desordenado a la mujer ajena, no ha comprendido hasta qué punto debe purificarnos el fuego devorador de la santidad divina; no ha hecho de su propósito de enmienda una adoración humilde y agradecida del precepto santo, justo y bueno. Y lo mismo podríamos decir de pecados menos escandalosos. Sobre todo, tengámoslo en cuenta en el precepto capital de la caridad. El que sólo evite las acciones ofensivas, las palabras duras, pero no los pensamientos y ciertas palabritas mortificantes contra su prójimo, no ha dado aún un sí decidido al gran mandamiento del amor; al menos no ha dado un sí tan decidido que sea verdaderamente digno de la santidad de Dios.

No basta el propósito general de servir fielmente a Dios en todas las cosas. Es muy aconsejable formar en cada confesión un *propósito particular* y pedirse cuenta de su cumplimiento en la pró-

xima confesión. Este propósito, sin embargo, no debe escogerse al azar: debe ir dirigido contra nuestro lado flaco o bien orientarlo al seguimiento de una especial inspiración divina. Por lo demás, no debe quedar siempre en lo negativo — evitar esto o lo otro —, sino tender cada vez más positivamente a la práctica del bien.

CONFESIÓN Y ALABANZA

La confesión dentro del sacramento de la penitencia es ante todo un *reconocimiento y una alabanza de la misericordia de Dios.* «Alabad al Señor, porque es bueno. Su misericordia permanece para siempre» (Sal 135, 1). El sacramento de la penitencia se ordena a curar las heridas de los pecados veniales o a resucitar el alma muerta por el pecado mortal. Pero esta virtud curativa aumenta en eficacia en la medida en que se hace de este sacramento un acto de culto divino; en la medida en que el pecador se propone, mediante una confesión sincera y una voluntad decidida a aceptar la penitencia y a comenzar vida nueva: la glorificación de la justicia y misericordia divinas. Examinando nuestra conciencia a la luz de la ley de gracia y confesando nuestras culpas en presencia de los infinitos dones recibidos de Dios, nos sentiremos fuertemente impulsados a dar gracias a la misericordia del Señor. Es decir, nos sentiremos movidos a hacer de nuestra confesión un acto de culto, de alabanza y adoración de la misericordia de Dios.

Sacerdote y penitente se unen en el sacramento para esta alabanza de la misericordia y justicia divinas. Según una opinión de los teólogos tomistas, reflejada en el magisterio del concilio de Trento, la confesión contrita del penitente viene a ser la materia (símbolo material), mientras la absolución del sacerdote constituye la forma (símbolo conceptual o verbal que expresa el significado del símbolo material). Así como en el hombre, la materia y la forma, es decir, el cuerpo y el alma, constituyen una sola cosa, de la misma manera en la confesión el penitente y el confesor se unen para alabar con un mismo himno de alabanza la justicia y misericordia de Dios.

Esta confesión, que nace de un empeño tan claramente cultual, debe ser lo más completa que sea posible. En todo caso tenemos obligación de confesar todos los pecados graves, de que nos acordemos, según el número y las circunstancias que cambian la especie. No obstante, como en este deber de manifestar los pecados, no se trata sino de un precepto positivo, conviene tener en cuenta que no obliga siempre y en todas las circunstancias. Estrictamente, no existe obligación de confesar un pecado cuando el penitente duda con fundamento si tal o cual cosa es grave.

Tratándose de personas escrupulosas o desequilibradas es, sin duda, más aconsejable que reduzcan su acusación a unos cuantos pecados, pocos, que sean *seguros*. De esa manera alabarán mucho más digna y perfectamente la misericordia de Dios que devanando angustiosamente sus recuerdos para conocer si habrán acusado bien todas sus faltas. Tomen como norma segura que no tienen obligación de volver a confesar ningún pecado, a no ser que existiese certeza absoluta de haber omitido un pecado grave, lo cual dificilísimamente puede darse en un escrupuloso.

Fuera de estos casos de personas inclinadas al escrúpulo, hemos de prestar atención también a los pecados veniales a fin de manifestar humildemente esas faltas leves y poner al descubierto los motivos menos nobles de nuestra conducta. Sin angustia, libremente, hemos de confesar todo lo que nos humilla y sobre todo lo que nos ayuda a ver con más claridad nuestro camino.

Si alguna vez la vergüenza quiere cerrar nuestros labios, recordemos que estamos ante el juez del último día, pero que ahora benignamente quiere concedernos su absolución. El sacramento de la penitencia es la gran ocasión que nos ofrece el amor misericordioso de nuestro Dios. ¡Qué tremendo rechazarlo! El que, con un pecado mortal en el alma, desprecia la divina invitación a someterse mediante una sincera confesión al juicio salvador de la misericordia no acercándose al confesor o callando advertidamente su pecado, parece que se atreve a decir a su juez: «Sé que tienes que juzgar los pecados; pero no quiero que juzgues el mío ahora, en tu tribunal de misericordia. Prefiero que quede para el último día, para el juicio terrible de la cólera. Que mi pecado se ventile en aquella espantosa sesión, cuando ya no haya perdón para el que ha muerto impenitente.»

CRISTO SE CONFIESA A NOSOTROS

Tres veces pidió el Señor a Pedro arrepentido que le confesase su amor. El apóstol se daba cuenta que con ello reparaba su triple negación. Sobrecogido de hondo pesar por su culpa, examina su corazón y mirando noblemente a los ojos del Maestro puede decirle: «Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes también que te quiero» (Jn 21, 17). El Señor y Maestro quitará con su respuesta todo lugar a la angustia y a la duda. A la confesión de Pedro seguirá la más expresa confirmación del primado apostólico. Más aún: Jesús le promete que un día podrá atestiguar ese humilde juramento de su amor derramando su sangre, siguiendo al Maestro de la manera más perfecta: «Cuando seas viejo, otro te ceñirá y te conducirá adonde tú no quieras.» Con esas palabras quería darle a entender con qué clase de muerte había de glorificar a Dios. Por eso añadió: «¡Sígueme!» (Jn 21, 18s).

Así se declara el Dios misericordioso con su palabra salvadora al pecador que reconoce humildemente su pecado. El que como Pedro confiesa contrito su culpa, escuchará también aquellas palabras: «Sígueme.» Es un llamamiento a seguir al Maestro por el camino de la expiación amorosa, para entrar de nuevo en el número dichoso de los elegidos.

El sacramento de la penitencia es el regalo pascual que el Señor glorificado hace a su Iglesia. Por este sacramento conduce el Señor a la «Iglesia de los pecadores» hacia una santidad y pureza cada vez más radiantes. En su primera aparición a sus discípulos intimidados repitió dos veces el Señor resucitado una salutación liberadora: «¡La paz con vosotros!» La primera vez fue para asegurarles que estaba ya perdonada su bochornosa cobardía en la hora de la prueba: «Y se llenaron de alegría.» La segunda vez fue para convertirles en mensajeros de la reconciliación: «Nuevamente les saludó diciendo: "La paz con vosotros." Como el Padre me envió, os envío yo a vosotros... Al que perdonéis los pecados, perdonados les serán» (Jn 20, 21ss).

Lo más importante en la confesión no es nuestro pobre esfuerzo humano. No son las cinco cosas necesarias para hacer bien la confesión lo que debe ocupar el primer plano de nuestra conciencia. Lo

más grande, lo verdaderamente grande y maravilloso son las palabras eficaces del Señor: «Tus pecados están perdonados.» Sólo por esas palabras reciben el dolor, el examen, el propósito, la acusación, la disposición para cumplir la penitencia, su santa seriedad y su poder liberador.

En una formidable visión hizo Dios contemplar al profeta Ezequiel las grandes maravillas que habían de realizarse en la regeneración bautismal, en el sacramento de la penitencia y finalmente en el día de la resurrección universal. El Profeta contempló un campo de huesos. Le preguntó el Señor: «Hijo del hombre, ¿todos estos huesos podrán volver a la vida?» Respondió: «Señor, Dios, tú lo sabes.» Entonces dijo Dios al profeta: «Profetiza sobre estos huesos y diles: "Huesos desechados, escuchad la palabra de Dios: Voy a hacer que penetre en vosotros el espíritu, y reviviréis." Se oyó entonces un estruendo y los huesos se acoplaron unos con otros, se cubrieron de nervios y de carne. Pero les faltaba el espíritu: Mandó entonces Dios: "Profetiza, hijo del hombre, y di al espíritu: Ven, aliento vital, desde los cuatro vientos y anima estos muertos para que revivan." Penetró en ellos el espíritu, y revivieron. Se puso en pie todo aquel ejército grande, numerosísimo» (Ez 37, 1-10).

Por el sacramento de la penitencia Dios libera y purifica a su pueblo. Él mismo le hace salir de la esclavitud y le conduce desde la muerte del pecado hacia el día de la resurrección. La desolación que produce en el alma del bautizado un pecado mortal es más espantosa que la visión de un campo de cadáveres. El daño que poco a poco va infligiendo al alma el pecado venial es más vergonzoso que la misma lepra. En la Escritura confía el Señor a los sacerdotes el poder mandar en su nombre a la muerte y a la lepra. Ésa es efectivamente la misión sacerdotal: predicar el retorno y el perdón de los pecados a fin de alistar al pueblo de Dios como ejército poderoso para la lucha contra las tinieblas.

En el sacramento de la penitencia nos abrimos a Dios y Dios se abre a nosotros: el cristiano penitente renueva humilde su confesión bautismal, y el Señor le responde con su palabra de paz que ciertamente habrá de cumplir con fidelidad. La confesión contrita en el sacramento, recibida por «el pastor y el guardián de nuestras almas» (1 Pe 2, 25), seguirá resonando en las laudes eucarísticas y en una vida nueva, que será un cántico de alabanza humilde y agradecido.

Recordemos siempre la palabra de reconciliación y santificación que el mismo Señor nos ha dirigido. Hagamos nuestra confesión teniendo presente que sin mérito alguno hemos sido llamados honrosamente a seguir a Jesucristo y que este seguimiento de Cristo es nuestra auténtica ley. En respuesta recibiremos la promesa de parte del Señor: «El vencedor se vestirá todo de blanco. No borrará su nombre del libro de la vida. Yo confesaré su nombre ante mi Padre y ante sus ángeles» (Ap 3, 5).

«Crea, oh Dios, en mí un corazón puro. Renueva en mi interior un espíritu firme. No me arrojes de tu presencia. No apartes de mí tu santo espíritu. Devuélveme la alegría de tu salvación. Sosténme con tu espíritu generoso. Enseñaré a los malos tus caminos, para que de su pecado se vuelvan a ti. Señor, abre mis labios y mi boca cantará tus alabanzas» (Sal 50).

LA IGLESIA COMO «SACRAMENTO» DE DISPOSICIÓN PENITENCIAL

¡Ah, Señor! Dios grande y temible, que mantienes tu alianza y tu gracia en favor de los que te aman y guardan tus mandamientos. Nosotros hemos pecado, hemos cometido la iniquidad, hemos obrado mal, te hemos hecho traición y nos hemos alejado de tus mandamientos y preceptos. No hemos escuchado a tus siervos los profetas que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres, a todo el pueblo del país. Tú, Señor, eres justo; nosotros hemos de avergonzarnos. Sí, Señor, nosotros: nuestros reyes, nuestros príncipes y nuestros padres, hemos de avergonzarnos, pues hemos pecado contra ti.

Tú, Señor, Dios nuestro, eres misericordioso y perdonador. Nosotros te hemos traicionado y no escuchamos la voz del Señor, nuestro Dios; no hemos caminado conforme a su ley. El Señor ha velado sobre la desgracia, y la ha hecho venir sobre nosotros. Pues el Señor, nuestro Dios, es justo en todas sus obras; nosotros no quisimos escuchar su voz.

Pero ahora, Señor, Dios nuestro, tú que con mano fuerte sacaste a tu pueblo de Egipto — y el renombre de aquella hazaña perdura hasta el día de hoy —, sálvanos, pues reconocemos que hemos pecado y hemos hecho traición a tu alianza.

Ah, Señor, en nombre de tu justicia, desvía tu cólera y tu furor de tu ciudad, de Jerusalén y de tu monte santo, pues por causa de nuestros pecados y de las faltas de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo están siendo el oprobio de todos los que nos rodean (Dan 9, 4-16).

El «pobre pecador» que recibe el sacramento de la penitencia no tropieza con una Iglesia que se cree justa y juzga duramente al caído. El penitente confiesa su pecado a un sacerdote que necesita descubrir también humildemente sus culpas a otro representante de la Iglesia. Y no sólo cada uno de los miembros, sino la misma Iglesia en su totalidad reza diariamente, siguiendo el mandato del Señor: «Perdónanos nuestras deudas.» Nada más extraño a la Iglesia que aquel farisaico vanagloriarse: «Te doy gracias, Señor, porque no soy como los demás.» Aun sabiéndose la única elegida, la «santa», no se considera libre de pedir continuamente perdón. El saber que ha recibido gracias sin medida la hace extraordinariamente sensible a toda culpa, porque reconoce que se queda corta en la correspondencia a su elevada vocación. Fue el primer papa quien escribió estas palabras: «El juicio comienza por la casa de Dios» (1 Pe 4, 17).

La Iglesia de la nueva y eterna alianza no se deja vencer en la humildad y sinceridad de su confesión y de la súplica de perdón por el fiel servidor de Dios, el profeta Daniel. Pero esta Iglesia, esposa de Cristo, conoce también que su esposo divino, el «siervo de Dios», ha intercedido por ella ante el Padre con lágrimas de sangre.

Tanto el concilio Vaticano II como los demás concilios que intentaron una reforma en la Iglesia se explican por el hecho de que esta Iglesia peregrinante, en marcha hacia su perfección, conserva viva conciencia de su necesidad de renovarse sin descanso: *Ecclesia semper reformanda.* ¿No era éste el tema dominante y la finalidad que le impuso el humilde papa del Concilio? La Iglesia tiene que presentarse, decía Juan XXIII, ante los cristianos separados y los no bautizados con un rostro nuevo y más agradable. La Iglesia sabe bien que todavía no puede presentarse ante Dios y ante los hombres ceñida del brillo esplendente de la Jerusalén celestial. El cristiano sabe que Cristo «amó a la Iglesia y se entregó por ella a fin de santificarla y purificarla mediante el baño del agua acompañado de su palabra, y prepararse así una Iglesia resplandeciente sin mancha, ni arruga, ni ninguna otra falta, sino santa e inmaculada» (Ef 5, 26s). Pero la Iglesia no cree que esta promesa esté ya completamente cumplida. Es más bien una vocación de santidad a la cual la Iglesia se siente obligada por las gracias que ha recibido en orden a lograrla. «Toda la Iglesia de aquí abajo dice: Perdónanos nuestras deudas. Luego, todavía no está sin mancha ni arruga. Pero por la gracia que ya se le ha concedido está en vías de lograr aquella perfección y aquella gloria que todavía le faltan» [1].

La Iglesia es santa en su vocación, en su doctrina, en sus sacramentos, por su ordenación total a la alabanza de Dios. Círculos esotéricos han pretendido formar en todas las épocas algo así como el resto santo e intachable que debía apartarse de la gran masa de los pecadores. Ellos eran los santos; los demás eran parias despreciables. En realidad, los miembros más santos de la Iglesia, los mejores de sus hijos han sido los primeros en conocer su imperfección y pedir humildemente perdón por sus faltas de correspondencia a la gracia. Así decía san Pablo: «No creáis que yo haya alcanzado ya todo esto. No he logrado aún la perfección. Pero me esfuerzo por darle alcance, después que Cristo me lo dio a mí» (Flp 3, 12). Ni ante los escándalos más amargos y verdaderamente extremos de muchos de sus miembros se juzga la Iglesia oficial con las manos limpias. Siente más bien el deber de lanzar a todo el que se considere justo despreciando a los demás aquel terrible «Ay de vosotros» que Cristo dirigió a los orgullosos doctores de la ley.

Toda la Iglesia suspira y hace penitencia por todos los pecados que cometen quienes militan en sus filas. Son los suspiros de la paloma devorada por su celo maternal, los «gemidos de la paloma», como decía san Agustín, con los que continuamente pide perdón a Dios por los cristianos pecadores de todos los órdenes de la Iglesia. En el fondo de esta súplica colectiva de perdón se manifiesta una misteriosa y no siempre bien apreciada solidaridad eclesial. Y en ningún otro rito aparece más clara esta solidaridad que en el rito solemne de la penitencia. Este rito, aunque hoy caído en desuso, ha conservado siempre en el Pontifical Romano un lugar oficial.

LA PIEDAD DE DIOS

Por un designio incomprensible de amor inmenso a su criatura, quiso el Dios trino hacer a los hombres partícipes de su naturaleza, convertirles de alguna manera en miembros de su misma familia y

1. San AGUSTÍN, *Retractationes* I, 7, 5; PL 32, 539.

llamarles a compartir su mismo amor en el seno de la divinidad. Este designio amoroso de hacernos miembros de su familia es lo que llamamos la «piedad» de Dios; esa inclinación de Dios hacia nosotros por la cual ya no ve en el hombre únicamente una criatura, sino más bien un hijo querido y por lo que nuestros pecados le afectan íntimamente: se llena de cólera y juntamente da muestras seguras de compasión.

De esta piedad divina, o más bien de la «misericordia de su piedad», nos habla la primera oración del rito solemne del sacramento de la penitencia: «Expulsión de los penitentes públicos fuera de la iglesia el miércoles de ceniza», como titula el Pontifical a esta primera parte del rito. La «santa misericordia de Dios» exige que el pecador esté dispuesto a la penitencia. Pero esta misma exigencia de reparación es una muestra de que Dios nos considera como suyos. Su *piedad,* su afecto paternal, su sentido de familia, es mayor que nuestro pecado. El pecador lesiona esta piedad, falta al sentido de pertenencia a la familia de Dios. Pero la piedad de Dios es mayor que la nuestra; renueva sin cesar en nosotros el espíritu de filiación y el sentido de familia.

El gran signo de la piedad del Padre celestial es la encarnación, la pasión y muerte de su Hijo unigénito «por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación». Formando absolutamente una misma cosa con la piedad del Padre, el Hijo humanado quiere constituir también unidad con nosotros haciéndose plenamente solidario de nuestro destino. El rito solemne de la reconciliación de los penitentes no se cansa de volver una y otra vez a ensalzar a Dios por este misterio de la solidaridad, del sentido familiar de Cristo. Cuando al principio del rito de la reconciliación se cantan las letanías de todos los santos, al invocar a todos los patriarcas y profetas, y luego a todos los mártires, se enciende por vez primera la antorcha de nuestra esperanza. A poco se apaga. Sólo cuando se reza el *Agnus,* «Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo», brilla segura la luz. Las promesas de los patriarcas y profetas, los sufrimientos de los mártires aprovechan al penitente solamente porque Cristo quiso sufrir por todos.

Luego, el obispo, extendiendo acogedor sus brazos, entona solemnemente el prefacio de la solidaridad salvífica con Cristo en alabanza del Padre celestial: «Al que, oh Padre omnipotente, con infinito amor hiciste nacer por nosotros, para que te pagase, oh Padre eterno, la culpa de Adán y con su muerte quitase poder a nuestra muerte, llevase en su cuerpo nuestras heridas y lavase con su sangre nuestras manchas..., a fin de que resucitásemos por su clemencia.» Mirando al misterio de la ilimitada solidaridad de Cristo que le hizo dar su vida por nosotros, clama confiadamente la Iglesia: «A estos siervos tuyos, apartados de ti por sus crímenes, hazlos volver a ti con tu acostumbrada piedad. Que tu Hijo, igual a ti, reconcilie contigo a estos siervos tuyos, y los limpie de todo pecado, para que puedan ser admitidos al festín de tu sacratísima cena. Y así los fortalezca con su carne y su sangre, para que después de esta peregrinación terrena les conduzca a los reinos celestiales Jesucristo tu Hijo...»

Detrás de la piedad, del cuidado maternal de la Iglesia, está siempre el misterio más profundo y definitivo: La unidad amorosa del Dios trino que por su piedad nos ha escogido para ser miembros de su familia y quiere celebrar eternamente con nosotros el festín de su amor trinitario.

LA PIEDAD DE LA MADRE IGLESIA

Así como en el corazón de Cristo podemos contemplar la piedad del Padre celestial, de igual forma en la Iglesia, que es Cristo prolongándose a través de los siglos, podemos descubrir la piedad de Cristo, su solidaridad fraterna con nuestra salvación. Sólo a la luz de esta solidaridad sin límites que mostró Cristo para con la humanidad sedienta de redención y redimida por Él, alcanza la doctrina del pecado original, de la solidaridad de toda la humanidad en la desgracia de Adán, su auténtico valor y su pleno significado. No es posible suponer que la piedad de Dios nos hubiera dejado sometidos sin esperanza a la solidaridad en el pecado de nuestro primer padre y en sus consecuencias. Con esto no negamos en modo alguno la absoluta gratuidad de la redención. El hombre, en todo caso, no puede presentarse ante Dios con ninguna exigencia. Si la solidaridad salvífica con Cristo ha llegado a tal extremo que, comparándola con la solidaridad en el pecado del primer Adán, aparece ésta insignificante, lo debemos únicamente a la piedad de Dios.

La lucha final entre la ciudad de Dios y la ciudad del diablo será

la separación definitiva, escatológica, entre la solidaridad en el pecado, que comenzó con la culpa del primer Adán, y la solidaridad en la salvación, que alcanzó su vértice más alto en el misterio pascual de la redención. La piedad, el cuidado maternal de la Iglesia se opone, siempre en íntima unión con la piedad del Padre celestial y de Cristo en el Espíritu Santo, a la solidaridad para el mal en que se encuentra atenazado el «mundo malo». Todo pensamiento y afecto egoísta, con los que continuamente se intenta poner por encima de todo el propio valor de la persona, contribuye a enzarzar al hombre en la funesta solidaridad con el mundo malo tras de la que está siempre Satán, el tentador y calumniador. Cuando tantos hijos de la Iglesia se dejan arrastrar de sus impulsos egoístas y del espíritu mundano, es preciso vivir al máximo nuestra solidaridad para la común salvación, compartiendo los sentimientos de piedad de la santa madre Iglesia.

No basta afirmar; hay que dar testimonio, porque así lo exige la santa vocación de la Iglesia, de que la solidaridad salvífica fundada en Cristo es mucho más profunda y mucho más eficaz que la esclavitud colectiva impuesta por el pecado.

Al predicar sobre este sacramento de la penitencia y en el decurso del rito penitencial, aparecen una y otra vez los «gemidos de la paloma». Es imposible dejar de escuchar los gritos de ayuda que lanza la Iglesia en solidaridad con los pecadores. Esos gritos son una prolongación del grito conmovedor de Cristo en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Como Cristo y en unión de Cristo padece la Iglesia dolores de parto y angustias de muerte cuando ve a uno de sus hijos caído en la miseria del pecado mortal. Ni los mismos pecados veniales puede verlos sin seria preocupación y dolor.

Gran parte del rito solemne del sacramento de la penitencia está formado por salmos y oraciones penitenciales. Y es interesante advertir que estas preces no las recitan solamente los que se acercan al sacramento o los que tienen impuesta una penitencia pública. Son recitadas por toda la comunidad. Toda la Iglesia implora piedad para los que han pecado.

No es otra razón sino esa misma piedad, ese sentimiento de preocupación y bondad maternales, lo que mueve a la Iglesia a representar tan insistentemente al pecador la malicia y desgracia del pecado.

Sabe muy bien que sin conocimiento de esa malicia intrínseca de la culpa, sin arrepentimiento y deseo de hacer penitencia no es posible la conversión y el retorno a la familia de Dios.

EL CARÁCTER ASOCIAL DEL PECADO

Para comprender por qué el pecado de nuestros primeros padres se convirtió en un fenómeno de alcance social, hay que partir del hecho de que en todo pecado, aun en el puramente personal, existe este aspecto social. Todo pecado es impiedad, *im-pietas* en el sentido original de este término entre los romanos, es decir, falta contra el sentido de familia; más aún, colaboración con el enemigo de la familia, en este caso con el enemigo de Dios y de la madre Iglesia. Y esto no se aplica solamente al pecado o acción pecaminosa que debilita notablemente las fuerzas del bien que luchan en la humanidad, fortaleciendo simultáneamente el poder del mal. Esto vale también referido a los mismos pecados internos de pensamiento y deseo, como igualmente a los pecados de omisión de algún bien posible por virtud de una gracia particular.

En el lenguaje penitencial de los monjes orientales encontramos una palabra, πένθος, para designar un sentimiento continuo y hasta toda una vida dominada por la idea de la expiación y penitencia por los pecados. Debiéramos hacer nuestra la actitud de dichos monjes, denominados πενθικοί, es decir, monjes penitentes, llorando sin cesar lágrimas de dolor por todas nuestras negativas a la gracia, ya que precisamente el no a la gracia de Dios contribuye a debilitar la plenitud de salvación en el mundo y resta fuerzas a la lucha solidaria contra las potencias del mal.

Ya el mero hecho de que el pecador tiene que confesar su pecado delante de la Iglesia, debe traerle a la conciencia que con su pecado no ha faltado únicamente contra Dios, el Padre común, sino también contra la Iglesia.

El rito solemne de la penitencia en el Pontifical es sobre este respecto extraordinariamente impresionante: el penitente se ve excluido de la comunidad eucarística a fin de que se dé cuenta de que sus pecados, mientras no estén expiados por la penitencia, ocasionan «la desolación de la Iglesia en una de sus partes» y un «daño

para el rebaño de Cristo», y son motivo de infernal alegría para el demonio por los «daños de la familia de Dios».

Tanto el pecado personal como la penitencia representan siempre un momento de la lucha más decisiva entre el reino de Cristo y el reino de las tinieblas que se prolonga hasta el final de los tiempos. Estamos siempre en campaña. Nuestro pecado significa un revés en el frente de combate, el cual no dejará de repercutir en la marcha general de la batalla.

EL ASPECTO SOLIDARIO DE LA PENITENCIA

Si con el pecado de uno de sus hijos, sufre toda la Iglesia, la penitencia del hijo descarriado es también motivo de común alegría. En el cuerpo místico de Cristo sucede, aunque de una manera análoga y mucho más profunda, lo mismo que en el cuerpo físico: «Dios ha combinado las diversas partes del cuerpo de manera que todos los miembros colaboren armónicamente en el bienestar recíproco. Cuando un miembro sufre, sufren todos con él, y cuando un miembro recibe una distinción, todos comparten su dicha» (1 Cor 12, 24ss).

En sus ritos penitenciales, la Iglesia no echa en cara al pecador la responsabilidad de haber «ocasionado un daño a toda la grey». Reconoce que junto a la culpa manifiesta de ese hijo suyo está también la culpa, oculta muchas veces, de muchos otros miembros del cuerpo que tal vez son los responsables de que éste haya caído en tan lamentable desgracia. En la primera oración introductoria a la solemne absolución, reza así el obispo: «Oh Señor, atiende nuestras humildes súplicas y escúchame clemente a mí que soy el primer necesitado de tu misericordia.»

Es preciso meditar frecuentemente en las consecuencias que se derivan de nuestra solidaridad tanto para el bien como para el mal. De esa manera nos sentiremos fuertemente espoleados a no dejar perder ninguna gracia y no ceder ante ninguna tentación de pecado. Más aún, sentiremos la obligación de no juzgar desalmadamente el pecado de nuestros prójimos. Nos uniremos con él en su penitencia o incluso le precederemos en ese camino de retorno hacia Dios. En la piedad eclesiástica, y sobre todo en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, hay frecuentes rasgos de este espíritu colectivo de

expiación y penitencia tan esencial a la función maternal de la Iglesia. Una idea clara de nuestra solidaridad mutua impedirá que se introduzca en nosotros un sentimiento de orgullo como si el cristiano piadoso no tuviera que expiar más que los pecados de los otros. Solamente Cristo, y por Él también su santísima madre, estuvo completamente libre de toda concesión al pecado y por tanto de toda colaboración con las fuerzas del mal. Cuando nosotros ofrecemos a Dios nuestra expiación por los pecados del mundo, nuestra ofrenda no podrá ser grata a Dios si al mismo tiempo no reconocemos humildemente que también nosotros hemos pecado y por tanto que también nosotros tenemos que ofrecer sacrificios y expiaciones por nuestras propias culpas. Como reza el sacerdote al ofrecer la hostia en la misa: «Recibe, Padre santo, esta hostia que te ofrezco por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias.» Con esto no negamos una verdad tan maravillosamente consoladora como es la posibilidad de expiar no solamente los propios pecados, sino unirse solidariamente con los otros para expiar con ellos y por ellos sus culpas.

La pasión redentora de Cristo es tan rica y fructuosa que de ella recibe la pasión de su madre y madre nuestra, María, todo su valor eficacísimo para nosotros. Lo mismo podemos decir del mérito de nuestros propios sufrimientos. Por virtud de la pasión de Cristo, todos nuestros trabajos, penitencias y reparaciones no solamente nos aprovechan a nosotros sino que también revierten su mérito sobre todo el cuerpo místico de Cristo. Esta «redención verdaderamente sobreabundante» era lo que hacía a san Pablo exclamar alborozado en medio de sus sufrimientos: «Me alegro de los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi cuerpo lo que todavía falta a la pasión de Cristo para bien de su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 24).

También de esta consoladora verdad nos habla el rito solemne de la penitencia en el Pontifical Romano. Aludiendo a la bienaventuranza: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (Mt 5, 4), se dice a los penitentes y juntamente a toda la comunidad que con ellos reza e implora: «No hay sino una sola súplica de penitencia, la cual aprovecha tanto a cada uno como a toda la comunidad.»

¡Qué maravilloso, pensar que nosotros, pecadores, podemos hacer penitencia no solamente por nuestros propios pecados, sino tam-

bién por los de nuestro prójimo! ¡Qué agradecidos debemos estar a Dios por esta virtud salvífica para los otros contenida en nuestra propia penitencia! Sólo con esta dimensión colectiva agrada a Dios nuestra penitencia.

SOLIDARIDAD EN LA ALEGRÍA POR LA PENITENCIA Y LA CONVERSIÓN

El rito solemne de la penitencia toma muy en serio la necesidad de penitencia y expiación. El que ha pecado no puede verdaderamente convertirse si no está dispuesto de alguna manera a hacer penitencia. Esa fase intermedia es imprescindible. De pecador se pasa a penitente, y de penitente a convertido.

Pero, integrada en la pasión redentora de Cristo y en la oración penitencial de toda la Iglesia, la penitencia posee un lado consolador, es un camino hacia la alegría. Retenida en un principio, esta alegría va poco a poco desplegándose en el curso del rito penitencial. Al encenderse por vez primera los cirios, escucha el penitente el canto solemne del juramento divino: «Vivo yo, dice Dios, que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.» Y a la tercera ceremonia de la luz se canta jubilosamente la promesa del Señor: «Alzad vuestras cabezas. Mirad que está ya próxima vuestra redención.» El juicio misericordioso del sacramento de la penitencia y la respuesta penitencial del hombre hacen del juicio futuro el gran día de la redención y de la alegría. Por eso, la Iglesia expresa luego su «propia alegría por la reconciliación de los penitentes». La palabra sacramental de la paz es la buena nueva, el evangelio, para los que hasta ese momento estaban encadenados al pecado. Y no solamente para ellos: toda la Iglesia, «madre gozosa de los vivientes», recibe jubilosamente ese mensaje de liberación.

Pero esta solidaridad íntima de los penitentes entre sí y de todos con la madre Iglesia se expresa mejor en otro rito conmovedor: mientras el coro canta las palabras «Yo os aseguro que habrá grande alegría entre los ángeles de Dios por todo pecador que haga penitencia», coge el obispo a uno de los penitentes por la mano, éste al siguiente, y, entrelazados así todos en fraternal unidad, son conducidos por el obispo y «devueltos a los santos altares». En medio de

los cantos de júbilo de los que celebran la fiesta del retorno, entona el mismo obispo una antífona que recoge la advertencia del padre de familia al «hermano mayor» de la parábola: «Hijo mío, tú también debes alegrarte. Tu hermano, que estaba muerto, ha vuelto a la vida. Estaba perdido, y ha sido encontrado.»

Este rito solemne es, pues, una seria y urgente advertencia dirigida por el Señor y por su Iglesia a todos los cristianos, para que no piensen seguros y satisfechos únicamente en sí mismos. Animados de espíritu de humildad y contrición deben sentir como propia la necesidad de los que viven alejados de Dios y de los que vuelven a Él por la penitencia y deben celebrar juntamente con ellos la alegría del retorno.

Siempre, tanto en el dolor como en la alegría, toda la Iglesia se siente animada por la ley de la solidaridad en la tarea de la salvación. El fundamento último de esta ley ha de buscarse en la bondad paternal de Dios, manifestada al mundo en Cristo Jesús. Todos los verdaderos hijos de la Iglesia saben bien que la penitencia y conversión de cualquier miembro repercute en la integridad y en el poder de captación misionera de toda la Iglesia: el miembro muerto o enfermo es devuelto sano y salvo a su función, es integrado nuevamente en la ley de solidaridad para el bien. Los convertidos hacen crecer a la Iglesia, si no en número, al menos en plenitud y hondura de vida. Por ellos aumenta la alegría del «regio festín», de los «santos altares».

EL TIEMPO CONCILIAR

Esa verdad tan claramente expresada en la liturgia, de que la Iglesia es *unum corpus paenitentiae,* un solo cuerpo de expiación y penitencia, nos lleva a hacer algunas reflexiones importantes sobre nuestras esperanzas, ya en parte cumplidas, y nuestros deberes en relación con el concilio ecuménico, que ciertamente ha sido uno de los acontecimientos más trascendentales para la Iglesia del siglo XX.

Es cierto que a todos compete una obligación evidente de colaborar en la creación de una opinión pública favorable a las decisiones del concilio. Igualmente, todos podemos y debemos expresar a nuestros obispos nuestras iniciativas para el mejoramiento de la pastoral. Pero nuestro gran deber en esta hora es, sobre todo, unirnos

solidariamente en una plegaria: *Parce, Domine, parce populo tuo,* «Perdona, Señor, perdona a tu pueblo; no mires a nuestros pecados, sino a la fe de tu Iglesia», y a la confianza que tiene puesta en la pasión redentora de Cristo, así como en los méritos del sufrimiento y penitencia de los miembros santos de la Iglesia en unión con los merecimientos de Jesucristo.

La Iglesia ha discutido muchos y muy serios problemas: cómo presentar las verdades de la fe y el mensaje moral al mundo de hoy, cómo conseguir el retorno de los hermanos separados. Pero por encima de todas las discusiones, decretos y constituciones, habrá de estar la *oración* al Espíritu Santo. Y esta oración no será verdaderamente agradable a Dios, si no comenzamos por confesar humildemente todas nuestras múltiples desobediencias a las luces y gracias del Espíritu Santo. El concilio es una solemne proclamación de fe, pero también una confesión solemne cara a Dios y cara al mundo. Sus intentos de reforma y sus disposiciones reformadoras son una acusación nacida del más genuino espíritu de penitencia.

El que alguna vez ha podido participar en el rito solemne de la penitencia, jamás se atreverá a afirmar que es muy del estilo de la Iglesia ese afán de defender y justificar todo lo que en el curso de los siglos han hecho los obispos, los sacerdotes y los mismos fieles. El estilo de la Iglesia, y por tanto también el estilo del concilio (muy particularmente del concilio) es confesarse «Iglesia de los pecadores» y mostrarse dispuesta a hacer penitencia como un solo cuerpo solidario de expiación y arrepentimiento.

Si nosotros, los miembros de la Iglesia verdadera, una, católica y apostólica, pretendiéramos escudarnos en el término «*santa* Iglesia» para dispensarnos de la obligación de la penitencia, estaríamos prácticamente representando el papel tristísimo del hermano mayor de la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 25-32) y en vano esperaríamos el retorno de los hermanos separados, al menos en lo que de nosotros depende. Porque Dios puede sin duda, por su ilimitado poder, hacer que vuelvan muchos que todavía están fuera, aun cuando dentro de la Iglesia continúen algunas personas y algunos círculos eclesiásticos oponiéndose a toda renovación y revitalización. ¿Pero no es nuestro primer deber de cristianos hacer más habitable y más acogedora la casa de Dios, la casa paterna de la Iglesia para todos los cristianos? Todos juntos tenemos que reconocer nuestros errores,

todos debemos compartir solidariamente las culpas y las cargas con los hermanos separados y con los muchos que apostatan de la fe; en una palabra, todos tenemos que confesar nuestros pecados, expiarlos y hacer penitencia con un auténtico espíritu de solidaridad. Sólo así tendremos razón para esperar el gran milagro de la gracia.

La Iglesia, como *corpus paenitentiae,* deberá estar dispuesta, por espíritu de solidaridad en la penitencia, a renunciar a muchas cosas que la humana tradición le ha hecho queridas y familiares, si así lo exigiera la ansiada unión de la cristiandad. Y cada uno de nosotros deberá entrar dentro de sí para luchar contra nuestro formalismo y nuestra superficialidad, contra nuestro fariseísmo ante todo, a fin de poder invitar a los extraviados al regreso a la casa paterna.

Sin embargo, nuestra peor actitud sería limitarnos a esperar que los padres dicten normas para reformar la disciplina y práctica eclesiásticas, la liturgia, la vida del clero y de las órdenes religiosas sin preocuparnos nosotros mismos de pensar en nuestra reforma, en nuestra continua necesidad de penitencia y de volvernos cada vez más seriamente hacia Dios.

Escucha, oh Señor, la oración y la súplica de tu siervo, y por tu gloria inclina benigno tu rostro hacia tu santuario desolado. Inclina tu oído, Dios mío, y escúchame. Abre tus ojos y mira nuestra desolación y la de la ciudad que lleva tu nombre. Contritos estamos ante ti con nuestras plegarias, confiando solamente en tu gran misericordia y no construyendo sobre nuestra propia justicia.

¡Oh Señor, escucha! ¡Oh Señor, presta atención! Atiende y decide. No tardes, te lo pedimos por ti, Dios mío. Pues sobre la ciudad y sobre tu pueblo se ha invocado tu nombre (Dan 9, 17-19).

LA EUCARISTÍA Y LA NUEVA LEY

Llegado el momento, ocupó su puesto en la mesa, y los apóstoles con él. Jesús les dijo: «Cómo he deseado comer este cordero pascual con vosotros antes de mi pasión. Pues os digo que no lo volveré a comer hasta que halle su cumplimiento en el reino de Dios.»

Entonces tomó el cáliz, rezó la acción de gracias y dijo: «Tomad, repartidlo entre vosotros. Pues yo os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta que llegue el reino de Dios.»

Luego tomó el pan, recitó la acción de gracias, y partiendo el pan se lo dio con estas palabras: «Esto es mi cuerpo que por vosotros será entregado. Haced esto en recuerdo mío.» E igualmente, después de la comida, tomó el cáliz y dijo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre que por vosotros será vertida» (Lc 22, 14-20).

EL CÁLIZ DE LA NUEVA ALIANZA

La antigua alianza fue sellada con la sangre de las víctimas. Aquellos sacrificios fueron tipo de la nueva alianza sellada por Cristo con la humanidad redimida mediante su sangre. En el Antiguo Testamento se consideraba la sangre como el vehículo de la vida (cf. Lev 17, 11). En la sangre de Cristo sí que está nuestra vida. Al entregarnos su vida prolongó por todos los siglos las virtualidades de su existencia terrena. La sangre de Cristo es el signo de la nueva y

eterna alianza. Lo que en la antigua era solamente símbolo se ha convertido en la nueva en una insospechada realidad. La sangre de las víctimas anunciaba la sangre de Cristo, el cual, derramando con su sangre su vida, abrió la fuente de vida para muchos.

Del corazón de Cristo traspasado por la lanza brotó sangre y agua (Jn 19, 34). En la sangre de Cristo, rescate infinitamente precioso (1 Pe 1, 19), hemos sido lavados de toda culpa (1 Jn 1, 7; Ap 19, 13). La fe en este grande amor del Señor nos da victoria sobre el mundo: «Ésta es la victoria sobre el mundo, nuestra fe. ¿Nadie vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Él ha venido por medio del agua, de la sangre y del Espíritu» (1 Jn 5, 4ss). De este amor fortísimo, de este realismo de la nueva alianza nos da testimonio el Espíritu Santo derramado en nuestros corazones: «No ha venido solamente en el agua, sino en el agua y en la sangre: el Espíritu lo atestigua» (1 Jn 5, 6).

De esta manera, en el cáliz de la nueva alianza halló cumplimiento la promesa: «Ésta es la alianza que yo concluiré en aquellos días con la casa de Israel: pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón. Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Jer 31, 31ss; Heb 8, 10; 10, 16). El Espíritu, que es la verdad, nos enseña desde el interior de nosotros mismos a mirar a aquel que ha sido traspasado por nosotros y que por nosotros derramó su sangre. Así, su gran empresa redentora nacida del amor que nos tenía se convierte por la acción del Espíritu Santo en ley interior y urgente de nuestra vida.

«Los sacrementos de la nueva ley» están todos ellos orientados en su más profundo significado hacia la alianza que el Señor afirmó con su sangre. Haciéndonos participar de esta alianza, nos obligan juntamente a un amor que sea respuesta adecuada al amor de Cristo y a una seriedad que tiene su medida en la muerte de Cristo en el sacrificio de la cruz. Mientras no lleguemos a «resistir hasta el derramamiento de sangre» (Heb 12, 4), mientras en la lucha contra los enemigos de la salvación no hayamos aguantado con un amor dispuesto a la muerte las pruebas más duras y decisivas, no creamos que el agradecimiento y el amor que nos exige la nueva ley han alcanzado en nosotros toda su perfección.

En la eucaristía celebramos, hasta el día de la consumación final, la nueva y eterna alianza. Esto quiere decir también que incansa-

blemente, profundizando nuestra comprensión y nuestra decisión, renovamos nuestro sí a la nueva alianza y a la nueva ley, damos un sí generoso a aquel amor que tiene fundamentalmente su medida en el amor de Cristo, el crucificado.

LITURGISTAS Y MORALISTAS

El famoso jesuita padre Ivo Zeiger ha escrito respecto de los soldados de la segunda guerra mundial: «Conocían el "Schott" (devocionario litúrgico). Aun en las peores condiciones materiales, podían organizar en los campos de concentración celebraciones litúrgicas. Sin embargo, paralelamente, sin darse cuenta, hacían suyas y repetían las ideas de una ética típicamente neopagana, que una propaganda sutil había ido metiendo en sus mentes. Eran, si podemos hablar así, cristianos sacramentales, litúrgicos, y al mismo tiempo divulgadores de un neopaganismo ético. Ambos mundos se yuxtaponían en ellos sin influirse mutuamente, sin buscar un acuerdo entre los dos aun siendo tan diversos» [1].

Hay motivos para dudar de que la afirmación del padre Zeiger tenga un valor general aplicada a la realidad. El mismo autor tuvo la suerte de vivir una experiencia totalmente distinta. Durante cinco años de servicio en el frente se encontró siempre con excelentes camaradas que le ayudaron a organizar inolvidables cultos litúrgicos, y puede asegurar que aquellos hombres que tan activamente participaban en la liturgia mostraban en todas las circunstancias una extraordinaria capacidad de resistencia frente a los principios y prácticas anticristianas de aquellos tiempos difíciles. Por otra parte, en el curso de los últimos diez años, concienzudas investigaciones sociológicas han puesto de manifiesto hasta qué punto la manera y calidad de las celebraciones litúrgicas influyen en todo el conjunto vital y religioso de los fieles que a ellas asisten. Se ha podido comprobar, sin lugar a duda, que una liturgia al alcance del pueblo, en medio de un fuerte espíritu de comunidad, sirve para crear en los fieles una fuerte salvaguarda de los principios cristianos frente al materialismo y la irreligiosidad del ambiente, mientras que por el contrario un culto religioso de aire individualista y formalista, una liturgia inaccesible a ese público pasivo que «asiste» simplemente a la iglesia, carece de toda proyección o influjo en la vida de la comunidad.

1. *Heilige Sendung*, Paderborn 1949, p. 179.

No obstante, a pesar de estas observaciones contrarias, podemos estar agradecidos al padre Zeiger por habernos hecho fijar nuestra atención en un fenómeno tan grave como es la escisión que se observa entre la vida litúrgica y la conducta moral. Desgraciadamente, ese abismo sigue todavía abierto en muchos sectores de la Iglesia. Después de tantos pacientes — e impacientes — intentos de renovación litúrgica, seguimos aún padeciendo las consecuencias de aquellos desdichados métodos teológicos y catequísticos que no lograron encasillar la doctrina de los sacramentos en el lugar que les corresponde.

Los trataban *después* de los mandamientos o paralelamente a los mandamientos de la alianza del *Sinaí*. Así, los sacramentos constituían un nuevo capítulo de «deberes cristianos» (cosas que debemos recibir), o a lo sumo se presentaban como «medios de la gracia», y no precisamente para cumplir los mandamientos impuestos por los «sacramentos de la nueva ley». ¿No habrán contribuido los moralistas de los últimos siglos, quizá de manera inconsciente e involuntaria, a crear ese fenómeno que señalaba el padre Zeiger, de la escisión entre la liturgia y comportamiento moral?

En su primera fase, el movimiento de renovación litúrgica luchó sobre todo — en parte habría que decir *únicamente* — por integrar la piedad interior y la realización exterior de las ceremonias litúrgicas. Había precedido un período en el cual la liturgia quedó reducida al problema puramente legal de las rúbricas, viendo en aquella renovación un intento de asegurar la exacta celebración de las ceremonias. Era, pues, absolutamente necesario un paso previo: volver a considerar los «signos sagrados» como signos ante todo, a fin de que volvieran a hablarnos y pudieran así conducirnos a la contemplación de los misterios invisibles.

Dios mismo quiso manifestarnos el misterio inaccesible de su amor trinitario y su designio salvífico en los misterios redentores de la encarnación, muerte, resurrección y ascensión de Cristo. El aspecto visible de estos misterios tiene su correspondencia y su actualización en los sacramentos, según decía acertadamente san León Magno: «Lo que fue manifiesto en nuestro Redentor, ha pasado a

los sacramentos» [2]. Para recibir la gracia sacramental — y los deberes que nacen de los sacramentos — necesitamos el medio del signo visible. Existe una correlación entre la estructura fundamental de los «sacramentos de la nueva ley» y la de la misma «ley nueva»: el signo sagrado nos conduce hacia la gracia oculta, al misterio salvífico que está al mismo tiempo oculto y manifiesto. Este misterio y la gracia que en él se nos concede exigen de nosotros un noble esfuerzo por hacernos al lenguaje santo de los signos sacramentales. Algo así hay que decir respecto de la predicación: es cierto que lo principal, lo esencial es siempre la gracia interior del Espíritu, la «ley del Espíritu de vida»; pero nuestra predicación es vehículo de esa gracia y esto nos obliga a tomarla muy en serio. También la ley promulgada exteriormente forma parte del evangelio, de la buena nueva: por ella podemos comprender y seguir mejor la ley interior de la gracia.

Pero de la misma manera que no podemos ver en la ley exterior la ley definitiva, pues es la gracia del Espíritu nuestra más íntima ley neotestamentaria, no podemos tampoco quedarnos en el movimiento litúrgico con el aspecto puramente exterior atendiendo ante todo a la realización material de los ritos. Cuando éstos se celebran dignamente nos conducen por sí mismos y con fuerza irresistible hacia el misterio. Reza la Iglesia en la postcomunión de la fiesta de la degollación de san Juan Bautista (29 de agosto): *Magnifica sacramenta significata veneremur:* «Veneremos los magníficos sacramentos en su simbolismo, en su presentación visible.» La misma oración nos indica inmediatamente cuál ha de ser el segundo paso, el más decisivo, de la renovación litúrgica: *et in nobis potius edita gaudeamus:* «pero danos sobre todo la alegría de que esos misterios cobren forma en nuestra vida».

¡Qué fuerza transformadora de vida brota de los sacramentos cuando se logra una liturgia verdaderamente pastoral, es decir, una liturgia que habla vitalmente a los cristianos en el lenguaje simbólico de los sacramentos y va acompañada de una predicación también comprensible del contenido vital y profundo de esos signos sagrados! Es necesario que la catequesis y la predicación de la palabra divina colaboren con el movimiento litúrgico y se integren con la liturgia

2. «Quod Redemptoris nostri conspicuum fuit, in sacramenta transivit», *Sermón 72, 4;* PL 54, 398.

en unidad orgánica, a fin de mostrar cómo los ritos litúrgicos nos indican de la manera más palpable y comprensible el camino de una vida cristiana. Las oraciones litúrgicas de la semana pascual han realizado con singular belleza ese ideal: no son sino una insistente llamada a la vida nueva partiendo de la contemplación del misterio de pascua dentro del ritmo litúrgico. Después de la introducción (iniciación) de los neófitos en la noche pascual, les muestra la santa madre Iglesia a sus nuevos hijos, así como a sus hermanos y hermanas mayores, cómo son precisamente estos misterios, de los cuales han podido participar por medio del bautismo, la confirmación y la eucaristía, los que serán en adelante norma de su vida. Tomemos, por ejemplo, la oración del domingo *in albis*: «Dios omnipotente, al finalizar la solemne celebración del misterio pascual, te pedimos que nos concedas seguir viviendo estos misterios en nuestra vida.»

Siendo la santísima eucaristía el centro de la fe y de todo el culto, es necesario que también la vida cristiana, tanto en su aspecto religioso como en su aspecto moral, esté fundamentalmente informada de este centro vital. La carta a los Hebreos ha condensado en una fórmula clásica el mensaje moral del Nuevo Testamento: «Al cambiar el sacerdocio, necesariamente tiene que cambiar también la ley» (Heb 7, 12). Para comprender la originalidad de la nueva ley y consiguientemente de la moral cristiana, reviste una importancia decisiva partir de la raíz, que es el sacerdocio de Cristo. Centro de este sacerdocio de Cristo, con tan decisiva influencia en nuestra vida, es la eucaristía considerada como banquete y sacrificio y como presencia amorosa en medio de su pueblo santo. La eucaristía es el gran signo de la nueva alianza, que el Padre concluyó con la humanidad redimida mediante la sangre de su amadísimo Hijo, nuestro sumo sacerdote, Jesucristo. En la eucaristía celebramos nosotros «desde la salida hasta el ocaso del sol» (Mal 1, 11), la nueva alianza, de la cual nace para nosotros el deber de vivir según la nueva ley de santidad y amor. Toda celebración eucarística renueva en nuestra alma el sello de pertenencia a la alianza que Dios pactó con nosotros en el bautismo. Por nuestra parte, es un alegre sí, repetido cada vez con mayor profundidad, a nuestra adhesión al pueblo de la alianza y a la ley de esta nueva alianza.

Cuanto más profunda y vitalmente lleguemos a comprender lo que en la eucaristía celebramos y recibimos, tanto más clara y agra-

decidamente comprenderemos también hasta qué extremos nos obliga a vivir santamente el don de Dios y cómo la mayor alabanza que podemos tributar al Señor es abrirnos a la acción de su gracia.

Ahora comprenderemos también qué es lo que buscaba el papa Juan XXIII al insistir una y otra vez en la necesidad de una «liturgia pastoral». A la luz de estas consideraciones y de aquella actualísima consigna, vamos a examinar algunos aspectos fundamentales de la eucaristía que nos permiten deducir normas prácticas de conducta. Será un ejemplo de cómo la meditación de los santos misterios puede llegar a transformar nuestra vida.

En la eucaristía celebramos la nueva alianza y en ésta el misterio de la santidad de Dios, el *mysterium tremendum,* el misterio de la bienaventuranza, *mysterium fascinosum,* el misterio de la fe, *mysterium fidei,* el misterio de la unidad y del amor, *mysterium unitatis.*

¿Qué daré yo al Señor por todos los beneficios que me ha dispensado? Tomaré el cáliz de salvación e invocaré el nombre del Señor. Cumpliré mis votos al Señor en presencia de todo su pueblo. Preciosa es a sus ojos la muerte de sus santos. ¡Oh, Señor! Yo tu siervo, hijo de tu esclava. Tú has roto mis cadenas. A ti sacrifico oblación de alabanza e invoco tu nombre (Sal 115, 13ss).

EL MISTERIO DE LA SANTIDAD

Daos cuenta de que no estáis ante una realidad palpable: no estáis ante el fuego ardiente del Sinaí, con todo el acompañamiento de oscuridad, tinieblas, viento huracanado, estrépito de trompetas y clamor de voces, tanto que los que una vez lo presenciaron, pidieron no volver a escucharlo más. Pues ¿quién podría cumplir aquella orden bajo tan severa amenaza?: «Todo el que toque la montaña, aunque sea un animal, será lapidado.» Tan terrible fue aquel espectáculo, que Moisés llegó a decir: «Estoy aterrado», y todo su cuerpo temblaba al decirlo.

No, vosotros estáis ante el monte Sión y la ciudad del Dios vivo; os habéis acercado a la Jerusalén celestial, a las miríadas de ángeles, al júbilo festivo, a la Iglesia de los primogénitos cuyo nombre está inscrito en los cielos, al Dios juez universal; os habéis aproximado a Jesús mediador de la nueva alianza, a una sangre purificadora que clama con voz más elocuente que la de Abel.

Cuidado con no prestar atención al que os habla. Pues si aquellos que se negaron a escuchar al que promulgaba oráculos sobre la tierra, no escaparon al castigo, con mucha menos razón escaparemos nosotros si rehusamos escuchar al que habla desde los cielos.

Aquel cuya voz conmovió ya una vez la tierra, nos ha hecho esta promesa: «He de volver a conmocionar, pero la próxima vez no solamente la tierra sino también el cielo.»

Estas palabras «la próxima vez», quieren decir que la conmo-

ción de estas cosas creadas implica su renovación, y que las cosas inconmovibles subsistirán en su ser. Y pues nosotros recibimos un reino inconmovible, conservemos firmemente la gracia y demos por ella a Dios un culto agradable con toda reverencia y auténtica religión. Porque nuestro Dios es fuego devorador (Heb 12, 18-29).

LA ALIANZA, REVELACIÓN DE LA SANTIDAD DE DIOS

Al pactar la antigua alianza, mostró Dios una incomprensible condescendencia: escoger a un pueblo miserable y despreciado para hacer con él un pacto de amor distinguidísimo e inmerecido. Pero en aquel mismo acto de condescendencia manifestaba su tremenda y purísima santidad.

La nueva alianza supone por parte de Dios una condescendencia mucho más incomprensible. La humanidad perdida en el pecado, alejada de Dios, es lavada por la sangre del Cordero y elegida para ser su esposa. Nuevamente, a la mayor condescendencia de Dios corresponde una más impresionante revelación de la santidad divina. Más que a los hombres de la antigua ley, nos dice a nosotros continuamente esta elección: Hemos sido elegidos por pura gracia.

Este progreso en la revelación de la santidad de Dios llegó a su cima con la «aparición de la bondad y filantropía de nuestro gran Dios», como se expresa la carta a los Hebreos (Heb 12, 18-29). Y la consecuencia que saca su autor es que la sin igual grandeza de la nueva alianza nos pide responder no sólo con un amor fiel sino también con un santo respeto y temor que superen todo lo conocido en el Antiguo Testamento. El amor divino, manifestado en las lenguas de fuego de pentecostés y en la marca abrasadora del Espíritu que santificó a Cristo como víctima expiatoria por nuestros pecados, quiere ser en nosotros fuego purificador del «temor de Dios».

En la segunda carta a los Corintios se subraya también que el servicio que obliga a los fieles el Nuevo Testamento está dominado por el fulgor de una manifestación de la santidad y gloria de Dios muy por encima de lo que fue en el Antiguo Testamento: «Si ya la ley grabada letra por letra en la piedra fue precedida de la revelación de tan claro resplandor que los hijos de Israel no podían mirar

a la faz de Moisés a causa del fulgor que despedía su rostro — y aquello era transitorio —, ¿cuánto más no cegará el brillo glorioso que trae consigo la dispensación del Espíritu?» (cf 2 Cor 3, 7).

El examen de las diversas manifestaciones de la santidad y gloria de Dios en la antigua Alianza nos ayudará a comprender mejor la gran revelación de esa santidad en la nueva y eterna alianza concluida en la sangre de Cristo y que es celebrada por nosotros en la eucaristía hasta que alcance su manifestación definitiva en la gloria del cielo.

REVELACIÓN DE LA SANTIDAD EN LA ANTIGUA ALIANZA

Después de contemplar la zarza ardiente, de verse en medio de la oscuridad y fragor de la tormenta, después de sentir la cólera y misericordia de Dios hacia aquel pueblo infiel, que pasaba sin cesar del pecado a la penitencia para volver nuevamente al pecado, se da cuenta Moisés de la indecible bondad del Dios de la alianza: «El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como sólo un amigo habla con su amigo» (Éx 33, 11). Entonces Moisés se atreve a pedir a Dios una señal de haber hallado gracia ante sus ojos, y Dios le promete que irá Él mismo con aquel pueblo que se había mostrado tan duro de cerviz. Moisés, confiadamente, adelanta el ruego más audaz: «¡Déjame ver tu gloria!» El Señor le responde: «Te voy a mostrar todo mi esplendor y mi bondad. Pronunciaré delante de ti el nombre de Yahveh. Tengo compasión del que quiero y piedad del que me parece bien. Pero no podrás ver mi rostro. Ningún hombre podría verme sin morir en aquel instante. Pero, mira, ponte allá sobre aquella roca. Cuando pase mi gloria, yo te introduciré en la concavidad de la roca y te cubriré con mi diestra mientras paso. Luego retiraré mi mano y podrás verme de lejos (de espaldas). Mi rostro no podrías verlo» (Éx 33, 18-23).

Hizo nuevamente Dios subir a Moisés al monte y le dio por segunda vez las tablas de la ley. Después de haber contemplado así a Dios desde lejos, brillaba de tal manera la faz de Moisés que Aarón y los israelitas se sintieron sobrecogidos de santo temor.

REVELACIÓN DE LA SANTIDAD EN EL NUEVO TESTAMENTO

El Antiguo Testamento no fue sino pálido anuncio del Nuevo. Moisés sólo pudo ver al Señor desde lejos. Se sentía pobre criatura incapaz de resistir la visión inmediata de Dios. Era tal la conciencia de su condición pecadora, que el miedo ante Dios le consumía.

Jesús, el mediador de la nueva y eterna alianza, viene a nosotros saliendo del Padre. Sobre Él resuena un día la voz potente del Padre: «Éste es mi Hijo amadísimo, en el que tengo todas mis complacencias» (Mt 3, 17; 2 Pe 1, 17; Mt 17, 5; Lc 9, 35s).

Jesús viene al mundo para ofrecerse a sí mismo como víctima expiatoria por nuestros pecados. ¿Qué mayor manifestación de la santidad de Dios que exige tal sacrificio? Ahora sí que comprendemos que la santidad de Dios es un fuego devorador. Su justicia no se satisface si no es con esta víctima. A la muerte de Cristo toda la tierra se conmueve: las rocas se hienden, las tumbas lanzan fuera a sus muertos, incluso el sol retira su luz... Pero qué es todo ese aparato cósmico ante el espectáculo tremendo del sudor de sangre, ante aquella «súplica emocionada», aquel «grito ardiente» (Heb 5, 7) del Hijo amado sobre la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mc 15, 34).

«He aquí que mi servidor será prudente, será ensalzado, subirá... Le hemos visto igual que un despreciado, como el más menguado de todos los hombres. Su rostro parecía cubierto de vergüenza... Realmente tomó sobre sí nuestros sufrimientos y quiso cargar con nuestros dolores. Le tuvimos por leproso, como a un hombre humillado y castigado por Dios. Pero había sido herido por causa de nuestros crímenes, aplastado por causa de nuestros pecados... Se inmoló porque él mismo quiso... Y el Señor tuvo a bien machacarlo con el padecimiento... Pero al ofrecer él su vida en expiación por nosotros, verá el fruto de su pasión extendiéndose por los siglos sin fin y verá cómo gracias a su intervención el plan del Señor es llevado a feliz término» (Is 52, 13-53, 12).

En el cuerpo de Cristo vilipendiado y cubierto de sangre sobre la cruz, en el sacrificio expiatorio del Hijo amado, se revela del modo más maravilloso el misterio de la santidad divina. El anonadamiento de Cristo, su obediencia y su oblación son la mejor y más

perfecta adoración que ha podido nunca ser ofrecida de parte de la humanidad a la santidad y justicia de Dios.

EN LA EUCARISTÍA PALPAMOS LA SANTIDAD

Éste es el misterio que celebramos en la eucaristía, la cual no es sino la «alianza sellada con la sangre de Cristo», el sacrificio de expiación por nuestras culpas. Es importante insistir en este aspecto del misterio eucarístico, sobre todo en un tiempo en que el pecado celebra sus más espantosas bacanales en un mundo que ha perdido el sentido del pecado.

Hay que agradecer a la renovación litúrgica el que hoy día se ha vuelto a comprender el significado de la eucaristía como sacramento del júbilo pascual y como comida o banquete del pueblo de Dios. Es un aspecto logrado en la piedad litúrgica que en modo alguno se puede menospreciar o disminuir en su importancia. Sin embargo, creemos que es necesario insistir al mismo tiempo en el carácter de sacrificio expiatorio que es también propio de la eucaristía, porque *existe el peligro de dejar esta verdad muy en segundo plano con perjuicio de la misma alegría pascual y del sentido de la celebración comunitaria.*

La liturgia de la misa nos toma fuertemente de la mano y nos introduce en el misterio de la santidad de Dios:

Nada más acercarse al altar, tanto el celebrante como los fieles reconocen ante Dios y ante la comunidad de los santos que son pecadores (*confiteor,* «yo pecador»). Al subir las gradas del altar, al acercarse al «santo de los santos» pide nuevamente el sacerdote ser purificado de todos los pecados, y especialmente del pecado contra la santidad de Dios, pecado que designa con el término fuerte de «iniquidad» y del que suplica ser libre «por Cristo, nuestro Señor». Toda nuestra confianza reside en el sacrificio expiatorio de Cristo. Al besar el altar, una vez más implora la divina misericordia: «... para que te dignes perdonar todos mis pecados». Luego, alternando con la comunidad, repite una y otra vez la súplica de misericordia al *Kyrios,* al Dios altísimo. Ni siquiera en la gloria falta este pensamiento de la necesidad de ofrecer sacrificio por nuestros pecados: «Tú, que quitas el pecado del mundo.» Antes de proclamar

solemnemente el evangelio (y por tal entendemos no solamente la lectura del texto propio de la misa del día y la siguiente homilía, sino toda la instrucción kerigmática que va incluida en el mismo rito sacramental) el sacerdote se siente dominado por un temblor semejante al que sobrecogía al profeta Isaías: «¡Ay de mí, que soy hombre de labios manchados!» (Is 6). Aquí vemos la importancia que tiene la confesión de devoción o confesión frecuente de solos pecados veniales: Dios purificó al profeta con un carbón santo tomado del altar; de igual forma Cristo nos purifica con el fuego de su pasión, de su oblación sacrifical en el sacramento de la penitencia a fin de que podamos celebrar dignamente la eucaristía y no ardamos al contacto de la santidad de Dios. Ay del sacerdote que se acerca diariamente al altar y se cree dispensado de la necesidad de que Dios le purifique continuamente.

Las oraciones del ofertorio rebosan igualmente de este sentimiento del pecado y de la necesidad de la expiación: se ofrece el sacrificio eucarístico «por mis innumerables pecados, transgresiones y negligencias». Con humildad y «espíritu contrito» pedimos ser aceptados por el Señor. El gran himno eucarístico, el prefacio, nos recuerda la visión que tuvo Isaías al principio de su vocación, cuando en el templo se le reveló el Dios santo ante el cual los serafines repetían: «Santo, santo, santo.»

Inmediatamente antes del relato de la institución de la eucaristía, expresa el *Hanc igitur* la súplica de «vernos libres de la condenación eterna». De qué enorme desgracia nos ha librado la muerte de Cristo y qué razón para llenarse de terror tienen los impenitentes ante esta pavorosa manifestación de la santidad de Dios. La liturgia nos ha venido preparando de esta manera para comprender el alcance enorme de las palabras de la consagración: «Éste es el cáliz de mi sangre»: Cristo ha querido derramar su sangre por nosotros pecadores.

El *Memento* de los difuntos nos recuerda que nadie, a no ser que esté completamente limpio, puede disfrutar la visión beatificante de Dios. Luego, al golpearnos el pecho, decimos en alta voz: *Nobis quoque peccatoribus,* reconociendo que nuestra confianza no se basa en nuestras obras sino únicamente en la piedad de Dios, *veniae largitor,* largo en perdonar.

La oración con que se bendice la mesa eucarística, el *Paternoster,* recoge en un contexto particularmente relevante la súplica del perdón de los pecados. El embolismo que le sigue, *Libera nos, quaesumus* («Líbranos, Señor»), desarrolla el sentido de esa petición al igual que en el sermón de la montaña (cf. Mt 6, 14s). El triple *Agnus Dei* nos trae el recuerdo de que la comida eucarística es fruto del sacrificio de Cristo para expiar nuestros pecados *(qui tollis peccata mundi).* Las tres oraciones que preceden a la comunión nos recuerdan igualmente nuestra condición pecadora. Conscientes de nuestra indignidad, recibimos el cuerpo ofrecido por nosotros, la sangre derramada por el Señor «para perdón de nuestros pecados». Y efectivamente, la comunión perdona las culpas leves y el castigo merecido por los pecados; también, aunque *per accidens,* como dicen los teólogos, es decir, no por ser sacramento de perdón sino en virtud de la vida divina que contiene, puede perdonar los pecados mortales de los que no tenemos conciencia y que interiormente, al menos con dolor imperfecto, detestamos.

Esto es prácticamente «liturgia pastoral», liturgia viva celebrada comunitariamente, liturgia meditada a la luz de la teología, que nos conduce a una comprensión más profunda del misterio de la santidad de Dios.

Este misterio debe sobrecogernos y transformarnos por la celebración de los ritos sagrados, a fin de que sea él fuente y norma de nuestra vida.

VIVIR DEL MISTERIO DE LA SANTIDAD

Cuando hemos logrado penetrar así en el misterio de la santidad a través de la celebración reverente del sacrificio eucarístico y hemos sentido la sublime majestad del Dios tres veces santo, cuando hemos aprendido a pasar largo tiempo en adoración ante el misterio de los altares, nos resultará fácil y hasta natural hacer de toda nuestra vida una ininterrumpida adoración del Dios santísimo en Cristo Jesús.

Santificados, justificados por pura gracia, consagrados a la «alabanza de su gracia gloriosa» (Ef 1, 6), veremos en nuestra participación en la liturgia no solamente un nuevo don de Dios que nace de nuestro ser renovado en Cristo, sino también una necesidad de

ordenar toda nuestra vida a la realización de esta consigna: «Todo a la mayor gloria de Dios.»

La celebración reverente y contrita del sacrificio de Cristo nos enseña a unir lo duro de nuestra vida a la oblación de Cristo en expiación de nuestros pecados y los de todo el mundo. Sentiremos juntamente el deber de luchar contra toda tendencia pecaminosa en nosotros, incluso hasta el derramamiento de nuestra sangre. La llama de expiación, encendida en nuestro siglo por el mensaje de Fátima, ha de alimentarse continuamente del fuego sagrado del sacrificio eucarístico. He aquí una razón por la que, dentro de los afanes de una liturgia pastoral, debe ocupar siempre un lugar destacado el deseo de que el altar del sacrificio, expresión visible de la idea de expiación, sobresalga siempre en el puesto central que le corresponde.

El sacrificio de Cristo, así como todas las oraciones y ritos que acompañan el sacrificio eucarístico, nos anuncian a nosotros, pobres pecadores, la buena nueva de la misericordia sobreabundante de Dios; pero al mismo tiempo nos exhortan a estar nosotros mismos dispuestos al sacrificio, a la penitencia y a la expiación, en unión con Jesús. La conocida profecía eucarística de Malaquías va seguida de una queja de Yahveh sobre su pueblo y sus sacerdotes, de que solamente le sacrifican lo que ya no les sirve, «los animales ciegos, cojos y roñosos», y aun se atreven a fanfarronear: «¡Ah, qué trabajo!» (Mal 1, 13).

La celebración digna del sacrificio eucarístico nos invita a tomar en serio en nuestra vida la advertencia del Señor: «Yo soy un gran rey, dice el Señor de los ejércitos, y mi nombre es temido entre los pueblos» (Mal 1, 14). Si el Hijo unigénito de Dios se ofreció a sí mismo en sacrificio expiatorio al Padre, no podremos nosotros en el culto y en nuestra vida ofrecer a Dios sino lo mejor que tengamos. Qué triste estampa la de ese minimalismo moral que aparece en el continuo lamentarse y suspirar bajo el peso de tantas cargas insoportables: «¡Ah, qué duro es esto!» En un cristiano que ha percibido en la celebración reverente de la eucaristía un vislumbre del misterio de la santidad divina, esa actitud es francamente inconcebible.

Danos, Señor, que amemos tu nombre y lo temamos, a fin de que así te adoremos con santa reverencia, te sirvamos con fidelidad y no nos echemos atrás a pesar de nuestras debilidades. Por Cristo, nuestro Señor.

MISTERIO DE LA BIENAVENTURANZA

Bendeciré al Señor en todo tiempo; su alabanza estará siempre en mis labios. En Dios se goza el alma mía. Escúchenme los humildes y regocíjense. Alabad conmigo al Señor, ensalcemos juntos su nombre. Pues busqué al Señor y me respondió: me libró de todos mis temores. Volved hacia Él vuestro rostro para que en él brille la alegría; no quedará confundido. Cuando el pobre acude a Dios, Yahveh le escucha, le libra de todas sus angustias. El ángel del Señor es como un muro fuerte en torno a los que temen al Señor, para librarlos de todos los peligros.

Gustad y ved qué bueno es el Señor. Dichoso quien busca en Él refugio.

Temed al Señor, vosotros sus santos; pues a los que le temen, nada les falta. Los ricos vegetan en la miseria, en escasez. Pero los que buscan al Señor sobreabundan de bienes (Sal 33, 1-11).

Adquirir conciencia de nuestra condición de miserables pecadores es requisito necesario para compartir con santo temor el abandono de Cristo a la faz de su Padre airado por el pecado. Y la experiencia de aquella hora suprema del sufrimiento de Cristo nos capacita para elevar un canto agradecido y alegre de alabanza al que nos redimió de aquel peso; es decir, la meditación de la pasión incomprensible de Cristo nos prepara a la celebración jubilosa de la eucaristía.

Santo temor y alegría exultante constituyen los dos polos entre los que oscila la vida religiosa y también los himnos en que ésta se

manifiesta. Cuando desaparece el temor y reverencia ante el misterio del Dios santo, el amor se torna superficial y termina resultando empalagoso. En cambio, un exceso de temor desemboca en auténtico pavor ante el demonio. Cuando el alma de la vida religiosa no es el amor, la religión ronda la demoniomanía. El progreso en el amor supone una purificación del temor. Por su parte, el santo temor purifica el alma a fin de que pueda sentir el amor divino en toda su beatificante felicidad. Hablando de su propia experiencia y apoyado en la Sagrada Escritura (cf. Éx 33 e Is 6), nos enseña san Juan de la Cruz que la contemplación mística no podría otorgarla el Señor a un alma no purificada todavía de todo pecado venial, pues le ocasionaría inmediatamente la muerte.

La celebración eucarística es júbilo pascual, pero con espíritu contrito, ya que nos lleva a pensar en el paso del Señor a través de un mar de sufrimientos. La eucaristía es el himno de acción de gracias que entonan los redimidos, pero acción de gracias por la cruz del Señor sin la cual todo estaría perdido. En la eucaristía celebramos el pacto eterno del amor de Cristo con su Iglesia, la esposa que conquistó para sí con su sangre. La eucaristía es el radiante arco iris de la nueva alianza, el gran signo de la reconciliación. La eucaristía es acción de gracias del que siente como un respiro al ver que Dios no ha dejado a la humanidad en la miseria de su pecado: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito para que todo el que crea en Él no se pierda sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16). Y así fue Cristo exaltado en la cruz como signo de vida y salvación para nosotros y perenne monumento de digna alabanza al Padre.

En la celebración de la eucaristía resuenan las triunfales trompetas de la pascua y hasta las mismas trompetas del gran día del triunfo final: «Por eso Dios le exaltó y le dio un nombre que está sobre todos los nombres, para que ante el nombre de Jesús doblen todos su rodilla y todas las lenguas confiesen de Jesucristo que es el Señor, para la gloria de Dios Padre» (Flp 2, 9-11). Como en el día de pascua, también aquí tiene la conjunción «por eso» *(propter quod)* un profundo sentido que no se puede ignorar. La misma exaltación de Cristo en la cruz fue la razón por la que el Padre le dio toda su gloria y por la que, aun según su humanidad, le confirió el estado de la exaltación a la gloria. Cuando en la eucaristía el glorificado, el

que está sentado a la diestra del Padre, celebra con nosotros el recuerdo de su pasión, ilumina a su Iglesia, a nosotros los redimidos, con el esplendor de su gloria celestial.

La celebración devota y fiel de la eucaristía nos arranca de la seducción de todo lo caduco y nos impide sucumbir a los halagos del siglo. Nos hace entrar ya en la liturgia del cielo. Cuando cantamos el triple santo de los serafines, ¿no nos sentimos uniendo nuestra voz al coro celestial que canta sin cesar al Cordero que está ante el trono? Esa dicha nos hace pensar que el bautismo ha desarrollado ya en nosotros todas sus virtualidades: «Dios, rico como es en misericordia, por el grande amor que nos tenía, nos resucitó a la vida con Cristo, a pesar de estar nosotros muertos por nuestros pecados; por su gracia habéis sido salvados; y juntamente con Cristo nos resucitó y nos hizo sentar en el trono celestial» (Ef 2, 4ss).

La eucaristía es misterio de gloria y bienaventuranza precisamente porque es celebración de la nueva alianza. Esta alianza, que en el cielo ya ha tenido su cumplimiento para Cristo y para la Iglesia, al menos en cuanto representada en la santísima Virgen como prototipo de la Iglesia, la celebración bajo la forma de un sacrificio, pero también bajo la forma de un banquete, que es signo y preludio del banquete eterno de amor en el cielo.

Antes de su última cena envió el Señor a dos discípulos a que dispusiesen la sala del convite. Se trataba de un salón grande y bien amueblado (Mc 14, 13ss). Cuando celebremos el banquete del amor eterno de Cristo, recordemos las numerosas parábolas en las que se compara el reino de los cielos con un gran festín nupcial (Mt 8, 11s; 25, 10s; Lc 14, 15, etc.). El convite eucarístico nos asegura, como sacramento, que todo lo que aquí celebramos tendrá un día glorioso cumplimiento en el banquete eterno de la liturgia celestial. En el aleluya de la misa se preludia ya el júbilo de la eterna alegría: «¡Aleluya! El Señor dueño de todo, ha tomado posesión de su reino. Alegrémonos, exultemos jubilosos, rindámosle honor: ha llegado la hora de las bodas del Cordero; la esposa está preparada... Y luego me dijo: Escribe: Bienaventurados los invitados al banquete nupcial del Cordero. Y añadió: Éstas son verdaderamente palabras de Dios» (Ap 19, 6-9).

La liturgia de la misa nos introduce también en este misterio de la gloria: comenzando por el «Me acercaré a Dios, que es nuestra alegría», pasando por el Gloria que nos une con los coros de ángeles que cantaban en Belén, siguiendo por el prefacio que es un canto jubiloso en unión de los ángeles y santos del cielo y terminando con los himnos que acompañan la alegre comida fraterna de la comunión.

El cáliz del sufrimiento que libremente aceptó por nosotros el Siervo del Señor se ha convertido para los redimidos en cáliz rebosante de gozo embriagador: *praeclarus calix inebrians* (Sal 22, 5). Los acordes majestuosos del *Et iterum venturus est* («Y de nuevo vendrá con gloria»), en una misa de Mozart o Haydn resuenan como un eco en las oraciones de todas las misas, que nos ponen ante los ojos al Señor glorificado, al *Kyrios,* y su bienaventurada pasión, su *beata passio,* su resurrección y su ascensión a los cielos. Cada vez que tomamos el cáliz del Señor e invocamos su nombre, celebramos el misterio del amor de Cristo «hasta que Él vuelva» (1 Cor 11, 26) y nos sentimos conducidos al reino de la perfecta felicidad.

De paso, notemos que normalmente no puede faltar el canto en la celebración de la eucaristía. En todo caso, este misterio ha de celebrarse en un marco de solemnidad que sea signo palpable de la alegría del pueblo de Dios al sentirse lleno del misterio de la bienaventuranza.

VIVIR DEL MISTERIO DE LA BIENAVENTURANZA

La celebración eucarística nos repite el mismo mensaje de la solemne proclamación de la nueva ley en el sermón de la montaña: la alegría pascual que crea en nosotros el sacrificio eucarístico necesita el terreno de un corazón animado del espíritu de las bienaventuranzas, el terreno de un corazón humilde que tiende con todas sus fuerzas a la perfecta pureza de espíritu y que está dispuesto a sufrir generosamente y a combatir apasionadamente por la causa del reino. Sin sacrificio no se puede vivir vida auténticamente cristiana, no se puede encontrar en el amor el camino de la felicidad ni mostrar a los otros el camino feliz de la caridad de Dios y del prójimo.

Pero el mensaje de la eucaristía tiene también una segunda parte de no menor trascendencia: solamente el corazón lleno de la alegría de Dios podrá a la larga estar pronto a aceptar el sacrificio esen-

cial a la vida cristiana. «El misterio de la bienaventuranza», la eucaristía, nos repite sin cesar esta exhortación: «¡Alegraos en el Señor!» La vida cristiana es alegre y amorosa adoración. El verdadero cristiano no es el agobiado observador de mandamientos que se dirían impuestos para quitar la alegría del cuerpo. Tampoco es el frío calculador que no se fatiga sino en vistas a la recompensa que le aguarda. Dentro del conjunto de motivos de nuestra vida moral, el acorde fundamental, y de alguna manera también el *leitmotiv,* debe ser la *eucaristía,* la alabanza y la acción de gracias: «¿Qué podría yo dar al Señor por cuanto de Él he recibido?»

No desconocemos que una alegría perfecta, sin mezcla de tristeza, no será posible en esta vida. Pero la santa alegría de los redimidos, que es un principio de la alegría plena del cielo, ha de ser la fuente de la que brotará una vida cristiana gozosa y radiante de luz para los demás. Después de haber gozado la profunda experiencia de la alegría de los santos misterios, nuestro corazón se sentirá impulsado a confesar alegremente la fe en la vida y a dar un sí complacido a la ley de la gracia.

Uno de nuestros grandes propósitos debe ser: conservar en un corazón jubiloso la alegría que cada domingo o todas las mañanas nos procura la celebración de la eucaristía. A ello contribuye el recuerdo frecuente y agradecido de ese gran momento del día o de la semana, la visita al santísimo y las oraciones distribuidas a lo largo del día. Al mismo tiempo hemos de procurar ejercitarnos continuamente en el arte de difundir a los demás la alegría que nosotros recibimos en el altar. Este arte de hacer alegres a los otros es el modo mejor de imitar la alegría de Cristo, que brotaba de la caridad.

La caridad cristiana, en efecto, tiene su fuente más noble e inagotable en la bienhadada experiencia del Señor presente en la eucaristía. Siendo la caridad cooperación e imitación de la ofrenda generosa de Cristo por nosotros, ¿de qué otra fuente iba a brotar sino de su alegría pascual que Él quiso hacer también nuestra? Precisamente el misterio pascual viene a recalcar la ilación entre la práctica de la caridad fraterna y el disfrute de la alegría eucarística: sin un esfuerzo continuo por crecer en caridad desinteresada, sin una creciente experiencia de la alegría que esa caridad produce en el alma capaz de darse en amor a los otros y recibirlos con un recíproco intercambio de caridad, el «misterio de la bienaventuranza», por

muy acompañado que esté de armoniosos acordes de órganos y de bellos cantos litúrgicos, no nos abrirá sus tesoros más escondidos.

Señor Jesucristo, Señor de la gloria, tú que celebras con tus ángeles y santos la liturgia celestial, haz brillar en medio de los días oscuros de nuestra peregrinación terrena tu luz esplendorosa. Danos en la celebración de los santos misterios un gusto anticipado de la bienaventuranza eterna para que podamos servirte con alegría de corazón.

MISTERIO DE FE

Dijo Jesús: «Yo bien sé que andáis tras de mí no tanto por haber visto las señales, como por haberos sentido hartos con el pan que comisteis. Trabajad no por el alimento perecedero sino por el alimento perdurable que es el alimento de la vida eterna. Éste es el alimento que puede concederos el Hijo del hombre, pues sobre él ha puesto el Padre el sello de su autoridad.» Ellos preguntaron: «Entonces, ¿qué hemos de hacer para trabajar en las obras de Dios?» «La obra de Dios, respondió Jesús, es que creáis en el enviado por Dios.» «Y, ¿qué señal nos das tú, añadieron ellos, para que nosotros veamos y te creamos? ¿Qué has hecho tú? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, según dice la Escritura: "Les dio a comer pan del cielo."» Jesús respondió: «No, la verdad es ésta: no fue Moisés quien les dio pan del cielo; es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo; pues el verdadero pan de Dios es el que desciende del cielo y da la vida al mundo.» Ellos contestaron: «Señor, danos siempre de ese pan.» Y Jesús: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí, no tendrá más hambre; y el que cree en mí ya no tendrá más sed. Pero ya os lo he dicho: vosotros, aunque me veis, no creéis. Todos los que el Padre me da, vienen a mí; y al que venga a mí, yo no lo echaré fuera. Yo he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y ésta es la voluntad del que me envió: que ninguno de los que Él me dio se pierda, sino que los resucite a todos en el último día. Pues la voluntad

del Padre es que todos los que ven al Hijo y creen en Él, tengan vida eterna, y que yo los resucite el último día» (Jn 6, 26-40).

Las maravillosas palabras de Jesús sobre la fe en Él, Hijo de Dios aparecido entre nosotros en forma visible, precedieron a la promesa de la eucaristía. Pero existe entre la fe y la eucaristía una estrechísima relación: la fe nos da la vida, e igualmente del misterio de la eucaristía recibimos la vida. El sacramento del cuerpo de Cristo es el «misterio de la fe» para todos los que en el bautismo recibieron solemnemente la fe. En el corazón mismo de la santa misa lo afirma el sacerdote: *mysterium fidei* (misterio de fe).

La «nueva y eterna alianza» se convierte por medio de la eucaristía en presencia actualísima del misterio de la fe. Toda la comunidad celebrante y cada uno de sus miembros escucha la consoladora promesa: «Yo soy tu salvación.» Por medio de este signo eficaz y visible de la nueva alianza, que es la eucaristía, recibe el creyente la seguridad de su pertenencia al pueblo de Dios y por tanto de su salvación. Sólo se le exige como condición que reciba ese amor del Señor que se le ofrece por la fe y responda a él con auténtica fe: «En el corazón nace la fe que justifica. Con la boca se confiesa esa fe para alcanzar la salvación» (Rom 10, 10).

En la eucaristía confiesa la Iglesia su fe. Más que en la misma predicación considerada aisladamente, el *Kerygma fidei,* esto es, la solemne y entusiástica proclamación de los misterios de la fe, consistiría en la celebración sacramental y muy particularmente en la celebración del sacrificio eucarístico que es el centro de todos los sacramentos. *Mysterium fidei* vendría, pues, a decir concretamente: la eucaristía es el rito central de la fe; es la celebración en que se confiesa, despierta y difunde la fe.

Entre fe y sacramento existe una íntima cohesión que no se puede romper. Los sacramentos están en el polo opuesto de la magia. En los sacramentos y mediante los sacramentos pronuncia Dios la palabra eficaz de su amor. Pero ¿qué es una palabra que no es recibida por el interpelado? ¿Qué sentido tiene una palabra a la cual se cierra incluso aquel a quien se dirige? La palabra sacramental de Dios despierta la fe, le da hondura y la inflama por medio del amor que en los sacramentos Dios nos manifiesta. En esto consiste el sentido kerigmático de los sacramentos.

De otra manera podríamos también decir: el sacramento presupone la fe, pero no una fe abstracta, sino aquella fe concretamente que la madre Iglesia confiesa sobre todo en los sacramentos y muy en particular en el sacramento eucarístico, de donde se difunde luego a toda la vida.

La fe cristiana es infinitamente más que un puro dar crédito a un ser superior. «La fe es la respuesta del hombre a la encarnación de la Palabra de Dios», como dice D. Mollat en su comentario al Evangelio de san Juan [1]. Por la encarnación, «se manifestó la vida» (1 Jn 1, 2). «Damos testimonio de lo que hemos visto y oído, y os anunciamos la vida eterna» (1, 3). «Sabéis que apareció en forma visible para expiar nuestros pecados» (3, 5). «Todo espíritu que confiesa que Jesús ha venido en la carne proviene de Dios» (4, 3). Según el Evangelio de san Juan el centro de nuestro evangelio es que el Padre ha enviado a su Hijo en forma visible a fin de salvarnos. Los sacramentos prolongan la misma línea de la encarnación. En unión de los misterios de la encarnación, la pasión y resurrección, son los sacramentos *signos visibles* de la misericordia divina. Y para el hombre que se abre por la fe a estos signos salvíficos, son también *signos que confiesan solemnemente la fe por la que el hombre recibe la justificación,* como afirma santo Tomás de Aquino [2]. La causa de la justificación no es solamente el sacramento, sino el sacramento junto con la fe.

De todo esto se deduce fácilmente qué gran importancia reviste para la fe de los fieles que asisten a nuestros templos, la celebración de los sacramentos, y particularmente la celebración eucarística, que es el *centrum fidei,* el centro de la fe. Nuestras celebraciones deben, pues, estar animadas de tal veracidad y autenticidad (incluso en la realización externa de los ritos), de tal alegría y de tan contagioso entusiasmo que sirvan para reanimar la fe de los débiles, de los parásitos, de los vacilantes. Los impulsos más fuertes para la conversión y para emprender una vida según la fe, nacen de la celebración de los santos misterios. Y al revés, uno de los mayores peligros para la fe está en esa forma de celebrar la santa misa sin sombra de espíritu, sin alma, en un conjunto completamente inaccesible para la comprensión del pueblo sencillo.

1. *L'Évangile de saint Jean,* París 1953, p. 19.
2. ST III, q. 61, a. 4.

Un grupo de soldados pertenecientes un tiempo a las SS que asistieron a una ordenación sacerdotal oficiada por el cardenal Faulhaber, expresaron la impresión que la ceremonia les había producido en esta frase: «Viendo cómo reza ese hombre ante el altar, le vuelve a uno la fe.» Un protestante, al que su prometida católica había llevado a asistir a la misa de Nochebuena, le dijo después de terminar: «Jamás volveré a una iglesia católica. Los hombres que estaban allí han hablado y se han conducido de tal manera que indica su falta absoluta de fe.»

VIVIR DEL MISTERIO DE LA FE

Esa fe que en la celebración de la eucaristía adora, alaba y se alegra, debe cobrar forma visible en la vida. La vida de cada cristiano y de la comunidad en general debe ser una prolongación del testimonio de la madre Iglesia. Poco noble y sincero será proclamar en la iglesia una fe, si no existe un esfuerzo serio para vivir también de esa fe.

Triste confirmación de esta interdependencia entre la fe y la vida, la vivencia de aquella madre que vio a su hija seducida por un sacerdote, cuya conducta ligera en el altar le había anteriormente llamado la atención. Fue la prueba más dura para su fe. Cada vez que veía a un sacerdote despachar torpemente su misa, le atormentaba el mismo pensamiento: «Bien se nota que no crees.» Y al ver a otro que celebraba piadosamente, le sugería el tentador: «¡Bah, pura hipocresía! ¡Sabe Dios cómo será su vida!» ¡Qué grave peligro para la fe del prójimo una conducta en contradicción con las creencias! Muchos católicos «practicantes» son un obstáculo y un freno para la fe de cuantos observan su proceder en la vida social, que escuchan sus conversaciones, que conocen su vida de familia.

La celebración eucarística exige de nosotros que consideremos todos los problemas de nuestra vida a la luz de este centro de nuestra fe *(centrum fidei),* a fin de darles una recta solución. ¿Cómo, después de haber celebrado la muerte de Cristo y haber visto en el sufrimiento el camino para la gloria, podremos decir ante la prueba: «Dios me libre de tal tribulación»? Es imposible creer sinceramente en el misterio inefable del amor de Cristo dándose por nosotros,

amor que es una reproducción del amor bienaventurado que rige las relaciones de las divinas personas en el seno de la Trinidad, si juntamente, a la luz de este misterio de donación más absoluta, no se declara guerra sin cuartel a todo estrecho afán de medro personal, a todo egoísmo y pasión de dominar.

La fe del cristiano demanda unión entre lo que celebra y lo que vive. No es admisible una doble medida. Los misterios de la fe, que nosotros celebramos, nos piden que meditemos, que volvamos amorosamente sobre el significado de los sacramentos, sobre las gracias que en ellos se nos conceden y sobre las obligaciones que nos imponen. Y los pastores de almas deben llevar muy honda la convicción de que no hay predicación que pueda suplir las deficiencias de unas celebraciones eucarísticas que no sean pregón vivo y comprensible de la fe.

Señor, tú has prometido a la fe viva un poder capaz de transformar el mundo. Fortalece en todos los sectores de tu Iglesia esta fe. Afirma sobre todo la fe en la celebración de la santa eucaristía. Concédenos que en la fe de la Iglesia sintamos una alegría tal que podamos dar al mundo al testimonio de una fe iluminada y entusiasta.

MISTERIO DE LA UNIDAD Y DEL AMOR

Pues la bendición de la «copa de bendición», ¿no significa nuestra participación de la sangre de Cristo? ¿Y el pan que partimos, no es la participación del cuerpo de Cristo? Siendo un solo pan, nosotros, que somos muchos, constituimos un solo cuerpo, pues todos participamos de un único pan (1 Cor 10, 16s).

Todo lo que podamos decir sobre la eucaristía ha de ir a desembocar en una realidad sobrenatural que la misma celebración de este misterio pone sobre todo de relieve: el misterio de la caridad en la unidad del pueblo de Dios congregado en Cristo y en torno a Cristo.

La eucaristía como misterio de la santidad y de la bienaventuranza revela otro misterio que a un mismo tiempo nos sobrecoge y llena de alegre confianza: el misterio del amor trinitario, del que comenzamos a participar ahora por la gracia y cuya participación plena nos hará totalmente felices viendo a Dios cara a cara en el seno de la Trinidad. La prenda más segura de que un día alcanzaremos esa posesión es la eucaristía, pues consiste en la misma sangre de Cristo derramada por nosotros: «Dios es el amor.» Ésta es la revelación más profunda que guarda para nosotros el «misterio de la fe». Y al participar en la celebración de este misterio, se nos impone la obligación de hacer patente nuestra fe en el amor de Dios mediante el amor a todos los hombres: que viendo nuestro mutuo amor acepten el testimonio de nuestra fe en el Dios de la caridad.

La Escritura, la tradición y la liturgia insisten por igual en este hecho: que la eucaristía es signo eficaz de caridad y de unidad y

que nos impone la obligación de crearlas. El fruto propio de la eucaristía es la caridad y unidad del pueblo de Dios. ¿Qué otra cosa expresa inmediatamente una celebración eucarística, en la que todo el pueblo se congrega familiarmente en torno a la mesa del altar? Al inmolarse amorosamente por nosotros, nos arrancó el Hijo de Dios hecho hombre de la enemistad y dispersión del pecado para hacernos entrar en la paz de Dios y constituirnos en pueblo compacto de Dios. Su amor hizo caer todos los muros de separación. Cuando recibimos en la eucaristía la gran muestra de su amor, que es también la más impresionante revelación de su unidad amorosa con el Padre en el Espíritu Santo, nos unimos con Él y mutuamente en una perfecta comunidad de armonía y de amor.

El Señor dejó la eucaristía como signo de su amor que borra todas las fronteras y como memorial de su alianza de amor con toda la humanidad. La sagrada eucaristía nos recuerda constantemente qué gran precio tuvo que pagar el Señor Jesucristo por nuestra unidad y reconciliación con Dios: tuvo que dar su sangre y su vida. Como sacrificio, como sacramento y como presencia amorosa permanente del Dios hombre en medio de su Iglesia, la eucaristía quiere envolvernos en la unidad de aquel mismo amor que movió a Cristo a derramar su sangre por nosotros. En este signo eficaz de la gracia de caridad y unión celebramos la nueva y eterna alianza fundada en su sangre, la alianza del amor universal a todos los hombres.

Esa alianza es la nueva y eterna alianza del amor entre Cristo y la Iglesia. Dios ha querido que su diálogo amoroso con la humanidad redimida tuviese la forma de un pacto o de una alianza. «Toda celebración eucarística es un entrar nuevamente en este nuevo pacto entre Dios y su pueblo, un aceptar nuevamente la alianza sellada por la oblación de la carne y sangre del Señor, las cuales bajo la forma de pan y vino se ofrecen como alimento de aquellos que pertenecen a la alianza y hacen profesión de esa pertenencia mediante la participación en este convite sacrifical» [1]. El sí agradecido a esta alianza amorosa es también un sí resuelto a la unidad del pueblo de la alianza. Toda celebración eucarística tiende a grabar en nuestra alma esta profunda realidad.

Al acercarnos a la eucaristía pensemos que lo más importante no

1. Cardenal B.J. ALFRINK, *Eucharistie als Opfermahl*, en «Theologie der Gegenwart» 3 (1960) 93.

es entablar un diálogo dulce e íntimo entre el Redentor y nuestra alma. No se trata solamente de eso. Se trata sobre todo de reanudar nuestros lazos con el pueblo de Dios, de enrolarnos nuevamente en el cuerpo místico de Cristo. Se trata de renovar nuestro sí agradecido a nuestra incorporación a la alianza que crea la unidad del pueblo de Dios. La eucaristía es efectivamente signo de esa alianza con Dios en la unidad de su pueblo.

ENSEÑANZA DE LA SAGRADA ESCRITURA

Esta verdad está ya expresada con frases lapidarias en el más antiguo texto eucarístico de la Biblia: «¿El cáliz de bendición que bendecimos, no significa la comunidad con la sangre de Cristo? ¿Y el pan que partimos, no significa comunidad con el cuerpo de Cristo? Siendo *un solo* pan, nosotros, aun siendo muchos, formamos *un solo* cuerpo, pues todos participamos de un *único* pan.» En este pasaje de la primera carta a los Corintios (10, 16s) se dice claramente que la comunidad con Cristo, comunidad con la sangre del Nuevo Testamento, significa también esencialmente comunidad de los cristianos, comunicación de los miembros del pueblo de Dios entre sí. Igualmente, el más antiguo relato de la institución de la eucaristía (1 Cor 11) va unido con la exhortación del apóstol al amor y concordia en la celebración eucarística.

De la comunidad primitiva se nos dice que «se reunían constantemente para escuchar la doctrina de los apóstoles, fieles a la comunión fraterna y a la fracción del pan» (Act 2, 42). Y poco después se añade: «Todos los que habían abrazado la fe, ponían todas sus cosas en común» (2, 44). «Día tras día, con un solo corazón, eran asiduos en frecuentar el templo» (2, 46). Un poco más adelante vuelve a subrayar el relato de los Hechos: «Eran un solo corazón y una sola alma» (4, 32). ¿No está bien claro que la unidad de los cristianos guarda muy estrecha relación con la comunidad en el partir el pan?

No fue una simple casualidad que la oración sacerdotal, cuya principal intención es precisamente la unidad de sus apóstoles y discípulos, fuera recitada por Cristo en el cenáculo. La súplica por la unidad de los suyos en verdadera caridad nace del júbilo de su uni-

dad con el Padre: «Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo es mío» (Jn 17, 10). Quiere que también los discípulos participen de esta comunidad amorosa. En este tiempo intermedio hasta la consumación de los siglos, deben ser, por la celebración de la eucaristía y por el amor mutuo que allí se crea, una reproducción de su unidad con el Padre. Por eso ora: «Padre santo, guárdalos en tu nombre, a fin de que sean una sola cosa, como nosotros» (Jn 17, 11).

A semejanza de los apóstoles, también todo el pueblo de Dios debe ser expresión viva de la unidad del Dios trino y de la unidad entre Cristo y la Iglesia. «No te pido únicamente por ellos, sino también por los que por su predicación han de creer en mí: que todos sean uno como tú, Padre, en mí y yo en ti; que también ellos sean uno a fin de que el mundo llegue a creer que Tú me has enviado. Yo les he transmitido la gloria que Tú me diste, para que sean uno como nosotros lo somos: Yo estoy en ellos y tú en mí, a fin de que ellos sean perfectamente una sola cosa, y el mundo conozca así que tú me enviaste y los has amado como me amaste a mí» (Jn 17, 20-23).

En el cenáculo ha orado el Señor por nosotros, para que comprendamos la eucaristía como el gran signo de su amor y vivamos de su gracia, y cumplamos el deber que nos impone en favor de la unidad. Pide que nuestra unidad y nuestro amor sean tan grandes que en este tiempo intermedio hasta su vuelta sea la eucaristía copia e imagen de la unidad amorosa entre el Padre y Él. «Les he dado a conocer tu nombre y se lo daré más a conocer, para que el amor con que tú me has querido, permanezca en ellos y yo en ellos» (Jn 17, 26). Por el testimonio de la unidad de amor que brota de la eucaristía debe llegar el mundo a la fe en el amor de Dios.

TESTIMONIO DE LOS TEXTOS LITÚRGICOS

La antigua comunidad cristiana tenía conciencia de este significado y este deber incluido en la eucaristía. Así, leemos en la *Didakhé,* o *Doctrina de los doce apóstoles,* que es el escrito no canónico más antiguo de la Iglesia: «Así como este pan que hemos partido estuvo un tiempo disperso por los montes, y ahora reunido se ha convertido en una sola cosa, que así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino» *(Did.* 9, 4). El pan y el vino simbolizan el poder unitivo del sacrificio de Cristo. En el banquete que todos los miembros de la familia de Dios celebramos para comer juntos el pan de la eucaristía, simbolizamos también nosotros, como los granos del pan y las uvas del vino, la unidad de muchos hermanos. Por eso, en la *Didakhé* se reza después del convite: «Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, para librarla de todo mal y hacerla perfecta en tu amor. Reúnela de los cuatro vientos, santificada en tu reino» (10, 5).

En el espíritu de la *Didakhé* reza también otra antigua oración eucarística de oriente: «Lo que ahora es pan, antes estaba disperso en muchos granos por los campos. Lo que ahora es vino, antes fueron muchas uvas. Así como nosotros recogimos aquellos granos para reducirlos a unidad y hacer un solo pan y un solo vino, congréganos tú en la unidad de tu Iglesia. Haz de los hombres de todas las razas, de todas las naciones y estados una sola cristiandad. ¡Que los cristianos de cada aldea, de cada ciudad, de cada profesión y de cada familia, se entrelacen mutuamente en íntima comuniad! ¡Llénanos de tu santidad! ¡Haznos vivir en tu amor! En tu infinita eternidad eres tú, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios en misteriosa trinidad. De igual forma reúne, Señor, a tu Iglesia de todas las razas, de todo país, de toda aldea y de toda familia en tu Iglesia, una y católica! ¡Llénanos de tu santidad: haz que seamos unos en tu amor!»

También la liturgia latina tiene conciencia de que la celebración eucarística es expresión de la unidad del pueblo de Dios. Son también abundantes los textos. Por ejemplo, en la oración sobre las ofrendas de la festividad del Corpus, se dice clara y precisamente: «Da, Señor, propicio a tu Iglesia los dones de la unidad y de la paz, misteriosamente simbolizados en los dones que te ofrecemos.»

EL SIGNIFICADO DEL SÍMBOLO

«Los sacramentos de la nueva ley, dice santo Tomás, son juntamente causas y signos, por eso, según la doctrina general, causan lo que significan» [2].

2. ST III, q. 62, a. 1 ad 1.

Quitamos a la celebración eucarística parte de su fruto específico cuando falseamos el carácter comunitario que le es propio con una celebración individualística. Los sacramentos significan lo que operan y operan lo que significan. No podemos, pues, aminorar el valor significativo de la unidad del pueblo de Dios que es propio de la celebración eucarística. Y no basta limitarse a organizar la celebración exterior de misas comunitarias, sin prestar atención al elemento interior que lleve a descubrir la misteriosa unidad reflejada en la celebración externa. En los sacramentos entran siempre en juego un signo exterior y una gracia interior. Por eso es preciso que nuestros sentimientos interiores acompañen a la conducta exterior a fin de expresar íntegramente el valor sacramental de la eucaristía en el que está significada la unidad del pueblo de Dios.

El deber de procurar la unidad y vivir la caridad se deriva tanto de la gracia interna como del signo exterior. Cuando la actual liturgia pastoral llegue a liberar totalmente a la eucaristía de las cadenas de un formalismo y de un empobrecimiento individualístico, devolviéndole su carácter comunitario en su plena eficacia, podremos nuevamente comenzar a fundamentar con esperanzas de éxito en el misterio eucarístico el precepto de la caridad fraterna, de la unidad y solidaridad entre los fieles, como hacían ya los padres de la Iglesia.

Como ya hemos indicado, toda una serie de estudios litúrgico-sociológicos puede demostrar que la manera de celebrar la eucaristía (y lo mismo cabe decir de la manera de celebrar el bautismo) es de gran trascendencia para toda la vida cristiana de una parroquia. Si en el rito bautismal no se ve la ceremonia por la que el recién nacido es integrado en la familia de Dios, la cual contrae frente a él una seria responsabilidad, si en las celebraciones eucarísticas cada uno piensa solamente en sí mismo, si todo lo que dicen las lecturas, las oraciones y los cantos queda ignorado para la mayoría de los fieles, pronto se notará en su vida un fiel reflejo de dichas celebraciones: los cristianos se hallarán divididos fuera de la Iglesia por el individualismo, por la discordia y hasta frecuentemente por una escandalosa enemistad. Si la comunidad celebrante presenta el aspecto contrario de una comunidad íntimamente unida en vista a su común salvación [3], será inútil que esperemos de ella la fuerza para trabajar

3. Cf. 1 Cor 11, 17ss.

conjuntamente en la defensa de los principios e ideales cristianos frente a las peligrosas manías colectivas de nuestro tiempo, por ejemplo, contra el miedo loco ante la idea de la familia numerosa. Si, en cambio, la celebración eucarística es expresión viviente y palpitante de la unidad del pueblo de Dios, los fieles participantes y concelebrantes experimentan el vigor de la gracia para lanzarse decididamente a cumplir su deber de crear una comunidad de amor y concordia, en espíritu de auténtica responsabilidad.

La celebración eucarística ha de ser ocasión para vivir gozosamente la unidad de la familia de Dios y para renovar en los fieles la conciencia de su obligación de colaborar por la unidad. Lo exige la naturaleza de los sacramentos como signos visibles de la gracia invisible.

LA COMUNIDAD LITÚRGICA, IMAGEN DE LA IGLESIA

Toda celebración litúrgica, símbolo eficaz de unidad, nos habla de la unidad universal de la liturgia celestial, de la eterna comunidad amorosa del cielo, de la cual es también prenda. Nos habla igualmente de la comunidad de amor de toda la Iglesia santa y católica, que va caminando hacia el día del Señor, en espera anhelante de la consumación definitiva de su unidad.

Pero esta unidad universal del reino de Dios no se ofrece al cristiano como individuo y a la familia cristiana como célula aislada de la comunidad eclesial sino en el seno de una comunidad mayor que es la comunidad celebrante de la eucaristía. Es verdad que la unidad del pueblo de Dios está fundamentalmente realizada desde arriba por virtud del Verbo humanado y del Espíritu que Él nos envió. Dicha unidad tiene en la Iglesia universal, presente intencional y eficazmente en toda celebración eucarística, su signo más general; de alguna forma podríamos decir que tiene su sacramento original. Pero esta unidad exige revestir una forma orgánica, desplegarse gradualmente a través de la unidad de las comunidades inferiores. La unidad de la Iglesia universal celebrante de la eucaristía no excluye, sino que presupone la unidad de las comunidades menores.

Para que la celebración litúrgica corresponda al significado sacramental de la eucaristía, debe procurarse que la comunidad cele-

brante ofrezca realmente una imagen unitaria, a fin de que viendo y viviendo esa unidad del pueblo en torno al altar, sientan los fieles una invitación a la unidad, a la concordia, a la caridad. Que, aun con la mejor intención de poner bien de relieve la unidad de la Iglesia universal, en una parroquia obrera de una de nuestras modernas ciudades, el sacerdote se limita a farfullar unos latines y un coro reducido a ejecutar cantos barrocos, también en latín, es un atentado formal, tanto contra la múltiple realidad terrena, que debe ser redimida de su individualismo y ganada para la unidad, como contra la finalidad sacramental del sacrificio eucarístico. Sólo en una fase remota de la historia tuvieron todos los pueblos un lenguaje común. En la diversidad de lenguas y culturas, están todos llamados a unirse prolongando el milagro de pentecostés en el que todos recibieron en diversidad de lenguas el mismo mensaje de amor. Entiéndase bien: con esto no queremos afirmar nada contra la función que posee el latín como lengua oficial de la Iglesia y también como lengua litúrgica dentro de ciertos límites. ¿Quién no aprecia, por ejemplo, el grandioso espectáculo de una liturgia a escala mundial con motivo de la celebración de un congreso eucarístico?

Si esa parroquia obrera escucha todos los domingos en la misa el anuncio del amor de Dios que todo lo quiere unir en sí, y le llega ese mensaje en su lengua nativa, según ya se hace, y los fieles rezan y cantan unos textos más acomodados a su mentalidad y cultura, dará un ejemplo excelente de unión entre sacerdotes y pueblo en la misma alabanza de Dios. ¿Quién duda que por este camino crecerá cada vez más la unidad de esa parroquia y consiguientemente la unidad de todo el pueblo de Dios?

No faltará quien oponga a estas consideraciones nacidas de los resultados de estudios sociológico-pastorales, que de cualquier modo que se celebre, la eucaristía produce en las almas la gracia y crea la obligación de cumplir los deberes de la caridad. La misa es siempre celebración válida del sacrificio de Cristo, en el cual reside la fuerza para unir a los hombres con Dios y entre sí. No vamos a negar que hay mucho de cierto en tales afirmaciones. Pero se olvida muy ligeramente que ese amor de Cristo, fundamento de la unidad, *quiso aparecer sobre la tierra en forma visible y quiere que ese amor sea comprendido en los sacramentos también de forma visible*. La fidelidad al misterio de la encarnación y a la naturaleza de los sacramentos obliga al sacerdote y a la comunidad de los fieles a hacer lo imposible para que la manera de la celebración permita comprender la gracia sacramental y la obligación de caridad que de ella brota.

La celebración eucarística es memorial de la muerte de Cristo en un ambiente de alegría pascual por la victoria de su amor. La misma celebración debe despertar la alegría por el fruto de la muerte y resurrección de Cristo, por la reconciliación con Dios y por la unidad del nuevo pueblo de Dios. Cuanto más logre estos fines, tanto más pronto comprenderán los fieles y las parroquias el mandamiento capital de la caridad; llegarán a amar y a vivir ese precepto del amor a Dios y al prójimo como un fácil y alegre deber.

VIVIR DEL MISTERIO DE LA UNIDAD

La nueva ley es ley de gracia. Dios nos manda mediante su gracia. En el don va incluida la obligación. Si, pues, el significado original y la gracia principal de la eucaristía consisten en la caridad y unidad de los miembros del pueblo de Dios entre sí, este amor y esta unidad serán también el precepto que surge inmediatamente de la gracia eucarística. De múltiples formas nos ha revelado Dios el gran mandamiento del Nuevo Testamento, según el cual la caridad es *la* ley; pero aunque no lo hubiera hecho así, bastaría la eucaristía, que es el centro de nuestra vida cristiana, para dárnoslo a entender claramente.

El Señor quiso promulgar este precepto de la caridad fraterna, que era su mandamiento nuevo, de forma solemne precisamente en el cenáculo, para ponerlo en relación con la aucaristía. «Como el Padre me amó, os he amado yo. Permaneced en mi amor. Si cumplís mi mandamiento, permaneceréis en mi amor, igual que yo cumplí el mandamiento de mi Padre y permanezco en su amor. Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por los amigos. Vosotros sois mis amigos si guardáis mi mandamiento» (Jn 15, 9-14).

El cristiano vive de la fe. Debe, pues, conformar su vida según la fe. En el sacramento de la fe, en el bautismo y más profundamente en la eucaristía, damos nuestro sí al gran don de nuestra incorporación en el cuerpo místico de Cristo. Damos nuestro sí a la unidad

del pueblo de Dios. Este sí, que es la respuesta de la fe en el sacramento de la fe, es también la gran regla de nuestra vida. No puede haber contradicción entre lo que celebramos y lo que manifestamos en nuestra vida. El cumplimiento del mandamiento del amor debe ser la condición para poder celebrar la eucaristía con fruto saludable.

En el bautismo hemos sido hechos miembros del pueblo de Dios. Somos miembros los unos de los otros. Solamente permaneciendo en el amor, en la caridad mutua, podemos acercarnos dignamente al altar, a la eucaristía: «Si al llevar tu ofrenda al altar, te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano; después, vuelve y ofrece tu oblación» (Mt 5, 23s).

Permanecer fieles en el cumplimiento de la caridad fraterna es presupuesto para celebrar dignamente, de forma agradable a Dios, la eucaristía. Es también el primer precepto que sin cesar nos impone la eucaristía (cf. 1 Jn 2, 7): vivir en la caridad y crecer sin descanso en ese amor mutuo. Con razón fundaban los padres de la Iglesia la obligación de este precepto en el sacramento de la eucaristía. San Agustín tiene a este respecto un texto clásico. Comentando el sermón del pan de vida, capítulo 6 del Evangelio de san Juan, dice: «Los fieles conocerán el cuerpo de Cristo, si no descuidan ser ellos mismos cuerpo de Cristo. Tienen que ser cuerpo de Cristo, si quieren vivir del Espíritu de Cristo... ¿Quieres tú vivir del Espíritu de Cristo? Pues vive en el cuerpo de Cristo... Por algo al hablarnos el apóstol de este pan, nos dice: "*Un* solo pan, un solo cuerpo somos muchos" (1 Cor 10, 17). ¡Oh sacramento de amor! ¡Oh signo de unidad! ¡Oh lazo de caridad! El que quiera vivir, aquí tiene de dónde vivir. Acérquese y crea. Déjese incorporar a fin de tener vida. No tenga miedo de soldarse al cuerpo por la trabazón de los miembros. Conviértase en miembro honroso, subordinado a todo. Manténgase fuertemente unido al cuerpo» [4].

San Agustín sigue todavía más lejos en su comprensión sacramental: los cristianos que en el bautismo y en la eucaristía han experimentado de modo sacramental que de la unión y amor del pueblo de Dios depende su vida, deben hacerse ellos mismos signos de unidad; deben ser de algún modo una prolongación del sacramento de

4. *In Johannis Ev. tr. 26*, n. 13, PL 35, 1612ss.

la unidad en favor de los demás. Escribe comentando la primera carta de san Juan: «Los sacramentos del bautismo y de la eucaristía están ocultos en la Iglesia. Los gentiles no pueden ver estos sacramentos, pero pueden ver vuestras obras conformes a la santidad de esos sacramentos. Porque lo bueno que ven tiene su raíz en lo que no ven, de la misma manera que la cruz, enhiesta en lo alto a la vista de todos, está sostenida por la parte que se hunde en la tierra» [5].

En las cartas de san Ignacio de Antioquía, el obispo mártir que había sido discípulo inmediato de los apóstoles, resuena siempre como tono fundamental la exhortación a celebrar unánimes la liturgia en unión con el obispo y los sacerdotes. Cuando se celebra así, cabe esperar que los cristianos proseguirán en la vida mediante la caridad mutua y la armonía entre los hermanos la alabanza que juntos entonan a Dios en la liturgia. Con tales perspectivas escribe Ignacio Antioqueno: «Todos juntos en fraterna armonía, uniendo voces y corazones, habéis de formar un solo coro para alabanza de Dios. Unísonos en vuestra armonía, haced de vuestra unidad la nota tónica y cantad a una voz al Padre por medio de Jesucristo. Así os escuchará y conocerá por vuestras obras buenas que sois melodía de su propio Hijo. Es justo que os mantengáis unidos en fraternidad irreprochable, a fin de que así en todo momento os hagáis partícipes de Dios» [6].

En la celebración de la eucaristía nos repite el Señor incansablemente que hasta su segunda venida, la unidad del pueblo de Dios, la alabanza unánime y agradable a Dios, debe basarse en su muerte expiatoria por vosotros. Cristo ha pagado el precio de nuestra unidad. Si por la eucaristía proclamamos su muerte salvífica, recibiendo la gracia de la unidad como fruto de su redención, hemos de decir un sí a la forma de pago. No puede haber unidad entre los cristianos, unidad en la familia de Dios, sin sacrificio, sin negación de nosotros mismos. En la celebración de la eucaristía entra siempre el rito del lavatorio de los pies, es decir, la disponibilidad para servir humildemente a los otros.

Esta abnegación debe comenzar ya en el mismo rito de la celebración. Todos hemos de estar dispuestos a renunciar a parte de

5. *In epist. Johannis tr. 8*, n. 5, PL 35, 2038-39.
6. *Ad Ephesios* 4, 2; cf. D. Ruiz Bueno, *Padres apostólicos*, BAC, Madrid 1950, p. 450.

nuestros propios gustos, si queremos que la eucaristía sea realmente signo visible de unidad y exhortación a crear esa unidad en el pueblo de Dios.

Danos, Señor, que celebremos la santísima eucaristía como signo de unidad y de caridad; haz que celebrando dignamente ese misterio nos animemos a cumplir en nuestra vida el gran mandamiento tuyo. Por Cristo, nuestro Señor, que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

BANQUETE SACRIFICIAL Y PRESENCIA AMOROSA

De manera que cuando os reunís en comunidad, ya no es para comer la cena del Señor.

Ya os he transmitido la tradición recibida del Señor: que el Señor Jesús, en la noche en que había de ser traicionado, tomó pan, lo partió después de rezar la acción de gracias, y dijo así: «Éste es mi cuerpo por vosotros. Haced esto en recuerdo mío.» Igualmente, después de la comida, tomó el cáliz y pronunció estas palabras: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre. Haced esto, cuantas veces lo bebáis, en recuerdo mío.» Pues cuantas veces comáis este pan y bebáis el cáliz, debéis anunciar la muerte del Señor, hasta que Él vuelva (1 Cor 11, 20-26).

Todos los sacramentos significan y producen la comunidad de vida y de amor con Cristo, el crucificado y resucitado. Todos nos hacen retroceder hacia su muerte, pero simultáneamente nos hacen avanzar hacia su segunda venida. Todos nos permiten sentir la presencia del Señor glorificado. Los sacramentos son las fuerzas salvíficas que operan entre el intermedio que corre de la primera a la segunda venida de Cristo.

Los sacramentos llenan toda nuestra existencia con la fuerza de la muerte de Cristo, con la victoria de su resurrección y con la alegre expectación de su segunda venida.

Este carácter de los sacramentos como fuerzas que operan dentro de la historia de la salvación recibe en la santísima eucaristía su más alta eficacia. Por eso es preciso considerar el banquete eucarístico y

la presencia amorosa de Cristo en el sacramento del altar desde esta perspectiva de la historia de la salvación.

El santísimo sacramento del altar es:
memorial de la pasión de Cristo,
presencia oculta del resucitado (glorificación inicial de nuestra existencia),
expectación del Señor que ha de volver (como juez y redentor).

MEMORIAL DE LA PASIÓN DE CRISTO

En la crónica de Mosbach (Baden) se lee una historia sumamente maravillosa, de cuya veracidad, sin embargo, sale garante el párroco con su sello y firma, dejando constancia en los asientos del libro de difuntos. Sucedió en el siglo pasado: Un niño de buena familia no había hecho suficientes progresos en el catecismo previo a la primera comunión. Aun sintiéndolo mucho, tuvo el párroco que tomar la decisión de comunicar al padre del muchacho que su hijo tendría que quedar para el año siguiente. Una noche, próximo ya el domingo *in albis,* fecha habitual de la primera comunión en las parroquias alemanas, se encontraba el párroco en su lecho sin poder conciliar el sueño. El reloj daba las dos cuando oyó que alguien se acercaba a la casa rectoral. Aguardó un rato pensando que venían a llamarle para atender a un agonizante. Cuando de pronto, sin haber tocado la campanilla ni llamado a la puerta, vio delante de sí al padre de aquel muchacho no admitido a la primera comunión. Sintió ganas de reprochar a tan inoportuno huésped su descortesía, pero se contuvo al observar la tristeza y turbación de su rostro. «Señor cura, le dijo aquel hombre humildemente, tengo un gran favor que pedirle: deje que también mi hijo reciba ahora la primera comunión. Será la única ocasión que tendrá de recibirla.» A la mañana siguiente, cuando se dirigía el párroco hacia la iglesia, oyó que el sacristán estaba tocando a muertos. «¿Quién ha muerto? Nadie me ha avisado que hubiera algún enfermo.» Aquella noche a las dos había muerto el cristiano padre de aquel niño. Su último deseo en vida y su primera petición después de muerto había sido la primera comunión

de su hijo, cuya débil constitución retrasaba la fecha del día más feliz de su vida. A fuerza de paciencia, todavía logró el párroco prepararle a la comunión de aquel año. Y fue una suerte: aquel mismo año seguía el niño a su padre rumbo a la eternidad.

El gran anhelo de Cristo durante su vida terrena fue la eucaristía. Es *su testamento* para nosotros. Todo su afán estaba puesto en aquella hora: «¡Qué ansias de comer esta pascua con vosotros!» (Lc 22, 15). «Con bautismo de sangre tengo que ser bautizado, y cómo ansía mi alma que se cumpla» (Lc 12, 50). La muerte en cruz, el bautismo de sangre de su amor y la institución de la eucaristía como recuerdo perenne fueron la meta provisional de la vida terrena de Jesús. Entregado a la pasión y muerte por nosotros, nos dio la eucaristía como su testamento. El banquete eucarístico fue el último anhelo del Señor antes de su inmolación y sigue siendo su anhelo en el cielo. El resucitado y glorificado celebra aquí con nosotros el memorial de su pasión, la cual de esta forma se *convierte para nosotros en un hecho actual de la historia de nuestra salvación.*

Todas las palabras y acciones de un hombre se explican mejor de conjunto y reciben un significado más hondo cuando las examinamos a la luz de su último afán, del móvil fundamental de toda su vida. Meditemos, pues, todas las palabras y acciones de Cristo partiendo de este anhelo final, manifestado en su testamento, cuando su amor llena toda medida: «Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1). En el sacrificio de la cruz y en su actualización en la eucaristía, se compendia toda la obra redentora de Cristo.

Un padre querido, una madre amada, siguen siendo, después de su partida a vida mejor, presencia permanente y sentida en la familia por todo lo que han hecho y no solamente por las últimas palabras de despedida en el lecho de muerte. ¿Qué no diremos de Cristo, de lo que significa su presencia para la familia de los redimidos? Por su testamento sigue siendo Él prenda de su amor inmolado por nosotros. Él quiere seguir viviendo muy cerca de nosotros, a fin de recordarnos a cada uno en todo tiempo: «Mi amor, pronto a la muerte para salvarte, es también para ti.» La finalidad de la piedad eucarística es enseñar a comprender mejor y más agradecidamente ese lenguaje de amor, esa santa y santificadora cercanía de aquel que por nosotros murió. La eucaristía es celebración memorial de la

muerte de Cristo. El Señor quiere mantener vivo en nosotros el recuerdo agradecido de su amor. Para eso vive a nuestro lado. Para suscitar en nuestro corazón la respuesta a su amor.

Cristo, que nos mereció con su muerte la vida de la gracia, *quiere vivir Él mismo en nosotros.* «Como el Padre me amó, así os he amado yo» (Jn 15, 9). El Padre se dio todo al Hijo en su amor eterno. Todo lo que el Padre es en poder, sabiduría, felicidad, lo ha expresado amorosamente en su Verbo. Éste, por su parte, lo devuelve todo al Padre en el Espíritu Santo. Amor eterno, donación recíproca de amor entre el Padre y el Hijo, que tiene su más perfecta reproducción en la entrega de Cristo en la cruz. E igualmente en la entrega que Cristo nos hace de sí mismo en el sacramento del altar. La eucaristía es la presencia eficaz de este amor incomprensible que Cristo ha mostrado por nosotros. Cada vez que recibimos el cuerpo y la sangre del Señor, nos recuerda el Señor de forma singularísima su palabra: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13).

De esta forma, en la eucaristía llega a nosotros por maravilloso cauce el amor del crucificado. Cristo nos ama con un amor directo, personal. Como si estuviéramos con Él en el cenáculo; como si nos halláramos con María y Juan al pie de la cruz. La muerte redentora de Cristo se actualiza para ti y para mí, para esta comunidad que celebra la eucaristía y recibe la comunión. El mismo amor que se ofreció por nosotros en la cruz, está aquí operando eficazmente en nuestro favor. El mismo enamorado se nos entrega aquí.

Más aún: cuando celebramos debidamente el sacrificio de Cristo y nos abrimos del todo a su amor actualísimo, su amor se torna en nosotros y por medio de nosotros un acontecimiento de importancia redentora para nuestro mundo. Cumpliendo el mandamiento del amor mutuo, promulgado por Cristo en la hora solemne en que nos daba la muestra más grande de su amor, amándonos unos a otros con el mismo amor con que Él quiso amarnos (Jn 15, 12), permaneceremos en su amor, como permanece Él en el amor del Padre (Jn 15, 10). Podemos decir que de alguna manera es Él mismo quien por medio de nosotros ama al prójimo, que es su amor el que ama a aquellos hombres entre los que convivimos, ya que siendo nuestra caridad copia de su caridad hacia los hombres, pueden nuestros prójimos descubrir en ella la imagen del amor de Cristo.

La eucaristía fue el gran anhelo del Señor al que la muerte iba a separar de nosotros; es el testamento de su amor que nos une con su muerte redentora. Él mismo nos ha expresado el fin que se proponía al dejarnos este legado: «Permaneced en mi amor» (Jn 15, 10). «Amaos unos a otros como yo os he amado» (Jn 15, 12). El Señor no espera solamente despertar en nuestros corazones el amor con que responder a su amor, sino que quiere prolongar en nosotros su mismo amor. Sin embargo, por nuestra parte hemos de responder inmediatamente a su amor con el nuestro. De lo contrario, el amor de Cristo ofrecido por nosotros no sería acontecimiento saludable ni para nosotros ni para los demás. *Perenne gratitud es la respuesta más inmediata y espontánea a la celebración del memorial de tan grande amor.*

En nuestra arriesgada fuga a través de los campos de nieve después del cerco del Don (enero de 1943), observé varias veces cómo un voluntarioso ruso se ocupaba de un viejo soldado alemán del destacamento de ferrocarriles: con la mayor naturalidad y calma le prestaba en todo momento sus servicios. A ratos le llevaba literalmente bajo el brazo. Al fin, vi cómo le reclinó sobre un montón de paja y se quedó junto a él. Le pregunté: «¿Por qué razón te muestras tan solícito con este camarada alemán?» Y el joven ruso me replicó: «Bien sé que me cuesta la libertad y hasta la vida, si caigo en manos del ejército rojo. Pero este hombre era mi maestro y fue siempre para mí un padre. ¿Podría abandonarle ahora?»

¡Cómo debiera encender nuestros corazones en el amor de Cristo la celebración día tras día del recuerdo de su muerte redentora! Y esa gratitud debiera revertir sobre nuestro prójimo, pues cada vez que nos encontramos con un hermano encontramos a Cristo, el cual nos dice: «¿Me amas? Ahora, en este hermano, quizás el más pobre e insignificante, puedes amarme a mí. Muestra para con él la eficacia que mi amor tiene en ti.»

PRESENCIA OCULTA DEL RESUCITADO

Desde los tiempos apostólicos, es el domingo el día preferido para la celebración de la eucaristía. El domingo es también el día en que celebramos la resurrección del Señor. En el sacrificio y en el

sacramento del altar actualiza así el resucitado el recuerdo de su pasión. *El sacrificio de la misa nos asocia a la liturgia del cielo,* pues nos une con Cristo, el cual, sentado a la diestra del Padre en el trono de su gloria, ofrece al Padre todo honor y alabanza. Sus cinco heridas gloriosas son recuerdo perenne de su oblación sangrienta para adoración del Dios santísimo. El resucitado sigue siendo por los siglos mediador de la nueva y eterna alianza. Su oblación implora la gracia más alto que la sangre de Abel podía exigir venganza (Heb 12, 24). En el sacrificio de la misa es Cristo mismo quien nos conduce «a la ciudad del Dios vivo, a los bienaventurados coros de los ángeles, a la festiva asamblea de los primogénitos cuyos nombres están inscritos en los cielos» (Heb 12, 22s). El cordero que se inmola por nosotros en el altar, es el mismo cordero que está ante el trono de Dios (cf. Ap 14, 1; 22, 1.3; 7, 10.14).

Al celebrar la Iglesia durante esta peregrinación el recuerdo de la muerte de su esposo celestial, se reconoce ser una misma cosa con la Jerusalén celestial. La desposada con Cristo, «la esposa del cordero» (Ap 21, 9), resplandece ya en «la gloria de Dios» (Ap 21, 10). En la celebración eucarística la adorna el resucitado para el día de la consumación. «Su luz es el cordero» (Ap 21, 24). El culto que ofrecemos a Cristo en el sacramento del altar no es, con toda su esplendente magnificencia, sino un pálido reflejo de la gloria que su gracia confiere a la Iglesia y a cada uno de sus miembros. El resucitado prepara ya de antemano la gloria que habrá de resplandecer el día de nuestra resurrección.

Por la fe, la eucaristía nos permite disfrutar ya como realidad iniciada lo que el bautismo nos había dado en germen. «A nosotros que estábamos muertos a causa de nuestros pecados, nos ha conducido Dios juntamente con Cristo a la vida. En Cristo Jesús hemos sido resucitados y se nos ha asignado un lugar con Él en los cielos» (Ef 2, 5s). El *Kyrios,* el Señor glorificado, permanece en medio de nosotros en la santísima eucaristía ofreciéndose por nosotros como sacrificio de alabanza al Padre. Ahora sabemos qué quiere decir: «nos ha sido asignado un lugar con Él en los cielos». Estamos ya celebrando junto con Él y con todos sus ángeles y santos la liturgia celestial. «Nuestra patria (nuestra ciudadanía) está en los cielos. De allí esperamos la venida de nuestro redentor, el Señor Jesucristo» (Flp 3, 20). En la eucaristía prepara el Señor la transformación de nuestro cuerpo mortal en un cuerpo revestido de su misma gloria (cf. Flp 3, 21).

En la celebración eucarística nos asegura el resucitado que mientras permanecemos unidos con Él, todos nuestros sufrimientos y luchas de la vida equivalen a una participación en su victoria. El alma creyente escucha incesantemente la promesa hecha por Cristo en el discurso eucarístico: «Ésta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me confió, sino que lo resucite en el último día» (Jn 6, 39). «Yo soy el pan de vida bajado del cielo. Todo el que come este pan tendrá vida eterna» (Jn 6, 51). «De igual forma que yo, enviado por el Padre, tengo la vida por Él, que es la vida misma, también el que me come tendrá la vida por mí... Quien come este pan vivirá eternamente» (Jn 6, 57s). Para el pueblo, incluso para muchos de sus propios discípulos, resultaron estas palabras ininteligibles y hasta escandalosas. Por eso el Señor, refiriéndose a su glorificación, añadió: «¿Qué diríais si vierais al Hijo del hombre subir al lugar donde estaba anteriormente?» (Jn 6, 62).

El resucitado, en el pan celestial que da la vida, nos otorga una prenda segura de la futura resurrección, y al mismo tiempo nos infunde la confianza victoriosa de que en todas las dificultades y peligros que se opongan a nuestra salvación resistiremos y triunfaremos. Podemos confiar incluso que, viviendo el resucitado en nosotros, haremos de nuestra vida un *testimonio y un signo eficaz de su victoria.* Por medio de la eucaristía también su resurrección debe ser en nosotros y por medio de nosotros un acontecimiento salvífico en favor de nuestro prójimo.

Nadie puede sucumbir a un *derrotismo* tanto en la pastoral como en la propia vida espiritual. Significaría una lamentable y peligrosa contradicción del ánimo con que se debe celebrar la eucaristía, e iría contra el entusiasmo que esa celebración esencialmente provoca en el alma como decisión por el Kyrios, por el Señor glorificado. Si vaciados totalmente de nosotros mismos nos entregamos completamente al resucitado y vivimos unidos íntimamente con Él, hemos de sentirnos llenos de la misma confianza del apóstol: «Todo lo puedo en el que me conforta» (Flp 4, 13). «Tan gran confianza tenemos delante de Dios por medio de Cristo Jesús. No es que nosotros mismos nos sintamos por nuestras solas fuerzas capaces de algo. Todo nuestro poder viene de Dios» (2 Cor 3, 4s).

Mediante la celebración creyente de la eucaristía, mediante la unión con Cristo glorificado, crece y se purifica cada vez más nuestra confianza: «puedo y debo ser santo»; «podemos transformar el mundo».

La tentación del derrotismo que hace decir: «Todo nuestro esfuerzo no aprovecha para nada: todo seguirá como antes», con frecuencia surge peligrosamente en dos fases distintas de la vida sacerdotal: en la época del impulso juvenil y cuando empiezan a fallar las energías físicas. En el primer caso, el joven sacerdote, lleno de entusiasmo inexperto, conducido por ímpetu apostólico y no libre de un falso exceso de confianza en sus fuerzas, piensa: «Nosotros, los jóvenes, podemos mejorar todo este estado de cosas.» Al cabo de algún tiempo tal vez advierte que su optimismo estaba cimentado en bases muy débiles. Y esto puede ser providencial para él. Si purifica su fe y su confianza mediante la celebración de la eucaristía, verá que es hora de poner en Dios toda la confianza, pues se convencerá de que por las propias fuerzas no podrá ir más allá que las pasadas generaciones. La segunda época propicia al derrotismo se presenta cuando comienza a notarse el peso del cuerpo y se sienten los fracasos más agudamente que antes. Si a esto se añade la falta de gratitud de parte de aquellos en cuyo bien se trabaja, el malestar subirá dolorosamente de tono: «Todo nuestro esfuerzo es inútil. Trabajamos en vano.» Es preciso que entonces el sacerdote haga por condensar toda su fe en el grito confiado de cada mañana, al acercarse al altar, al Dios «que es la fuerza y alegría de mi juventud», al Señor glorificado que nos hace participar de su fuerza invencible.

También el cristiano en el mundo ha de armarse contra parecidas tentaciones en su vida espiritual y sobre todo en trabajos de apostolado por el reino de Cristo. Pocos se libran de hecho de tales tentaciones.

La victoria de la resurrección será en nosotros y por medio de nosotros un signo de trascendencia histórico-salvífica si en medio de los fracasos y en época de cansancio no perdemos nuestra confianza en el Señor, sino que nos decidimos a comenzar la edificación basándonos únicamente en Él.

EN ESPERA DE LA VUELTA DEL REDENTOR

En ningún relato bíblico de la institución de la eucaristía falta la alusión escatológica: «Ya no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día en que beba con vosotros el vino nuevo *en el reino de mi Padre*» (Mt 26, 29; Mc 14, 25). «No beberé ya más del fruto de la vid, hasta que *venga el reino de Dios*» (Lc 22, 18).

En el banquete eucarístico es el vino símbolo de la fuerza y alegría que el Señor quiere concedernos por su medio. La comida eucarística es igualmente prenda y promesa de la consumación futura. Pablo dice lo mismo que los evangelistas cuando después de relatar la institución, añade: «Cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, *hasta que Él vuelva*» (1 Cor 11, 26).

La celebración de la eucaristía no solamente ha de mantener despierto nuestro recuerdo de la pasión y muerte de Cristo, sino también ahora oculto entre nosotros. Como en los primeros tiempos de la Iglesia, la celebración eucarística quiere despertar en nosotros la plegaria anhelante: *maran atha!,* «¡Ven, Señor!» (1 Cor 16, 22). «El Espíritu y la esposa dicen a una voz: ¡Ven! El que escucha diga asimismo: ¡Ven!... El que da este testimonio dice: Sí, en seguida voy. Amén, ven, Señor Jesús» (Ap 22, 17.20). Es el mismo Señor resucitado, que mora entre nosotros oculto bajo la figura de pan y vino, el que nos asegura que un día todo lo perfeccionará en su gloria. Cómo es posible sustraerse a la invitación de la esposa de Cristo, a la voz de la Iglesia que nos insta a gritar también: «¡Ven, Señor Jesús!»

En la eucaristía comienza ya de manera invisible, pero real, la transformación de la existencia terrena. La eucaristía elige el pan y el vino como representación de todos los dones terrenos que sacrificamos a Dios. Así nos asegura y manifiesta que «el nuevo cielo y la nueva tierra» (Ap 21, 1) están ya apareciendo sobre la tierra. La eucaristía renueva sin cesar en nosotros la conciencia de nuestra vocación a escala mundial, nos hace cada vez más conscientes de nuestra misión y de nuestros deberes en el mundo. Cristo resucitado, el Señor que ha de volver, hizo valer su sacrificio para todo el universo, pues liberó a todas las cosas creadas de la maldición del pecado.

¿No habla san Pablo de una espera ansiosa de toda la creación suspirando por la revelación de la libertad de los hijos de Dios? (Rom 8, 19).

Esta espera del día del Señor, este estar preparados para su vuelta, nos libra de la sujeción desesperante a la caducidad del momento presente. Pero esta actitud escatológica es todo lo contrario de una justificación de la falta de interés por los órdenes terrenos y por el mundo en general. Aunque por el sacrificio de Cristo el mundo quedó fundamentalmente redimido, tenemos, sin embargo, el deber de trabajar con paciencia y constancia en la cristianización de nuestro ambiente. El Señor nos ha concedido los talentos para que en este tiempo intermedio los hagamos fructificar. Hemos de cambiar el mundo pero no a la fuerza o violentamente, como si la consumación o perfección final, cuando todas las cosas estarán nuevamente sometidas al Creador, pudiera ser provocada o acelerada con nuestro esfuerzo únicamente. La cristianización del mundo en torno exige de nosotros cumplir con fidelidad y con calma el encargo del Señor y esperar la vuelta del Señor que llevará todo a su término.

En la eucaristía se muestra Cristo como *el fiel*. La obra comenzada en el bautismo, profundizada en la confirmación, será llevada a plenitud por el mismo Señor, presente entre nosotros para darnos la fuerza de vivir una vida verdaderamente cristiana. Esta fidelidad del Señor en llevar adelante su obra es una seguridad de que un día todas las cosas tendrán en Él su consumada perfección.

Si en la eucaristía nos entregamos a Cristo, al fiel, *su misma fidelidad se convertirá en nosotros y por medio de nosotros en un acontecimiento salvífico*. Vivimos de su fidelidad. El Señor, que maravillosamente llevará un día todo a su plenitud, nos conserva fieles y nos hace testigos de su venida, signos de su fidelidad, instrumentos fieles de su redención, portadores de la dichosa libertad de los hijos de Dios para la misma creación material.

¡Señor! Tú nos envuelves en los santísimos misterios del sacramento del altar con la fuerza de tu muerte y de tu resurrección. Concédenos, benigno, honrar en todo tiempo este sacramento de modo que su celebración transforme nuestra vida.

EUCARISTÍA Y VIRGINIDAD

En cuanto al celibato, no he recibido instrucciones del Señor. Pero daré mi opinión como de quien por misericordia de Dios ha recibido la gracia de ser fiel. Creo, pues, que en razón de las calamidades presentes ése es el estado que conviene; sí, ése es el estado que conviene a cada uno, el que cada uno tiene. Si estás ligado a mujer, no busques verte libre. Si no estás ligado a mujer, no busques mujer. Sin embargo, si quieres casarte, ningún pecado hay en ello. Y si una virgen quiere casarse, tampoco peca. Pero los que se casan tendrán que padecer tribulación en su cuerpo y bien quisiera yo evitársela.

Esto es lo que quiero decir, hermanos: el tiempo en que vivimos no durará mucho. Mientras dura, los casados vivan como si estuvieran libres; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si nada poseyesen; y los que usan de las riquezas del mundo, como si no usasen de verdad. Que toda la apariencia del mundo es poco duradera.

Yo quisiera que estuvieseis libres de angustiosas preocupaciones. El no casado se preocupa de las cosas del Señor; su único afán es agradar al Señor. El casado, en cambio, se preocupa de las cosas del mundo, de cómo dará gusto a su mujer; su alma está dividida. La mujer soltera, y la virgen, piensan únicamente en las cosas del Señor: su afán es vivir su consagración al Señor en alma y cuerpo. La casada, en cambio, piensa en las cosas del mundo, en cómo dará gusto a su marido.

Al deciros esto, no tengo en vista más que vuestro propio interés. No quisiera poneros una ocasión de tropiezo. Quiero haceros tender hacia lo más noble para que siempre y con entera libertad podáis servir al Señor (1 Cor 7, 25-35).

La santísima eucaristía es el gran *mysterium fidei,* el misterio de la fe que derrama su claro esplendor sobre todos los misterios de nuestra religión. La eucaristía es el punto central de la Iglesia, de su culto y del sacerdocio neotestamentario. Es, pues, necesario estudiar un misterio tan grande como el de la virginidad en íntima conexión con la eucaristía. Siguiendo a los santos padres, también hemos considerado los sacramentos como la plenitud de la nueva ley promulgada sobre el monte de las bienaventuranzas, en el Gólgota, en el cenáculo y el día de pentecostés. Sería peligroso pretender aclarar el sentido cristiano de la virginidad sin relacionar este misterio con el misterio eucarístico.

Al hablar de virginidad, pensamos en su perfecta realización en Cristo y María. Pero tenemos también presentes a todos aquellos que «por el reino de los cielos han escogido el celibato» y que se esfuerzan noblemente en vivirlo aun cuando sólo paso a paso se acerquen a aquellos ideales. También la viudez cristiana tiene aquí su lugar. Son nuevamente los santos padres quienes nos han enseñado que mediante un amor total a Cristo puede la mujer viuda recobrar de alguna manera la integridad virginal de su corazón.

LA EUCARISTÍA, FUENTE Y ESCUELA DE CASTIDAD VIRGINAL

La virginidad tiene su más honda fuente y su fuerza más pura en la santísima eucaristía, en la experiencia de la presencia del Señor en el sacramento del altar, en la alegre celebración del santo sacrificio y sobre todo en la humilde recepción del «trigo de los elegidos y del vino que hace germinar las vírgenes» (Zac 9, 17, Vulgata). Toda alma virgen comprende el sentido profundo de aquellas palabras que la Iglesia pone en labios de la virgen fuerte santa Inés: «Amándole conservo mi castidad, tocándole permanezco pura; recibiéndole me mantengo virgen.»

La eucaristía es escuela de reverencia y generosidad, los dos pilares básicos de la castidad en general y de la castidad virginal muy particularmente.

La voluntad virginal, el propósito de «permanecer eternamente sellado a fin de poner este misterio incorrupto en las manos de Jesús» [1] es una oblación de sí mismo «por el reino de los cielos», que no tiene sentido si es posible realizar sino a la luz del *respeto ante el misterio del cuerpo.* Y en ninguna parte mejor que en el culto eucarístico se aprende este santo respeto que tiene ya un fundamento en el bautismo. En la eucaristía, efectivamente, aprendemos a honrar a Cristo, a toda su persona, con su alma y espíritu, a través del culto a su cuerpo. Solamente el cristiano que ha encontrado en el culto eucarístico su centro y que ha marcado su vida con un sello de eucaristía, comprenderá la hondura de la consagración virginal y experimentalmente llegará a darse cuenta de que en la virtud cristiana de la castidad entran en juego otras categorías superiores a las puramente éticas de la templanza y moderación. Aquí se busca sobre todo «*ser santo para el Señor en cuerpo y espíritu*» (1 Cor 7, 34). El culto eucarístico y la virginidad cristiana ponen alma y cuerpo bajo el brillo radiante de lo santo.

En segundo lugar, la eucaristía nos enseña a estar en guardia contra un gran peligro para la virtud de la castidad: el apetito egoísta, que amenaza destruir las murallas del respeto a sí mismo y de la templanza. En la virginidad se ve más claramente que en cualquier otra forma de la castidad que ésta es ante todo entrega desinteresada de sí mismo. Por eso la virginidad es una lección y un estímulo eficaz para todos los que luchan por la castidad. La virginidad es don y gracia del Señor que se entrega desinteresadamente por nosotros, que se entrega en particular al cristiano abierto al don de la eucaristía y que ordena su vida según esta ley de amor.

AMOR ENTERO EN LA EUCARISTÍA Y EN LA VIRGINIDAD

«Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el límite» (Jn 13, 1). Con la muerte de cruz y con la institución de la eucaristía llegó el Señor al límite extremo de su amor. La presencia amorosa de

1. DIETRICH VON HILDEBRAND, *Reinheit und Jungfraulichkeit,* Munich 1928, p. 199.

Cristo en el santísimo sacramento del altar habla claramente del amor más total a la esposa, la santa Iglesia. Y en la comunión dice el Señor personalmente a toda alma que le recibe: «Ahora soy completamente tuyo.»

La Iglesia responde a este don total del amor de su esposo con una respuesta amorosa que es el culto eucarístico, en el cual ella es toda ojos y oídos para su esposo divino. En íntima conexión con el culto eucarístico también la virginidad, el estado de consagración virginal, como signo esencial del nuevo pueblo de Dios, constituye una respuesta manifiesta y fácilmente comprensible del amor de la Iglesia al amor total del Señor. No quiere decir esto que sean solamente las personas vírgenes las que aman en la Iglesia; pero sí es cierto que gracias sobre todo al estado virginal sigue proclamando la Iglesia que en la vida cristiana lo importante es un amor indiviso a Cristo y que este amor logra en ella viva realidad.

La virginidad cristiana tomada en su más honda esencia no consiste en la pura renuncia o en la necesidad de servir más desembarazadamente un ideal alto. La virginidad es, por encima de todo, una forma especial y perfectísima de vivir inmediata y totalmente para el amor de Dios. Solamente por este servicio de amor se justifica la renuncia al matrimonio y tiene esta renuncia grande valor. Naturalmente, después este amor virginal se muestra extraordinariamente fecundo en la consagración total al servicio del reino de Dios.

La virginidad no se comprende sino partiendo de una *vocación particular,* es decir, de un *amor particular de Cristo* a un hombre al que le hace comprender que debe seguirle con un amor virginal. El mismo Cristo da a entender al elegido que le quiere totalmente para Él, libre de las preocupaciones terrenas que «dividen el corazón» (cf. 1 Cor 7, 34 y 7, 32). Cristo pide a este hombre que le ame de una manera tan inmediata, tan humanamente cálida como la del esposo que se entrega a su mujer o de la mujer a su esposo. El amor virginal no solamente piensa «en lo que es del Señor, en cómo dar gusto al Señor» (1 Cor 7, 32), sino que además, con un amor cualitativamente tan exclusivo, tan íntimo, tan fuerte como el de la esposa, piensa «en lo que es del esposo, en cómo dar gusto al esposo» (1 Cor 7, 33 ss). El amor conyugal es, en virtud del sacramento, imagen del amor de Cristo que *alimenta y cuida a su Iglesia con su propia carne y sangre,* de igual manera que el casado «alimenta y cuida» a su mujer como a su propia carne y sangre (Ef 5, 29ss). Todo el amor de las personas vírgenes a Cristo es la *respuesta inmediata a su amor eucarístico.*

La fuerza para renunciar a una cosa tan noble y santa como es el amor humano entre el hombre y la mujer en el matrimonio nos viene del sacrificio de Cristo en la cruz, que la eucaristía pone continuamente ante nuestros ojos. Por eso el clima en que ese amor virginal ha de crecer y prosperar pujante no puede ser otro sino la proximidad del esposo divino en el sacramento del amor. *Es el Emmanuel, Cristo viviendo a nuestro mismo lado, el que suscita y mantiene despierto y vigilante nuestro amor virginal.* Y donde está más cerca el Señor de nosotros es en el sacramento del altar. Para que la virginidad lograse toda su autenticidad y su pleno valor era necesario el calor del cristianismo. La virginidad comenzó verdaderamente con la Virgen María, la cual vivió como ninguna otra criatura de la cercanía de Cristo. En ella se realiza en la más sublime plenitud el ideal del amor esponsal de la Iglesia hacia Cristo como *respuesta a su amor indeciblemente cercano.*

Así pues, la virginidad no es una forma cualquiera de estar libre para Dios: es un estar libre para el amor entero a Dios mediante un saberse cogido por Cristo. De esta forma la eucaristía viene a expresar de modo palmario que así como el Padre nos concedió en Cristo todos los dones de su amor, nosotros hemos de ofrecer al Padre el homenaje de nuestro servicio y de nuestras ofrendas por medio de Cristo y en unión con Cristo. La eucaristía nos recuerda continuamente el gran misterio: «Como el Padre me amó, os amo yo a vosotros» (Jn 15, 9). La virginidad no es sino un permanecer totalmente en su amor.

En los dos pasajes clásicos de la Escritura sobre la virginidad está perfectamente explicado que la virginidad no puede comprenderse a la luz de una concepción abstracta de Dios, sino cara al Dios vivo que en Cristo ha mostrado su amor viniendo hasta nosotros. Pablo recomienda el estado célibe basándose en que la virgen, al conservar todo su corazón para el Señor, no se preocupará sino de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor (el término griego de Señor es *Kyrios* y es término para designar a Cristo glorificado: 1 Cor 7, 32ss). En el fondo, Pablo está diciendo lo mismo que el divino Maestro cuando ensalzaba la renuncia al matrimonio «por el

reino de los cielos» (Mt 19, 12). ¿Qué otra cosa es el reino de los cielos sino el imperio salvífico de Dios manifestado entre nosotros por la venida de Cristo?

La virginidad es todo lo contrario de un puro sucedáneo con que llenar un vacío doloroso impuesto por una renuncia forzada al matrimonio. En su forma más pura y auténtica, la virginidad aparece sobre todo cuando un hombre se siente dominado por el amor de Cristo y toma la resolución de conservarse íntegro para responder a ese amor y crecer cada vez más en él. Nos lo dice el mismo divino Maestro cuando establece tan neta distinción entre la virginidad «por el reino de los cielos» y la renuncia forzada al matrimonio por mutilación o por incapacidad natural. Es cierto que a esta meta se puede llegar también dando un rodeo. Es posible, por tanto, que al principio fuera una renuncia dolorosa y obligada al matrimonio, sea por imposibilidad natural, o por no encontrar el consorte adecuado, o porque una valiente conciencia cristiana impedía comprar el amor a costa de la vergüenza, sea también porque la atención a los padres necesitados pudo más que una fuerte inclinación hacia el matrimonio. La soltería se vivirá al principio como una pérdida, como una renuncia dolorosa. Pero cuando esta renuncia se convierta en sacrificio que nace de un corazón puro y animado de auténtico amor de Dios, «cuando deje de ser una situación aceptada sólo a medias, con el gesto resignado del "y qué remedio queda", para pasar al sí decidido a la cruz del seguimiento de Cristo, entonces también aquel principio humilde será la base de una auténtica vocación. Comenzó por camino de dolor; le faltará la plenitud primaveral de otras consagraciones; pero será también camino de Dios y que quizá conduce más hondamente al misterio de la vida nueva que es siempre vida de cruz» [2]. Nada mejor que la piedad eucarística, que la celebración de la muerte de Cristo «hasta que vuelva», para recorrer este camino que termina en la aceptación de la virginidad «por el reino de los cielos». Ante el misterio de renuncia y glorificación de Cristo en el sacramento del altar, comprendemos el valor de esa pérdida dichosa que abre el corazón a un amor ardiente, a una comprensión más honda del amor de Cristo crucificado.

2. ROMANO GUARDINI, *Ehe und Jungfraulichkeit*, Maguncia 1926, p. 69.

Pero por muy diversos que sean los caminos, la base de la virginidad ha de ser en todo caso el amor conservado íntegro para Cristo. No hay por qué poner excesivo relieve en la integridad física conservada o no en la vida anterior, si bien la castidad radical es un elemento que no se puede considerar ajeno a la virginidad aceptada «por el reino de los cielos». En efecto, dicha castidad es, esencialmente, muestra de una entrega inmediata al reino, de un amor íntegro y primaveral por el que el hombre entero se consagra a Cristo, sin que haya de por medio ningún torpe instinto o amor egoísta y sin que ese camino de amor haya tenido que pasar por otro camino de amor humano, noble, aunque sexual.

Siendo la virginidad testimonio en favor del amor de Cristo llevado hasta el fin, le acecha un gran peligro no sólo de parte de la impureza que destruye su elevación y hermosura, sino también de parte de toda «compensación desde abajo» [3]. Por eso «el virgen tropieza lo mismo cuando da un lugar en su corazón a un afecto conyugal hacia otro ser humano, como *cuando no da lugar al amor de Dios o cuando no se esfuerza por dar a este amor todo el lugar de su corazón*» [4].

LA IGLESIA, VIRGEN Y ESPOSA

Por encima de cada uno de los sacramentos se yergue el *gran signo de gracia del tiempo de salvación, que es el amor entre Cristo y la Iglesia.*

Como esposa amada de Cristo y como virgen entregada amorosamente a Cristo, la Iglesia es el sacramento original. Y al decir esto no contradecimos la afirmación de que es Cristo mismo ese sacramento original, a través del cual nos ha concedido el Padre su amor; pues así como el Padre nos lo ha dado todo a través de Cristo, Cristo lo hace todo por medio de su Iglesia y en atención a su Iglesia. En el altar de la cruz la tomó y santificó como a su única Esposa. Cristo y la Iglesia celebran en la santísima eucaristía su amor esponsal desde la salida del sol hasta el ocaso, hasta el último día en que la boda del cordero con la esposa sin mancha ni arruga desembocará en el gozo eterno del cielo. Por medio de los sacra-

3. DIETRICH VON HILDEBRAND, *o.c.*, cap. I, p. 182.
4. H. KUHAUPT, *Hochzeit zu Kana*, Recklinghausen 1950, p. 235.

mentos y sobre todo por medio de la eucaristía, santifica el esposo divino a los invitados al ininterrumpido banquete nupcial que celebra con su Iglesia. Todo el cuidado y amor que dedica la Iglesia al culto eucarístico es contribución al esplendor de la boda que comenzó en la cruz y que concluirá cuando la Iglesia en el último día sea transportada a la Jerusalén celestial. La eucaristía es la celebración del amor esponsal entre Cristo y la Iglesia durante este tiempo de salvación que corre entre la muerte de Cristo y su retorno. Por eso la eucaristía, mejor que cualquier otro sacramento, propone a nuestra fe el misterio del esposo divino entregándose desinteresadamente en amor perpetuo a su Iglesia y el misterio de la Iglesia, auténtica esposa, que forma con el Señor *un solo cuerpo*.

El matrimonio simboliza la unión íntima e indisoluble entre Cristo y la Iglesia. En virtud de esta función sacramental, representativa, también el matrimonio cristiano se orienta a la cruz y a la eucaristía. El sacramento del altar es la fuente de esta unidad amorosa entre Cristo y su Iglesia que sólo nos descubre la fe y es también la fuente de la gracia para el sacramento del matrimonio.

Pero lo que el matrimonio expresa con una imagen caduca, lo expresa con lenguaje más claro y vital el testimonio de los vírgenes como estado esencial a la Iglesia que nunca podrá faltar. La Iglesia en su conjunto es la esposa unida a Cristo con amor virginal, la esposa que no busca otra cosa sino a Cristo (2 Cor 11, 2) y que, mediante el coro de los vírgenes, corre siempre al encuentro de su Señor con lámparas encendidas (Mt 25, 1-13).

En el símbolo revelador del matrimonio, más claramente en el testimonio perenne del estado consagrado, pero muy especialmente en el culto eucarístico, nos dice el Señor que la Iglesia es la esposa virginal, preocupada únicamente de las cosas de su divino esposo, de cómo agradarle, con un celo muy superior al que puede tener una mujer («respecto de las cosas de su marido») (cf. 1 Cor 7, 32ss).

SACRIFICIO Y CONSAGRACIÓN

La celebración de la eucaristía recuerda incesantemente a la Iglesia que el amor de su esposo divino es amor sacrificado, oblación santa para gloria del Padre celestial y para la salvación de los hombres. Por consiguiente, la respuesta amorosa de la Iglesia ha de ir marcada con estos dos caracteres. Y como esta respuesta la da sobre todo a través de las almas vírgenes, es claro que también la consagración virginal ha de ser oblación y servicio.

Fue preciso insistir en que la esencia y dignidad de la virginidad están en el don del amor total. Nuevamente es preciso recurrir a este amor para explicar cómo el dolor implícito en la renuncia del amor conyugal se transforma en oblación agradable a Dios cuando se une con el amor de Cristo inmolado por nosotros sobre la cruz y hecho presencia amorosa para nosotros en la santísima eucaristía.

El rasgo penoso de la oblación virginal se acentúa en aquellos que han llegado a la virginidad después de una forzada soltería. No es tan duro en aquellos que escucharon la suave llamada de Cristo en la plena flor de su juventud. Pero en todo caso el valor de la oblación no depende del dolor que ha ocasionado la renuncia, sino que se mide según el bien que se sacrifica y más aún según el amor *con que se hace el sacrificio, según el amor hacia aquel a quien se* ofrenda un bien tan elevado.

El verdaderamente virgen no es insensible al amor. ¿Cómo, si no, podría consagrar la integridad de su amor a Cristo? Por lo demás, en el camino del amor a Cristo no se avanza sino en la medida en que se abre el corazón desinteresadamente al amor de nuestro prójimo. Tener el corazón sellado a cal y canto para todo amor conyugal, aun para el más puro, no se justifica sino en vistas a otro amor. El virgen aprecia el amor conyugal como algo agradable a Dios, que por medio de ese amor conserva en el mundo la vida. Lo debe apreciar también porque el matrimonio es símbolo sacramental de aquella realidad misteriosa, de aquel amor entre Cristo y la Iglesia, a la que su propia virginidad le asocia inmediatamente. Despreciar aquello a lo que se renuncia por amor de Cristo, sería hacer una injuria a Dios y menospreciar el valor de la propia renuncia.

No ha de ser, sin embargo, el pensamiento de la magnitud de la renuncia lo que ocupe el primer lugar en la intención del llamado por Cristo a seguirle con amor virginal. El amor singularísimo del Rey de todos los corazones supera a todo otro amor. ¿Será posible amargarse la vida con el pensamiento de que ya no se es libre para el amor conyugal, para unirse en matrimonio con una criatura?

El virgen ha de estar alerta contra la tentación de sobrevalorar como propia su consagración. Para ello le ayudará sobre todo el recuerdo del amor del Maestro que le ha llamado y que ha hecho posible su donación. Pero no estará de más que piense también en que el Señor le ha librado de muchas «tribulaciones de la carne» (1 Cor 7, 28), difícilmente separables del amor terreno. Sin embargo, aquel que ha sido escogido por el Señor para que sea totalmente suyo, ha de apreciar al mismo Señor por encima de todos sus bienes. Pensar sobre todo en el ciento por uno que le habrá de dar el Señor a cambio de esta vida, es restar valor a la propia ofrenda. *Cuanto menos fíe el virgen del valor y méritos de su ofrenda y cuanto más alabe al Señor por haber sido inmerecidamente elegido, tanto más valdrá ante Dios el don de su virginidad.* Cuanto más desinteresado y menos calculado sea el don, tanto más íntimamente se unirá con el don total de Cristo y será mejor respuesta a ese amor.

A diferencia de la castidad aceptada por motivos puramente éticos, la virginidad es por su propia naturaleza una actitud interior de *adoración,* un amor que se *consagra* jubilosamente a Dios en aras de la amistad. Este carácter cultual de la virginidad cristiana no es algo extrínseco o accesorio. «No alabamos el que permanezcan vírgenes, sino el que en santa continencia sean vírgenes consagradas a Dios» [5]. La traducción sensible de este valor íntimo de la virginidad es el *voto* expreso de perfecta castidad. Santo Tomás afirma que «la virginidad, como virtud, incluye el *propósito afirmado con voto* de conservar perpetuamente la integridad» [6]. Es evidente que la virginidad nunca puede ser considerada como una categoría puramente ética, mientras que la virtud de la castidad puede serlo, aunque no para la Sagrada Escritura, la cual siempre la considera desde un punto de vista cultual. El sí a la gracia de la virginidad es desde su misma raíz una respuesta religiosa, una voluntad de consagración, de dar culto a Dios, de cooperar al sacrificio de Cristo.

Nos preguntamos a veces si la ausencia de votos en algunas congregaciones femeninas modernas se deberá tan sólo al miedo de contraer tan santas y radicales obligaciones en la presencia de Dios.

5. San AGUSTÍN, *De virg.,* c. 11.
6. ST II-II, q. 152, a. 3 ad 4.

¿No entrará también una tendencia, quizá inconsciente, a convertir las fuertes esposas de Cristo en castas doncellas al servicio de un fin determinado, de una gran tarea apostólica? Aun cuando falten los votos *formales,* la actitud religiosa interior de la consagración cultual no puede nunca faltar. Y denota ciertamente algún fallo el que esa actitud interior imprescindible en la verdadera virginidad no se concrete en un voto, no logre la forma de acto expreso de culto. Eso sí: lo de menos será que este acto de religión se llame voto, juramento o compromiso. Al fin y al cabo, lo importante es el sentido interior de dicho acto.

El sentido sacrificial y la actitud de oblación religiosa que caracterizan la virginidad cristiana no se nos revelan en toda su perfección sino cuando consideramos la virginidad en su relación con la santísima eucaristía. Como memorial de la muerte de Cristo, la eucaristía nos trae el recuerdo de la oblación sangrienta de Cristo, en la cruz; pero en cuanto presencia del Señor glorificado nos lanza hacia delante, hacia el triunfal acorde final de las bodas del cordero con la Iglesia mediante un pacto nupcial sellado con la misma sangre del cordero. Todo lo duro de la virginidad y todas las renuncias que su conservación impone, recibe de su unión con el sacrificio expiatorio de Cristo un poder de expiación para la lucha contra la impureza en el mundo.

Pero, igual que la eucaristía, que es esencialmente cántico de alabanza, júbilo cultual del amor, eco eterno del doloroso sacrificio de Jesús en la cruz, también la virginidad, revestida del poder cultual del sacrificio eucarístico de Cristo y de la Iglesia, tiene un carácter pascual. No es angustiosa soledad, no es ley opresora, sino la más libre consagración de amor. Es sacrificio ofrecido una vez en virtud de la muerte de Cristo y perenne concelebración de su amor derramando torrentes de gracias sobre nosotros. *La virginidad es, pues, adoración, agradecimiento, amor jubiloso para gloria del Dios trino.*

EL SERVICIO CABAL

El misterio del altar es un santo servicio de la Iglesia. Es recuerdo perenne de que el Señor quiso pasar entre los suyos «como siervo» (Lc 22, 27). Es un servicio recíproco, libre de toda intención

utilitaria. En él lo primero y definitivo es la fuerza del amor que se entrega. Lo mismo pasa con la virginidad: en ella lo fundamental no es el servicio exclusivo sino el corazón no dividido (cf. 1 Cor 7, 33). La entrega apasionada al servicio de un fin que no lleve consigo el amor, podrá justificar en un caso determinado la renuncia al matrimonio, pero solamente el amor íntegro a Cristo puede fundar el estado cristiano de la virginidad.

Pero de ese corazón no dividido sino entregado en su totalidad a Cristo brotará necesariamente una disponibilidad sin reservas al servicio de la causa del amado. Amor y servicio se soldarán en una unidad orgánica. «El reino de los cielos», por cuya causa renuncian los vírgenes al matrimonio, ha venido personalmente en Cristo hasta nosotros. Quien no ama a Cristo en todo, el que no «busca darle gusto en todo» (1 Cor 7, 32), no está aún lleno de la realidad de su reino. Y quien pretende unirse a Cristo con amor particular, sin entregarse totalmente al servicio de su reino, se engaña a sí mismo; en realidad, ese hombre pasa de largo junto a Cristo, pues el reino de Dios está ante nosotros precisamente en la persona de Cristo. Para los consagrados, el reino de Dios llega bajo la forma de su entrega virginal, que exige un corazón entero y una entrega incondicional e incansable al servicio del reino en todo el mundo, como prueba de la autenticidad y fidelidad de su amor.

La Iglesia vive del *opus divinum,* del servicio santo y amoroso de la liturgia cuyo centro es la celebración de la santísima eucaristía. De ese centro brotan los fuertes impulsos para consagrarse activamente a la santificación del mundo. En ese misterio nupcial del amor de Cristo y la Iglesia tiene la virginidad su lugar de reposo; allí se acrecienta el amor y el alma se siente *espoleada a empeñarse a fondo en servicio de Cristo.*

Cuando dos jóvenes se aman con casto amor en vistas al matrimonio, el primer elemento será siempre el eros que liga sus corazones. El deseo o apetito de satisfacer sensiblemente su instinto viene en segundo lugar. Sólo después que el amor ha unido los dos corazones, se abren éstos al campo de lo sensible para expresar su amor mediante la unión mutua. Por otra parte, el amor sensible, así expresado, no contribuirá al afianzamiento del amor espiritual si éste no ha madurado ya interiormente y no es el alma de toda manifestación exterior. Es decir, cuando el eros espiritual, que recibe su

mayor fuerza y pureza dentro del amor cristiano, no ocupa el primer lugar, existe un grave peligro de que el instinto acabe por romper la armónica unidad que forman alma y cuerpo para el amor: entonces el instinto se absolutiza y lo destruye todo.

¿No podremos ver aquí una imagen que nos ayuda a comprender las relaciones que han de regular el amor virginal y la dedicación apostólica a que obliga ese don total de sí mismo? El amor a Cristo tiende a demostrarse activamente en el servicio del Señor. Pero también aquí existe el grave riesgo de que la actividad se independice y pierda su raíz fundamental que es el amor apasionado a Jesucristo. «*La virginidad que no busca de veras sino lo que es de Dios y se entrega desinteresadamente, es capaz de desplegar extraordinaria energía en el servicio a su misión.* Pero cuando ésta tarea se hace tan absorbente que prácticamente ocupa el primer lugar en la conciencia y es ella la que domina el orden de vida, la división del tiempo y de las energías, convirtiéndose en fin y sentido de la vida virginal, la virginidad ha perdido ya su sentido como estado dentro de la Iglesia y se encuentra privada de su más pura fuerza» [7]. Es, pues, importante que los consagrados y aquellos que organizan su trabajo dentro de la viña del Señor, tengan siempre muy presente esta ley fundamental, a fin de no cegar las fuentes de la fecundidad haciendo prevalecer el servicio exterior por encima de la vida interior que constituye las reservas del alma.

Cualquiera que sea la vocación particular del consagrado — la vida contemplativa, el *opus divinum,* el servicio apostólico directo —, ha de guardar a toda costa la íntima correlación que existe entre su vida interior, su orientación cultual y su dedicación ardiente al apostolado. Son tres elementos que no deben aislarse, pues han de crecer armónicamente alimentados por el sacramento del amor.

EUCARISTÍA Y CELIBATO SACERDOTAL

Si no se puede comprender la virginidad cristiana sino partiendo del centro de la Iglesia, es decir, de la eucaristía, parece obvio que la Iglesia muestre sumo interés en que este ideal de la virginidad sea

---

7. ROMANO GUARDINI, *o. c.*, p. 67.

altamente estimado por los ministros consagrados del altar. La Iglesia, en efecto, cree que normalmente Dios une la vocación al servicio santo del altar con la vocación interior al «celibato por causa del reino de los cielos».

La virginidad es un consejo evangélico y un carisma particular. Por eso la Iglesia sabe también que nadie puede ser obligado jurídicamente a aceptar el celibato. De ahí su escrupulosa solicitud para que nadie se vea forzado a aceptar la vida célibe. Los que adopten ese estado han de hacerlo espontáneamente, sin ninguna coacción ni violencia. Ya Adam Möhler sentó bien claro en su «Refutación del memorial contra el celibato» cómo hay que plantear rectamente este problema. No se puede preguntar: «¿Con qué derecho pretende la Iglesia forzar a tantos hombres, a todo un estado eclesial, a renunciar al matrimonio?» La pregunta ha de ser formulada así: «¿Tiene la Iglesia derecho a conceder las órdenes sagradas únicamente a aquellos cuyo espíritu está ya ungido con la suprema consagración religiosa, en cuya alma la más pura y bella floración de vida divina crece y fructifica en un servicio sin reservas al Señor, es decir, a aquellos únicamente que, como dice el apóstol, han recibido el don de la virginidad?» [8].

Ciertamente que la Iglesia puede — lo hace en las iglesias orientales unidas y también para algunos casos de convertidos, por ejemplo, algunos teólogos de la iglesia evangélica recientemente admitidos en la Iglesia católica — escoger sus sacerdotes entre las filas de los casados que vivan castamente sin haber contraído segundas nupcias [9]; pero en su legislación sigue manteniendo el principio de que el celibato por causa del reino de los cielos es algo, si no necesario, al menos muy conveniente para los ministros del altar. Así se expresaron Pío XI en su encíclica sobre el sacerdocio católico [10] y Pío XII en su «Exhortación al clero» [11]. Y que la Iglesia circunscriba en un sentido o en otro las obligaciones del celibato no quiere decir que se trate de una obligación puramente jurídica y que por tanto pueda ser observado con un espíritu minimalista ateniéndose a lo estrictamente legal. Por su misma naturaleza, el celibato no es sino un caso particular de la renuncia al matrimonio «por causa del reino de los cielos» y es preciso por tanto una verdadera vocación a la vida célibe por amor a Cristo y a la Iglesia. El sacerdote está llamado a vivir en continuo espíritu de oblación, de consagración, de santa y total disponibilidad para las cosas del Señor.

8. J.A. MÖHLER, *Der ungeteilte Dienst*, Salzburgo 1938, p. 136.
9. Cf. 1 Tim 3, 2.12; Tit 1, 6.
10. AAS 28, 1936, p. 24ss.
11. AAS 1950, 127.

Con esto queda ya indicada la solución de un problema repetidamente agitado sobre la fuente de la obligación del celibato contraída con las órdenes sagradas. Se discute efectivamente si dicha obligación dimana de un voto expreso o tácito hecho en la ordenación de los subdiáconos o bien si no tiene más fundamento que la disposición legislativa de la Iglesia. No cabe duda que entra en juego también la obediencia a la Iglesia, la cual desarrolla un papel primordial a la hora de aceptar las obligaciones del celibato junto con el subdiaconado: la Iglesia prohíbe rigurosamente que nadie se acerque a las sagradas órdenes si no se sabe interiormente llamado a vivir como célibe «por causa del reino de los cielos». En la Iglesia latina el candidato debe asegurar bajo juramento que acepta las obligaciones del nuevo orden del subdiácono dándose perfecta cuenta de su trascendencia y con absoluta libertad [12]. Y si un día se aceptó el celibato con plena libertad, es de esperar que el llamado querrá permanecer fiel toda su vida a tan alta vocación. A defender el fiel cumplimiento de aquella obligación se ordena toda una serie de prescripciones canónicas.

La estrecha relación con el Señor en la eucaristía, presupuesto de la vocación sacerdotal, y el cumplimiento amoroso del servicio santo del altar constituyen la fuente más alta y uno, al menos, de los fines del celibato en el sacerdote. *El sacerdote ocupa el lugar de Cristo, esposo virginal de la Iglesia. Debe conservarse enteramente libre para Cristo a fin de ser imagen de la entrega absoluta de Cristo a su Iglesia.* La misma naturaleza del celibato exige en el sacerdote una actitud semejante a la del alma que ha hecho su voto de virginidad, pues es una dedicación amorosa al amor y servicio de Cristo en medida total que excluye todo otro amor. La misma formalidad exterior del voto es la expresión plena y madura de la oblación interior.

12. AAS 1931, 127.

LUCES ESCATOLÓGICAS

La celebración de la eucaristía no es sólo una actualización viva del sacrificio de Cristo. Incluye esencialmente una mirada hacia las postrimerías, la continua espera del Señor «hasta que Él vuelva» (1 Cor 11, 26). La recta celebración de la eucaristía nos enseña que toda la vida cristiana en «esta última hora» (1 Jn 2, 18) vive bajo la consigna: «El tiempo es corto... Pasa la forma de este mundo» (1 Cor 7, 29s). Precisamente esta perspectiva escatológica ha llevado hoy a algunos teólogos protestantes a considerar la virginidad como presupuesto esencial de la existencia cristiana. Así E. Brunner [13] escribe: «¿Quién puede instalarse cómodamente en este mundo, construir su casa, labrar su familia, como si fuera esto lo más importante, lo único que ha de durar? La urgencia de esta hora y la mística de Cristo nos enseñan a mirar el celibato como precepto del *kairós* (de la presente hora de gracia).» Incluso a los casados, esta existencia provisional que camina hacia la consumación final, hacia los «últimos tiempos», les obliga a vivir de tal forma como si no estuvieran casados (1 Cor 7, 30). ¿No quiso el Señor, que instituyó la eucaristía como anuncio y celebración de su vuelta, que la Iglesia realizase la imagen de las vírgenes aguardando al esposo con sus lámparas encendidas? (Mt 25, 1-13). La eucaristía y la perfecta virginidad se iluminan mutuamente en sus dimensiones escatológicas. Ambas son por su íntima naturaleza una *ininterrumpida exhortación a vivir pendientes de la vuelta del Señor, siempre preparados a recibir al esposo celestial.*

La eucaristía es conmemoración del triunfo del amor de Cristo hasta la muerte, del triunfo del resucitado que ha de volver con gran poder y majestad. La eucaristía vivida por gracia de Cristo anuncia también al mundo la victoria de su amor sobre los impulsos más fuertes de este mundo. Mientras que los casados logran resistir en virtud del sacramento frente a la «tentación de la carne», los hombres consagrados, conscientes de la victoria de Cristo, victoria absoluta que es también por la gracia su propia victoria, ofrecen al mundo el espectáculo hermoso de una virginidad cristiana, que

13. *Das Gebot und die Ordnung*, p. 367.

en medio de este tiempo de gracia sobreabundante aparece como algo «normal». No que los vírgenes dejen de sentirse luchando ellos también en la batalla que caracteriza este intermedio entre la victoria de Cristo y su plena manifestación; pero es que ellos no dudan ni un segundo de que, permaneciendo unidos con Cristo, pueda plantearse el problema de la victoria.

La virginidad es un triunfo del «espíritu». La auténtica virginidad no reprime lo sexual en forma de complejos, sino que le reconoce con hermosa maestría espiritual todo su valor y lo consagra amorosamente. El virgen es el más capaz de centrar su vida en el espíritu. Pero se trata de una actitud a cien mil leguas de una «espiritualidad» puramente natural. La virginidad cristiana es «don y obra del Espíritu»; es don del Espíritu Santo, del Espíritu de Cristo glorificado. También de ella se podría decir lo que dijo Cristo del misterio de la eucaristía, aludiendo a su ascensión al trono de la gloria como presupuesto para la irrupción de los tiempos nuevos señalados con la venida del Espíritu Santo: «El Espíritu es el que da vida. La carne no sirve para nada» (Jn 6, 62s). El hombre carnal, de mente terrena, no puede comprender el celibato por amor del reino de los cielos, como tampoco puede admitir el milagro de la eucaristía, pues son dos efectos maravillosos del mismo Espíritu Santo. Sólo por virtud de Dios, que en la resurrección nos hará semejantes a sus ángeles, los cuales ni toman mujer ni marido (Mc 12, 24s), puede el virgen vivir ya desde ahora entregado sin reservas al reino, «imitando, en cuanto es posible a una criatura, la vida del cielo» [14]. La castidad virginal que hace al cuerpo reflejo de la pureza interior es efecto del Espíritu Santo que ha de resucitar nuestro cuerpo para una vida eterna y radiante.

Todos los sacramentos son fuerzas salvíficas que actúan mediante símbolos productores de gracia. La eucaristía lo es de manera particular pues en ella está actualmente el glorificado, el que ha de venir. La virginidad cristiana no es un sacramento, pero es superior al sacramento del matrimonio [15]. Ella es en sí misma, y no sólo en signo, una realidad escatológica producida por la gracia del bautismo, de la confirmación y de la eucaristía; de alguna manera, pues, está por encima del signo sacramental. «En el estado virginal se ve-

14. TEODORETO, *In 1 Cor 7, 32;* PG 82, 283.
15. Dz 980.

rifica en toda verdad y realidad un desposorio con Cristo... Por eso la virginidad no es un sacramento, como tampoco lo es Cristo en la gloria» [16].

La virginidad es un prenuncio del banquete nupcial del cielo que la eucaristía nos anuncia y asegura. Todos los que siguen la invitación del Señor son sus distinguidos comensales, los «hijos del esposo», sus compañeros (Mt 9, 15), pero de modo especial los que como vírgenes con lámparas encendidas representan a la Iglesia virgen en espera de su virginal esposo (cf. Mt 25, 1ss). Ellos son los que, habiendo conservado intacto su corazón, podrán apreciar mejor cuán bueno es el Señor.

La celebración de la eucaristía y el estado de virginidad dan al mundo claro testimonio de que las fuerzas escatológicas del reino de Dios están ya operando e impulsando fuertemente a todos hacia las bodas del cordero y la esposa. En aquel día la virgen y esposa, la madre Iglesia, entonará con todos sus hijos de verdad — entre los cuales están también los casados que han vivido unidos a Cristo con un corazón tan íntegro como los célibes (1 Cor 7, 29) — el «cántico nuevo» de las vírgenes, que «siguen al cordero por dondequiera que vaya» (Ap 14, 1ss).

Señor, tú distribuyes tus dones abundantes como quieres. Suscita en tu Iglesia numerosas vocaciones a la vida virginal. Haz que aquellos que han sido llamados sigan agradecidos tu voz y, fieles a la gracia de su vocación, den al mundo el testimonio de la libertad de los hijos de Dios.

---

16. J. DILLERSBERGER, *Wer es fassen kann*, Salzburgo 1932, p. 136.

DIGNIDAD DEL MINISTERIO SACERDOTAL

Jesús tomó el pan, recitó la acción de gracias, y, partiéndolo, lo dio a los discípulos con estas palabras: «Esto es mi cuerpo que por vosotros será entregado. Haced esto en recuerdo mío.» E igualmente, después de la comida, tomó el cáliz y dijo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre que por vosotros será vertida.»

Surgió entonces entre los discípulos una discusión sobre cuál sería el mayor de ellos. Jesús les interpeló: «En el mundo, los reyes dominan sobre sus súbditos y los que ejercen la autoridad sobre los otros se hacen llamar sus bienhechores. Pero entre vosotros no ha de ser así. Al contrario, el mayor entre vosotros pórtese como el más joven, y el que manda, como el que sirve. Decidme, si no, ¿quién es mayor, el que está sentado a la mesa o el que sirve? Sin duda, el que está sentado a la mesa. Pues vedme a mí entre vosotros como servidor vuestro.

»Vosotros habéis permanecido firmes a mi lado en mis tiempos difíciles. Ahora yo dispongo en favor vuestro del reino, como el Padre dispuso de él en favor mío. En mi reino os sentaréis a mi mesa y beberéis en mi compañía y os sentaréis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» (Lc 22, 19-30).

¿Qué cosa más grande y sublime que el sacerdocio de Cristo? Con un juramento sagrado presentó el Padre a todos los hombres a su Hijo como sumo sacerdote del nuevo y eterno Testamento: «El Señor lo juró y no se volverá atrás: Tú eres sacerdote para siempre» (Heb 7, 21; Sal 109, 4).

Jesucristo ejerció su sacerdocio sobre todo en el sacrificio tremendo de expiación por los pecados de la humanidad, expiación que dio al Padre la mayor gloria y que consiguió para el mundo las gracias maravillosas de la redención. Toda la gloria que se ofrece al Dios trino en el cielo y sobre la tierra tiene en Cristo su centro. Todo ha sido creado en atención a Él, para gloria del Padre en la unidad del Espíritu Santo.

El sacerdocio del Nuevo Testamento participa, en la medida en que es posible a simples criaturas, de la sublimidad del sacerdocio de Cristo. En virtud del carácter de su ordenación, el sacerdote está ya interiormente configurado con el sumo sacerdote Jesucristo y consagrado a su servicio. El sacerdote puede penetrar en el santo de los santos. Representa a Cristo en el desempeño de las más altas funciones: en nombre de Jesús transmuta el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo. Con la autoridad del mismo Cristo perdona los pecados. Cuando predica la palabra divina, habla por encargo y en nombre de Dios. Da órdenes en lugar de Cristo y del Padre celestial: «El que a vosotros escucha, a mí me escucha, y el que me escucha a mí, escucha al que me envió» (Lc 10, 16).

Verdaderamente, casi da miedo una altura tan grande para el llamado al sacerdocio. Y sin embargo, el misterio más profundo de esta vocación es que está llamado a servir. Lo grande del sacerdocio de Cristo y de todos los sacerdotes del Nuevo Testamento es su vocación a la más perfecta *diakonía,* al humilde servicio siempre a disposición de todos los hombres.

En los siguientes apartados veremos cómo:

la vocación sacerdotal significa una participación en la humildad de Cristo;

en la humildad del servicio resplandece la majestad divina proyectando su luz sobre el ministerio sacerdotal;

la humildad es garantía de fuerza y pureza para la palabra de Dios;

mediante la humildad, el oficio pastoral constituye un testimonio eficaz y un instrumento valioso del reino de Dios.

LLAMADOS A PARTICIPAR DE LA HUMILDAD DE CRISTO

La consagración de la santísima humanidad de Cristo para el oficio del sumo sacerdocio coincide con el anonadamiento del Verbo eterno, ya que ambos momentos tuvieron lugar al verificarse la encarnación. «Se anonadó tomando forma de siervo» (Flp 2, 7). Se consagró para servir: «El Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir y a entregar su vida para redención de muchos» (Mt 20, 28). Su vida fue un servicio ininterrumpido; y la cumbre de su actividad sacerdotal, su sacrificio en la cruz, es la más perfecta expresión de su obediencia, de su anonadamiento y de su vida de servicio. El servicio humilde y desinteresado hasta derramar la última gota de su sangre es a la vez la oblación más sublime para adoración y gloria del Padre. En el cuerpo desgarrado, cubierto de sangre del Siervo de Yahveh brillan la santidad y la gloria del Padre. Por este servicio cumple el Hijo su palabra: «Yo no busco mi gloria» (Jn 8, 50; 7, 18). «No busco mi voluntad sino la voluntad del que me envió» (Jn 5, 30). Cuando en el cenáculo dijo a los apóstoles: «Estoy entre vosotros como servidor» (Lc 22, 28), nos reveló el Señor el fundamento esencial de su sacerdocio. Para expiar la desobediencia y el orgullo de los hombres, quiso cumplir su función sacerdotal precisamente sobre el madero ignominioso de la cruz. «Fue contado entre los malhechores» (Mc 15, 28). Consintió en ser ultrajado por los fariseos y por los criminales que estaban crucificados con Él. Este servicio en medio del más vergonzoso oprobio, aceptado amorosamente por humildad, fue la mejor expresión de su incomparable sacerdocio.

El preludio del sacrificio de la cruz, como también de la institución de la eucaristía y de la ordenación sacerdotal de los apóstoles, constituyó la más clara y expresa lección de que la participación en el sacerdocio del Redentor supone y confiere participación en su humilde servicio a la obra de nuestra redención. Sabiendo, en efecto, que había salido del Padre y que al Padre volvía, consciente de su dignidad divina y de que el Padre le había señalado el camino de la humildad para llegar por él hasta la más alta gloria, se puso Jesús a lavar los pies de los discípulos. «Así pues, si yo, vuestro Maestro y Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis laváros los unos a otros» (Jn 13, 14). ¿Qué otro camino sino este del amor humillado

cabe imaginar para un sacerdocio que es participación del sacerdocio de Cristo, que escogió para sí esta senda de profunda humildad? Nuestra incorporación a Cristo por medio del carácter de los sacramentos del bautismo y de la confirmación impone a nuestra vida una ley de gracia, que es ley de humilde apertura a la acción de Dios. El carácter sacerdotal renueva con mayor urgencia esa ley. La vida de un sacerdote que vive unido íntimamente con Cristo desde el momento de su ordenación no puede ser otra cosa sino *exinanitio,* anonadamiento, un vaciarse de sí mismo, un entregarse completamente olvidado de sí, hecho siervo de todos los hombres y de todas las criaturas.

San Lucas ha consignado a continuación del relato de la institución de la eucaristía y del sacerdocio la discusión surgida entre los apóstoles. En ella se ofreció al Señor una nueva ocasión para insistir en la ley fundamental de la dignidad sacerdotal. «El mayor entre vosotros hágase el menor, y el jefe servidor de todos» (Lc 22, 26). No podría ser de otra manera, pues el sacerdocio de Cristo transcurrió en continua actitud de *diakonía*, de servicio. Y encierra un profundo sentido el que el sumo pontífice se denomine precisamente «siervo de los siervos». El papa Juan XXIII recalcó intencionadamente este carácter de servicio en la homilía de su coronación: «El pilar fundamental de las divinas instituciones y el primer deber, el cual compendia en sí todos los demás, son aquellas palabras del santo evangelio: Aprended de mí, porque yo soy manso y humilde de corazón.» Y el papa pide a todos los «piadosos e inflamados del Espíritu» que recen sin descanso para que el supremo pastor avance cada día más en la práctica de estas virtudes.

Al saberse elegida para la dignidad de madre de Dios, pronunció la santísima Virgen aquellas palabras: «He aquí la esclava del Señor.» Ella fue la digna diaconisa del sumo sacerdote, el cual respondió a la unción con la plenitud del Espíritu Santo mediante la más humilde *diakonía.*

Para llegar al sacerdocio es necesario haber pasado por el diaconado, el cual infunde un carácter permanente. Es el fundamento de todo el ser y actividad del sacerdote. Los otros órdenes, del presbiterado, del episcopado, profundizarán la gracia y obligaciones del diaconado que consagra una existencia al servicio.

GRANDEZA DE UN HUMILDE MINISTERIO

Ungido con la plenitud del Espíritu, se consagró Cristo a un servicio humilde en favor nuestro. Quiso llegar hasta el oprobio de la muerte en cruz a fin de consagrarnos eficazmente para el humilde servicio del amor [1]. «Por eso lo exaltó Dios y le dio un nombre que está sobre todo nombre» (Flp 2, 9). Las victoriosas trompetas del júbilo pascual nos repiten persistentemente que la gloria del resucitado y su trono a la diestra del Padre rodeado del esplendor de la liturgia celestial son la mejor prueba de que el camino para la exaltación y la gloria ha de pasar a través de un humilde ministerio y del más completo anonadamiento en servicio de la misión. Uno de los ejes de la teología de san Juan es precisamente este misterio de exaltación y de gloria por medio del cual el Padre se glorifica en el Hijo y el Hijo es a su vez glorificado por el Padre [2]. El misterio pascual está esencialmente compuesto de este dinamismo de humildad y de gloria que forman una correlación orgánica.

Y este dualismo ha de encontrarse también a su manera en los diversos grados de participación del sacerdocio de Cristo. Nuestra humildad es la medida del honor que los hombres elegidos para continuar el sacerdocio cristiano tributamos al Dios trino en unión de Jesucristo, nuestro sumo sacerdote, y es también la medida del honor que nuestro sacerdocio se merece ante Dios. La humilde diaconisa, la virgen María, en nombre de todos los diáconos, de todos los que conciben su vida como un servicio, entonó el cántico al Dios santo y misericordioso que ensalza a los humildes.

También el apóstol de las gentes exulta de júbilo por la grandeza de su ministerio. Todos aquellos que han llegado a la fe por su predicación y por el testimonio de su vida en seguimiento de Cristo, son «carta de Cristo redactada gracias a su ministerio, escrita no con tinta sino con el Espíritu del Dios vivo, no sobre tablas de piedra sino sobre las tablas vivas del corazón» (2 Cor 3, 3). Cuando Moisés recibió la ley escrita en tablas de piedra y contempló desde lejos («de espaldas») el resplandor de la santidad de Dios, su rostro fulguraba con tal esplendor que ni Aarón ni los hijos de Israel podían

1. Cf. Jn 17, 19.
2. Cf. Jn 3, 14; 12, 34; 12, 32.

mirarle a la cara. Qué brillo no tendrán los sacerdotes del Nuevo Testamento, cuyo ministerio está al servicio de la nueva y eterna alianza, que es «ministerio del Espíritu» (2 Cor 3, 6.8), «ministerio de justicia» (3, 9). Pero el apóstol sabe muy bien que su gloria no es debida al valor de su sacerdocio como cosa humana; la gloria del apostolado es gloria incluida y fundada en su *diakonía,* en su entrega desinteresada al servicio de la redención. «No como si nosotros pudiéramos pensar alguna cosa buena por nosotros mismos. Todo nuestro valer viene de Dios que nos ha capacitado para ser ministros de la nueva alianza» (3, 5s).

Pablo alude una y otra vez a la debilidad del apóstol. Es propio de su misión experimentar los propios límites, conocer el dolor y el desprecio, ser tenido como el «desecho de todos». De esta forma, por medio de la humildad y la negación total de sí mismo, se asemeja a Cristo, el sumo sacerdote. En la bajeza de su ministerio brilla algo del resplandor del resucitado. ¿No poseía también el Señor glorificado su deslumbrante gloria a título precisamente de su voluntario anonadamiento?

«El Señor es Espíritu» (2 Cor 3, 17). El Espíritu Santo es donación. Cristo fue ungido con la plenitud del Espíritu para que, animado del más libre amor, fuera a la vez don y oblación. El glorificado es el don aceptado por el Padre; su gloria es la prenda de esa aceptación. De esta forma, «el ministerio del Espíritu» se convierte para los «ministros del Nuevo Testamento» en ministerio de gloria, al hacer éstos de su servicio una oblación y una donación de sí mismos a Dios. Por medio de los sacramentos, que significan la unción del Espíritu Santo e imprimen a nuestra alma el carácter de su sacerdocio (bautismo, confirmación, orden), nos concede Cristo una participación de su gloria en el Espíritu Santo. En la libertad con que aceptamos las humillaciones que trae consigo el servicio de la caridad, se manifiesta ya la presencia eficaz del Espíritu de la gloria, que comienza a actuar en nosotros a fin de conducirnos a contemplar cara a cara la magnificencia de Dios, cuando «seamos configurados en su misma imagen de gloria en gloria: éste es el efecto del Espíritu del Señor» (2 Cor 3, 18). Vemos, pues, cómo también la teología paulina de la gloria es teología de la cruz, teología de *diakonía,* de humilde y abnegado servicio.

Dios escoge a los más pequeños y más humildes para las misiones más altas. «La humilde sierva», la virgen María, recibió la más singular vocación para la *diakonía,* y al mismo tiempo la más alta dignidad que puede recibir una pura criatura. Entre los apóstoles, las doce columnas fundamentales de la Iglesia, no había ningún grande de este mundo. Pablo, que se presentaba como el último de los apóstoles, por haber sido él mismo perseguidor de la Iglesia, llegó a ser el mayor de todos los apóstoles que predicaron a los gentiles. San Clemente María Hofbauer, que había sido en su juventud oficial de una panadería, que aparentemente fracasó en todas sus empresas apostólicas, logró finalmente un triunfo decisivo en la lucha contra la Ilustración, siendo actualmente considerado como uno de los grandes renovadores de la pastoral en Viena, en toda Austria y en otras muchas regiones centroeuropeas. San Juan María Vianney, considerado por sus profesores como un caso desesperado para los estudios, llegó a ser el gran genio pastoral del siglo XIX. ¿Cuál fue la razón de todos estos casos paradójicos? Sin duda porque cada uno de estos grandes santos era una encarnación de la humildad, una imagen viva de la *diakonía.*

Si estamos totalmente vacíos de nosotros mismos y entregados sin reservas a nuestro ministerio, por habernos entregado a Dios, Dios nos llenará con ricos dones, no solamente para nosotros sino también para la viña del Señor. Un sacerdote o un apóstol seglar humildes tienen ante Dios el mayor honor. La humildad es el más temible enemigo del espíritu de las tinieblas. El apóstol humilde y entregado es un auténtico heraldo de aquel amor sin límites que se manifestó en la cruz y que celebró en la resurrección de Cristo la victoria de la humildad y del amor.

SERVIDORES DE LA PALABRA DE DIOS

El sacerdote está llamado a participar de un poder no soñado y de una de las más altas dignidades entre los hombres: poder hablar en nombre de Dios y predicar la divina palabra. De esa gran dignidad, nace también una grave responsabilidad: el sacerdote ha de poner sumo cuidado en no predicarse a sí mismo, en no imponer su propia voluntad o su propia ciencia, en no buscar su propia gloria. El servidor de la palabra de Dios ha de quedar completamente oculto

detrás de la palabra de Cristo. Cuanto mejor lo consiga, tanto más eficaz será su palabra cuando afirme: «Palabra de Dios.»

Para ser predicador de la palabra de Dios, el sacerdote ha de comenzar por ser hombre de oración: hombre que reciba en el fondo de su corazón la palabra del Dios vivo, que se entregue a ella y que, entregándose así, responda a ese don que Dios le hace.

El sacerdote es servidor de la palabra de Dios sobre todo cuando interviene en la celebración del sacrificio eucarístico y de los demás sacramentos, pues aquí es cuando más propiamente habla en nombre de Cristo, *in persona Christi.* En la palabra eficaz de los sacramentos es Cristo mismo quien habla con todo su poder, y su palabra no vuelve sin fruto. Aquí sí que está el servidor de la palabra de Dios literalmente oculto como puro instrumento detrás del Señor que habla.

Para que la palabra de Dios conserve toda su pureza y eficacia, es sumamente importante que el *kerygma* sacramental ocupe siempre en la conciencia del sacerdote el primer lugar. Así lo exige también la actitud de humilde *diakonía* al servicio de la palabra de Dios. Qué consecuencias catastróficas no habrá que temer de la actuación de un sacerdote que «predica» muy bajito, con aire desmañado y en términos ininteligibles la palabra de Dios contenida en la liturgia, mientras centra su mayor interés en pregonar bien alto sus propias ideas. Precisamente es la liturgia, cuyo puesto central lo ocupa la palabra sacramental, el *kerygma* en torno al que gira toda otra predicación, todo el pregón de la salvación. En todas sus partes, la liturgia no hace sino explicar auténticamente la palabra de Dios e invitar a los fieles a responder a esa palabra con su adoración y alabanza. Más aún: podemos decir que la liturgia es más que puro *kerygma,* pues no sólo propone un mensaje sino que eficazmente opera en nosotros la salvación anunciada por la predicación evangélica. He aquí por qué todos debemos hacernos un serio deber de conciencia por lograr que aun los pequeños y los ignorantes comprendan la liturgia como palabra que Dios les dirige personalmente a ellos. Y desde luego, mientras la liturgia no sea realmente el centro de la predicación de la palabra de Dios, cualquier otro género de predicación forzosamente se mostrará a la larga como ineficaz.

En la liturgia aprendemos la forma fundamental de la predicación, que es proclamación de la palabra sacramental, de la palabra

de Dios que nos habla y salva por medio de los sacramentos. Por otra parte, la exposición de la palabra divina en la predicación «mistérica» y en las catequesis mistagógicas (catequesis sobre los divinos misterios, es decir, sobre los sacramentos) constituye el medio más eficaz para que el sacerdote conserve conscientemente y con pujanza la perenne actitud de *diakonía.* Es una forma de predicación aptísima para poner al alma sacerdotal en contacto directo con el misterio de la gracia: Dios habla a nuestra alma, graba en nosotros su mensaje, y nos mueve a responder con nuestra oración y con una vida conforme a las exigencias de la palabra sacramental. Excelente clima para que el sacerdote se oculte literalmente tras la palabra de Dios.

Naturalmente, todo sacerdote debe hacer valer en su predicación los propios talentos. Si Dios nos adorna con múltiples dones de naturaleza y de gracia, es para que, conjugando nuestras cualidades en un gran concierto, presentemos mejor la inagotable riqueza de su verdad y de su amor. Pero nunca debe prevalecer nuestro minúsculo yo, nuestro afán de valer, la conciencia de nuestras dotes de persuasión por encima de la palabra de Dios. Ahí está la mayor tentación del predicador bien dotado: en buscar que se vea su arte para mover al auditorio, en lugar de confiar sobre todo en el poder de la palabra divina y de manifestar su eficacia. La predicación debe arrebatar, encender, entusiasmar, pero «no con razonamientos persuasivos de humana sabiduría, sino mediante la demostración de la eficacia del Espíritu, porque la fe no ha de cimentarse sobre humana sabiduría, sino sobre el poder de Dios» (1 Cor 2, 4s).

No es lícito al servidor de la palabra de Dios ejercer sobre las almas ninguna clase de presión psíquica. Toda coacción es contraria al respeto debido a la palabra de Dios y también debido al alma humana que Dios quiere tomar para sí por los caminos amplios de la decisión del hombre y sin privarle de la libertad de los hijos de Dios. *El predicador debe confiar grandemente en la fuerza liberadora de la gracia.* La humildad del predicador abre camino a la confianza en el poder de Dios.

La vanidad es un pecado funestísimo en el predicador, pues quita el vigor a la palabra divina. Convierte la predicación en palabra puramente humana. La falta de fe y humildad en el predicador se traduce no raras veces en un *pathos* falso que hace al oyente sen-

tir la penosa impresión de que está viendo y escuchando a un actor teatral distraído y alejado de la vida y del fondo de su papel. El servidor de la palabra de Dios no puede tener otro papel que el de mensajero que se esconde completamente tras su mensaje y tras aquel en cuyo nombre habla. El sacerdote deberá alegrarse cuando su palabra es verdaderamente recibida como palabra de Dios; aceptará agradecido el aliento que supone una alabanza. A veces se la darán por compasión viéndole tan corto y tan atado. Sería ingenuidad ridícula el recibir toda alabanza como moneda de ley. Más vale que el predicador prefiera a las alabanzas las críticas de los hermanos sacerdotes y de los mismos fieles, pues, como servidor de la palabra divina, debe examinarse continuamente si es instrumento apropiado.

La humildad en el servicio a la palabra de Dios exige también estar dispuestos a aceptar los fracasos. La angustia ante la crítica, el temor de quedar mal, son también una forma de vanidad y revelan una falta en la actitud de *diakonía*. El peor fracaso sería siempre el que comenzasen a flaquear los ímpetus apostólicos.

La palabra de Dios es espada de dos filos, que pone al descubierto «el corazón y los riñones». Es palabra para «caída y resurrección de muchos». Cuando con toda intrepidez — aunque juntamente con la debida prudencia y bondad — predicamos la grandeza sublime del evangelio y de la ley de la gracia, es posible que algún satisfecho burgués encuentre nuestras palabras exageradas o que algunos se sientan molestos y dejen de asistir a nuestra predicación.

Conocí a un párroco celoso y de grandes dones pastorales que logró convertir su parroquia en una maravillosa comunidad eucarística gracias a un trabajo constante durante doce años. Cuando, al terminar en su iglesia una semana de ejercicios en la cual pude observar la apertura de aquellos hombres a la palabra de Dios y les vi participar activamente en la liturgia, felicité al párroco por el éxito de su labor, me respondió: «Pero mire usted también la otra cara de la realidad. Algunos que en tiempo de mi predecesor venían a la iglesia, se han alejado ahora, pues han encontrado todo esto demasiado exagerado y se preguntan a dónde vamos a parar con tanta liturgia. Sin embargo es justo reconocer que de ellos alguno que otro volvieron después y ahora viven más a fondo su fe.»

La primera pregunta que debe hacerse el predicador no puede ser: «¿Tendré éxito?», sino «¿Soy fiel a mi misión?» Y por de pronto, que se guarde de culpar de todos sus fracasos a la maldad de Satán o de los hombres. La fidelidad en el servicio a la palabra de Dios pide del predicador que se mantenga siempre pronto a servir a los hombres, a comprenderles con profunda simpatía, preguntándose una y otra vez de qué forma podría adaptar mejor la palabra de Dios al gusto y capacidad de sus oyentes.

De esta suerte, el servicio a la palabra de Dios contribuirá eficazmente a que el sacerdote penetre cada vez más hondamente en el misterio de la humildad. Al anunciar noblemente en toda su integridad y pureza la ley de Dios, el sacerdote será el primero en sentirse culpable en sus deberes frente a esa ley que le acusa y le obliga a golpearse humildemente el pecho, no para desanimarse, sino para sentirse más decidido a proseguir un ministerio con la confianza puesta únicamente en Dios. En cambio, el que sucumbe a la tentación de ofrecer a sus oyentes, no el evangelio en su integridad sino una ética «discretita», fácilmente se lanzará a increpar al auditorio con latiguillos injuriosos, mientras él se complace interiormente pensando lo del otro: «Todo eso lo he cumplido desde mi juventud.»

HUMILDAD DEL OFICIO PASTORAL

Cristo es el buen pastor que entrega la vida por sus ovejas: *Agnus redemit oves*. Él acabó con aquella raza de pastores que «se apacientan a sí mismos» (Ez 34, 2). «Así dice el Señor omnipotente: Me alzaré contra mis pastores y exigiré de sus manos mi rebaño... Yo mismo me haré cargo de mi rebaño y miraré por él... Yo lo apacentaré como es debido» (Ez 34, 10-16). El ministerio pastoral de los obispos, del cual participan los sacerdotes subordinados y en dependencia del prelado, es la continuación del amor redentor de Cristo entregado por nosotros.

Cristo redimió al mundo, por el mismo acto por el que ofrecía al Padre toda la gloria. El primer deber pastoral es hacer que los cristianos adquieran viva conciencia de que su salvación está en reconocer su dependencia respecto de Dios y por tanto se sientan obligados a adorarle y a someterse sin reservas al imperio salvador del reino. Frente al *slogan* blasfemo de nuestro siglo: «La religión es

asunto privado», proclama la pastoral moderna la necesidad de insistir en la predicación del reino universal de Dios; es preciso que el reino predicado por Jesucristo sea presentado hoy conforme a las condiciones de hoy y en un lenguaje actual como la gran vuelta del mundo hacia Cristo. Por eso la gran tarea de nuestro tiempo es la recristianización del mundo, a fin de lograr que los valores y criterios cristianos informen honda y auténticamente todos los sectores de la vida. Y siendo esta labor de cristianización de todos los ambientes, la gran obligación de la hora presente, es preciso que todos los que participan en la misión pastoral de la Iglesia, velen con toda sinceridad y escrupulosidad para que sus afanes estén realmente dominados por los intereses del reino de Dios y no se supediten únicamente a mantener posiciones humanamente ventajosas o a sacar adelante cueste lo que cueste puros quites de prestigio.

El laicismo y el clericalismo alzan el grito sin razón tan pronto como escuchan a la Iglesia exigir por medio de sus representantes los derechos soberanos de Dios sobre todos los sectores de la vida pública y privada. ¿No habrá que achacar esa actitud hostil, entre otras causas, a que el clero no raras veces en el curso de la historia se ha unido a la clase dirigente para mantener encarnizadamente privilegios que por circunstancias favorables había conseguido ir acumulando? Probablemente no se puede explicar el anticlericalismo rayano en la historia de ciertas regiones de Italia, sin conocer la historia de aquellos prelados que habían elegido el estado clerical sobre todo en vistas a las ventajas de poder y autoridad que les confería. La disputa sobre la primacía entre los apóstoles, la negra historia de la simonía y del nepotismo, el fácil recurso a la excomunión para resolver litigios de orden terreno, las disputas, las rivalidades y otras miserias peores que opusieron frecuentemente a las órdenes religiosas, deberían hacernos vigilantes ante el peligro que se esconde siempre para aquellos que participan en los plenos poderes y función pastoral de la Iglesia: para evitar la tentación de querer dominar en vez de servir.

Siendo la obligación propia de la hora presente la recristianización de todos los sectores de la vida, la pastoral ambiental, debemos temer como a la misma peste ese tipo de clericalismo que quiere dirigirlo todo. Con fieles cristianos que se limitan a recibir las indicaciones y recetas del clérigo cual si fueran niños pequeñitos, mal se puede cristianizar ningún ambiente. A sacerdotes y seglares que ponen demasiado interés en su propio prestigio, en cuestiones de precedencia y autoridad, nadie les creerá que en realidad buscan únicamente la gloria y advenimiento del reino de Dios. «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra» (Mt 5, 5). En todos los tiempos, y hoy quizá más que nunca, será siempre cierto que la clave de un apostolado fructífero es la *diakonía,* el servicio desinteresado. Toda dureza y afán de mandar, toda búsqueda de posiciones ventajosas por parte de los servidores de la Iglesia, trae consigo el más radical debilitamiento de la religión.

En una aldea de Rusia central, me dieron en una ocasión dos jóvenes el tratamiento de «señor». El venerable anciano en cuya *isba* me hospedaba, les recriminó muy seriamente: «Éste no es un señor. Es un *batiuschka* (padrecito).» Avergonzados, me pidieron disculpas, pues no sabían que yo era sacerdote. De haberlo sabido, nunca habrían dado a un sacerdote el título de «señor», por considerarlo una ofensa.

Aquellos cristianos sabían bien hasta dónde llega el misterio de la *diakonía.* Que en otros países el sacerdote reciba el apelativo de «señor» como muestra de respeto a su dignidad, no significa nada en contra. Pero cuando no se trata de un título introducido por costumbre, sino que los sacerdotes trabajan por recabárselo para «señorear», entonces la *diakonía* sacerdotal, el oficio pastoral ha perdido todo su brillo y su mayor eficacia.

La diaconisa de nuestra salvación, la «humilde esclava», la virgen María, entonó su cántico a la gloria de la humildad. Por haberse puesto ella al servicio del amor sin reservas, todas las generaciones la llaman bienaventurada.

¡Señor, envía obreros a tu viña!
¡Señor, da a tu Iglesia sacerdotes santos!

EL MATRIMONIO CRISTIANO, CAMINO DE SALVACIÓN

Buscad en el Espíritu vuestra plenitud. Hablad entre vosotros de manera que en vuestra conversación resuenen los salmos, los himnos de alabanza, los cánticos espirituales. Cantad y celebrad al Señor con todo el corazón. Y en el nombre de nuestro Señor Jesucristo dad gracias todos los días por todas las cosas a nuestro Dios y Padre. Vivid sumisos unos a los otros en reverencia hacia Cristo: las mujeres sométanse a los maridos como si se sometieran al Señor. Porque el marido es cabeza de la mujer como Cristo lo es de la Iglesia. Cristo es, en verdad, salvador del cuerpo; pero así como la Iglesia está sometida a Cristo, así han de estar sometidas las mujeres en todo a sus maridos. Esposos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, a fin de hacerla santa, purificándola mediante el baño de agua en la palabra, pues quiso presentarla delante de Él toda resplandeciente, sin tacha ni arruga, ni nada, toda santa e inmaculada. De igual forma, los maridos deben amar a sus mujeres como se aman a sí mismos. ¿Pues qué? Amar a la mujer ¿no es amarse a sí mismo? ¿Es que ha odiado alguien alguna vez a su propia carne? Al contrario, todos la alimentan y la cuidan con sumo esmero. Eso es también justamente lo que Cristo hace con la Iglesia. ¿Y no somos todos nosotros miembros de su cuerpo?

Por eso, el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y ambos serán un solo cuerpo, como dice la Escritura. Y aquí hay oculto un gran misterio. Yo, por mi parte, lo relaciono con Cristo y con la Iglesia; pero se aplica también a cada

uno de sus miembros: en una palabra, que cada uno ame a su mujer como se ama a sí mismo y que las mujeres respeten santamente a sus maridos (Ef 5, 18-33).

Nuestro actual cristianismo se ve amenazado por fuertes corrientes que intentan presentar el matrimonio y la familia como algo puramente profano, como realidades a resolver únicamente de cara al mundo presente. Amplios sectores de la masa, incluso entre los bautizados, se dejan contagiar incautamente por concepciones laicistas que falsean el sentido del matrimonio. Todo el que no esté ciego habrá podido observar el efecto demoledor de tales ideas en el santuario familiar y sus caóticas repercusiones en la sociedad: año tras años hemos venido asistiendo a la destrucción de la vida de familia, cuya puerta se ha cerrado cada vez más al influjo de la religión.

Esta triste situación ha valido para originar una reacción despertando la conciencia de los fieles y estimulando a los teólogos y pastores de almas a reflexionar más hondamente sobre la naturaleza y el sentido religioso del matrimonio y de la familia. En todos los países, al menos entre las *élites*, asistimos a una auténtica primavera de religiosidad matrimonial y a una apertura creyente hacia el significado salvífico del matrimonio cristiano.

En la raíz de este movimiento cabe descubrir algo más que la comprobación de un peligro. Se echa de ver la presencia del Espíritu Santo: Él es quien con sus gemidos ha despertado la conciencia de la Iglesia. Él ha abierto los corazones de muchos a la gracia y deberes del sacramento del matrimonio. Son cada día más numerosos los jóvenes que se preparan al matrimonio con una seriedad y fervor parecidos a los que observamos en los mejores tiempos de la Iglesia para la preparación del bautismo de los adultos. Se mira el matrimonio no como un asunto puramente temporal, sino como una vocación, como una fuente de santificación mutua para los esposos. De ahí que los «llamados» se examinan seriamente sobre la legitimidad de su vocación. En la elección de su consorte, por encima de todas las consideraciones terrenas, miran a ver si efectivamente los dones que Dios ha concedido a cada uno de ellos ofrecen segura esperanza de que podrán convivir y ayudarse mutuamente. La oración les ayuda a comprender mejor el sentido de su vida matrimonial como camino para la mutua santificación y les da fuerzas para cum-

plir fielmente los deberes del futuro estado. Aumenta igualmente de día en día el número de jóvenes matrimonios que se reúnen para meditar más hondamente sobre el misterio de su vocación y descubrir la forma concreta de vivir su fe en la santidad del matrimonio.

Todos tenemos que colaborar con nuestra simpatía, con nuestra oración y con nuestro entusiasmo a que esta muchedumbre de elegidos que ha sentido la llamada del momento presente se convierta en fermento eficaz para la masa de los esposos cristianos. Sacerdotes y laicos, casados y solteros, e incluso los llamados a la virginidad, deben conocer bien la grandeza y maravillosa dignidad de este misterio a la luz del misterio de Cristo y de la Iglesia.

SACERDOCIO, VIRGINIDAD, MATRIMONIO

Decir que el matrimonio es *el* camino de la salvación, sería inexacto. Toda nuestra salvación nos viene del amor victorioso que impulsó a Cristo a entregarse en la cruz por su esposa, la Iglesia, a fin de lavarla en el baño del bautismo y santificarla con el fuego del Espíritu Santo. Como los demás sacramentos, también el matrimonio es una prolongación de los misterios pascuales de la muerte y resurrección de Cristo y del fuego del Espíritu que anima a la Iglesia. Considerado como vocación cristiana, el matrimonio es de parte de los esposos un sí confiado, agradecido, en total disponibilidad, al amor redentor de Cristo; es un sí que puede transformarse en un testimonio vital en favor de la fe y del amor de la Iglesia, esposa virginal de Cristo y madre de los vivientes.

Ahora bien, los esposos cristianos no comprenderán rectamente su propia vocación que nace de la gracia y obligaciones del sacramento del matrimonio, si no pronuncian juntamente un sí creyente al sacerdocio ministerial de la Iglesia y no miran con santo respeto el misterio de la vocación a la virginidad «por amor del reino de los cielos». Los dos sacramentos que fundan dos estados distintos en la Iglesia, la ordenación y el matrimonio, están mutuamente subordinados como dos funciones fundamentales para la edificación del cuerpo de Cristo, es decir, de la Iglesia. Se completan uno al otro. En el cariñoso afecto de los esposos, en la generosidad de los padres para el sacrificio por sus hijos, aprende el sacerdote a ser «todo para todos» (si bien de otra manera distinta a la de aquéllos). A su vez, el hombre casado aprende del sacerdote no solamente las verdades de la divina revelación, sino también a ser él mismo, a semejanza del sacerdote, «pastor», predicador del evangelio de amor, cuya mejor imagen puede ser el amor desinteresado entre los esposos y en la familia hablando más en general. La familia cristiana, efectivamente, constituye, en íntima unión con todo el pueblo sacerdotal de Dios, un santuario para la gloria y alabanza de Dios.

Parecida correlación existe entre matrimonio y virginidad. Tanto la vocación a la virginidad, al celibato «por amor del reino de los cielos» como el mismo amor conyugal tienen su fuente y su más íntima norma en el amor virginal entre Cristo y la Iglesia. Si los casados consideran su estado como una vocación y gracia especial de Dios, sentirán el deber de complacerse mutuamente no según el hombre viejo, sino «a estilo de Cristo» (cf. 1 Rom 15, 5). De esta forma podrán los casados imitar a las vírgenes (cf. 1 Cor 7, 29) guardando la debida proporción y desde luego sin perjuicio del mutuo amor conyugal. Con un corazón no dividido, es decir, animados de un mismo amor, buscarán ante todo ambos esposos «lo que es del Señor, cómo agradar al Señor».

El amor conyugal, santificado por el sacramento del matrimonio, es una voz fundamental en el testimonio de fe y amor entonado por la Iglesia. Eso queremos decir al afirmar que el matrimonio es un camino de salvación. Virginidad entregada sin reservas a Cristo y dispuesta al servicio más desinteresado, vida célibe impuesta en principio por las circunstanicas pero soportada con valiente generosidad, callada resignación ante los conflictos conyugales por infidelidad o ausencia forzosa del otro consorte, soledad transida de fidelidad y amor en la viudez, todos éstos son con la gracia de Dios caminos de santidad y salvación. Bajo melodías distintas está siempre actuando en plena presencia y eficacia el mismo misterio del amor entre Cristo y la Iglesia.

REALIDAD SANTA Y SANTIFICANTE

«Los sacramentos, dice santo Tomás de Aquino, son realidades santas en cuanto que santifican al hombre.» El sacramento del ma-

trimonio es uno de los siete grandes canales de la gracia que hacen presente la realidad del misterio pascual para crear el nuevo cielo y la nueva tierra. Este sacramento es una consagración de la sociedad conyugal de la cual brota fuerza santificadora para toda la comunidad familiar. Por él Cristo mismo concede a los esposos una participación de su amor santo y santificante a la Iglesia. Y la Iglesia, por su parte, mediante el sacramento «en el nombre de Cristo» incluye el amor de los esposos en el homenaje de amor y adoración con que responde agradecida al amor de su Esposo divino.

Cada sacramento supone un *encuentro con Cristo.* Lo propio del sacramento del matrimonio es que los esposos no pueden andar este camino sino los dos juntamente. Por eso la regla fundamental para vivir en el matrimonio el gran precepto de la caridad puede ser formulada así: cuanto más íntimamente amen los esposos a Cristo y cuanto más procuren vivir para ese amor, tanto más íntimamente vivirán su mutuo amor. Y también, viceversa: viviendo entregados por completo uno al otro es como darán mayor gusto a Jesucristo.

Los sacramentos nos *asemejan sobrenaturalmente a Cristo:* nos permiten participar del misterio de amor del Dios trino. La caridad sobrenatural es el testimonio supremo de esa semejanza divina. Por el sacramento del matrimonio, el amor conyugal, y por medio de éste también el amor paterno, va a confluir al torrente de amor sobrenatural que santifica la vida de la Iglesia. Supone un grave error pensar que los cónyuges han de vivir su vida de gracia, su semejanza divina, algo así como «*a pesar* del amor conyugal» que encuentra su punto culminante en la unión íntima. No *a pesar de* sino precisamente mediante su amor y mediante los actos conyugales llegan los esposos al amor de Cristo. Lo cual no quiere decir por lo demás, que la vida de gracia y el amor sobrenatural coincidan plenamente con el amor y la vida conyugal de modo que se identifiquen. Lo sobrenatural supone pero también trasciende la naturaleza. El sacramento del matrimonio no puede consentir en los esposos ninguna forma de vida matrimonial que vaya contra la vida divina de los bautizados, contra el amor de Cristo, contra el misterio del amor del Dios trino.

El sacramento del matrimonio santifica el amor y todas las relaciones de dependencia entre los esposos, entre los padres y los hijos, hasta hacer de la familia, así santificada, una imagen terrestre del

«amor a tres» que constituye la esencia del misterio trinitario. La familia es como un esbozo terreno, transitorio, del amor del Dios trino. Los esposos deben tener conciencia de que están plasmando esta sublime transposición. Deben amarse con tal hondura y desinterés, deben proyectar su amor en el amor a los hijos de suerte que realmente continúen aquel misterio del amor supremo de Dios que les permite participar de la virtud creadora de su amor. Así, cada uno de los cónyuges podrá descubrir en el amor del otro un reflejo de aquel amor con que Dios nos ha amado en Cristo y también un reflejo de aquel amor con que se aman las tres divinas personas entre sí.

SENTIDO PASTORAL DEL AMOR DE LOS ESPOSOS

Mediante el sacramento del matrimonio funda Cristo una comunidad indisoluble entre los cónyuges en la cual va incluida también su salvación y su destino eterno. Los contrayentes quedan unidos «hasta que la muerte los separe». Los esposos entre sí y ambos respecto de los hijos quedan ya ligados en una auténtica solidaridad frente a su salvación. Y en la base de este santo contrato de amor, los mismos esposos son los instrumentos de la acción santificadora de Cristo: ellos mismos son ante el altar quienes con la plenitud de poderes de Cristo y de la Iglesia se *administran mutuamente el sacramento.* Esto significa ante todo que el sí con el cual se obligan a amarse con un amor fiel y a poner ese amor al servicio de la vida, guarda una relación inmediata con su salud eterna y con su vinculación con Cristo.

Nuevamente tenemos que insistir en que no se trata de que los esposos *junto al* deber de expresarse mutuamente su amor tengan *además otro* deber de velar por la salvación eterna del consorte. De ninguna manera. La religión es vida: la salvación de los esposos va inseparablemente unida con su amor, manifestado en los actos conyugales y en las mil ocasiones de cada día. Sería una injusta torpeza pensar que la tendencia a la santidad en los esposos debería seguir camino opuesto al sentido del matrimonio. Pues la misma vida conyugal con todo lo que implica, una vez que ha sido santificada y transformada por el sacramento, es aquella realidad santa que logrará santificar a los esposos.

En el altar contraen los esposos la obligación de un sagrado y noble deber pastoral. Una vez que, en el amor de Cristo y de su Iglesia, se han administrado mutuamente el sacramento, son ya uno para el otro su más inmediato y primer «pastor». Contraen una obligación pastoral mucho mayor que la del mismo párroco y la del confesor. El marido es el primer responsable de la salvación de su mujer. Y a la inversa: la mujer es la que lleva mayor responsabilidad en la salvación de su marido. Naturalmente, *este deber pastoral ha de ser ejercido por los cónyuges a escala conyugal.*

Cuando Pablo dice que «el hombre es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia» (Ef 5, 23), han de entenderse estas palabras sobre todo y principalmente en sentido religioso: el hombre ha de preceder a la mujer y a sus hijos con el ejemplo de su fe, de su confianza en Dios, de su generosa dedicación al bien de la familia, y mediante el fiel cumplimiento de los deberes religiosos. Solamente así será el marido, a semejanza de Cristo, «redentor de su cuerpo» (Ef 5, 23). Pero si prácticamente es la mujer quien aventaja a su esposo en la vitalidad de la fe, en la comprensión serena y confiada de todos los acontecimientos, en las dotes de corazón, ¿qué mejor que el marido reconozca las buenas cualidades de su mujer, dé gracias a Dios por ello y, más que frenarla, procure por su parte aventajarla?

Que este sentido pastoral del matrimonio no lleve a extremos inconvenientes. Como el caso de aquella mujer que se sentía en la obligación de dirigir a su marido de vez en cuando, más o menos cada semana, un sermón, preferentemente de tipo moral, para recordarle los intereses de su salvación eterna. ¡Dios nos libre de tales predicadoras! Lo que ha de hacer la mujer es mostrar a su marido tal reverencia y respeto que éste pueda comprender mejor así su dignidad como imagen de Cristo. Procure ante todo que el marido mediante las muestras de su amor — un amor que ha de ir purificándose de día en día — se sienta cada vez más feliz. Y por su parte refleje tal alegría ante el amor del marido que éste pueda subir de la experiencia del amor a su mujer hasta el amor de Jesucristo, del cual debiera ser una copia y una prolongación el afecto que manifiesta a su esposa. Esta mutua experiencia de amor recíproco valdrá infinitamente más que todas las exhortaciones, sin que ninguno de los cónyuges pueda sentirse herido en su dignidad al ser amonestado por el otro. El recurso más fácil que tiene la mujer para cumplir su deber pastoral es cuidar de su belleza para agradar al marido, hacer de su casa un hogar confortable, administrar sabiamente el sueldo que tantos sudores cuesta al esposo, cocinar bien, procurar dar gusto a todos los legítimos deseos del marido, etc. De esta suerte, mediante los múltiples detalles que ofrece la vida cotidiana para demostrar el amor, podrá la mujer atender «sin mucha palabrería» (cf. 1 Pe 3, 1) al bien espiritual de su marido.

De igual forma, también el esposo procurará ante todo *honrar* a su esposa, sentirse en todo unido con ella, mostrarle agradecimiento, saber diluir, como quien no le da importancia, una situación embarazosa. La convivencia en tal amor les conducirá espontáneamente a unirse también «en la oración común con la mayor facilidad» (cf. 1 Pe 3, 7). Pues realmente ambos son ya una sola cosa, aunque todavía de modo imperfecto. Viviendo así, como una imagen viviente del amor de Cristo, no habrá que esperar mucho a que surjan en la conversación los temas directamente espirituales, cuya solución ambos cónyuges buscarán de conjunto. Para que la confrontación de dichos problemas produzca todo su fruto, basta solamente que no degenere en una problemática abstracta: es la vida cambiante la que debe ofrecer los temas de conversación y sus soluciones deben desembocar nuevamente en la vida.

A todo el que haya comprendido lo que venimos diciendo sobre el significado religioso del matrimonio, le será fácil admitir que lo peor es confundir el deber pastoral de los cónyuges con cuatro advertencias piadosas hechas tal vez por una mujer que ni sabe cocinar como es debido, ni logra expresar a su esposo ese mínimo de cariño que todo hombre necesita y hasta tiene derecho a exigir. De igual manera un esposo católico difícilmente llegará a demostrar a su esposa no católica toda la grandeza y hermosura de su fe a base de largos razonamientos, si juntamente no cuida de sus deberes para con la familia, y menos aún si pretende ampararse en la autoridad de la Sagrada Escritura para justificar su actitud despótica. Que comience por imitar el ejemplo de humildad que nos dio el único Dueño y Señor de todos los hombres.

¿No constituye un auténtico escándalo la fatalidad de que un párroco sea un excelente predicador y cuide poco o nada de que su parroquia se configure conforme a la imagen del amor del buen

pastor? Si quiere que los fieles le crean, tienen que corroborar su palabra con el testimonio de su vida. Pues lo mismo, y aún mucho más, podríamos decir de la estrecha relación que ha de existir en el matrimonio entre las palabras y la vida. Los esposos deben cumplir su muto deber pastoral no a base de mucho hablar sino mediante una vida amorosamente entregada. La mutua responsabilidad que han contraído ante Dios debe hacerse carne y sangre en el recíproco afecto y en las innumerables cosas, pequeñas y grandes, de todos los días.

EL SERVICIO A LA VIDA, SERVICIO DE SANTIDAD Y DE AMOR

El amor íntimo, fuerte y legítimo de los esposos es aquella fuente abundante de la que brota el servicio a la vida y la mejor escuela para la educación de los hijos. El amor entre el hombre y la mujer está por su misma esencia orientado a expresarse de forma que sea principio de vida para nuevos seres. Es característica esencial de este amor el ser creador. Por eso, el amor mutuo de los esposos no puede ser realmente un camino hacia Dios, un camino de salvación, si los esposos no han dado en principio un sí a la procreación de la familia, y si no renuevan valientemente ese sí cada vez que la vida llama a sus puertas y la prudencia cristiana sugiere el consentimiento. La manifestación más íntima del amor conyugal ha de ser, al menos fundamentalmente, un sí rendido al fin primordial del matrimonio. Esto, claro está, no impide que cuando lo aconsejen auténticas razones de responsabilidad, solamente se escojan para la unión aquellos días que según una gran probabilidad servirán más para manifestar y fortalecer el mutuo amor que para suscitar nueva vida.

Esta disposición de los esposos a colaborar con la acción creadora de Dios ha de ser considerada además a la luz del *amor redentor de Cristo*. Pues Cristo no solamente quiso elevar a sacramento el amor conyugal en sí mismo, sino también en cuanto que está orientado hacia la procreación. Característica del amor de Cristo a su Iglesia es ser infinitamente fecundo. Él dio a su Iglesia todo el poder de su palabra vivificante. En todos y en cada uno de los siete sacramentos esa palabra se muestra eminentemente eficaz para hacer nacer la vida de la gracia. Y es esa misma palabra, confiada a la Iglesia, aquella preciosa semilla que, en virtud del amor de Cristo y de la Iglesia, produce el ciento por uno en beneficio de toda la humanidad. La Iglesia no sería auténtica esposa de Cristo si no pusiera el mayor empeño en procrear sin descanso nuevos hijos mediante su palabra y los sacramentos. La Iglesia es madre fecunda, que se alegra por el nacimiento de sus hijos y consagra todo su cariño pastoral a la educación de los recién nacidos por el bautismo hasta que alcancen la «madurez en Cristo».

Éste es el ejemplo que tiene que imitar el matrimonio cristiano, ese gran misterio *(sacramentum)* en vistas a Cristo y a la Iglesia (Ef 5, 32): los esposos que sinceramente se aman y se unen con amor verdadero, desean verse prolongados en sus hijos que son prueba, fruto y objeto de su perenne amor. Esto, hay que repetirlo, no supone que toda unión conyugal haya de ir motivada explícitamente por el deseo de suscitar familia. El acto matrimonial es expresión de amor. Pero precisamente por ser expresión de amor conyugal y en la medida en que lo desea, deberá ir acompañado de un sentimiento de responsabilidad respecto de los dones recibidos de Dios, lo cual supone prontitud para subordinar ese acto al servicio de la vida y a la educación de los hijos.

Si el amor conyugal es verdaderamente esto, copia del amor fecundo entre Cristo y la Iglesia, será también camino de salvación y santificación, camino de sacrificios pero también de grandes alegrías, protección segura contra todas las argucias del degenerado egoísmo.

Pero no basta el hecho de dar la vida a los hijos para que los esposos alcancen en el matrimonio su salvación. Pablo escribe así de la esposa cristiana: «Se salvará por su maternidad, con tal que persevere en la práctica de la templanza, en la fe, en la caridad, en la tendencia a la santidad» (1 Tim 2, 15). Hay quienes lanzan al mundo una pléyade de hijos, pero no guardan la noble moderación de la templanza. En el acto de la generación se dejan arrastrar únicamente de sus instintos, y luego se preocupan muy poco de la educación de sus hijos. Los esposos cristianos no centran todo su afán en el mero dar la vida a muchos hijos. Ven que su deber principal es colaborar en la regeneración de los que han recibido la vida natural haciendo que reciban también la vida de la gracia y que sean educados como hijos de Dios.

La solidaridad de los cónyuges en la tarea de su salvación, su caminar juntamente hacia Dios, su lucha común por lograr aquella perfecta comunidad impuesta en el sacramento del matrimonio, constituye el fundamento decisivo en que se apoya su responsabilidad por la educación y vida religiosa de los hijos. Ellos son los primeros y más importantes guías del alma de sus hijos, muy por encima del párroco y del confesor. El sacramento del matrimonio impone a los padres cristianos el santo deber de preceder a sus hijos en el camino de la santidad. Ésa será la mejor manera de que éstos lo aprendan. La condición decisiva para una buena educación es que los padres se amen realmente entre sí. Pues sólo cuando los padres son por el amor una sola cosa pueden colaborar con éxito en la acción creadora de Dios. La unión de los esposos no debe ser un episodio aislado en medio de una vida de frialdad y alejamiento: ha de ser más bien el centro que todo lo ilumina y mantiene. La unidad en un amor que viene de Dios y que se manifiesta en toda la vida familiar, conducirá a los esposos y a sus hijos hacia Dios.

Cuando los esposos cumplen amorosamente su mutuo deber pastoral, podrán también proponer a sus hijos con toda eficacia el mensaje de la buena nueva. Esta función pastoral ante los hijos contribuirá por otra parte a hacerles crecer en su amor a Dios. En el fondo, pues, lo que cuenta siempre es el amor, un amor que incansablemente se purifica y se santifica en virtud de la gracia de Cristo.

El amor conyugal necesita de una «noble moderación», si quiere realmente ser un trasunto del amor de Dios, si los esposos quieren hacer de su unión un sí rendido, lleno de religiosa adoración al amor de su creador y redentor. Esta «noble moderación» les dará fortaleza para actuar con energía y bondad en la tarea de educar a los hijos. Esa «noble moderación» en la entrega y en la renuncia que impone el amor es el golpe de gracia al sucio egoísmo. Existe todo un arte de cultivar el amor, que consiste en un esfuerzo incansable por hacerlo más limpio, por hacerse más dueño de sí a fin de entregarse más plenamente a los otros. Solamente quienes han conocido esta purificación podrán cumplir la exhortación del apóstol: «No deis pie a la ira de vuestros hijos, sino más bien educadlos con noble moderación según el ejemplo del Señor» (Ef 6, 4).

Cada vez que nos ponemos a meditar sobre el sacramento del matrimonio, volvemos siempre a la misma verdad: *la religión es vida,* plenitud de vida cálida. Qué lamentable error si los esposos cristianos se imaginaran que su amor a Dios, su tendencia a la santidad, era una cosa más, al margen de su amor conyugal, al margen de su común responsabilidad respecto de los hijos, al margen de las cargas y alegrías de cada día. Nada de eso: la misma vida matrimonial, santificada por el sacramento, es esa «santa realidad que contiene en sí la gracia necesaria para santificar a los hombres».

MATRIMONIO Y PIEDAD SACRAMENTAL

El sí sacramental ante el altar tiene todo el carácter de un voto religioso. Es un santo juramento de cara a aquel amor fiel con que Cristo amó a su Iglesia y la santificó por su oblación amorosa. Aquel sí que es el elemento esencial del matrimonio, del sacramento, es para los contrayentes un sí nacido de la confianza en el poder del amor que Cristo manifestó en la cruz. Aquel amor de Cristo a la Iglesia, que llegó al máximo en la aceptación de muerte tan ignominiosa, alcanzó su gran victoria por la resurrección. El matrimonio es un sacramento por haber sido revestido de la fuerza y de la eficacia del sacramento original, es decir, del amor entregado y victorioso que une a Cristo con su Iglesia. He aquí por qué la raíz definitiva de la obligación de permanecer los esposos fiel e indisolublemente unidos hasta la muerte, está precisamente en la unión amorosa entre Cristo y la Iglesia. La fe en este misterio, del cual deben ser ellos testigos, dará a los esposos fortaleza para confiar en los momentos de tribulación uno en el otro, volviendo seguros los ojos hacia el día de la vuelta de Cristo en el que habrán de alcanzar pleno cumplimiento tanto el amor entre Cristo y la Iglesia como todo amor santificado por Cristo.

Hemos dicho que el centro del matrimonio cristiano está en el amor salvador de Cristo a su Iglesia. Éste es su sacramento original y la fuente de gracia para los esposos. Consideremos, pues, el matrimonio a la luz de los otros seis sacramentos, porque en todos ellos encontramos nuevas facetas de este gran misterio de la «alianza amorosa entre Cristo y la Iglesia».

Matrimonio y bautismo

En el centro de la maravillosa exposición que hace san Pablo del matrimonio cristiano, se alude junto al sacrificio de Cristo en favor de su Iglesia, al «baño en la palabra». Es una forma de nombrar el bautismo. «Esposos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella a fin de santificarla y purificarla mediante el baño de agua en la palabra.» El bautismo debe recordar en todo tiempo a los esposos cristianos que el modelo de todo amor conyugal es el amor de Cristo a la Iglesia, amor entregado, amor purificador, santificador y fecundo. Por el bautismo Cristo constituye a su Iglesia «madre de los vivientes».

El bautismo fue el paso decisivo de incorporación de los esposos a la nueva y eterna alianza del amor de Dios a los hombres: El bautismo les hizo miembros del pueblo de la alianza. En virtud de esta incorporación y de esta nueva dignidad, pueden los esposos considerar su alianza matrimonial como una participación de la alianza santa y vivificante entre Cristo y la Iglesia. Este valor y significado profundo del sacramento del matrimonio está sensiblemente expresado en el rito sacramental, cuando los contrayentes pronuncian su sí ante el altar, que representa a Cristo, y ante el sacerdote y los testigos, representantes del pueblo de Dios.

El deber de fidelidad que nos impone el carácter y la gracia del bautismo y que nosotros juramos en nuestras promesas bautismales, encuentran en la fidelidad conyugal una manera particular de expresión. El amor fiel de los esposos entre sí y la fidelidad de ambos a Cristo amándose según la voluntad de Dios, es un himno de alabanza a la fidelidad de Cristo a la Iglesia y asimismo una prolongación de la fidelidad de la Iglesia a Cristo.

Matrimonio y confirmación

Por la confirmación recibe el bautizado la gracia del Espíritu Santo en colmada plenitud, a fin de transformarse en *testigo* de la fe y de aquel mismo amor que Cristo, «en virtud del Espíritu Santo», mostró a su Iglesia. El Espíritu Santo es el don del amor personal, es el vínculo del amor. En Él y por Él es la Iglesia cuerpo de Cristo. El Espíritu es el vínculo de unión entre los miembros de la Iglesia. Si éstos corresponden fielmente a la «ley del Espíritu», podrán también dar ante el mundo el testimonio de su unión y pertenencia a Cristo.

La amorosa solidaridad de los esposos en su búsqueda de la santidad y en general en todas las santas empresas de su vida conyugal, no puede ser sino fruto del Espíritu Santo. De esta forma, la unidad de los esposos representa una parte no despreciable del testimonio de unidad que la Iglesia debe dar ante el mundo a fin de que éste conozca que el Padre nos ha enviado a su Hijo amadísimo y nos ha amado como a hijos suyos (cf. Jn 17, 23).

La palabra griega que nosotros traducimos por testimonio, *martyrion,* nos lleva a pensar en el misterio pascual del amor de Cristo triunfante a través del sufrimiento y de la muerte, así como también nos recuerda el testimonio sangriento de tantos «mártires». Todos los sacrificios y renuncias que han de imponerse los esposos para conservar la castidad conyugal y la mutua fidelidad, a pesar de las múltiples pruebas y disgustos de la vida, son testimonio claro de una vida interior de la fe alimentada de la fuerza del Espíritu Santo. Ése es el verdadero apostolado de los casados. Ahí tienen el medio excelente para purificar más y más su fe y su amor a Dios, y para extender y robustecer la fe en sus hijos y en todas las personas de su familia y ambiente.

El Espíritu Santo es el don del amor personal. Los esposos han de dejarse transformar por el don del Espíritu, pues sólo así podrán entregarse uno al otro con un amor sacrificado, fuerte y profundo. Toda su vida, e incluso los actos íntimos de la unión conyugal participarán de la fuerza liberadora del amor que llevó a Cristo a entregarse en la cruz. Solamente este don del Espíritu puede enseñarnos a considerar las exigencias y preceptos de la voluntad divina a la luz de los dones de la gracia: que Dios no pide sin haber dado primero. En virtud de la gracia de la confirmación llegarán los esposos a solucionar el problema tan acuciante del número de hijos que les pide el Señor: Dios nos ha dado tanto, luego bien pensado todo, podremos tener y educar tantos y tantos hijos.

Matrimonio y penitencia

En el sacramento de la penitencia purifica el Señor a su Iglesia de todas sus manchas. Purifica y fortalece el amor de la esposa que se esfuerza por responder al amor del Señor con un amor cada día más perfecto. Los esposos, y con mayor razón los mejores, sienten vivo dolor al comprobar qué lejos están todavía del ideal del perfecto amor. Hablamos de amar con todo el corazón, pero nuestro amor no es sino un amor incipiente, amor que lucha y se esfuerza por purificarse muy poco a poco. En el mejor de los casos, nuestro amor no alcanzará sino el grado de perfección que tiene el amor de la Iglesia peregrinante sobre la tierra en marcha hacia el perfecto amor de la gloria. Qué frecuentemente se apodera aun de los esposos cristianos el desaliento en vista de la propia debilidad o de las faltas advertidas — y cuán dolorosamente — en el amor del consorte. Es preciso que entonces pongan toda su esperanza únicamente en la virtud purificadora del amor de Cristo, como la Iglesia la pone tan sólo en el amor paciente, magnánimo y fiel de Jesucristo.

La recepción del sacramento de la penitencia significa para los esposos una continua renovación del sí mutuo que se dieron ante el altar y que ambos juntamente dieron a las leyes santas del Creador y Redentor. Recibiendo dignamente este sacramento ratifican ante Dios, ante la Iglesia, y ante sí mismos, su firme voluntad de crecer en su amor a Dios y en el amor mutuo.

La noble confesión de los esposos en la presencia de Dios nos lleva a pensar en la exhortación del apóstol Santiago: «Confesaos mutuamente vuestras faltas y rezad unos por los otros a fin de alcanzar la curación» (Sant 5, 16). Claro que no siempre será posible en todos los matrimonios que ambos esposos se manifiesten mutuamente sus faltas tal como han de manifestarlas al sacerdote en la confesión. Pero al menos podrán y deberán reconocer humildemente su culpa en las molestias que han ocasionado al otro consorte. Sería incomprensible que se esforzasen en defender como justo y bueno ante el otro lo que acaban de confesar como pecado ante el sacerdote. La dignidad del sacramento exige esta absoluta sinceridad aun fuera del ámbito estrictamente sacramental.

Hoy día ha llegado a convertirse en práctica casi universal el

que los prometidos vayan juntos a confesar antes de que mutuamente se administren el sacramento del matrimonio mediante el sí ante el altar. Experimentan así sensiblemente que el principio de una vida feliz y santa en el matrimonio viene de la palabra de paz que el Señor les dirige en el sacramento del perdón. Limpiándoles de todos los obstáculos que les impiden caminar en su perfecto amor, les limpia también el Señor de todo aquello que podría disminuir o desvirtuar la alegría y dignidad de su pacto matrimonial.

Sería ideal que, a ser posible, los casados señalasen sus días para acercarse juntos al sacramento de la penitencia. De esa manera se harían más conscientes del deber de luchar juntos por el progreso en el amor de Dios, y experimentarían también juntos el gozo de la misericordia divina. Si los esposos tienen tanto que sufrir por las faltas del otro cónyuge y por las deficiencias propias, qué mejor que saberse perdonados y que poder perdonar con la absolución y perdón del mismo Dios.

Matrimonio y eucaristía

Los bautizados poseen el preciado derecho de concelebrar la eucaristía. Es el signo de su pertenencia a la amorosa alianza entre Cristo y la Iglesia, la cual celebramos en este santo sacrificio. Concelebrar activamente la eucaristía viene a ser como repetir sin descanso un sí de gratitud por nuestra vocación cristiana, un ratificar nuestros compromisos dentro de la nueva y eterna alianza y un vivir según su ley y gracias a su virtud.

En la recepción válida y digna del sacramento, pronuncian los contrayentes un sí solemne a las santas disposiciones del Creador y Redentor para el matrimonio y la familia. Éste sí, de carácter esencialmente sacramental, no puede sino contribuir a una participación más honda de la nueva y eterna alianza amorosa entre Cristo y la Iglesia. Así pues, cuando los esposos concelebran juntamente la eucaristía, están por el mismo hecho renovando no sólo su sí a su vocación cristiana general dentro del pueblo de Dios, sino también el sí a su vocación particular como miembros ligados por una alianza matrimonial. En esta celebración conjunta y en la comunión recibida también juntamente, va incluido el deber y la promesa de

perseverar unidos en el amor de Cristo y de ser uno para el otro estímulo y reflejo de este amor mediante una vida conyugal verdaderamente amante y fiel que se traduzca en las mil ocasiones de cada día, a la hora del amor, a la hora de la comida, en la paciencia para soportarse mutuamente.

Matrimonio y orden sagrado

Matrimonio y orden sagrado son los dos sacramentos que fundan estado. No son dos sacramentos que subsisten uno junto a otro desligados e independientes, sino que son el uno para el otro. Ambos fundan la obligación de un santo deber para la edificación del cuerpo místico de Cristo. El santo respeto ante el sacramento del matrimonio mantiene en los esposos cristianos el sentido para comprender la naturaleza del sacerdocio general de los fieles cuya más noble y sublime función se desarrolla precisamente en el seno de la familia cristiana. Por su parte el sacerdote debe hacer cuanto esté en su mano para que la familia cristiana cumpla su misión religiosa de ser casa de oración y célula fundamental en el apostolado común de los fieles.

Matrimonio y santa unción

Los esposos se juran fidelidad «hasta que la muerte nos separe». La muerte será, pues, el sello de su perfecta fidelidad. La unción de los enfermos es un sacramento destinado a conferir a una situación tan decisiva como es una enfermedad grave todo su sentido y fecundidad religiosos. En esa situación límite entre la muerte y la vida, la unción despierta en todo su vigor la esperanza cristiana, una esperanza que mira la vida temporal a la plena luz de la vida eterna. Además, la unción ayuda al cristiano a expiar sus pecados y así le santifica para el último y decisivo sí a la voluntad amorosa de Dios. La unción de los enfermos y el viático disponen al cristiano agonizante para celebrar eternamente en la Jerusalén celestial el desposorio amoroso entre Cristo y la Iglesia.

Cuando para uno de los cónyuges llega el momento de recibir los últimos sacramentos, normalmente será el otro cónyuge el que le advierte de la seriedad de su estado y el que le ayuda a pronunciar el sí último y decisivo que recoge el eco del sí de las promesas bautismales y del sí dado al contraer el matrimonio ante el altar.

Ante el lecho del cónyuge moribundo comprenden ambos esposos con toda claridad el sentido supremo de su vida y de su lucha en común: ir juntos hacia Dios; una prueba y purificación de su amor a Cristo y de su amor mutuo, y en definitiva una preparación para el festín eterno del amor perfectísimo del cielo.

La piedad sacramental de los esposos ha de ir marcada con este distintivo peculiar de considerar todos los sacramentos a la luz del sacramento propio de su estado. De esta manera llegarán a descubrir por el mejor camino bellezas siempre nuevas en el sacramento del matrimonio.

EDUCACIÓN SACRAMENTAL DE LOS HIJOS

La proclamación más profunda y eficaz de la «ley de Cristo» nos la ofrecen los «sacramentos de la nueva ley». Esta comprobación es el eje de este libro y como el meollo de la predicación moral del Nuevo Testamento. Otro centro no puede tener la educación cristiana de los niños en el seno de la familia sino este de la piedad sacramental. Pues la familia es en sí misma un *sacramentum ecclesiae,* una representación sacramental, una imagen de la Iglesia.

Nada mejor que esta orientación sacramental en la educación familiar para liberar a la familia de un moralismo de cuño laicista hoy especialmente peligroso. Al mismo tiempo aseguramos a la educación los valores de la unidad, consiguiendo que los niños empiecen a vivir ya desde pequeños de lo que ha de ser el sostén de su piedad adulta y que vivan de las mismas realidades que alimentan la vida religiosa de sus padres. Una vez más: *la religión es vida.*

Educación «bautismal»

El bautismo de los adultos ha de ir precedido necesariamente de un largo catecumenado. El neófito debe conocer bien la grandeza de la gracia que le confiere el sacramento del bautismo. Al dar su sí a las promesas bautismales tendrá plena ciencia y conciencia de los

deberes que para su vida nacen de esa misma gracia. Cuando, como en el derecho actual, está estrictamente ordenado que el niño sea bautizado «lo antes posible», recae sobre la madre Iglesia el deber sagrado de explicar al niño poco a poco esa verdad; pero también «lo más pronto posible», es decir tan pronto lo permita su despertar al uso de razón, le descubrirá el sentido de la realidad bautismal inscrita en su existencia. En esto, los padres representan a la Iglesia y ellos dan las garantías de que el bautizado recibirá la adecuada catequesis bautismal. Por la misma razón un niño que no ha alcanzado el uso de razón no puede, excepto en el caso de inminente peligro de muerte, ser bautizado si no es con el consentimiento de sus padres o tutores (al menos de uno de ellos), los cuales responden de la educación cristiana del niño [1]. En esta catequesis postbautismal el papel de los padres es capital.

La educación «bautismal» ha de partir del dogma de fe definido solemnemente en el concilio de Trento: «Los bautizados están obligados por el mismo bautismo no solamente a dar la respuesta de su fe, sino también al cumplimiento de toda la ley de Cristo» [2]. Éste ha de ser el principio de toda la instrucción religiosa del niño: papel básico del bautismo como «sacramento de la fe» que define la actitud del creyente, y como «sacramento de la nueva ley» que determina el talante ético-moral del cristiano.

Lo primero, sin duda, ha de ser el evangelio del «sacramento de la fe»: los padres deberán «lo antes posible», de manera auténticamente paternal y maternal, acomodándose a la capacidad del niño, revelar a éste las grandes maravillas que el bautismo ha obrado en su alma: cómo Cristo por medio de la Iglesia ha pronunciado en su favor la palabra de salvación; cómo por el bautismo ha empezado a ser verdaderamente hijo de Dios; cómo su vida no ha de ser ya más que un sí creyente y agradecido a la gracia de Dios; cómo los padres juntamente con los padrinos y con toda la comunidad parroquial, hicieron en su lugar la profesión de fe y pronunció por él las promesas del bautismo; cómo desde aquel momento han quedado ellos obligados a trabajar para que su fe se hiciese consciente, vital y alegre. De esta manera los padres ayudarán al niño a considerar todos los misterios de la fe *a la luz de su bautismo*.

1. Cf. CIC, canon 750.
2. Dz 863.

Igual que la fe, también el sí a la ley de Cristo se funda para el bautizado en la realidad de su bautismo. Por eso la formación ética del bautizado ha de partir de la meditación de este sacramento de la nueva ley. Los padres cristianos pondrán los ojos en la pedagogía que sigue la madre Iglesia durante la semana pascual. Una y otra vez nos exhorta a prolongar y cumplir en la vida los santos misterios que celebramos en la liturgia, es decir el misterio pascual que para nosotros se actualiza en los sacramentos del bautismo, de la confirmación y de la eucaristía. Éste es el tema constante de las oraciones de esos días. De igual manera, los padres cristianos carguen todo el acento de la instrucción cristiana que transmiten a sus hijos en el sacramento, esto es, en Cristo que es en persona nuestra vida y nuestra ley.

De todo lo dicho se deduce claramente que cuando hoy día muchos obispos insisten en que normalmente asistan a la gran fiesta del bautismo de sus hijos los padres junto con otros parientes y si es posible con toda la familia, se trata de algo más que de montar un espectáculo litúrgico. Está mandado que el bautismo se celebre «lo antes posible», y esto ha de entenderse «lo más pronto que a la madre le sea posible asistir». Pues por encima de los padrinos son los padres testigos cualificados de ese gran acontecimiento. La ceremonia bautismal debe grabar indeleblemente en sus almas la convicción de que su misión más bella está en exponer a sus hijos el alegre mensaje de las maravillas que Dios ha obrado en ellos por el bautismo.

Educación «pentecostal»

Si el niño ha logrado comprender de una manera adaptada a su mentalidad infantil que la vida cristiana no está bajo el régimen de preceptos arbitrarios, sino que es el seguimiento de la ley de Cristo en virtud de la gracia recibida en el bautismo, ha alcanzado ya lo esencial del catecumenado de la confirmación. Cuando el niño llega a sentir que la raíz y principio de la vida cristiana no puede ser sino la respuesta agradecida a los dones de Dios, según expresa el texto de la Sagrada Escritura que debiéramos hacer lema de vida «¿Qué podré dar al Señor por todos los dones que Él me ha concedido?», está ya realmente preparado para la confirmación; ese niño enten-

derá también de algún modo cómo en la confirmación completará el Espíritu Santo con la plenitud de sus dones la obra de santificación comenzada en el bautismo. Comprenderá cómo el Espíritu, que es don en persona, otorga al alma con sus dones renovada alegría y fresco valor para la lucha. Comprenderá, en fin, cómo a la larga no se puede mantener el alma abierta a los dones del Espíritu Santo si no se vive entregado a los demás e interesado por el problema de la eterna salvación de nuestros prójimos.

Una educación «pentecostal» exige además que los padres no se contenten con la obediencia puramente exterior de sus hijos: la gracia de la confirmación requiere una educación orientada a conseguir la libertad de los hijos de Dios y una auténtica madurez bajo la ley de la gracia.

También aquí es preciso insistir en la conveniencia de que los padres participen, a ser posible, en la ceremonia de la confirmación de sus hijos. No basta que intelectualmente alcancen el sentido de este sacramento: están llamados a participar del gozo del Espíritu a la vista de la gran maravilla que el sacramento de la confirmación realiza en sus hijos y de los deberes que su recepción les impone. El sacramento de la confirmación es para el niño el principio de una vida según del Espíritu que ha de conseguir su madurez y sus frutos no sin la ayuda de los padres. Las obligaciones pastorales de éstos respecto de los hijos son anteriores a las del mismo sacerdote consagrado. Antes que él y juntamente con él, compete a los padres el santo y hermoso deber de introducir con la palabra y con el ejemplo a sus hijos en la «ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús». Nadie mejor que los padres para enseñar al niño cómo la personalidad del cristiano se afirma en el sí creyente a las disposiciones de la divina providencia y a las iluminaciones interiores del Espíritu Santo.

Educación eucarística

El bautismo nos capacita para celebrar un día el eterno festín del amor en el cielo. Por eso, está esencialmente ordenado hacia la eucaristía en la cual celebramos la nueva y eterna alianza «hasta que vuelva el Señor», esto es, hasta que esta alianza logre su pleno cumplimiento. El cuidado de los padres porque sus hijos vivan conscientes de la gracia bautismal, constituye ya de suyo una parte de la educación eucarística. Ésta, a su vez, es el meollo y la cima de la educación religiosa que deben dar los padres católicos a sus hijos. No podría ser de otra manera al constituir la eucaristía el centro de nuestra vida de fe.

Por derecho divino y por decisión expresa de la legislación eclesiástica, la preparación al primer encuentro con Cristo en la sagrada comunión y a la recta participación en el santo sacrificio de la misa es un deber que incumbe ante todo a los padres. Padre y madre, y toda la familia, han de contribuir a esta preparación, naturalmente contando siempre con el sacerdote y colaborando con él. Pero no olviden que el cometido sacerdotal es en este caso subsidiario tan sólo, limitado a orientar y completar la actuación de los padres.

Cuando los padres toman con empeño e interés este deber, centrando toda la educación de sus hijos en la eucaristía, lograrán frutos mucho más apreciables y duraderos que los que puede conseguir el párroco en uno o dos meses de catequesis especial para los niños de primera comunión, por muy sólida y perfecta que ésta pueda ser.

La familia proporciona ante todo al niño la comprensión directa del principal símbolo eucarístico, que es la imagen del *banquete familiar*. El niño puede comprender intuitivamente cómo recae sobre el padre el deber de trabajar con todas sus fuerzas para conseguir el pan de todos los miembros de la familia; cómo la madre pone todo su arte y amor en la preparación de los alimentos a fin de mostrar así al esposo su gratitud y a los hijos su solicitud maternal, creando un clima de amorosa comunidad. Qué fácil resulta entonces a los padres partir de esta realidad tan a la mano para despertar en el niño el interés por el banquete eucarístico y para enseñarle a comprender su sentido: cómo también allí, en el altar, recibimos el alimento gracias al amor de nuestro Redentor que se entregó por nosotros, gracias al cuidado amoroso de la madre Iglesia, en medio de la alegría de todos los hijos de Dios sentados a la mesa de la gran familia. ¿En este campo así dispuesto qué palabra puede caer con más eficacia que la de los padres?

Los niños se entusiasman con las aventuras de los héroes. Estudios especiales de psicología infantil han demostrado que la figura del héroe está encarnada ante todo por el padre, la de la heroína por la madre. Cuando la educación eucarística de los hijos se confía ex-

clusivamente al párroco o a las religiosas, fácilmente se grabará en las capas más hondas de la conciencia infantil la impresión de que la religión es algo al margen de la vida. Si encima el niño no oye hablar de la eucaristía hasta que asiste en la escuela a las clases de religión, sus ideas sobre este santo misterio central de nuestra fe irán cargadas con los inconvenientes que tiene siempre la instrucción escolar. Es preciso que la primera instrucción la reciba el niño de sus padres, que son los llamados a introducir a sus hijos, desde muy pequeños, en la comprensión del misterio eucarístico. Sólo así podrá caer la palabra del sacerdote sobre terreno propicio.

Pero no basta con la preparación a la primera comunión. La educación eucarística ha de proseguirse en el seno de una vida familiar centrada en la eucaristía.

El cumplimiento de este derecho primordial de los padres, de preparar a sus hijos a la primera comunión, proporciona no solamente a los niños sino también a los padres, preciosas experiencias religiosas que de ninguna manera se podrían suplir por otros medios. Particularmente en nuestros días, este ambiente eucarístico, que se aviva en la familia cuando uno de los niños se prepara con la colaboración de todos a recibir por vez primera al Señor sacramentado, está llamado a desarrollar un papel de capital importancia: el tremendo cambio de estructuras verificado en la moderna sociedad ha descargado a la familia de muchas funciones puramente materiales, dejando así más amplio lugar a la función espiritual de la familia como comunidad de amor. Ahora bien, ésta no podrá a la larga subsistir en sí misma sin peligro de degenerar en mero sentimentalismo o en una estrechez de miras que dañará a la misma relación mutua de los miembros de la familia entre sí y con las familias circundantes. La familia como comunidad amorosa ha de encontrar su fundamento y su cometido más noble en el cumplimiento de su función religiosa. Y esta función ha de ir presidida por el misterio eucarístico que es eje de nuestra vida cristiana: centrada en el altar, la familia se sentirá verdadera comunidad de salvación, comunidad en perenne actitud de adoración ante el Señor que se inmola y permanece en la eucaristía.

Cuando el padre y la madre asocian su esfuerzo para lograr que sus hijos penetren en el misterio eucarístico y cuando de hecho les acompañan ellos mismos a la sagrada mesa, sentirán más hondamente su deber pastoral recíproco. Uniéndose en sus deberes hacia los hijos, se sentirán asimismo compenetrados en la responsabilidad pastoral que incumbe a cada uno respecto del otro consorte.

Abundan hoy día los propagandistas impíos o prácticamente ateos que se preocupan de advertir a los padres de su responsabilidad social en el problema de la procreación: un matrimonio verdaderamente «responsable» debe limitarse a un hijo, cuando más a dos. Las razones proceden evidentemente del orden puramente terreno: un número mayor de familia no permitirá mantener un desahogado nivel de vida. De ahí el continuo argumento: «¿Qué porvenir aguarda a los niños de hoy en medio de una lucha tan cruel por la existencia, sobre todo cuando son muchos hermanos en la familia?» Pero de suyo, por esta regla de tres, no se podría obligar a padres descreídos a tener ni un solo hijo.

Los padres sólidamente cristianos, que toman sobre sí el deber de educar cristianamente a sus hijos, en lo cual se entiende de modo especial el deber de prepararles a la primera comunión y alimentar en ellos la piedad eucarística, saben bien cómo responder a la pregunta sobre el porvenir que esperan para sus hijos: aun en medio de las difíciles circunstancias de nuestro tiempo, lograrán darles la fe y la vida eterna disfrutando de un amor y de una felicidad sin límites.

Educación del sentido de penitencia

En la educación eucarística va incluida la preparación de los niños a recibir fructuosamente el sacramento de la penitencia. Si desde el principio se preocupan los padres de tomar sobre sí esta tarea, en íntima colaboración con el sacerdote, no sólo se preparará el niño a recibir debidamente la primera absolución, sino que recibirá una ayuda importantísima para librarse en el curso de su vida de un fatal formalismo. De la manera más natural pueden los padres enseñar al niño a llevar toda su vida cotidiana noble y espontáneamente al sacramento de la divina misericordia. La confesión de los niños tendrá así la gran cualidad de una inapreciable espontaneidad y será algo realmente vital. Al enseñar a los niños cómo el sacramento de la penitencia nos da una subida lección de perdón y del valor del sacrificio, despiertan en sus hijos los sentimientos de mise-

ricordia y les van formando en el espíritu de abnegación y sacrificio. Simultáneamente, padres e hijos lograrán profundizar en la mutua comprensión, al reconocer que ninguno es todavía perfecto. Lo mismo cabe decir de las relaciones de los esposos entre sí. Colaborando ambos en la educación de los hijos aprenderán a perdonarse mutuamente sus defectos y a reconocer humildemente sus faltas. Es un camino excelente para construir un amor a base duradera y una mutua comprensión.

La elección de estado a la luz de los sacramentos

La elección de un estado o profesión es asunto que en definitiva corresponde solucionar a los mismos hijos. Pero los padres tienen el deber de ayudarles en esta elección guiados por la fe. La educación «pentecostal» tiende a formar la conciencia para que considere siempre la profesión, incluso la profesión puramente temporal, a la luz del reino de Dios y del servicio a la salvación de los demás hombres. Mediante el ejemplo y mediante sus palabras, deben los padres descubrir a sus hijos el sentido de la vocación al matrimonio. Una familia cristiana es el pilar más importante del catecumenado o preparación prematrimonial.

Pero para que los niños puedan escoger de verdad libremente el camino del matrimonio, tienen los padres igual obligación de ayudarles a comprender el sentido de la vocación a la virginidad. También este aspecto forma parte de la educación de los jóvenes en la elección de estado, y no solamente como camino abierto al que no quiere seguir el del matrimonio, sino como una posibilidad valiosa y que ha de ser considerada en sí misma.

La familia es una reproducción de la Iglesia a escala reducida. Es una «Iglesia en pequeño», como decía san Juan Crisóstomo. ¿Cómo, pues, no habrá de fomentar una elevada estima de la vocación al sacerdocio? Las familias genuinamente cristianas constituyen el mejor semillero de vocaciones sacerdotales y religiosas.

Oh, Dios bondadosísimo, desde el principio quisiste hacer del matrimonio un símbolo de tu amor a la humanidad y luego lo elevaste en la plenitud de los tiempos a signo eficaz de la gracia e imagen de tu nueva y eterna alianza de amor. Haz que los esposos cristianos comprendan su noble vocación de manera que unidos se sientan dispuestos a cumplir alegremente los deberes del sacramento del matrimonio. Ayúdanos a todos a colaborar con nuestras palabras y con nuestras empresas apostólicas a que nuevamente sea reconocido por la opinión pública el valor del matrimonio: que el amor a los hijos, la unidad, indisolubilidad y santidad del matrimonio sean nuevamente defendidas y apreciadas.

NUEVO SENTIDO DE LA MUERTE A LA LUZ DE LOS SACRAMENTOS

Tened paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. El labrador espera pacientemente los frutos preciosos de la tierra; espera pacientemente las lluvias tempranas y las tardías. Tened vosotros también paciencia y manteneos firmes de corazón, pues la venida del Señor está ya cerca.

Si alguno de entre vosotros tiene algo que sufrir, que ore. Si alguno está alegre, que entone alabanzas a Dios. Si alguno está enfermo, que haga llamar a los más ancianos de la comunidad, para que recen por él y le unjan con óleo en el nombre del Señor: la plegaria de la fe ayudará al enfermo y el Señor le resucitará; y los pecados que haya cometido se le perdonarán (Sant 5, 7s; 5, 13-15).

Max Scheler, el célebre filósofo, había concluido su discurso inaugural en la Universidad de Francfort con este anuncio: «Mañana, señoras y señores, hablaremos de la muerte.» Una gran expectación dominaba al día siguiente toda el aula magna en espera del gran pensador. Pero en su lugar aparece un bedel de la universidad para hacer esta escueta declaración: «El profesor Scheler acaba de morir.» Cuando estaba desayunando se sintió presa de un ataque de corazón. De esta forma habló a sus discípulos de la muerte, de su propia muerte y del misterio de la muerte en general, con un lenguaje más impresionante y comprensible de lo que había podido pensar el día anterior.

Para hablar con seriedad y sinceridad de la muerte, hemos de

tener presente nuestra última hora. Hace falta valor para mirar de frente el ineludible final de nuestra vida. Y, como cristianos, necesitamos más: hay que abarcar con la fe todo lo que para nuestra propia muerte significa la muerte de Cristo.

Él, el único que es la vida y nos habló palabras de vida eterna, y que con incomprensible anonadamiento quiso tomar sobre sí la misma muerte, nos da profundas lecciones sobre el misterio final de nuestra existencia. Y sus lecciones no son palabras inertes llegadas de otros tiempos. Cristo nos habla sobre la muerte a través del hecho de su propia muerte. Igual que la muerte del profesor impresionó a los oyentes mucho más que les hubieran impresionado sus palabras, también la muerte de Cristo es para nosotros una enseñanza inmediata, una lección palpitante.

ACTUALIDAD DE LA MUERTE DEL SEÑOR

La víspera de su muerte, tomó Jesús el pan en sus santas manos, lo partió y lo entregó a los discípulos diciendo: «Esto es mi cuerpo, que por vosotros se entrega a la muerte.» Luego tomó el cáliz y dijo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, derramada por vosotros.» Añadió esta orden para la naciente Iglesia: «Haced esto en memoria mía» (Lc 22, 19s).

Siempre que participamos en el banquete eucarístico, anunciamos la muerte salvadora del Señor «hasta que vuelva» (1 Cor 11, 26). Pero la misa es inmensamente más que una simple repetición del relato de la última cena. La misa anuncia la muerte del Señor no solamente con palabras. En ellas se actualizan para nosotros la muerte y resurrección de Cristo. Su virtud santa y santificante llega inmediatamente hasta nosotros. Por medio de la santa misa, la muerte y resurrección de Cristo se convierten en fuerzas que nos dominan, nos transforman y marcan definitivamente nuestra existencia. Y cuando nos acercamos a estos santos misterios sin la debida disposición, la muerte de Cristo ejerce también su eficacia aunque en sentido contrario: lanza sobre nosotros veredicto de condenación [1]. He aquí por qué al acercarnos al misterio salvífico de la muerte de

1. Cf. 1 Cor 11, 29.

Cristo, tenemos que examinarnos para que su muerte, que nos brinda el perdón y la salvación, no se convierta para nosotros en juicio de eterna condenación.

Pero en la eucaristía, juntamente con la memoria de la pasión y muerte del Señor, celebramos asimismo el misterio de *nuestra* propia muerte. El Señor murió por nosotros. Su muerte es algo que nos afecta a nosotros, y que afecta de modo muy especial a nuestra propia muerte.

«Hemos sido bautizados en su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, a fin de que así como Cristo resucitó de la muerte por la gloria del Padre, también nosotros de nuestra parte caminemos con vida nueva. Pues hemos sido hechos una misma cosa con Cristo mediante una muerte semejante a la suya» (Rom 6, 3ss). El *bautismo,* al comunicarnos la vida en Cristo, extiende su eficacia a nuestra muerte: si damos nuestro sí a la ley de vida en Cristo, ésta no podrá ser vencida por la muerte. Hechos una misma cosa con Cristo por la muerte, «seremos también una cosa con Él por una resurrección semejante a la suya» (Rom 6, 5). De esta manera, el bautismo cambia la medrosa expectación de la muerte en un confiado ir al encuentro de Cristo, a través de la muerte, es verdad, pero con la clara esperanza de la resurrección. Solamente los que rehúsan someterse a la ley del bautismo, que es la ley de la muerte de Cristo, tendrán motivo para mirar con temor la muerte que para ellos está, no bajo el signo de la vida, sino bajo la condenación de la muerte de Cristo.

Toda *celebración eucarística* nos trae al recuerdo esta relación fundamental entre nuestra muerte y la muerte de Cristo, aun podemos decir más: siempre que celebramos la eucaristía, toda nuestra vida, y con nuestra vida también nuestra muerte, se enfrentan con el juicio de Cristo. La eucaristía provoca en nosotros una inaplazable decisión ante la muerte de Cristo.

El sacramento de la *confirmación* une el testimonio de nuestra fe con el testimonio amoroso que Cristo dio *con su muerte* a la faz de todo el mundo. El obispo traza en nosotros la cruz como sello y marca del Espíritu. Esto no sólo significa que nuestro testimonio ante el mundo ha de consistir en un morir espiritualmente, en negarnos a nosotros mismos; significa además que nuestro testimonio ha de brotar de un ánimo pronto a la muerte. De otra forma, nuestro testimonio ya no estaría a la altura del testimonio de Cristo. Finalmente, el sacramento de la confirmación nos impone el deber de convertir nuestra vida y nuestra muerte en testimonio de amor.

El *sacramento de la penitencia* nos lleva a confrontar nuestra conducta con la fuerza decisiva de la muerte de Cristo. Cuando nos acercamos al sacramento animados de auténtico sentimiento de penitencia, tenemos la seguridad de sabernos salvados por la muerte de Cristo. Estamos ciertos de que nuestra muerte será señal de predestinación. Este mismo mensaje salvador del sacramento de la penitencia recuerda al pecador impenitente o perezoso que por el bautismo ha sido «sepultado con Cristo en su muerte»: «¿Cómo podríamos nosotros, que hemos muerto al pecado, buscar en el pecado nuestra vida?» (Rom 6, 2). El bautizado no puede andar jugando con el pecado: «La muerte no ejerce ya poder alguno sobre Cristo... Tampoco puede ejercerlo ya sobre vosotros» (Rom 6, 9ss). «Cómo pretenderíamos escapar del justo juicio de Dios si dejamos pasar tan excelente ocasión» (Heb 2, 3).

El *juramento de fidelidad conyugal* «hasta que la muerte nos separe» invoca como testigo la fidelidad de Cristo hasta la muerte. El sacramento del matrimonio es una participación esencial del amor de Cristo a la Iglesia llevado hasta la muerte. De esta suerte, el amor de los esposos, amor del que brota la vida, está continuamente a la luz de la situación límite que es la muerte, la cual pondrá de manifiesto el lazo indisoluble de la mutua fidelidad.

El *sacramento de la unción sacerdotal* nos habla igualmente de la muerte redentora de Cristo: «El buen pastor da la vida por sus ovejas» (Jn 10, 11). En unión con Jesucristo, también el sacerdote es un consagrado a la muerte. Por eso, qué figura tan lamentable y ridícula ofrece el sacerdote víctima de una fatal hipocondría que le lleva a preocuparse por encima de todo de su salud corporal. El sacramento del orden, que es su sacramento de estado, le obliga muy particularmente a emplear su vida, por supuesto guardando las normas de la prudencia cristiana, en servicio de las almas. El sacerdote ha de estar siempre abocado a la meta excelsa de su situación límite: unir su muerte con la de Cristo en beneficio de los suyos.

Los sacramentos nos enseñan a mirar la muerte con ojos nuevos. En los días en que la enfermedad está todavía lejana, ellos nos acostumbran a mirar toda nuestra vida a la luz de la muerte redentora

de Cristo, y a la luz de nuestra propia muerte. ¿Cómo imaginar, pues, que al llegar la hora postrera, no esté aún configurada sacramentalmente nuestra muerte por la muerte de Cristo? *El sacramento de la unción, junto con el santo viático,* vendrán a poner de relieve esta fibra sacramental de nuestra muerte.

La unidad que constituyen la unción de los enfermos y el viático como sacramento de resurrección es de suyo algo evidente. Hemos visto cómo todos los sacramentos están orientados hacia la eucaristía y encuentran en ella su auténtico centro. Sin embargo, entre la unción de los enfermos y la eucaristía es posible encontrar una relación más significativa. El sí del agonizante a la virtud redentora de Cristo recibe su confirmación al ser sellado con el sublime sacramento que es «prenda de la futura resurrección».

¿QUÉ ES LA MUERTE?

Al definir el existencialismo la muerte como una *situación límite,* no hace más que traducir una verdad contenida ya en la divina revelación y que ha encontrado en la piedad eclesiástica una expresión mucho más vital que en cualquier filosofía, tanto antigua como moderna.

La muerte no es un fantasma. Es algo que ha de ser comprendido a partir de aquella realidad cuyos límites traza, es decir, a partir de la vida. Por otra parte, esta realidad fundamental de la vida nunca se comprende mejor que a la luz de su situación límite, que es la muerte. Ahogados por la angustia de la muerte, esclavizados por una «ley de muerte» (Rom 8, 2), comprendemos, o mejor experimentamos personalmente el valor de la vida.

De cara a la muerte, se revelan los más ocultos misterios, se pone al descubierto el valor de lo terreno y se arranca la máscara a toda la patraña del mundo.

El sabio, el médico, el biólogo, no tienen más que una definición para la muerte: es extinción de la vida. En cambio la historia de la salvación, e, instruidos por ella, nuestra personal experiencia, nos dice que media grandísima diferencia entre una muerte y otra.

Dos imágenes acuden a mi memoria: Un soldado de las SS acaba de recibir una herida mortal. Rehúsa despectivamente la ayuda que le ofrece el sacerdote para el último viaje: «¡Bah! ¿qué sabemos lo que nos aguarda al otro lado?» Un grito; el hombre intenta incorporarse y luego cae definitivamente. Así acabó su vida.

Junto a éste, otro cuadro totalmente distinto: es una ancianita de ochenta años. Está intentando reconstruir ante el confesor toda una larga vida de servicio de Dios con sus fases de fervor y decaimiento. «Como penitencia, vamos a rezar ahora los dos un *gloria*», le dice el confesor. Y ella replica con el mismo aire de una madre que enseña a su hijo: «¡Por favor, no dé usted a una agonizante una penitencia tan ridícula!» «Entonces, acepte su muerte en penitencia de sus pecados.» «¡Pero si no me cuesta nada! Siento una grande alegría al saber que ha llegado la hora de ir a mi redentor y a mi amado.» Como bálsamo celestial recibió aquella buena mujer la santa unción en sus ojos, que siempre habían estado fijos en el Señor, en sus labios con los que siempre le había alabado a Él y a su ley de amor, en sus oídos que habían escuchado atentos la palabra de la fe, en sus manos tantas veces entrelazadas para la oración y siempre incansables en el trabajo por los suyos que era trabajar en fin de cuentas por el Señor...

Pero con menos palabras, nos pinta la Escritura sagrada qué gran diferencia puede haber entre una y otra muerte: uno de los ladrones crucificados junto con el Señor, maldecía y blasfemaba hasta que le rompieron las piernas; el otro, en cambio, rezaba y salía en favor de Jesús. Y sólo para una de los dos brotó la palabra de consuelo: «Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23, 43).

Sin embargo, la Escritura nos ofrece otro contraste todavía más elocuente: entre la rabia del infierno, los temblores de la tierra y la conmoción en los cielos, expira Jesús sobre el Gólgota, dando al Padre el mayor tributo de gloria por su obediencia y su inconmovible confianza: «Padre, en tus manos encomiendo mi alma» (Lc 23, 46). Quizá en el mismo instante, rodeado de idénticos temblores cósmicos, se dirigía Judas al campo del Alfarero y se colgaba de un árbol, «se arrojó de cabeza y reventó por medio, saliéndose todas sus entrañas». Y en el libro de los Salmos está escrito: «Que su morada quede desierta» (Act 1, 18ss).

Frente a la excelsa cumbre del Calvario, bañada del esplendor de la pascua, y al borde del tremendo abismo abierto por la desesperación del apóstol traidor, nos planteamos la gran cuestión de nues-

tra vida, la cuestión que derrama viva luz sobre toda nuestra existencia: «¿Cuál será mi muerte?»

¿CUÁL SERÁ MI MUERTE?

¿Será un día de victoria o de catástrofe espantosa, de premio o de castigo? ¿Será el último acto de una vida consagrada a la fiel obediencia de Dios, o juicio terrible por la desobediencia? ¿Será tránsito dichoso de cara a la resurrección o principio de condenación eterna?

¿Día de victoria o de castigo?

Aun en años de euforia económica puede encontrarse un elevado número de hombres de negocios y empresarios que, mientras por un lado hacen frente a la quiebra batiéndose calculadamente en retirada, por otro consiguen aprovecharse de la crisis cosechando de ese mar revuelto de la bancarrota fuertes ganancias. Nuestro siglo ha tenido la experiencia de tal maniobra, pero a escala mundial: después de la hecatombe de Stalingrado, desde el más alto general hasta el más incauto soldado, todos sabían de sobra que la prosecución de aquella guerra no conduciría sino a hacer más espantoso el horrible final. Sin embargo, en aquella marea de calamidad había una reducida camarilla de dirigentes que a costa de la quiebra de un pueblo, y podríamos decir de todo un continente, se las arregló para labrar un futuro de prosperidad y hasta de esplendor.

Un muchacho algo calavera, al que el misionero invitaba amigablemente a asistir a la misión, sonrió irónicamente y replicó: «No se muere más que una sola vez.» El pobrecillo no sabía lo que decía y así no se le podía achacar mucha culpa en la conclusión que sacaba: vivir alegremente al día. En fin, sus palabras no eran sino un eco de lo que piensa mucha gente en torno nuestro: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos» (Is 22, 13).

También nuestros contemporáneos han pensado en la muerte: saben que aquel día será el día de quiebra en su disfrute de la vida. Por eso, procuran salvar de esa bancarrota todo lo que les sea posible: aprovechar hasta la última posibilidad el placer que se les escapa de las manos. La muerte, que pondrá fin a esa búsqueda hambrienta de goces, pone al descubierto la futilidad de la vida de los incrédulos: «¡Oh, muerte, qué amargo es tu recuerdo para el hombre que vive feliz en medio de sus bienes!» (Ecl 41, 1). El que no ve en la muerte más que el fin de todo lo terreno, es natural que se lance febrosamente hacia todo este humo que el tiempo va atizando delante de nosotros. ¿Cómo no sentirse inquieto y atormentado ante la proximidad del fin?

La vida es un misterio. Y hay que decir que la muerte también lo es. Para el cristiano, la muerte no es un simple acontecimiento de índole natural. Es un misterio, es decir, una realidad cuya íntima naturaleza ha sido transformada por la acción redentora de Cristo. Cuando nosotros damos por la fe un sí a la vida, pero a la vida plena en Cristo, pronunciamos igualmente nuestro sí al misterio de la muerte. En relación con la muerte de Cristo — este misterio central de la historia humana —, nos dice la carta a los Hebreos: «En un momento determinado, que no se volverá a repetir, apareció Cristo en la plenitud de los tiempos. Así como los hombres mueren una sola vez, y a su muerte sigue el juicio, de igual forma Cristo se ofreció una sola vez para acabar con los pecados de todos los hombres. Después no queda ya sino su segunda venida, la cual no será para expiar nuevamente los pecados de los hombres sino para conceder a todos los que esperan en Él salud colmada» (Heb 9, 27s). Mirando con fe a la muerte redentora de Cristo, que tuvo lugar una sola vez, alcemos también nuestros ojos hacia su segunda venida cuando vuelva a resucitarnos para vivir eternamente en su gloria. Sólo así comprenderemos por qué morimos una sola vez y por qué solamente una vez, en todo el transcurso de la historia humana, se nos concede esta sublime ocasión de la vida que se cierra con la gran oportunidad de la muerte que para un cristiano es la puerta de la resurrección.

Muerte y resurrección de Cristo constituyen integralmente el misterio pascual. De igual manera, para la mirada del creyente, la propia muerte es inseparable de la esperanza en la resurrección. Y cómo iluminan ambos misterios todo el sentido de nuestra vida: «Si nuestra esperanza en Cristo estuviera limitada a los bienes de aquí, seríamos dignos de toda lástima. Pero es que Cristo resucitó a una vida de gloria, y tras Él, primero entre los que murieron, resu-

citaremos también nosotros» (cf. 1 Cor 15, 19). Mirando a la muerte redentora de Cristo, podemos exclamar con san Pablo: «Mi vida es Cristo, y la muerte es una ganancia» (Flp 1, 21).

¿Quiero yo saber si mi muerte será asimismo una ganancia, una victoria? Basta simplemente que antes responda a esta pregunta: ¿en qué pongo mi esperanza? ¿Es Cristo ya mi vida? ¿No pongo más bien mis esperanzas y mis ilusiones en cosas que se ha de comer la muerte?

¿Tengo apegado mi corazón a las riquezas, a la vida cómoda, a la influencia y buena fama ante los hombres? La muerte vendrá a dilacerar y triturar mi corazón. Pues nada de todo eso me podrá acompañar. Pero si mi vida es Cristo, me animará una firme esperanza; por encima de lo que a todo hombre pueda aterrar la idea de la disolución y de la muerte, con san Pablo podré cantar: «Siento ganas de irme para estar con Cristo» (Flp 1, 22).

Un político japonés, que seguía instrucción religiosa, decía al sacerdote que la religión católica le parecía interesante y hasta muy verosímil; pero que de momento todo su afán se centraba en conseguir un puesto en una embajada; que una vez logrado esto, se dedicaría seriamente al problema religioso.

¿No es éste también el modo de proceder de muchos bautizados? ¿No nos dejamos absorber en algunas ocasiones por preocupaciones que no se orientan hacia Jesucristo? ¿No centramos nuestro interés en cosas terrenas que a la hora de nuestra muerte más nos servirán de obstáculo y que vendrán a sumarse al déficit con que se cerrará el balance de nuestra vida? Examinemos si construimos sobre el único que es la roca firme, si no edificamos muchas veces sobre arena, que es edificar sobre nosotros mismos, sobre nuestro capricho y nuestras pasiones torcidas.

El bautismo por el agua y el Espíritu Santo nos ha constituido ciudadanos de la casa de Dios con todos los derechos, «construidos sobre el fundamento mismo de los apóstoles, sobre la piedra fundacional que es Cristo Jesús, en el cual encuentra su trabazón todo el edificio y va creciendo para formar la santa edificación de Dios, en el Señor» (Ef 2, 20s). Estamos, pues, llamados a insertarnos como piedras vivas en el edificio santo de Dios. Más aún: en perfecta armonía con Cristo y con sus constructores, estamos llamados a colaborar en la construcción del edificio.

He aquí la gran pregunta que hemos de ponernos de cara a la muerte y que sólo a la hora de la muerte podremos responder definitivamente: ¿hemos cumplido la misión que los sacramentos del bautismo, de la confirmación y de la eucaristía nos impusieron? Nuestra muerte será para cada uno de nosotros un avance del gran día del Señor, en el cual quedará bien de manifiesto «si hemos construido sobre este cimiento — sobre Cristo — con oro, plata y piedras preciosas, o por el contrario con madera, heno y paja; en aquel día quedará patente la obra de cada uno, pues será el día del fuego, y por el fuego se probará la calidad de la obra» (1 Cor 3, 12s). ¿Somos nosotros fieles edificadores que construyen con el oro de su amor acendrado, con la plata de la recta intención, con las piedras preciosas de la mortificación, de la renuncia de sí mismos, del sacrificio en bien de los demás? ¿No perjudicamos muchas veces a la solidez de la obra mezclando la «madera y la paja» y otras materias inferiores, de nuestro humano egoísmo? Cuántas veces, efectivamente, andan también de por medio aquellas cosas de las cuales debiéramos estar totalmente purificados: «odios, disputas, discordias, ira, disensiones, enemistades, divisiones, envidias», en fin, todo ese conjunto de miserias que entorpecen la obra de Dios y que san Pablo anatematiza afirmando que «los que tales cosas fomentan no tendrán parte en el reino de Dios» (Gál 5, 20s). Y aunque en nuestro egoísmo no lleguemos tan lejos, hemos de tener siempre presente la exhortación del apóstol dirigida a los constructores menos buenos: «Si al someter la obra a la prueba del fuego, no resiste, su autor será castigado con la pérdida del fruto de su trabajo; pero él se salvará, *tamquam per ignem*» (1 Cor 3, 15).

Si no guiamos nuestra conducta más que a la luz del momento presente, nos veremos arrastrados por las impresiones sensibles y por la baraúnda de los múltiples motivos que perturban el juicio ecuánime de nuestra razón. Es preciso que contrastemos siempre el momento presente y nuestra conducta con nuestro último fin: hemos de verlo todo a la luz de nuestras postrimerías, si queremos que nuestra conciencia se conserve siempre clara y vigilante. En este sentido hay que comprender la exhortación del apóstol: «Lo que el hombre siembra, eso cosecha; el que siembra en la carne, en su apetito torcido, cosechará corrupción; pero el que siembra en el espíritu, recogerá del espíritu la vida eterna» (Gál 6, 8).

Todos los sacramentos, precisamente por ser sacramentos de la muerte redentora de Cristo, nos plantean la cuestión: ¿Qué sería en este momento tu muerte? ¿Sería día de plenitud, día de cosecha, de fiesta en el cielo? O bien, ¿sería de cólera, día de tormenta que hace caer del árbol el fruto podrido? Lo que el Señor avisaba a todos sus discípulos hablándoles del gran día de su retorno, nos lo dice a cada uno la incertidumbre del día de nuestra muerte: «Estad preparados, porque en la hora que menos penséis, vendrá el Hijo del hombre» (Mt 24, 44). ¿Estoy yo preparado si la muerte viniera a buscarme en este mismo momento?

Al llegar la muerte, ¿nos encontraremos en estado de gracia, maduros y limpios para el día de la recolección? Sabemos de sobra que Dios nos ha llamado a todos a la santidad. A todos dirige su mandamiento: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48). Nadie puede creer que ha alcanzado dicha perfección, pero todos hemos de fijarnos esa meta y tender a lograrla en la medida de la gracia que Dios nos concede, que es también la medida de la santidad que Él nos exige. Conforme al grado de nuestra vocación a la santidad, distribuye Dios sus gracias a cada uno; reparte a cada alma la lluvia y el sol, las pruebas y las alegrías. La meditación de nuestras postrimerías nos invita a recibir agradecidos la gracia del momento presente y a responder a ella con toda generosidad.

Triunfo de la misericordia de Dios

Con amargo dolor recordamos ahora las muchas gracias que hemos perdido y desaprovechado en nuestra vida y de las que rendiremos cuentas en el último día. No nos sentimos suficientemente preparados para el último combate. Advertimos nuestra debilidad, y el recuerdo de nuestras culpas nos llena de temor. Pero ante nosotros surge como gran esperanza el *sacramento de la unción de los enfermos.*

La unción de los enfermos es signo de la misericordia de Dios y del solícito amor de la Iglesia para el trance de una enfermedad importante o de un agotamiento senil, pero sobre todo cuando éstos se suponen mortales. A causa de nuestra solidaridad en el pecado por la culpa de Adán y también debido a nuestros muchos pecados, la enfermedad grave representa para nosotros una situación especialmente difícil: el espíritu se siente más débil, los sentidos quedan más indefensos que nunca expuestos a peligrosas solicitaciones. El demonio, que sabe «le queda poco tiempo» (cf. Apc 12, 12), va a intentar todo lo que esté en su mano para hacernos sucumbir, principalmente en la desesperación. Pero por encima de nuestra solidaridad en el pecado está nuestra solidaridad de la salvación en Cristo Jesús, y Él hará que esa hora peligrosa se convierta para nosotros en una mayor manifestación de su gracia.

Ante todo, Dios nos quiere consolar con la experiencia íntima de la *fuerza del Espíritu Santo.* Al consagrar el óleo de los enfermos, pronunció el obispo esta oración: «Yo te conjuro, espíritu inmundo, os conjuro asaltos de Satán y fantasmas engañosos: en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, apartaos de este óleo que va a ser unción del Espíritu Santo para fortalecer el templo del Dios vivo en el cual more el mismo Espíritu de santidad: en el nombre del Padre Dios omnipotente, y en el nombre de su Hijo amadísimo Jesucristo, que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos y a todo este mundo por el fuego. Amén.»

En otra impresionante oración dice también el obispo invocando la venida «del Espíritu Santo, del Consolador», para que el aceite de olivas se convierta en signo eficaz que «conforte el espíritu y el cuerpo». Mediante la unción el Espíritu Santo tiende a completar la unción que desde el bautismo y la confirmación nos convirtió en miembros del pueblo de reyes y sacerdotes, en testigos de su amor. Por eso concluye el obispo: «Con este aceite ungiste sacerdotes, reyes, profetas y mártires (testigos). Que sea ahora crisma perfecto, bendecido por ti, que permanezca en nuestro interior, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.» Si apoyados en la virtud del Espíritu Santo, sabemos hacer frente al momento crucial de la última enfermedad, esta situación, decisiva y difícil puede significar para nosotros en verdad el coronamiento de toda la vida cristiana. En ella alcanzaremos, efectivamente, la victoria más perfecta sobre todo enemigo; en ella podremos dar el testimonio cabal de nuestro amor, entregándonos confiadamente en las manos de Dios que nos llama.

La unción del Espíritu Consolador cambiará la tristeza y el abatimiento que trae consigo la enfermedad y la vejez agotada, en un dulce sosiego. Y éste es ya un fruto positivo de la curación que la

santa unción tiende a verificar en el alma. ¿Qué mejor remedio que aquello que cambia una ocasión de pecado en ocasión de mayor gracia? Sin embargo, los efectos de la unción pueden ir más lejos, operando un principio de la misma salud corporal. La más antigua fórmula de este sacramento llegada hasta nosotros, expresa ya claramente este efecto: «Te unjo con el aceite santo en nombre de la Trinidad, para que te veas curado para siempre.» Esta curación, este verse curado para siempre, para toda la eternidad, aparece siempre en todas las fórmulas.

Pero el efecto principal que el Espíritu Consolador produce en el alma es hacer sentir al enfermo la misericordia de Dios para que pueda acometer con más animosa decisión contra los ataques de Satán. El concilio de Trento lo enseña expresamente: «El don particular de este sacramento es la gracia del Espíritu Santo, el cual mediante la unción borra los pecados y las penas de los pecados aún sin expiar y da al espíritu del enfermo alivio y fortaleza, suscitando en su corazón una gran confianza en la misericordia divina: de esta suerte, el enfermo se siente consolado, soporta las molestias de la enfermedad, resiste más fácilmente al enemigo, que acecha a su calcañar, y no raras veces devuelve la salud al cuerpo si es conforme a la salud del alma» [2].

Tanto la liturgia como el concilio de Trento dejan traslucir con suficiente claridad que para la mente de la Iglesia no es la salud del cuerpo en cuanto tal lo que busca este sacramento. Lo que siempre y directamente pretende es cambiar de signo a la enfermedad mortal para que en vez de poner en peligro la salvación del alma, sea más bien un estímulo que complete la tarea de la propia santificación. La unción significa la gracia y consuelo del Espíritu Santo que interviene para convertir esos últimos momentos en hora decisiva de gracia. De esta forma, la misma enfermedad con sus molestias y con la incertidumbre de si el enfermo dará efectivamente el sí a su muerte con Cristo, pasa a ser camino de salvación, en el que se experimenta la misericordia de Dios, el alma se purifica y expía por sus pecados y así se perfecciona en el amor.

Sacramento es lo mismo que obra de la gracia de Dios. Nadie puede arrogarse poder o derecho alguno sobre esta gracia. El hombre no puede sino esperar de la misericordia de Dios que no le abandonará en el momento oportuno. El que difiere su conversión o bien descuida su deber de tender continuamente a la perfección, se hace indigno de la gracia. En cambio, el que vive consciente de que toda su vida cristiana se apoya sobre la gracia que le confieren los sacramentos, se dispone cada vez más a recibir la ayuda divina. He aquí por qué nunca hemos de cesar de pedir sin descanso todos los días que nos conceda el Señor la dicha de escuchar conscientes aún la súplica que hace la Iglesia al administrar este sacramento: «Por esta santa unción y su bondadosa misericordia te perdone el Señor todos los pecados que has cometido con la vista, con el oído, con el olfato, con el gusto, con la boca, con el tacto, con los pies.»

2. Dz 909.

El cristiano que desea para sí una muerte repentina, la cual le impide la recepción de este sacramento, se hace ya por ello indigno de recibirlo. Una muerte inconsciente priva a nuestra existencia de su valor supremo que es ponerla rendida en las manos de Dios a semejanza de Cristo. Por el contrario, es una excelente preparación para recibir dignamente este sacramento el ayudar en toda ocasión a nuestros prójimos a recibir en su debido tiempo y con las condiciones requeridas la unción que alivia y fortalece al alma para la gran aventura. ¡Qué gran obra de caridad y qué señal excelente de fe y confianza en el Espíritu consolador, que se nos da en el sacramento!

Un profesor de teología había estado trabajando durante treinta años en un estudio apasionante. Le parecía que en un par de meses podría terminarlo, cuando de pronto una enfermedad incurable le quita la pluma de la mano. ¡Qué duro fue para este hombre comprender que treinta años de sacrificado trabajo iban a quedar así estériles, que todos sus desvelos resultarían prácticamente nulos! Pero he aquí su gran lección: pocos días antes de su muerte decía a uno de sus mejores amigos, compañero suyo de profesorado: «Ahora es cuando he comprendido las palabras del apóstol: "Tengo ganas de partir para estar con Cristo."»

Al fin, qué importa que tengamos que dejar incompleta alguna obra aquí abajo, si la misericordia de Dios completa la gran obra que desde el bautismo ha ido realizando en nosotros.

¿Último acto de obediencia o juicio por nuestra desobediencia?

Por el pecado de Adán entró la muerte en el mundo, es decir, cobró la muerte su carácter de castigo penoso. La muerte será ya para los hijos de Adán un castigo por la desobediencia y el orgullo de los primeros padres. Pues en eso consistió propiamente su pecado: quisieron reservarse un sector, todo lo pequeño que se quiera, de su vida, sustrayéndolo a la voluntad de Dios. Intentaron alcanzar por sí mismos la sabiduría prescindiendo de Dios. Se portaron con su Señor como si se hubieran dado a ellos mismos la vida, y no la hubieran recibido de él. La muerte amarga, que pone al descubierto la vana futilidad de aquel intento suicida, fue el castigo adecuado, la consecuencia natural del pecado. Verse irremisiblemente condenados a morir, llevar la desesperación de la vida hasta el suicidio, privar a los semejantes de la vida por el asesinato, dar muerte criminal a madres con su hijo en el seno, he ahí la triste secuela del pecado. ¡Qué funesta consecuencia de haber pretendido sublevarse contra el creador y principio de toda vida!

Pero en la plenitud de los tiempos vino Cristo y cambió el signo de la muerte. Más aún, mediante su muerte hizo girar el destino de la humanidad.

Al entrar en el mundo, el Hijo unigénito del Padre eterno hizo esta oración: «Tú no has querido víctimas ni ofrendas; pero me has dado un cuerpo. Entonces yo dije: Mira cómo vengo a cumplir, Dios mío, tu voluntad» (Heb 10, 5ss). «Y por esta voluntad, mediante el ofrecimiento que hizo Jesucristo de su cuerpo, quedamos ya de una vez para siempre santificados» (Heb 10, 10).

Mediante su perfecta sumisión a la voluntad amorosa de su Padre, quiso Cristo tomar sobre sí toda la amargura y angustias de la muerte. *Nuestro* desamparo lo expresó con aquel grito que lanzó hacia el cielo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado» (Mc 15, 34; Sal 21, 1). Dio sentido cristiano a esa angustia cuando concluyó en aquel clamor que es la expresión suprema de su confianza y su obediencia: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46; Sal 30, 6).

En esta humilde aceptación del sufrimiento de la muerte mostró Cristo en grado sumo su solidaridad con nosotros: «Convenía a la grandeza de aquel para quien y por quien subsisten todas las cosas, que el que había de conducir a la salvación a tan gran número de hijos se perfeccionase por el sufrimiento, ya que el que santifica y los que son santificados, todos tienen el mismo origen... Así como los hijos participan de una misma carne y sangre, quiso Él tomar la misma carne que ellos y, así revestido, someterse a la muerte para debilitar a aquel que tenía en sus manos el poder de muerte, es decir, al diablo, y liberar a todos aquellos que de otro modo hubieran seguido toda la vida esclavizados por el temor de la muerte» (Heb 2, 10-15).

La muerte de Cristo ha sido, en medio del horrible espectáculo y de toda la conmoción cósmica que produjo, el acontecimiento más importante de la historia mundial y también de más decisiva influencia en nuestra salvación. Fue la cumbre de la actividad sacerdotal de Cristo, la consagración, o si se quiere la transubstanciación de la muerte. Por eso se dice de Cristo: «Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Durante su vida en la tierra, presentó a puro grito y entre lágrimas imprecaciones y súplicas ante el que podía librarle de la muerte, y fue escuchado en razón de sus sentimientos filiales hacia Dios. Y aun siendo hijo, aprendió a través del sufrimiento a poner a prueba su obediencia. Así logró la perfección y se convirtió para todos los que le obedecen en principio de eterna salvación, saludado por Dios como sumo sacerdote según el orden de Melquisedec» (Heb 5, 7-10).

Este texto de la carta a los Hebreos, de tan insondable profundidad, nos enseña dos verdades sobre todo: la muerte de Cristo ha sido el supremo acto del sacerdocio de Cristo que obedeció hasta el último extremo y dio con su obediencia la mayor gloria a Dios. Las súplicas que Cristo presentó al Padre entre tan emocionante clamor eran para traducir el ansia ardiente de la humanidad de verse libre de la muerte, de la amargura de la muerte de Adán: y el nuevo Adán «fue escuchado en razón de sus sentimientos filiales hacia Dios». De esta forma, Cristo, a quien el Padre galardonó en la resurrección con la nueva vida de gloria, trazó para la humanidad el camino de la salvación, para el alma y para el cuerpo, de «todos aquellos que obedecen imitando su obediencia». La obediencia de Cristo es juntamente glorificación del Padre que está en los cielos y el acto supremo de su solidaridad y amor a los hombres. Seguir a Cristo en la prác-

tica de su obediencia significa someterse rendida y amorosamente a Dios practicando la caridad hacia nuestros prójimos.

Así pues, la muerte que físicamente es una sola, cobra desde un punto de vista metafísico y religioso dos figuras completamente distintas: para el primer Adán la muerte es amarga, juicio que pone al descubierto la malicia del pecado que fue desobediencia contra el autor de toda vida, en cambio la muerte del segundo Adán, en el gozo del misterio pascual, es logro de vida eterna como fruto de su amor, de su entrega amorosa y confiada al Padre a través de la más absoluta obediencia. Una vez más podemos definir exactamente a la muerte como situación límite, pues nada mejor que ella pone en claro la alternativa que a todos se nos ofrece de elegir entre la solidaridad funesta con la desobediencia del primer Adán y la solidaridad salvadora con la obediencia del que es cabeza de la humanidad redimida. Nuestra muerte no será ya sino el fruto palpable de esta elección que se realiza durante nuestra vida.

Pero aquí interviene una vez más la buena nueva de los sacramentos: en cuanto está de su parte, Dios ha elegido ya por nosotros; en los sacramentos nos da vida con Cristo, haciendo nuestro aquel acto supremo de obediencia hasta la muerte del cual brotó vida gloriosa «en la gloria de Cristo y de Dios».

La sumisión de nuestra fe expresada en el credo y antes por vez primera en las promesas de nuestro bautismo fue el sí fundamental y rotundo a esta elección hecha por el Dios misericordiosísimo en favor nuestro. Cuantas veces renovamos la profesión de esa fe, al «anunciar la muerte del Señor hasta que vuelva», reafirmamos también nuestro sí a esta elección graciosa. La piadosa recepción de los sacramentos de los agonizantes será el punto culminante de nuestra *protestatio fidei,* de nuestro sí creyente y confiado a la elección de Dios, pero un sí que sólo será auténtico y sincero cuando lo pronunciemos *in oboedientia fidei,* con una voluntad firmemente resuelta a resistir a toda costa, aunque fuera preciso derramar la sangre, la tentación de alzarse contra Dios. Confesar nuestra fe *in oboedientia fidei* significa estar dispuestos a imitar la obediencia de Cristo «hasta la muerte».

Antes de proceder a la administración de la santa unción, el sacerdote bendice la estancia mientras pide a Dios que por la gracia de Cristo todos los que allí habitan «comprendan las *maravillas de su ley*». Los sacramentos de los agonizantes, que como hemos visto asocian la obediencia y la fe del cristiano con la amorosa obediencia de Cristo en el acto supremo de su sacerdocio, han de enseñarnos a meditar las maravillas de la voluntad amorosa de Dios. Si hemos aprendido a vivir de la gracia del bautismo y de la confirmación, si vivimos realmente como hombres eucarísticos o al menos intentamos noblemente alcanzar esa meta de perfección cristiana, la hora de nuestra muerte hará mucho más claro para nuestra fe que la vida cristiana no es vida bajo un régimen legal, sino que es vida bajo el signo de la gracia en un ambiente de misterio pascual de muerte y resurrección de Cristo, vida sustentada por la virtud y la unción de nuestro sumo sacerdote.

El sacramento de la unción de los enfermos nos da una gran confianza en nuestro tránsito a Cristo; *securus ad Deum ibis,* irás seguro a Dios, como se dice en el apéndice al Ritual Romano tomado del Ritual Toledano. Este sacramento da la última mano a la obra de santificación en la que han colaborado todos los sacramentos. Por eso, dice el mismo texto litúrgico: «Habiendo recibido tantas veces los sacramentos, has sido ungido con la sangre de Cristo *(Christi sanguine inunctus)*... Los ángeles te habrán de reconocer, los bienaventurados te recibirán; la santísima Virgen te abrazará y te conducirá adonde su Hijo, pues estás marcado con su carácter.» Esta alusión al carácter sacramental del cristiano encierra una gran importancia desde un punto de vista teológico, y está en plena concordancia con la doctrina contenida en el Catecismo Romano, pues por medio de la unción del enfermo el carácter sacramental impreso en su alma cobra su mayor eficacia. El sí confiado de aceptación de la muerte y de todos los sufrimientos que ésta trae consigo pasa a ser, en virtud del carácter, el *acto más decisivo de religión,* el supremo acto de culto. El santo viático unirá visiblemente esta obediencia cultual del cristiano con el sacrificio eucarístico.

En este sentido podemos hablar de la unción del enfermo como del cuarto sacramento consecratorio — junto al bautismo, la confirmación y el orden sagrado —, advirtiendo sin embargo que por él no se confiere un nuevo carácter sacramental, sino que únicamente se pone en ejercicio la suprema posibilidad cultual contenida en el carácter ya impreso en el alma.

La muerte del hombre ha de ir marcada siempre por el carácter

cultual que va impreso en la misma naturaleza humana. El hombre es siempre, en un sentido o en otro, un *ser esencialmente cultual*. Por eso, en esta situación límite, que es la muerte, ha de quedar al descubierto el objeto de esta esencial tendencia a la adoración: si en unión con Cristo es un auténtico adorador de Dios en espíritu, o por el contrario, si en una autodivinización se encuentra esclavizado por el ángel rebelde, arrojado de su trono celeste.

En un oscuro día de octubre del año 1941, cinco soldados son heridos por la explosión de una granada. A sus gritos corre un capellán sanitario que no conocía a ninguno de aquellos hombres. Abre los desgarrados vestidos del primero: tenía las vísceras saliéndose fuera. «Como sanitario, amigo mío, no puedo hacer nada por ti. Permíteme en cambio que como sacerdote te ofrezca mi ayuda.» «Soy evangélico; ¿tienes para mí alguna palabra que me ayude en este viaje?» El sacerdote católico dice, mientras atiende rápido al siguiente: «¡Di: sí! ¡Tu Padre que está en los cielos te llama!» Y la respuesta sencillamente conmovedora del hermano evangélico: «Cuando Dios llama, hay que estar siempre dispuesto.» ¡Qué maravillosa respuesta! Y unos minutos más tarde, otro de los heridos rezaba con igual entrega en las manos del Señor: «¡Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!» ¡Qué sorprendentes efectos produce la muerte del Señor en los suyos!

Estos rasgos sublimes de fe en el último instante de la vida quizá no sean sino la consecuencia de un sí diario a la voluntad de Dios o el resultado de una fiel meditación de los misterios maravillosos contenidos en los amorosos designios de Dios para nosotros. Pero en su raíz más honda, esa actitud ejemplar es pura gracia, triunfo del amor de Dios en nosotros, que para conseguir tan gran dicha no podemos sino perseverar en la oración que es lo que nos abre a la gracia de Dios.

He aquí, pues, una vez más, la gran enseñanza de la «ley del espíritu de vida en Cristo Jesús». Volvemos en última instancia a la lección que con claridad meridiana nos dan todos los sacramentos, definidos ante todo como *opus operatum*, esto es, como acción eficaz de Dios en Cristo mediante el ministerio de su sierva, la santa Iglesia.

¿Tránsito dichoso o condenación eterna?

En nuestra solidaridad con la pasión y muerte de Cristo va incluida en esperanza la solidaridad con la gloria del resucitado. ¿No es ya una muerte gloriosa la del que, estrechamente unido con Cristo, entrega totalmente su vida en las manos de Dios con la más rendida sumisión a su voluntad para su mayor gloria? Todos los elementos y aspectos del misterio pascual concurren siempre a un mismo fin: glorificación del Padre por medio del Hijo y glorificación del Hijo por obra del Padre en el Espíritu de gloria y santidad. Esta fe en la resurrección crece en la medida en que el cristiano comprende que su muerte ha de ser asociada con la muerte de Cristo y ofrecida como un acto de servicio y de culto para gloria del Padre.

La consagración de los santos óleos tiene lugar en el día de jueves santo. Podemos ver en este detalle una muestra más del carácter pascual que distingue a la muerte cristiana. Así parecen indicarlo todas las expresiones en que se alude a la *unctio spiritualis,* a la unción con el Esuíritu Santo. Y nos enseña san Pablo que «el que no tiene el Espíritu de Cristo, no pertenece a Cristo; pero si Cristo habita en vosotros, aunque el cuerpo esté muerto a causa de vuestro pecado, vuestro espíritu es vida pues no en vano habéis sido justificados. Ahora bien, si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos, mora en vosotros, parece obvio que el que resucitó a Cristo Jesús de la muerte, llamará también vuestro cuerpo mortal a vida nueva mediante su Espíritu que habita en vosotros» (Rom 8, 10s).

La unción de los diversos sentidos pone asimismo de manifiesto con inequívoca claridad que no solamente el alma sino también el cuerpo está llamado a tomar parte en la plenitud de redención operada por Cristo. Habiendo sido nuestros sentidos instrumento de pecado, es preciso que antes sufran la correspondiente purificación. La unción tampoco olvida este aspecto. Pero no se detiene aquí, pues por encima de la purificación, el óleo santo pretende consagrar ya nuestro cuerpo para el día de la resurrección.

El texto clásico sobre la unción de los enfermos, que se lee en la epístola de Santiago, ha sido traducido por la Vulgata en un sentido que parece referirse más bien a la curación física y a un «alivio»

en las molestias de la enfermedad. Pero en todo rigor el término usado por el autor griego (σώσει, salvar) ha de entenderse de la salvación en su sentido más pleno, igual que el término traducido en la Vulgata por «alivio» (ἐγερεῖ) en su sentido técnico dentro de la Biblia equivale propiamente a «resucitar», «despertar», sentido que corresponde perfectamente con el contexto: «le resucitará *el Señor*» (en griego, el *Kyrios,* es decir, según la precisión técnica, «el Señor glorificado»; cf. Sant 5, 15). Esta esperanza en la resurrección corporal se expresa sacramentalmente y con intención inequívoca en la administración del viático: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día» (Jn 6, 54).

Los sacramentos de los agonizantes ofrecen al cristiano la gran oportunidad de dar su sí definitivo a su solidaridad con la pasión de Cristo, en virtud de la cual se hace una misma cosa con el resucitado. El misterio pascual nos asocia con Cristo en una admirable comunión de destino, de muerte y vida. Por eso la muerte impulsa al cristiano a alzar confiadamente los ojos hacia su «morada celestial, desde la cual esperamos al Señor Jesucristo, nuestro Salvador, el cual llenará de gloria nuestro miserable cuerpo haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso en virtud del mismo poder por el que todas las cosas están sometidas a Él» (Flp 3, 20s).

Ningún consuelo mayor que la certeza de esta fe. Y el que a la hora final conserve lúcido el sentido para meditar tan venturosos misterios, verá en el sacramento el más puro «aceite de consuelo y gozo» *(oleum consolationis et exultationis):* «Qué grande alegría sentí cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor» (Sal 121, 1).

El fiel escucha las palabras consoladoras de la promesa que el Señor no puede dejar sin cumplir: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Aunque ahora marcho, voy a prepararos un lugar, pero volveré para llevaros conmigo, pues quiero que también vosotros estéis donde estoy yo» (Jn 14, 2s).

Toda esta dicha que esperamos, pues nos la ha prometido el Señor, nos hace volver a la pregunta de siempre: ¿Cuál será mi muerte? ¿Será tránsito dichoso hacia el amado, o será sentencia de condenación eterna? Ciertamente, será tránsito dichoso si en este momento y siempre doy un sí incondicional a la gracia.

La muerte es la puerta de la eternidad. La muerte nos pone bajo

la mirada omnisciente de Dios. Del otro lado ya no es posible el error, nuestra conciencia ya no podrá engañarse ni mentirse a sí misma. Y lo que para muchos de nuestros contemporáneos será peor: del otro lado ya no hay evasión posible, no habrá ni trabajo ni distracción posible con que amortiguar la voz de la conciencia. Nos enfrentaremos con el veredicto de nuestra conciencia, contemplaremos el estado de nuestra alma a la luz del juicio de Dios. ¿Qué fallo me dará en aquel momento mi conciencia? ¿Me comunicará la gran noticia: Estás salvado? Puedo esperarlo con una confianza tan fuerte como Dios mismo. Cristo nos saldrá al encuentro: «¡Adelante, siervo bueno y fiel! Pasa a gozar de tu Señor» (Mt 25, 21). «¡Dichosos aquellos servidores que a su vuelta encuentre el Señor vigilantes! Yo os aseguro que el mismo amo se ceñirá sus vestidos, les sentará a la mesa y se pondrá a servirles, atento a satisfacer todos sus deseos» (Lc 12, 37).

Un anciano sacerdote solía decir: «Aunque en el juicio me dijera el Señor: cien años de purgatorio, aun entonces lanzaría un grito de alegría: Estoy salvado.» Pero Dios va más lejos: llevado de su amor infinito, quiere que en la hora de nuestra muerte nos hallemos maduros «por su bondadosa misericordia», tan perfectos en nuestra obediencia, que sin pasar por el trance doloroso del purgatorio logremos inmediato acceso al paraíso.

¡Qué felicidad la de ser admitidos en la santa compañía de todos los bienaventurados que ya aman a Dios! Nos estará esperando el mismo Dios uno y trino, que nos creó para aquella dicha, para participar eternamente del gozo de su amor bienaventurado. Nos aguardará nuestro Señor y Redentor que nos redimió con el precio inestimable de su sangre. Nos esperará su madre y nuestra madre, la diaconisa de nuestra salvación, el refugio de los pecadores. Nos esperarán también los coros de los ángeles, la inmensa multitud de todos los santos, sobre todo aquellos que nos precedieron en la señal de la fe y que nos mostraron la senda hacia el cielo con el ejemplo de su caridad. Todos repetirán el mismo grito de júbilo: «¡Salvados!»

Con qué gusto daríamos todas las cosas de aquí abajo con tal de asegurar el éxito de aquel juicio. Por parte de Dios estamos seguros que no quedará. Pero hemos de preguntarnos con toda seriedad: ¿quién me asegura que no falta nada por mi parte? Este santo temor es muy saludable, pues nuestra experiencia abunda en múltiples re-

sistencias a la gracia; hemos de estar alerta para evitar nuevas ocasiones que pongan en peligro el resultado final.

Ay de aquel cuya conciencia, iluminada con luz de eternidad, tenga que confesar: «Su amor no está en mí. Estoy lejos de Él.» ¿Quién podrá entonces soportar la mirada de Cristo, después de haber rechazado su gracia y haber hecho traición en la tierra a su causa? El que muera en pecado mortal, se verá arrastrado por su misma conciencia al infierno. Su propio estado interior está reclamando la sentencia condenatoria: «Apártate de mí, maldito, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus secuaces» (Mt 25, 41). Y simultáneamente, como mayor tormento, ese desventurado sentirá cómo todo su ser suspira insaciable por el único que calmaría la sed ardiente del corazón humano, Jesucristo. Para Él ha sido creado, por Él fue señalado en el bautismo con señal indeleble. «Todos los arroyos de mi llanto corren hacia ti y las llamas de mi corazón se cruzan en torno a ti», diría con Nietzsche el corazón del condenado, con grito desgarrador, al mismo tiempo que huye de Dios y siente su ser desgarrado por el anhelo insaciable de Dios.

¡Qué terrible si un día me veo yo así!

¡Qué terrible si por mi culpa hago caer en tal desgracia al más pequeño de mis hermanos o hermanas en Cristo!

Tiene que ser algo tremendo cuando un cristiano, a la cabecera o junto al sepulcro de un hermano, quizá de un hombre al que está íntimamente ligado, se ve forzado a reconocer humildemente: Yo soy culpable de muchos de sus pecados. Yo le di malos ejemplos, le seduje. No me cuidé del bien de su alma. Qué espantoso si el muerto abriera sus labios para maldecirnos: ¡Asesino de mi alma!

Esto no puede suceder. Dios no dejará recurso sin mover con tal de apartar de nosotros tamaña desgracia. Basta que nosotros nos abramos a recibir el socorro de lo alto. Cuando nos asuste el temor de que un día nos sobrevenga lo peor, pensemos serenamente que no hay nada que pueda apartarnos del amor de Cristo si ponemos toda nuestra esperanza en Él e invocamos perseverantes su ayuda.

Es bueno hacer entre los familiares y amigos una promesa santa de que en el momento de grave enfermedad se avisará al enfermo con tiempo suficiente y se llamará al sacerdote, no cuando ya no queda nada por hacer, sino cuando todavía se conserva la plenitud de facultades para dar el sí consciente a la gracia sacramental y al

gran compromiso exigido por el sacramento de la unción de los enfermos. Sólo en tales condiciones el óleo santo será para nuestra alma signo de la piadosísima misericordia de Dios que despierta en nosotros el más sincero consuelo y más santo júbilo.

Cada vez que nos dirigimos al altar, al Dios que renueva sin cesar la alegría de nuestro corazón, damos un paso más hacia nuestra morada eterna. En la oración del ofertorio *suscipe, sancte Pater,* «recibe, Padre santo», vamos aprendiendo nuestro sí postrero para aceptar nuestra muerte como participación de la muerte del Señor, y al mismo tiempo confirmamos nuestro deseo de permanecer para siempre en la familia de Dios, de celebrar eternamente el festín de la nueva y eterna alianza.

«Como la cierva suspira por los arroyos de agua viva, así suspira, Dios mío, mi alma por ti. Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo llegaré a contemplar el rostro de Dios?» (Sal 41, 1s).

Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora, para que acojamos la gracia de Dios en el momento presente, y en la hora de nuestra muerte, para que confiados y gozosos vayamos a tu Hijo, nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

MARÍA Y LA IGLESIA

UNA GRAN SEÑAL EN EL CIELO

Una gran señal apareció en el cielo: una augusta mujer, vestida del sol, con la luna a sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas.

Ya está muy cerca su hora, y gime de angustia en los dolores del parto.

Después apareció un segundo portento: un enorme dragón rojo con siete cabezas y diez cuernos, y siete coronas sobre las siete cabezas. Su cola barrió un tercio de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra.

El dragón se plantó ante la mujer a punto de dar a luz para arrebatar al hijo tan pronto como naciera.

Y la mujer dio a luz un niño, el cual está llamado a dominar con cetro fuerte todas las naciones. El hijo fue arrebatado hasta Dios, hasta su trono. La mujer huyó al desierto, donde Dios le había preparado un refugio...

Luego se desencadenó una batalla en el cielo: Miguel con sus ángeles en lucha contra el dragón. El dragón y sus ángeles empezaron la batalla, pero no pudieron resistir el embate y fueron arrojados del cielo. El enorme dragón, la antigua serpiente, el demonio (o calumniador), Satán (el enemigo) como se le llame, el que trae perdido a todo el mundo, fue arrojado sobre la tierra y sus ángeles con él.

Entonces resonó una fuerte voz en los cielos, que decía:

Ésta es la hora del triunfo de nuestro Dios, la hora de su poder y de su imperio, la victoria plena de su ungido...

El dragón, lleno de rabia contra la mujer, se lanzó a hacer la guerra contra los otros hijos de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen su testimonio en favor de Jesucristo (Ap 12).

En las meditaciones sobre los sacramentos, hemos encontrado siempre al lado de Cristo a su esposa, la santa Iglesia. Los sacramentos son el gran regalo nupcial de Cristo a la Iglesia. Comenzaron a existir en el mismo momento en que la Iglesia, nueva Eva, tomaba figura saliendo del corazón del Salvador traspasado por la lanza, es decir, de la «costilla del nuevo Adán». Los sacramentos nos preparan para celebrar un día en la gloria «las bodas del cordero y de la esposa», cuando el Señor que ha de venir llame a su lado a la Iglesia sin mancha ni arruga, revestida del esplendor de la gloria. La celebración de los ritos sacramentales y la vida cristiana alimentada de esa fuente son ya un prenuncio de aquellas fiestas beatificantes.

Cada sacramento es de suyo un signo de la misericordia de Dios y una norma de conducta para nuestra vida. La Iglesia es ambas cosas de una manera más excelente y global. Todos los sacramentos, en efecto, revelan el amor que Cristo nos ha mostrado en su Iglesia y mediante su Iglesia. Ésta, por su parte, en virtud de su íntima unión con Cristo, constituye juntamente con la santa humanidad de nuestro Redentor, el sacramento original o primario que comprende en sí todos los demás.

María, la virgen santísima, es tipo de la Iglesia, su realización personal, y en algún sentido, su corazón. En unión mística con la Iglesia, la virgen María es el gran signo de la gracia de Cristo, *signum magnum gratiae.* Aun no siendo ella en sí un sacramento, María está íntimamente ligada al misterio de los sacramentos, que es el misterio del amor entre Cristo y su Iglesia. He aquí por qué en unas meditaciones sobre los sacramentos y en una espiritualidad sacramental no puede faltar la figura de la Madre. Como diaconisa de nuestra salvación nos podrá introducir mejor que nadie en la riqueza más honda de la vida sacramental.

La virgen santísima es: gran signo de la gracia e instrumento viviente de la divina misericordia, signo de la división escatológica, en unión con Cristo, ley para nuestra vida.

GRAN SIGNO DE LA GRACIA

Los sacramentos son signos del amor y de la gracia de Dios que expresan y producen esa gracia. La virgen María es el signo más elocuente en el cielo de la redención. Resplandeciente como el sol, está ya en cuerpo y alma gloriosos junto al resucitado. En ella la gracia ha alcanzado la meta más excelsa. En la gloria que brilla en su asunción a los cielos tenemos la mejor demostración de la plenitud de gracia que adornaba su alma. La virgen es signo luminoso que desde el cielo nos habla de la riqueza oculta en los sencillos signos sacramentales y de la gracia muchas veces imperceptible bajo el humilde curso de una vida cualquiera. Es que la gracia es realmente germen de gloria inmortal.

Doce estrellas forman su corona. Las doce estrellas pueden significar los doce apóstoles. Los sacramentos están ligados al poder apostólico de la Iglesia. María es *reina de los apóstoles.* A la cabeza del colegio apostólico imploró la venida del Espíritu Santo sobre la Iglesia naciente. Su prerrogativa real es el apostolado, la diaconía de la oración. A semejanza de la madre Iglesia, también María participa como diaconisa de nuestra salvación en el misterio de los sacramentos. Si bien ella no administra ningún sacramento, la virgen María más aún que el sacerdote ministro de los sacramentos, es instrumento viviente del amor divino. La función apostólica prolonga en la tierra la acción misericordiosa de la gracia de Cristo. María se nos ha dado igualmente a los hombres para anunciarnos incansablemente el mensaje dichoso del amor y de la misericordia de Dios y anunciarlo en un lenguaje que llegue más hondamente a conmover nuestro corazón.

Los sacramentos engendran nuevos hijos a Dios. Por ellos Cristo nos hace nacer a la vida de gracia y nos alimenta en el seno de su Iglesia con manjar de vida eterna. Esta vida de la gracia en nosotros guarda íntima relación con María. ¿No fue ella la que engendró a Cristo y la que pudo colaborar al pie de la cruz en la obra de Cristo como diaconisa de nuestra redención?

Todos los sacramentos nos están diciendo que debemos la vida de gracia a la muerte de Cristo. Bajo el árbol de la cruz María cooperó con Cristo engendrándonos a esa vida con grandes dolores.

«La mujer estaba encinta y gritaba a causa de los fuertes dolores que le producía el parto» (Ap 12, 2). A su hijo primogénito lo dio a luz quedando virgen antes, en y después del parto, sin experimentar el más mínimo dolor. Pero desde el principio de la vida del Redentor también ella siguió el camino del sufrimeinto, el único que Cristo obedientemente adoptó para redimir a los hombres. Sintió el dolor de ver que el dueño del universo no encontraba lugar donde nacer. Vio su corazón desgarrado por cruel espada de dolor al escuchar de labios del anciano Simeón la espantosa escisión que ocasionaría su venida. Tuvo que probar el duro pan del destierro huyendo con su Hijo de los dominios de Herodes. Pero, en medida inmensamente superior, tuvo que saborear todo el horror de la pasión, asistiendo al bautismo de sangre con que su Hijo quiso ser bautizado por nosotros y a la apertura de su costado del que con el agua y la sangre brotarían para nosotros torrentes de agua viva. *En la Madre paciente al pie de la cruz, a la cual hace volver nuestra mirada el Redentor agonizante, está presente la Madre Iglesia, la cual nos engendra y alimenta entre tantos dolores y preocupaciones.* Podemos aplicar a la Virgen lo que san Pablo sentía en sí mismo: en ella, como en el sacerdote-apóstol sufre la Iglesia dolores de parto por nosotros hasta que Cristo cobre forma en nuestra vida (cf. Gál 4, 19).

Nuestra Madre María compartió al pie de la cruz con su Hijo el misterio tremendo de la santidad de Dios. Sabía muy bien que estaba en juego el pecado del hombre y el consiguiente peligro de eterna condenación. Y quiso adelantarse a sentir dolorosamente toda la angustia y dolor de la madre Iglesia por sus hijos.

En la virgen María halló cumplimiento lo que la mujer de Tecua contó a David por insinuación de Joab: «Tu sierva tenía dos hijos. Un día pelearon entre sí, y no habiendo allí nadie que los separara, uno mató al otro. Ahora toda mi familia se ha alzado contra tu sierva: quieren quitar la vida al fratricida para vengar la sangre de su hermano e impedir que nazca el heredero. Dígnese el rey salir en mi defensa para que el vengador de la sangre no aumente mi tribulación y mi ruina» (2 Sam 14, 6-11). Con nuestros pecados hemos sido culpables de la muerte del Hijo primogénito. Y fue este mismo Hijo el que desde la cruz pronunció aquellas palabras: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Ella quiso tomar sobre sí el papel de madre, para interceder en favor de los hijos malvados.

María santísima es signo elocuente, el signo más conmovedor para nuestro corazón humano, de la misericordia y amor de Dios. En el Antiguo Testamento se recurre a imágenes maternales para pintar más vivamente el amor de Dios a los hombres: «¿Podrá la madre olvidarse de su hijito?... Pues aunque ella se olvidara, yo no me olvidaría de ti» (Is 49, 15). Dios se hizo hombre para conseguirnos a fuerza de dolores humanos la vida eterna. Todo el amor de las madres es bien poca cosa comparado con el amor que Dios nos tiene. El amor y la compasión de Dios hacia nosotros son asimismo mucho mayores que el amor y la piedad de María. Dios no tiene que esperar a que la Virgen mueva su corazón a misericordia. *Pero para nosotros, los hombres, el amor y la misericordia de Dios se hacen más comprensibles a través de la figura de María.* Ella es el gran signo del amor de Dios que habla fuertemente a nuestro corazón. A muchos que deja impasibles la predicación sobre el cielo y el infierno, llega la hora de la conversión al escuchar un sermón sobre la santísima Virgen. Este efecto convertidor de la predicación mariana prueba sobradamente que la figura de la Madre del Señor es signo eficaz a través del cual comprenden fácilmente los hombres el amor de Dios; es instrumento vivo por cuyo medio se abren a la gracia divina los más endurecidos corazones.

Los ejemplos de las madres terrenas nos permiten imaginar la hondura del amor de Dios. Cuando a principios de febrero del año 1943, poco después de la caída de Stalingrado, huíamos hacia el occidente sin ningún socorro, medio desesperados a través de los crueles campos de nieve, me encontré con unos buenos campesinos rusos que se ofrecieron a cobijarnos en sus cabañas a mí y a quince compañeros heridos, sin hacer el menor caso del riesgo a que con aquel gesto se exponían, pues el poblado distaba menos de diez minutos de la carretera por la que ya avanzaba el ejército rojo. Durante toda la noche, mientras yo me dejaba caer muerto de cansancio en el lecho, aquellos dos ancianos esposos velaron solícitos a los heridos. De madrugada nos ofrecieron nuevamente su mesa y nos ayudaron a ponernos en caminos antes de que pudieran sorprendernos los soldados rojos. Al despedirme no pude menos de preguntar a aquella buena gente: «¿Por qué habéis querido portaros tan generosamente con nosotros, sabiendo que somos alemanes y que hemos causado tantas calamidades a vuestra patria y a vosotros mismos?»

Me respondieron: «Diariamente pedimos a Dios que nos devuelva con vida a nuestros hijos que también se hallan en el frente. Nuestra oración no sería auténtica si no pensáramos igualmente en vuestras madres.»

Éstos son los sentimientos dignos de todas las madres que han tenido que sufrir por sus hijos y que han pedido insistentemente a Dios que les libre de todo mal. María las supera a todas en la hondura y sinceridad de su amor maternal. En la hora en que Dios llegó al sumo de su amor al mundo, ella nos quiso aceptar como hijos: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Desde aquella hora hemos ocupado un lugar en su corazón. Allí, al pie de la cruz comprendió junto con el misterio tremendo de la santidad divina el misterio conmovedor del amor de Dios a los hombres: «Tanto amó Dios al mundo que por él entregó a su Hijo unigénito.» Ella inmoló también a su hijo por nosotros. No se limitó a hacer suya la oración de todas las madres por la salvación de sus hijos. Quiso ser ella misma madre nuestra. Nadie mejor que ella podrá comprendernos. Y nadie mejor que ella nos ayuda a comprender la bondad de Dios. Viendo su solicitud maternal podemos pensar: «*¡Qué bueno será Dios, si es ya tan buena su madre! ¡Qué bueno es el Señor que ha querido poner nuestra vida bajo el signo de la misericordia maternal de María!*»

La auténtica devoción a la santísima Virgen debe inducirnos a reproducir su imagen en nuestro corazón y hacer todo lo posible para que viendo nuestra solicitud fraternal puedan nuestros prójimos elevarse a pensar inmediatamente: «¡Cuánto más bueno será Dios!»

SIGNO DE DIVISIÓN ESCATOLÓGICA

Los sacramentos son signos eficaces de la plenitud de gracia que caracteriza los últimos tiempos. Por la misma razón son también signos que anuncian y realizan la separación entre los hombres según su diversa actitud ante el reino de Cristo. Los sacramentos, como la predicación de Jesús, están pidiendo una decisión en favor o en contra de Cristo.

La virgen María se nos ha dado a nosotros como signo de esta separación escatológica que la venida de Cristo provoca en los es-

píritus. Así nos lo enseña el vidente de Patmos al cual confió el Señor desde la cruz una mayor comprensión del misterio mariano que a los demás apóstoles. El evangelista san Juan, el discípulo predilecto, nos ha descrito la lucha final entre «la mujer y su prole» y «el dragón y su descendencia». Ella nos dio a luz a aquel que «ha de regir a todos los pueblos con fuerte cetro» (Ap 12, 5). «El dragón se puso ante la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar al niño tan pronto como naciera» (Ap 12, 4).

Desde aquellas horas angustiosas en que fue llamando a todas las puertas de Belén buscando asilo para el hijo que había de nacer, comprendió María que el mundo cerraría sus puertas a Cristo. El anciano Simeón con motivo de la presentación, cuando ella llevó al templo a su Hijo que era también su redentor, se refería asimismo a la lucha final, a la escisión que aquel Hijo provocaría en los hombres: «Éste está destinado a ser causa de caída y resurrección para muchos en Israel. Y tu alma será traspasada por espada de dolor» (Lc 2, 34s). Ella tuvo, en efecto, que experimentar la furia de los espíritus infernales desencadenados contra su Hijo cuando el enfurecido Herodes buscó al niño para darle muerte. Ella estuvo al pie de la cruz en aquella hora en que el infierno parecía triunfar en toda la línea, cuando los discípulos huían, cuando la muchedumbre claudicaba y cuando los grandes del pueblo se mofaban sardónicamente: «¡Ea, baja de la cruz!» (Mt 27, 40). Pero «su hijo fue arrebatado hasta el trono de Dios» (Ap 12, 5). Y ¿esa lucha ha terminado ya? La victoria está ya segura, pero Satán no descansa.

Dios nos ha mostrado en Cristo todo su amor. En la cruz, muerte y resurrección de su Hijo unigénito nos ha declarado sin lugar a duda su voluntad decidida de salvarnos. ¿Qué otra prueba podría darnos de su amor? Pero juntamente nos ha revelado las exigencias ineludibles de su santidad. El amor de Dios requiere una decisión firme por nuestra parte. Si Cristo no hubiera venido y no nos hubiera mostrado un amor tan extraordinario, la maldad del mundo no sería tan grande. Por su parte, Satán no se encontraría con un enemigo tan poderoso, que le obliga a concentrar todas sus energías si pretende conseguir algún reducto. Todo hijo de María y de la Iglesia que ha sido engendrado a la vida divina en las aguas del santo bautismo, es presa que el demonio ansía conquistar con toda clase

de armas. «El dragón ardió de rabia y declaró guerra sin tregua a los otros hijos de la mujer» (Ap 12, 17).

En esta lucha a muerte María y la madre Iglesia son nuestra confianza. La Virgen vestida del sol es nuestra protectora frente al espíritu de la mentira. Al mismo tiempo la devoción a María nos lleva a mantenernos firmes en nuestra devoción a la Iglesia. Así como no puede tener a Dios por Padre, quien no quiere tener a la Iglesia por madre, tampoco puede tener a María por madre y protectora quien no piensa y siente con la Iglesia. Solamente el sentido de Iglesia nos librará de sucumbir al espíritu de la mentira que intenta inficionarnos el «espíritu del mundo» de manera paulatina y solapada. La Iglesia es baluarte firme de la verdad. «Los poderes infernales no podrán conquistarla» (Mt 16, 18). «La mujer huyó al desierto» (Ap 12, 6.14). La Iglesia sigue presente en el mundo pero huye del espíritu del mundo, y por eso éste la combate sin descanso y la llena de continuos ultrajes. Si queremos disfrutar siempre de la dulce seguridad del seno de María y de la Iglesia, hemos de poner sumo empeño en no ceder bajo ningún pretexto al espíritu del mundo, tras el cual está siempre Satán, el espíritu de la mentira.

De igual manera, es imposible pedir con sinceridad y desde luego con esperanza la protección de la santísima Virgen, si no se procura seguir las indicaciones de la madre Iglesia. Es una injuria a nuestra celestial protectora invocarla de labios afuera para implorarle nos libre de todo peligro mientras seguimos exponiéndonos innecesariamente al peligro de pecar. En la lucha a vida o muerte entre el dragón y la mujer, no es posible quedarse neutrales y menos colaborar en el mismo plano que los hijos del mundo: no se puede jugar con fuego; no se pueden admitir indiferentemente toda clase de imágenes en el cine, en las revistas ilustradas, en la televisión; no se puede tragar todo lo que venga y pretender, sin embargo, conservar la vida de oración y la verdadera devoción a la santísima Virgen, con el corazón inmaculado y virgen del espíritu del mundo. ¡Menuda ilusión y menudo engaño!

La Iglesia y la santísima madre de Dios podrían repetirnos las palabras de san Pedro: «Hermanos, estad alerta; que el demonio gira en torno vuestro como león rugiente buscando a quien devorar» (1 Pe 5, 8s). Y los cristianos llamados a ocupar un lugar más destacado en esta lucha de Cristo contra el dragón, han de estar más

en guardia contra las tentaciones y ataques del demonio. Así, por ejemplo, un convento en el cual florece la santidad, sabe muy bien el enemigo que representa en la lucha un baluarte temible y por eso hará lo imposible por conseguir que no se introduzca en él el espíritu del mundo, espíritu de crítica, de discordia, de vanidad, de envidia y celos, espíritu de comodidad. Igualmente conoce bien el demonio lo que representa un solo sacerdote para la causa de Cristo. Por eso ha de estar más alerta, siguiendo la exhortación que como a Pedro y los apóstoles le dirige el Señor: «Satán ha pedido poder sacudiros como al trigo» (Lc 22, 31). Pero el Señor oró por sus apóstoles para que su fe no vacilase. Al mismo Pedro, aun después de haber sucumbido en la gran hora de la tentación, le encomendó la misión de fortalecer a sus hermanos (Lc 22, 32). Y en la persona de san Juan, confió a todos los hombres, pero especialmente a sus sacerdotes y a sus colaboradores más directos en la viña de la Iglesia, a la protección maternal de su Madre (Jn 19, 26s). No tenemos, pues, por qué temer si permanecemos fieles a estas dos consignas: luchar noble y resueltamente contra las argucias de Satán e implorar confiadamente la ayuda de lo alto siempre unidos con la Iglesia y con María. Así no habrá nada que pueda apartarnos del amor de Cristo.

«Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios. No deseches nuestras súplicas en los momentos de peligro; antes bien, líbranos de todo mal, oh Virgen gloriosa y bendita.»

A todos los pobres pecadores, y muy especialmente a aquellos hombres confiados a nuestros cuidados, encomendémoslos a la maternal protección de la santísima Virgen. Es la representación más cordial de la misericordia divina. Es nuestra enseña en la lucha, que nos anima a pelear con denuedo y sin concesiones al adversario, pero también con una confianza absoluta pues sabemos que bajo su amparo triunfaremos.

María, *la «humilde sierva», es la triunfadora del espíritu del orgullo.*

En medio de la guerra mortal entre la «mujer y su descendencia» contra la «serpiente y la suya», Dios interviene para salvar al Hijo de María llevándoselo a su trono. En la resurrección y glorificación de Cristo a la diestra del Padre tenemos la respuesta que recibe de parte de Dios Padre la humillación y la obediencia del Hijo hasta la muerte para la mayor gloria del Padre. «Se anonadó, tomando forma de siervo y fue hecho obediente hasta la muerte, hasta la muerte de cruz. Por eso Dios lo ensalzó y le dio un nombre que está sobre todo nombre» (Flp 2, 7ss). Este misterio de la exaltación como premio de la humillación se verifica también en María. El vidente de Patmos contempló siete señales en el cielo: La mujer vestida del sol y el dragón, cuyo nombre es Satán, precipitándose desde el cielo. Quiere decir que la virgen humilde fue ensalzada, mientras el orgulloso ángel era arrojado de su trono.

Muchos teólogos son de la opinión de que la prueba de los ángeles consistió en exigirles servicio y adoración no solamente a Dios resplandeciente en el fulgor de su divinidad, sino también al Verbo hecho hombre y nacido de la humilde virgen María. Entonces, un grupo de ángeles rebeldes no se habrían sometido a esta postración ante la figura de Cristo en forma de siervo. El orgullo perdió a parte de los ángeles. ¿No fue igualmente el orgullo lo que perdió a Adán y a Eva y lo que con el pecado les ocasionó todos sus males? La tentación es siempre la misma: a Dios sí le obedecemos, pero a los hombres que le representan ante nosotros, a los representantes humanos de su autoridad, ya es otra cuestión. Por eso la humildad de Cristo, la humillación radical de su encarnación, fue la gran novedad, que cambió de golpe la historia de la humanidad. Y junto a Cristo, María es otra viva estampa de humildad. En virtud de esta su postura fundamental ante Dios, es ella, la virgen humilde, la gran señal de victoria que aparece en el cielo en contra del espíritu del orgullo.

Triunfaremos en la lucha contra el demonio si no construimos sobre nosotros mismos y si hacemos de la humildad nuestra bandera: «El poder de Dios alcanza su mayor rendimiento en medio de la debilidad» (2 Cor 12, 9). Cuanto más reconozcamos nuestra propia debilidad y nuestra pequeñez, tanto más sentiremos la fuerza de Dios concentrarse sobre nosotros. «Pues cuando me siento más débil, es cuando soy más fuerte» (2 Cor 12, 10). He aquí por qué la humilde esclava, la virgen María, tan ensalzada por Dios, tan colmada de toda gracia, precisamente por haber estado totalmente vacía de sí misma, sí, ella, la llena de gracia, puesta en lo alto del cielo como señal de segura esperanza, nos ayuda a comprender mejor la ley fundamental de los sacramentos. Ellos son también signos de esta lucha específica de los últimos tiempos. Son igualmente seña-

les de victoria. Pero no recibimos su fuerza, sino cuando dejamos de construir sobre nosotros mismos para esperarlo todo confiadamente de la gracia de Dios. Todo lo esperamos de Dios, pero Dios ha querido guardar siempre el orden de las causas segundas. No quiso realizar la encarnación sin la cooperación de la humilde virgen de Nazaret. Podía haberlo hecho, y no quiso hacerlo. De igual manera, ha querido servirse de los sacramentos como de otros tantos instrumentos y signos de su gracia. Pero aun en esta economía es Él quien ha de dar el primer paso. Crecemos en la medida en que esperamos menos de nosotros mismos y en la medida en que nos entregamos plenamente con absoluta humildad y confianza a la gracia de Dios.

Así pues, en los sacramentos, que son signos humildes a través de los cuales difunde Dios las maravillosas riquezas de su gracia, signos eficaces que nacieron del anonadamiento y de la muerte de Cristo, como también en la mujer que apareció como gran señal en los cielos mientras el orgulloso dragón era arrojado al abismo, nos enseña Cristo la misma verdad contenida en la primera bienaventuranza: de los pobres de espíritu será el reino de los cielos, esto es, de aquellos que están ante Él en humilde actitud como quien se inclina ante el poderoso en demanda de sus mercedes; y son estos pobres o humildes de corazón los que ya desde ahora pueden experimentar las fuerzas liberadoras del reino de Cristo. De los humildes será la victoria en esta lucha tremenda entre el reino de aquel que quiso tomar forma de siervo y practicar la obediencia hasta la muerte y el espíritu orgulloso que, al grito de «No serviré», fue arrojado de su trono cercano a Dios.

MARÍA, CAMINO HACIA LA NUEVA LEY

«Camino, verdad y vida» y plenitud de la nueva ley no puede ser sino Cristo. Él nos mostró el camino con su ejemplo y con sus palabras. Él nos abrió la puerta de la vida mediante su muerte y resurrección, y nos la difunde mediante los signos santos de los sacramentos. Mediante ellos graba su ley en nuestros corazones. Con la gracia de los santos sacramentos nos da además la fuerza, el impulso para cumplir la nueva ley de gracia que rige nuestra vida.

Junto con los sacramentos, Cristo se sirve de su Madre para comunicarnos esta nueva vida y para indicarnos, en este signo excelente de su poder y de su misericordia, el camino de la salvación.

Imitando a María, aprendemos mejor a ver en ella un signo de la misericordia divina, un signo de victoria en la lucha. Practicando la misericordia en nuestra vida, poniendo toda nuestra existencia al servicio de la salvación de nuestro prójimo, demostramos palpablemente que somos hijos de tal madre. Y cuando hayamos hecho de la humildad de María la ley fundamental de nuestra vida, tendremos abierto para nosotros el misterio de la humildad de Cristo, es decir, nos será accesible el misterio de su cruz y de su triunfo.

Los sacramentos no producen su efecto sino por virtud de Cristo. Él es quien sigue actuando a través de ellos. Todo el lenguaje simbólico de los sacramentos ha de entenderse referido totalmente a Cristo. Lo mismo podremos decir de María. La plenitud de gracia que poseyó su alma es un himno de alabanza al poder y a la bondad de Dios. Como hijos de María, hemos de ver el sentido de nuestra existencia y de nuestras obras en una ininterrumpida referencia a Cristo: vivir para Cristo, trabajar para Cristo, hasta el punto que Cristo sea de verdad el grande y definitivo porqué de toda nuestra vida.

Cuanto más imitemos a la Santísima Virgen en vaciarnos de nosotros mismos, tanto más nos capacitaremos para la acción de la gracia divina en nosotros y más fácilmente podrá utilizarnos Dios como instrumentos vivientes de su gracia y de su amor.

Te alabamos, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque en María y en la maternal solicitud de la Iglesia, nos has dado una señal tan comprensible de tu gracia y de tu ternura hacia los hombres. Ayúdanos a mirar confiadamente a la Iglesia, madre nuestra sobre la tierra, y a María santísima, intercesora nuestra en los cielos, para que así logremos la dicha de gozar eternamente de ti en la gloria, por Cristo nuestro Señor.

Parte tercera

EL GRANDIOSO HIMNO DE LA LEY DE CRISTO EN UN CORO DE SIETE VOCES

LA ABNEGACIÓN IMPUESTA POR LOS SACRAMENTOS

A partir de entonces — de la confesión de Pedro y de la promesa del primado —, *comenzó Jesús a explicar a sus discípulos que tenía que dirigirse a Jerusalén y allí padecer mucho de parte de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas de la ley; que allí sufriría la muerte y que al tercer día había de resucitar.*

Entonces Pedro le tomó aparte y comenzó a disuadirle: «Dios te libre, Señor. Eso no puede ser.» Pero Jesús se volvió y le dijo: «Lejos de mí, Satán. Tú quieres hacerme tropezar. Tus pensamientos no son conformes con los de Dios. Juzgas en plan puramente humano.»

Y dirigiéndose a sus discípulos, prosiguió Jesús: «El que quiera seguirme, tiene que renunciarse a sí mismo; que tome su cruz y que me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mi causa, ése la encontrará» (Mt 16, 21-25).

Después de haber llegado Jesús, con paciencia a introducir a sus discípulos en el misterio de su filiación divina, comenzó a iniciarles en el misterio incomprensible de su pasión. El reconocimiento de Jesús como hijo del Dios vivo debía ser un paso previo que hiciera más comprensible el anonadamiento y la cruz. Y sin embargo, Pedro, que pudo reconocer entusiasmado la divinidad de su Maestro: «Tú eres Cristo, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16, 16), no pudo hacerse a la idea de que un día Jesús sería sometido a muerte ignominiosa. Con idéntico fuego con que confesó su digni-

dad mesiánica, replica ahora: «Eso no puede suceder.» Y aun cuando el Maestro le corrige severamente aquel entusiasmo: «Apártate de mí, enemigo», el apóstol sigue interiormente aferrado a su protesta. Prueba de que la fe en el sufrimiento y en la extrema renuncia por que debía pasar el Maestro, no habían echado raíces en el alma del apóstol, la tenemos en su reacción en el huerto cuando saca la espada para defenderle (Mt 26, 51). Y precisamente porque en el fondo de su corazón no quería saber nada de aquel Cristo de oprobio y dolores, fue capaz de afirmar a la vista de su Señor cubierto de salivazos: «No le conozco» (Mc 14, 71).

Nosotros estamos ya tan hechos a la idea de que Cristo tenía que padecer por nosotros que la meditación de sus sufrimientos no nos impide la fe en su divinidad. Quizá para muchos fuera mejor que esta verdad no se repitiera tanto, a ver si de este modo se conmovía su falsa seguridad. Hoy ya nos parece casi normal que el Señor se ofrezca a padecer en lugar de los esclavos. Solamente nos revolvemos cuando el Señor traza para nosotros el mismo camino que escogió para sí: «El que esté dispuesto a seguirme, que se niegue a sí mismo, que tome todos los días su cruz y que me siga» (Lc 9, 23).

Esto ha de quedar absolutamente claro: si hemos dado noblemente nuestro sí al Cristo clavado en la cruz, al Cristo abrazado con la extrema pobreza y con la más radical obediencia, hemos de dar también un sí incondicional a esta lógica consecuencia: como discípulos suyos hemos de someternos a la misma ley que el Maestro. Esto fue lo que comprendió Pedro cuando se encontró con la mirada triste y amorosa de Cristo y cuando sintió que el Espíritu Santo cambiaba su alma: «Cristo quiso padecer por vosotros y os ha dejado un ejemplo a fin de que sigáis sus huellas» (1 Pe 2, 21). «Queridos míos, no extrañéis el incendio que ruge en medio de vosotros como si fuese algo anormal. Alegraos, más bien, pues os cabe en suerte participar de la pasión de Cristo, a fin de que un día en la revelación de su gloria podáis alegraros sin fin. Si ahora por fidelidad al nombre de Cristo sufrís tales oprobios, sois dichosos en verdad, porque el Espíritu de la gloria, el Espíritu de Dios reposa sobre vosotros» (1 Pe 4, 12-14).

El Señor no ha querido enseñarnos sólo de palabra la ley de la abnegación. La ha querido grabar en nuestros corazones con la

escritura a fuego vivo del Espíritu Santo: por medio de los sacramentos nos hace participar del misterio de nuestra redención, nos introduce en el misterio de su pasión y por tanto también de su gloria. Todos los sacramentos, juntamente con la gracia, nos dan algo más: nos imponen el deber urgente de la abnegación de nosotros mismos, de la mortificación de nuestra carne; cada sacramento de una forma y con un matiz particular.

EL BAUTISMO Y LA MORTIFICACIÓN

El bautismo significa un «morir juntamente con Cristo» (Rom 6, 8). La medida de este morir con Cristo, es decir, de la mortificación de nuestros apetitos y afectos, es también la medida de nuestra «participación en la vida de Cristo» (Rom 6, 8). Como bautizados tenemos dos títulos que nos impulsan a esta guerra de vida o muerte contra las «obras de la carne» o, lo que es lo mismo, contra el hombre viejo, contra nuestro egoísmo y nuestro endiosamiento que no sólo domina nuestra vida particular sino también el ambiente en que nos movemos. Hemos de combatir contra este enemigo capital del reino de Cristo, primeramente porque *estamos en todo momento expuestos a la tentación de recaer en ese género de vida* que debió acabar en nuestro bautismo. Cristo nos ha dado la fuerza para triunfar de este peligro. Hemos de salir al campo de batalla conscientes de que no peleamos solos; peleamos con Cristo contra su mayor y constante enemigo, ya que — y ésta es la segunda razón — por el bautismo estamos interiormente hechos una misma cosa con Cristo. Se trata, pues, de la guerra de Cristo y nosotros salimos al campo de batalla en santa y misteriosa solidaridad con nuestra Cabeza y con todos nuestros prójimos.

Es *lucha a vida o muerte* contra los apetitos del hombre viejo. El pecado de Adán ha traído la muerte al mundo. Ese pecado funesto sigue actuando como principio del mal en todos aquellos que se dejan vencer por el pecado. Cristo quiso lanzarse al combate contra este enemigo y le venció a costa de su vida y de la última gota de su preciosa sangre. A costa de tan caro precio venció Cristo al pecado y a la muerte. Nuestra lucha contra los apetitos torcidos ha de seguir esta suerte; no es posible contemporizar. Nos lo dice

bien claramente el apóstol a continuación de sus enseñanzas sobre el santo bautismo: «Pensad que vosotros estáis muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús. Por eso el pecado ya no puede tener dominio alguno sobre vuestro cuerpo mortal, no podéis seguir los apetitos del cuerpo... El pecado ya no ha de tener poder alguno sobre vosotros» (Rom 6, 11-14). «Hermanos, ya no estamos sujetos al hombre carnal para vivir según él. Así que si os empeñáis en seguir viviendo según la carne, *moriréis;* en cambio, si mediante el Espíritu *mortificáis* los impulsos del hombre carnal, *viviréis*» (Rom 8, 12s).

Dos formas de vida luchan sin tregua por imponerse en el hombre: por un lado, la vieja y funesta tentación de afirmarse contra Dios y pretender bastarse el hombre a sí mismo; ya sabemos la consecuencia: el pecado, y del pecado la muerte; por otra parte, está el nuevo tipo de vida que alcanzó su triunfo con la muerte de Cristo, el cual quiso ofrecerse a sí mismo en holocausto perfecto para gloria del Padre y la salvación de todos los hombres. ¿Resultado? La etapa siguiente de esa historia nos lo dice claramente: resurrección, y de la resurrección, gloria sin término. Lo dijo el Señor: el que viva encerrado en sí por no perder su vida, la perderá de hecho; en cambio, el que por amor a Cristo y por el evangelio se entrega generosamente, logrará la salvación (cf. Mc 8, 35).

Pero como bautizados no luchamos solamente contra nuestros apetitos y nuestro torpe egoísmo porque éstos son obstáculos que pueden quitarnos la vida divina en nosotros. *En unión con Cristo luchamos igualmente por el bien y la salvación de nuestros hermanos.* La abnegación cristiana supone una voluntad pronta a aceptar todos los sufrimientos que nos exija la salvación del prójimo. Como Cristo, también nosotros hemos de luchar y sufrir por todos los que nos rodean. «Estoy con Cristo clavado a la cruz. Ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 19). «Llevo en mi cuerpo las heridas de Cristo» (Gál 6, 17). Esto puede decirlo todo bautizado usando las mismas palabras de san Pablo; puede y debe decirlo, al menos fundamentalmente. El carácter bautismal y la vida de la gracia que hemos recibido en el santo bautismo, nos han asociado con Cristo y nos han lanzado así a la lucha que Él y nosotros tenemos empeñada contra los poderes del mal. Aunque la «carne», los deseos del hijo de Adán, se alcen en ocasiones contra las exigencias del espíritu (cf. Gál 5, 17), en virtud del bautismo estamos ya radicalmente y sin género de duda de lado de Cristo.

Todos los sufrimientos que nos imponemos en esta lucha contra los apetitos del hombre viejo, y en general todos los padecimientos de nuestra vida a los que por amor de Cristo damos un sí generoso, participan por voluntad del mismo Cristo de la virtud redentora de su pasión. Por eso dice el apóstol: «Ahora me alegro de padecer por vosotros, y completo en mi carne lo que todavía falta a la pasión de Cristo. Todo sea en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 24).

El poder redentor de la pasión de Cristo es tan extraordinario que por ella todos los padecimientos del cristiano, y entre ellos también el mismo penoso esfuerzo de la lucha contra las torcidas tendencias de la naturaleza dañada, vienen a ser una prolongación de los frutos de la redención. De algún modo se puede decir que Cristo vuelve a revestir en nosotros un cuerpo para sufrir así nuevamente por medio nuestro en favor de nuestros prójimos.

CONFIRMACIÓN Y MORTIFICACIÓN

Por medio de la confirmación nos equipa el *Espíritu de fortaleza* para la dura lucha que combatimos en estos últimos tiempos no solamente contra la carne y la sangre sino incluso contra los mismos poderes cósmicos, contra las potencias y príncipes de este mundo tenebroso, contra las fuerzas sobrehumanas que infestan la atmósfera (Ef 6, 12). Por la fuerza del Espíritu Santo salimos bien equipados para esta lucha como cristianos adultos que conocen todas las artimañas del enemigo maligno.

San Pablo compara esta lucha nuestra contra los poderes del mal, que combaten en torno a nosotros y en nosotros mismos, con la lucha en el circo, y pide de nosotros un entrenamiento semejante al que se requiere para las competiciones atléticas. Los héroes de los juegos antiguos, y de los deportes modernos, se esforzaban por conseguir una corona que pronto se marchita, por alcanzar un poco de gloria terrena; y sin embargo, a qué ruda ascética se someten: «Los atletas se privan de todo» (1 Cor 9, 25). Hoy día el entrenador de un equipo deportivo impone idéntica disciplina a sus hombres; les

prohíbe, por ejemplo, estrictamente la nicotina y el alcohol, y otras muchas cosas.

En la lucha cristiana, para la cual nos «prepara» el Espíritu Santo, Espíritu de fortaleza, se trata de conseguir un resultado de mucha mayor trascendencia; se trata de la causa de Cristo, de salvar para la vida eterna nuestra vida divina. El enemigo no descansa a fin de conseguir que los luchadores de la causa de Dios sucumban a su indolencia, a su egoísmo, a la esclavitud de sus propios gustos, a la tentación de la discordia y de la división entre ellos. Solamente quien está siempre en guardia para reprimir inmediatamente todos los movimientos torcidos, hará frente cerrado al adversario. El apóstol de las gentes compara su propia postura personal con la de los luchadores en la palestra: «Así corro yo también, teniendo siempre muy clara la meta delante de mí; soy como un luchador que no tira golpes al aire; no, sino que golpeo mi propio cuerpo y lo reduzco a esclavitud, no sea que después de tanto predicar a los demás, quede yo descalificado» (1 Cor 9, 26s).

¿Qué hemos de figurarnos cuando alude Pablo a esos golpes estudiados que él mismo se propina para no perder su combate por Cristo? La expresión está tomada del lenguaje de la lucha y quiere decir ante todo que el apóstol sabe aprovecharse con ventaja de todas las oportunidades para atacar al adversario por su lado flaco. De esta forma, se propugna una ascética de luchador que sabe aprovechar con puño vigilante el *kairós*, es decir, la ocasión más propicia para abatir al «hombre viejo», en oposición clarísima a otro tipo de ascética rutinaria, estereotipada que se construye al margen de las exigencias y ocasiones de la vida real. Del estudio de la Sagrada Escritura podemos deducir las líneas maestras de la estrategia que este gran atleta del seguimiento de Cristo utilizaba en sus combates espirituales:

«Por no poner tropiezo a la predicación del evangelio» (1 Cor 9, 12), renuncia a su derecho de ser mantenido por las comunidades a las que servía con absoluto desinterés. No sólo trabaja para procurarse el pan cotidiano, aunque para ello tenga que pasar las noches realizando su tarea de tejedor, sino que además renuncia a los servicios de un «ama de casa» (1 Cor 9, 4-18). Como confirmados y consagrados, ¿no deberíamos fomentar especial devoción a san Pablo, implorando su intercesión a fin de que no se establezcan más *prebendas* en la Iglesia de Dios? El concilio ha sentado las bases para resolver a este respecto numerosos problemas de adaptación y estas medidas exigirán a muchos un fuerte espíritu de renunciamiento. ¡Cuánto mejor sería en algunos casos, en vez de las disciplinas, mortificarse renunciando a derechos de estola y estipendios, a fueros y privilegios, si así lo exige el servicio al evangelio! El fiel servidor del evangelio, el fiel testigo de Cristo, no es el funcionario a sueldo fijo que cobra por toda función sus honorarios, sino el mensajero desinteresado que se encarga con gusto aun de aquellas tareas que «no producen» rédito alguno. Cada uno de nosotros, y algunos grupos de la Iglesia, hemos de preguntarnos seriamente ante el ejemplo del apóstol y a la luz de la gracia de la confirmación, que no nos consiente andar pegando golpes al aire, si en este terreno asestamos fuertes y «bien asentandos golpes» al hombre viejo.

Nuevamente el apóstol de las gentes, el entusiasmado cantor de la libertad de los hijos de Dios, se mantiene en la más absoluta libertad frente a todos «para poder hacerse siervo de todos y así ganar el mayor número posible» (1 Cor 9, 19). Es cierto que Pablo no hace de su vida como «sacerdote obrero» norma para todos; al contrario, defiendo el derecho fundamental del apóstol a una decorosa manutención; pero por encima de todo está siempre la causa y la difusión del evangelio. Idéntica actitud observa ante el problema de las diversas culturas. Así, se muestra inexorable contra los judaizantes que pretendían hacer de las costumbres judías ley universal, intentando subordinar, aunque más o menos inconscientemente, la predicación del evangelio a las normas de la tradición y cultura judías. Sin embargo, llegada la ocasión, no tiene reparo en portarse «como judío ante los judíos, a fin de ganar también a los judíos» (1 Cor 9, 19s), como no lo tendrá en acomodarse a otras formas de vida contrarias a las leyes mosaicas. En ningún caso recurre a argumentos sobre las exigencias de una cultura superior, cuyos valores hay que defender a toda costa; gustoso se «hace débil con los débiles, para ganar a los débiles, todo por el evangelio a fin de participar de sus bienes» (1 Cor 9, 22s).

Esta ascética sí que es hoy tan actual como en los tiempos del gran apóstol. ¡Qué ejemplo tan digno de imitación por parte del sacerdote y de los apóstoles seglares de nuestros días! Sólo mediante

una radical abnegación de sí mismos llegarán a simpatizar con la idiosincrasia de otros grupos sociales y de otras culturas, y solamente la simpatía auténtica logrará tender los puentes para unir extremos distantes. Qué otra sería la fuerza de nuestra predicación si imitáramos todos el ejemplo de san Pablo, el ejemplo de los «hermanitos» y «hermanitas» del padre Foucauld. La experiencia histórica nos dice que muchas veces han sido objeciones de estado o de cultura lo que ha impedido la difusión del evangelio. Hemos de estar muy precavidos, muy alerta para no dar un valor absoluto a cosas que son puro detalle, pura quincalla humana. Bien estamos necesitando esos golpes certeros de que habla san Pablo y no precisamente contra los demás sino contra nosotros mismos, contra nuestros juicios e ideas muy a ras de tierra, muy humanos.

Así, por ejemplo, cuántas veces no tendría que negarse a sí mismo un cristiano que se propusiera seguir a rajatabla el principio del apóstol: «Si por lo que yo como, se escandaliza mi hermano, líbreme Dios de comer carne; que no quisiera poner un tropiezo a mi hermano» (1 Cor 8, 13). Una conciencia delicada que evita todo cuanto puede obstaculizar la salvación del prójimo nos dará juntamente la medida de nuestra mortificación cristiana. Y viceversa, sólo mediante un fino espíritu de abnegación se consigue un ánimo solícito para evitar cualquier herida al prójimo y no crearle una desviación en su conciencia.

Después de haber naufragado tres veces, después de haber pasado todo un día y una noche luchando con las olas (cf. 2 Cor 11, 25), no faltaría un psicoterapeuta que afirmase solemnemente la formación de un complejo insuperable ante un nuevo viaje por mar. Pero Pablo tiene una visión en la cual escucha este grito angustiado: «Ven y ayúdanos», y su celo por las almas supera todos los estímulos del subsconciente y toda imaginaria preocupación por su vida. «Al instante se puso a buscar pasaje en un barco hacia Macedonia» (Act 16, 9s). Nada le arredraba.

La discusión y ruptura con su viejo amigo Bernabé a causa del primo de éste, Juan Marcos, tuvo que ocasionar profunda herida en el corazón del apóstol (cf. Act 13, 13; 15, 36-40). Al joven Marcos le había impresionado fuertemente toda aquella serie de persecuciones, flagelaciones y encarcelamientos. No se sentía animado de la misma resistencia sobrehumana que admiraba en Pablo. Sin embargo, tras una breve retirada, el celo de las almas y también la entusiasta veneración por aquel gran luchador de Cristo, le impulsaron a ponerse de nuevo a su lado. Pero Pablo se mostró duro, intransigente y no se sometió al juicio más sereno y experimentado del dulce Bernabé, a quien tanto debía. Hablando naturalmente, Pablo se habría encastillado en su opinión aferrado a las razones que parecían justificar su despedida y oposición al joven desertor. Pero no fue así. El atleta de Cristo sigue luchando contra sí mismo después de pasar por el trance de la separación. Y solamente gracias a esta lucha sin tregua que dirige contra el hombre viejo, asestándole en todo momento golpes certeros, es capaz de reconocer sin amargura que Bernabé tenía razón al descubrir en el joven Marcos más valores que él había sospechado. Posteriormente, el apóstol lo recomienda a las comunidades: «Os saluda Marcos, el primo de Bernabé, sobre el cual ya os he dado instrucciones. Hacedle buena acogida cuando llegue a vosotros» (Col 4, 10). Incluso le invita a colaborar con él: «Tráete a Marcos contigo. Es un precioso colaborador» (2 Tim 4, 11).

Estas tensiones son normales en el apostolado. Pero con espíritu de abnegación se superan fácilmente las divergencias y la misma diversidad de temperamentos y puntos de vista contribuyen al éxito del ministerio.

Otro golpe duro que tuvo que infligir san Pablo a los impulsos de su hombre viejo fue el recibimiento que le hizo la comunidad de Jerusalén cuando él se presentó a ella con una abundante colecta de la caritas de entonces. ¡Qué recibimiento tan distinto del que él se había figurado! Es verdad que no esperaría ser nombrado algo así como «canónigo honorario» del capítulo catedralicio de Jerusalén. Poco le importaban a él los títulos y las prebendas. Pero alguna muestra visible de veneración por parte de la comunidad cristiana más antigua le parecía que contribuiría grandemente al éxito de su apostolado y particularmente a la causa de la unidad entre todos los cristianos. Y en cambio, se encontró que por todo recibimiento le echaban en cara antiguas acusaciones de poco entusiasmo por la ley (en lenguaje de hoy, diríamos que le acusaron de simpatizar con los postulados de la «ética de la situación»). Tras aquel viaje tan fatigoso, le ponen a prueba: debe someterse a toda una serie de ceremonias de purificación típicamente mosaicas, junto con un par de celo-

sos judeocristianos, a los que incluso deberá entregar la suma de dinero que ellos hicieron voto de ofrendar. Aquello era ya el colmo. ¿Quién de nosotros no hubiera pegado un puñetazo en la mesa? Pero Pablo miraba ante todo a la causa de la unidad y de la caridad. Él ni pensó lo que a nosotros quizás al punto se nos hubiera ocurrido: que aquella condición era una acusación solapada de que se habría guardado algo del dinero de la colecta en su bolsillo. Pero Pablo no conocía estas intenciones; con una tremenda carga de buena voluntad, se hizo cargo de las acusaciones y cumplió lo que le pedían (Act 21, 20-26). Aquí se advierten claramente los «frutos del Espíritu». ¡Hasta qué punto hace libres a los hombres la entrega apasionada al reino de Dios!

Finalmente, el confirmado, que ha recibido el espíritu de fortaleza, ha de estar pronto hasta para el *martirio*. Esta disposición extrema exige de él un ejercicio continuo del renunciamiento, de la mortificación, de la paciencia. El recuerdo de los horribles sufrimientos a que son sometidos los mártires de nuestros días bajo la crueldad impía de regímenes totalitarios ha de servir para que siempre vivamos interiormente libres y aprestados para toda clase de combates.

PENITENCIA Y MORTIFICACIÓN

El camino del arrepentimiento y de la penitencia es camino de dolor. Y eso aunque este sacramento es la gran ventura del cristiano que después del bautismo tiene la desgracia de cometer un pecado mortal. Pobres de nosotros si no tuviéramos esta segunda tabla de salvación. El pecado causa al hombre el mayor mal, pues le entrega a la esclavitud de sus torpes apetitos que nunca se darán por satisfechos. Por el pecado el hombre se convierte en esclavo de Satán. Al hombre pecador se le abre sólo un camino hacia la libertad y éste camino es el de la abnegación de su hombre viejo. Cristo no nos cura del pecado, ni nos libera de la esclavitud del demonio si nosotros no luchamos por ser libres y no *participamos del valor expiatorio de su pasión*.

El sacramento de la penitencia nos asimila interior y también exteriormente, mediante la acusación y la penitencia que son actos externos, con la pasión de Cristo y de modo especial con su agonía

en Getsemaní. Hemos de mostrarnos dispuestos a reproducir en nosotros sus sentimientos interiores de detestación y aceptación de la penitencia por el pecado.

Más de uno que confiesa sus pecados con sinceridad y que incluso llora amargamente sus culpas, no logra la perseverancia en su conversión porque descuida esta parte importantísima de la penitencia. El sacramento de la penitencia nos libra de la culpa, pero nos obliga con los lazos de la gratitud a aceptar nuestro deber de expiación y penitencia.

Si nuestro dolor es realmente serio, si nuestro propósito quiere ser también sincero y eficaz, es muy conveniente que lo concretemos en una resolución muy precisa. Por ejemplo, el fumador al que resulta difícil guardar un límite de moderación, debe mantenerse firme en el cumplimiento de su decisión de privarse todo un día de fumar por cada vez que pase nuevamente de la raya. El que caiga una y otra vez en explosiones de impaciencia, «explotando» por cualquier nadería, debiera ser inflexible en su penitencia, la cual podría ser tener una «hucha de explosiones» en la que ir depositando cierta cantidad de dinero para un fin piadoso. Y convendría que todos nos empeñásemos cuando menos en el cumplimiento de un propósito que nos ayude a combatir el vicio tan común de la murmuración: cada vez que sin motivo suficiente hablemos de las faltas de otros, rezar un padrenuestro por el interesado. Sirvan estos ejemplos para que cada uno discurra su penitencia más adecuada.

EUCARISTÍA Y MORTIFICACIÓN

Si ya por el bautismo hemos sido hechos una misma cosa con la muerte de Cristo, obligados a una guerra a vida o muerte contra «el hombre viejo» que habita en nosotros, ¿con cuánta mayor razón no tendremos que dar un sí generoso a la cruz y a la abnegación al inmolarnos juntamente con Cristo en la eucaristía y al recibir el cuerpo inmolado de Cristo? Si no estamos prácticamente resueltos a abrazarnos con la humillación y la obediencia de Cristo, a cargar diariamente sobre nuestros hombros la cruz y luchar con denuedo contra todos nuestros apetitos desordenados, ¿cómo va a poder Cristo transformar nuestra vida?

En virtud de su unión con Cristo, el cristiano ha de vivir en perpetua inmolación con Él; renunciará a todo cuanto va en contra de su asimilación a Cristo, el crucificado, si quiere sentir en sí mismo la fuerza victoriosa y la alegría de la resurrección.

Cristo se nos da en la santa comunión porque quiere dominar en toda nuestra vida y prolongar por medio nuestro su amor redentor. Pero su vida no dominará en nosotros mientras nuestro hombre viejo con su orgullo y su sensualidad no «muera» en nosotros. Esta muerte es posible, aun cuando a veces resulte extremadamente dura. La fuerza de Cristo no nos faltará. Cuando, con auténtico espíritu de renuncia celebramos la santa eucaristía y recibimos el pan de vida, están ya actuando en nosotros el poder de la muerte y resurrección de Cristo.

SACRAMENTO DEL ORDEN Y MORTIFICACIÓN

El sacramento del orden verifica el último grado de nuestra asimilación interior con Cristo, el sumo sacerdote. El carácter indeleble que se imprime por medio de este sacramento, presupone el carácter del bautismo y de la confirmación. Graba también en el ordenando con mayor urgencia el deber de seguir de cerca al crucificado, el cual fue al mismo tiempo sacerdote y víctima. El sacerdote no llegará seguramente a verse clavado de hecho como Cristo en la cruz. Pero en su convicción debe sentirse realmente «víctima»; el sacerdote es esencialmente un «inmolado». No puede buscarse a sí mismo en ningún detalle de su vida. Ha sido elegido para servir a los demás. Ha de negarse radicalmente a sí mismo, a fin de ser instrumento perfecto del amor de Cristo.

Un sano concepto de autenticidad sacerdotal exige del ministro que si diariamente sube al altar a ofrecer el sacrificio del Señor, a presentar al Padre celestial en nombre de Cristo y de la Iglesia la sangre derramada por Jesucristo, tanto sus sentimientos internos como su hábito y conducta exterior sean una copia fiel del anonadamiento de su Maestro.

Antes de la ordenación, el obispo dirige esta exhortación a los candidatos: *Agnoscite quod agitis, imitamini quod tractatis: Quatenus «mortis Dominicæ mysterium celebrantes», mortificare membra*

vestra a vitiis et concupiscentiis omnibus procuretis (Dad un sí consciente a lo que hacéis; comportaos en vuestra vida conforme al santo misterio que realizáis: pues celebráis el misterio de la muerte de Cristo, mortificad en vosotros todos los vicios y concupiscencias). Y diariamente recuerda el sacerdote este deber, cuando se ciñe el manípulo: «Señor, que sea digno de llevar este manípulo de llanto y dolor para poder recibir con gozo el premio al trabajo»; que es como si dijera: «Ayúdame a dar un sí generoso a mi parte en tus sufrimientos para que pueda así participar de la gloria de tu resurrección.»

San Paulino de Nola condensa en esta breve fórmula toda la existencia sacerdotal: *Ipse Dominus hostia omnium sacerdotum est. Ipsique sunt hostiæ sacerdotes* (El Señor mismo es la hostia de todos los sacerdotes, pero también los mismos sacerdotes han de ser ellos hostias) [1].

Como sacerdotes hemos recibido la potestad de expulsar a los demonios. ¿Tendremos que preguntar otra vez al Señor «por qué no somos capaces de arrojar a los malos espíritus»? ¿Qué otra respuesta nos daría Cristo sino la que dio un día a sus discípulos: «Esta clase de demonios no se puede arrojar sino a fuerza de ayuno y oración» (Mc 9, 29). En el pasaje paralelo de san Mateo se da también como causa la falta de fe (Mt 17, 20). Nueva enseñanza preciosa: sin espíritu de fe es imposible el espíritu de abnegación, así como también sin ánimo dispuesto a asociarse al sufrimiento de Cristo imposible será que la fe despliegue sus efectivos en nuestra vida. Si nos vence en la mortificación, si logra arrancarnos el espíritu de sacrificio, ya todo será cuesta abajo para el demonio, a pesar de todas las órdenes sagradas que tengamos. Una vida sin mortificación es una mentira solemne, una flagrante contradicción con todo lo que las órdenes, como gracia y como obligación, significan.

La psicología moderna nos dice que la neurosis es una enfermedad del alma que no ha encontrado su satisfacción vital y que no cesa, desde lo más hondo de su ser, de anhelar lo que ella siente como cifra positiva en su vida. La neurosis es consecuencia de una elaboración defectuosa de ciertas impresiones, que se traduce en individuos de delicada sensibilidad psíquica en la pérdida del equilibrio

1. *Epist.* XI; PL 61, 196.

interior o también en determinadas enfermedades físicas pero de origen psíquico. ¿No habrá fundamento para descubrir la raíz de no pocas crisis y neurosis de sacerdotes en el hecho de que mientras día a día suben al altar a ofrecer la víctima y domingo tras domingo anuncian el misterio pascual de la muerte y resurrección de Cristo, no están ellos interiormente resueltos con toda seriedad a conformar su propia vida conforme al signo y ley contenidos en estos santos misterios? Que este desequilibrio entre lo que hacen en el altar y lo que viven en la práctica se traduzca luego en una neurosis, demuestra, en fin de cuentas, que no tienen una «salud de lobo» ni una impresionabilidad ética de paquidermo. Su interior está hambreando la verdadera vida, la unión, la continuidad entre la actitud que se mantiene en las ceremonias sagradas y la actitud con que se sale a hacer frente a la otra vida.

MATRIMONIO Y MORTIFICACIÓN

El sacramento del matrimonio significa una participación en las «bodas del cordero con la Iglesia», una participación de aquella alianza que se concluyó mediante el derramamiento de la sangre de Cristo inmolado por su Iglesia. De esta forma también el matrimonio está de manera muy peculiar bajo la ley del misterio pascual: la dicha más profunda, el amor verdaderamente capaz de hacer felices a los esposos, es don que sólo se concede a los que se entregan desinteresadamente. Ésta es la ley del misterio pascual: por la muerte a la vida, por la entrega a la posesión.

La belleza del amor en la esposa y en la madre no logra su pleno esplendor sino cuando la mujer se esfuerza incansable en convertirse por su obediencia, su humildad y su disponibilidad absoluta, en copia fiel de la Iglesia obedientemente sumisa a Cristo, y yendo más lejos, hasta que no se esfuerza en ser copia viva del mismo Cristo que se anonadó y llevó al colmo su obediencia. Recíprocamente, su posición como cabeza de familia, no supone al varón honor y consideración ante Dios, si no ejerce su autoridad según el ejemplo de Cristo, que amó a su Iglesia y se entregó por ella (Ef 5, 25s). El amor mutuo de los esposos no se edifica sino sobre esta base de mutua abnegación y entrega desinteresada.

A pesar de sus muchos pecados, la Iglesia puede siempre celebrar, desde la salida del sol hasta su ocaso, el misterio eucarístico que es signo de la alianza indisoluble de su amor a Cristo. La fidelidad de su esposo divino derrama sobre ella fulgor celestial aun cuando a diario la Iglesia recita humildemente su *Confiteor*: «su flaqueza de pecadora». La Iglesia cuenta siempre con la fidelidad del Señor, abandonado por los suyos y crucificado por aquellos mismos a los que había hecho tanto bien. Qué sublime y magnífico ejemplo de fidelidad para los esposos en las horas difíciles de la desilusión a la vista de las insuficiencias humanas de su consorte.

Una familia numerosa es fuente de las más puras alegrías. Pero esta vocación paternal presupone asimismo mucha abnegación. Los hijos exigen del padre, y más aún de la madre, innumerables sacrificios. Y si no ven la entrega desinteresada de sus padres en educarles y hacerles felices, difícilmente les devolverán el honor que se merecen.

Quien ha escogido el camino del «celibato por amor del reino de los cielos», no debe dejarse ganar en espíritu de sacrificio por los casados, ya que participa más de cerca que éstos de la alianza amorosa entre Cristo y la Iglesia. Si en esto se dejase aventajar, lucido quedaría su testimonio.

LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS Y LA MORTIFICACIÓN

El sacramento de la santa unción da al enfermo y al anciano la gracia necesaria para cumplir su último deber cristiano, dando un sí resuelto al sufrimiento y a la muerte para participar del mérito expiatorio de la pasión y muerte de su Señor. Esta última decisión por Cristo sólo puede venir, normalmente, precedida de una continua lucha para imponer en la propia vida la ley de la abnegación hasta morir realmente a la propia voluntad. De otra forma sería presuntuoso esperar este último gesto de confianza plena en las manos de Dios, coronación de una enfermedad llevada ejemplarmente.

Mediante la abnegación en las múltiples ocasiones pequeñas de cada día, el cristiano va haciendo realidad lo que Dios trazó fundamentalmente en él por medio del santo bautismo. Éste es también el camino para preparar la digna recepción del sacramento de la unción

de los enfermos, por el cual logra su plenitud nuestra disposición interior de aceptar el dolor y la muerte como ofrenda y oblación a Dios en unión del sacrificio expiatorio de Cristo.

Solamente el que día tras día ha sacado de la celebración del sacrificio de Cristo, que es el sacrificio de la cruz renovado en la santa misa, la consecuencia de que también la mortificación, la continua abnegación, ha de ser ley fundamental de su vida, podrá esperar que su muerte alcance todo el valor del misterio cristiano. Pretender que el último acto de nuestra vida desembocase en ese santo y consolador misterio de la muerte en unión con Cristo, el crucificado y resucitado, después de una vida por derrotero distinto del de Cristo, sería una ilusión engañosa.

Conscientes de la imperfección de nuestra abnegación, hemos de rezar continuamente para pedir a Dios que antes de la muerte, antes de la recepción de los sacramentos de los agonizantes, nos conceda como gracia particularísima el poder salvar todas las omisiones en materia de mortificación. El sacramento de la unción de los enfermos purificará todos nuestros sentidos, nuestro corazón y nuestra voluntad. Nos preparará a desligarnos de todas las ataduras terrenas y a realizar nuestra entrega definitiva en las manos de Dios. Este sacramento renovará en nosotros la ley básica de nuestro bautismo: «Nos hemos asimilado a Cristo mediante una muerte semejante a la suya, y luego nos uniremos con Él por su resurrección» (Rom 6, 5).

Pero el sacramento de la unción de los enfermos normalmente no suplirá la penitencia que nosotros dejamos de hacer; su fin es poner la última perfección, la perfección que sólo de lo alto cabe esperar, a una vida animada de espíritu de penitencia. La gracia de este sacramento será la coronación de todos nuestros frutos de penitencia. Nos lo enseña el concilio de Trento: «Los padres vieron en el sacramento de la santa unción no solamente el remate del sacramento de la penitencia, sino también la coronación de toda la vida cristiana, que ha de ser una práctica constante de mortificación nacida del espíritu de penitencia» [2].

2. Dz 907.

LA MORTIFICACIÓN COMO MISTERIO DE SALVACIÓN

Los sacramentos tienden todos, cada uno a su estilo, a hacer realidad la consigna del apóstol: «Los que son de Cristo, han crucificado su carne con sus apetitos y concupiscencias» (Gál 5, 24). Así pues, en la virtud cristiana de la mortificación se busca una cima que supera con mucho el ideal puramente moral del dominio propio, de la templanza y moderación, ideal que, sin embargo, no se excluye sino que se presupone. En la virtud cristiana de la mortificación se trata nada menos que de la asimilación del cristiano con Cristo paciente y ofrecido en expiación por los pecados del mundo.

El cristiano, que espera en la resurrección de su cuerpo, no comparte en modo alguno el odio al cuerpo profesado por los gnósticos ni el desprecio de los sentimientos, como hacían los estoicos. Tampoco tiene nada que ver con los intentos budistas de evadirse a un paraíso espiritual huyendo de todo lo corpóreo y de toda la creación visible. Y con todo, la renuncia cristiana es mucho más radical que todas esas doctrinas filosófico-religiosas; pues únicamente pretende dominar las tendencias torcidas de una naturaleza «carnal» el cristiano a quien la gracia señala metas aparentemente inaccesibles. Solamente el cristiano sabe hasta qué extremos puede hundirse el hombre dejado a sí solo, el hombre «caído». Solamente el cristiano sabe que no lucha únicamente contra las torpes inclinaciones de su yo corrompido, sino que lucha contra fuerzas de naturaleza superior, contra las «potencias cósmicas de las tinieblas». Y, en fin, solamente el cristiano es consciente de su *comunidad con la pasión de Cristo* y solamente él reconoce la gracia y el deber que le vienen de los sacramentos.

Este misterio consecratorio de la vida cristiana como vida para el dolor y la muerte, se extiende a todo el hombre. Pero es preciso empezar siempre por el corazón, que es por donde arranca la conversión. Si queremos que nuestros sentidos y nuestra voluntad nos estén siempre sumisos, hemos de examinar los movimientos más íntimos de nuestro corazón a la luz del corazón del Salvador traspasado por nosotros a fin de purificarnos en su amor. A esa luz comprenderemos más claramente la verdad de que nuestro peor enemigo no es tanto el apetito carnal como el orgullo espiritual. Y a este enemigo

solamente lo venceremos si luchamos por hacer nuestros el anonadamiento y la obediencia de Cristo.

Así como alma y cuerpo forman una unidad en sus manifestaciones vitales y en su actividad, de igual manera abnegación interior y exterior constituyen un conjunto inseparable: ascesis exterior sin lucha interior contra el orgullo sería arma peligrosísima para nuestra salvación. Por otra parte, la humilde sujeción del espíritu a las exigencias de la ley de vida en Cristo será imposible si no se somete simultáneamente la carne al espíritu, esto es, si todo el hombre, mediante una renuncia sin tregua, no se somete a la «locura de la cruz».

DOCILIDAD Y ESPONTANEIDAD

El medio más eficaz para dominar las pasiones y concupiscencias del hombre viejo es someterse al ritmo que nos trace la providencia. Solamente el médico divino sabe bien lo que nos conviene: Él sabe cómo distribuir en nuestra experiencia el fracaso, los desprecios, las enfermedades, las pruebas que nos hacen sentir vivamente la pobreza de nuestra condición. En el sí a estos dones de Dios, mediante los cuales Él nos purifica pasivamente, hemos de ver nuestra gran arma para asestar golpes decisivos al «hombre viejo» que llevamos dentro.

La dócil sumisión a las disposiciones de la divina providencia nos preserva de caer en un tipo de ascesis conforme a nuestros gustos y a nuestros caprichos. Esto, sin embargo, no puede suprimir el ejercicio de una espontaneidad o libre elección que es esencial al hombre. La renuncia voluntaria constituye también un ejercicio insustituible. El sí a determinados sufrimientos o privaciones escogidos voluntariamente por nosotros mismos, con tal que sean razonables, es buena prueba de progreso en la libertad de los hijos de Dios.

La abnegación cristiana ha de mantenerse en una tensión continua entre un plan de vida claramente prefijado y una mirada siempre vigilante a las exigencias de cada momento. La inclinación perezosa de nuestro hombre viejo propende siempre a sucumbir a uno u otro de los extremos: o se aferra materialmente a un plan preestablecido o se entrega sin orden a las ocurrencias del momento. Es claro que nos conviene tener un plan de trabajo razonable, pero justamente hemos de conservar siempre una pronta disponibilidad para acudir a toda llamada auténtica, en favor de una necesidad especial del prójimo, para aprovechar las ocasiones irrepetibles de hacer el bien.

Los hombres de hoy tenemos en general la conciencia muy despierta para rechazar formas de mortificación corporal que pueden poner en peligro la salud. En este terreno nos aferramos con uñas y garras a las apreciaciones de los médicos. Cabría preguntarse si somos igualmente dóciles cuando nos señalan otros peligros que puede acarrear a nuestra salud, tanto física como psíquica, una vida desarreglada satisfaciendo todas las pasiones y hasta las más perniciosas manías. ¿No es verdad que hoy día muchos cristianos, y muchos religiosos y sacerdotes, están acortando su vida no tanto por un exceso de mortificación como por un exceso de nicotina?

Las mejores y más sanas obras de mortificación son las que nos imponemos en el servicio directo del prójimo. La caridad, esta reina de todas las virtudes, exige de nosotros una vigilancia permanente. El prójimo no nos reclama un plan de servicios trazados teóricamente de antemano. Lo que él quiere es que nos acerquemos a él para comprender y ayudar sus necesidades concretas y cambiantes con las circunstancias. Y esto requiere de nosotros una continua e incesante vigilancia, un estar siempre listos para salir de nosotros, lo cual frecuentemente es doloroso. Pero este estar siempre a punto para dejar a un lado los cálculos y los planes personales, nos hará ingeniosos y podremos ayudar mejor al prójimo de la manera más oportuna y ofreciéndole las mejores posibilidades.

CAMINO HACIA LA ALEGRÍA

Cuando el Señor nos exhorta a que, al ayunar, y en general al mortificarnos, mostremos un rostro alegre, no pretende solamente ponernos en guardia contra motivos torcidos, como sería el complacerse a sí mismo en esa obra, sino que además intenta descubrirnos una ley esencial de toda auténtica abnegación: la renuncia a nuestras torpes satisfacciones nos abre el camino a un amor más puro a toda la creación, nos ayuda a amar mejor al prójimo y a nosotros mismos, nos hace conocer la dicha del amor divino y nos permite disfrutar de la alegría de Dios. Todos los santos han sido testigos de estos efectos maravillosos de la abnegación. Pensemos solamente en san

Francisco de Asís: el santo que ha escogido la pobreza como su esposa y señora será el mismo que logre entonar aquel himno grandioso al sol en el cual unen su voz todas las criaturas, hasta la «hermana muerte».

Los sacramentos inscriben eficazmente en nuestra existencia la ley fundamental del reino, que Cristo promulgó solemnemente de palabra en las bienaventuranzas. En los sacramentos están ya las bienaventuranzas actuando eficazmente, pero siempre según la ley no menos fundamental del misterio pascual: por la muerte a la vida. «¿No era preciso que Cristo sufriera todo esto y entrara así en su gloria?» (Lc 24, 26). Cuanto más hagamos nuestra esta ley, cuanto más nos abracemos con la mortificación, tanto más plenamente saborearemos ya en la tierra la gloria futura y tanto más nos abriremos a la riqueza oculta en los sacramentos.

Oh Dios, después de tantos años en tu servicio tengo que reconocer una vez más que todavía impera en mí la resistencia a la mortificación; el hombre viejo se opone a que haga yo de la abnegación ley de mi vida. Sin embargo, animado de tu gracia doy un sí a mi fe en la locura de la cruz. ¡Señor, acreciéntame esta fe!

LOS SACRAMENTOS DE LA NUEVA LEY

LOS SACRAMENTOS Y LA LEY DE LA CARIDAD FRATERNA

En esto consiste la gloria de mi Padre: en que deis mucho fruto y así demostréis que sois mis discípulos. Como el Padre me ama, así os amo yo a vosotros. Permaneced en mi amor. Si cumplís lo que os mando, entonces es cuando permaneceréis en mi amor, igual que yo hago lo que el Padre me encarga y permanezco en su amor.

Os he dicho esto para que mi gozo permanezca en vosotros y vuestro gozo sea perfecto.

Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado.

Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois amigos míos a condición de hacer lo que yo os mando. No os llamo siervos, porque el siervo no conoce lo que hace su Señor. A vosotros os he llamado amigos, pues os he manifestado todas las cosas que escuché a mi Padre.

No me elegisteis vosotros. Soy yo quien os elegí y os destiné para que produzcáis fruto, fruto duradero; el Padre os concederá todo lo que pidiereis en mi nombre.

Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros (Jn 15, 8-17).

«Yo inscribiré mi ley en su interior» (Jer 31, 33; cf. Heb 10, 16), dijo Dios refiriéndose a la ley nueva. Y esta ley consiste fundamentalmente en el precepto que es «plenitud de la ley» (Rom 13, 10); la caridad, *amor uno e indivisible a Dios y al prójimo*. Este amor,

cifra y compendio de toda su ley, lo graba Jesucristo en nuestro corazón mediante el don de su amor personal, mediante la donación del Espíritu Santo.

Todos los sacramentos son prenda del amor de Dios: todos ellos nos hacen pensar en la fuente de donde brotaron, el costado abierto del Señor. Son también, en otro aspecto, efectos del Espíritu Santo, el cual es el mismo amor. Todos los sacramentos nos invitan a corresponder con amor al amor dadivoso de nuestro Dios. Y todos ellos tienen su centro en el sacramento del amor, en el cual Cristo mismo se nos entrega como prenda de su amor a los hombres.

Todos los sacramentos establecen una santa comunidad y solidaridad de caridad. Son efectivamente signos del reino de Dios, el cual se funda en el imperio del amor mutuo entre todos los redimidos, partiendo desde la cabeza y jefe del reino. Cada sacramento nos pone en relación con nuestro prójimo, en el cual tenemos una viva imagen del Señor y con el cual compartimos el amor de nuestro común Redentor y la gracia del mismo Espíritu Santo.

Así pues, todos los sacramentos nos dan amor y nos hablan del amor; pero cada uno tiene su voz especial como tiene también su gracia especial. Por eso, todos ellos entonan juntamente a siete voces el gran himno de la caridad fraterna.

BAUTISMO Y CARIDAD

Por el santo bautismo somos incorporados a la única y gran familia de Dios. Nos hacemos hijos de Dios, hermanos y hermanas unos de otros, al convertirnos todos en una misma cosa en Cristo. Con Él todos juntos formamos un solo cuerpo. El mismo amor de Cristo, grabado por el Espíritu Santo en nuestro corazón renovado por la gracia, nos abraza y une a todos. Amándonos mutuamente unos a otros, nos amamos con el mismo amor de Cristo; y en el prójimo amamos realmente a Cristo. «El que ama a los miembros del cuerpo de Cristo, ama a los hijos de Dios y ama por lo tanto al mismo Hijo de Dios que forma una sola unidad con todos ellos; ahora bien, el que ama al Hijo de Dios necesariamente habrá de amar también al Padre, cuyo hijo es. Así pues, afirmamos que todo el que ama al Hijo de Dios, tendrá que amar también a los hijos de Dios,

que son sus miembros. Y amándolos, se convertirá él mismo en miembro vivo del organismo del cuerpo de Cristo, Cristo ama a sus miembros; éstos aman a Cristo y se aman mutuamente entre sí. Es imposible amar a los miembros de Cristo y no amarle a Él que es la cabeza. Es imposible amar al Padre y al Hijo, y no amar al cuerpo del Hijo. Estos amores no se pueden disociar» [1].

El santo bautismo, al hacernos partícipes de la misma vida de Cristo, somete toda nuestra existencia a la ley de la solidaridad en el plano de la redención y de la salvación. En adelante, nuestra propia salvación dependerá de nuestra caridad fraterna, de la preocupación por el bien y la salvación de nuestros prójimos. Como por el bautismo hemos sido hechos miembros del cuerpo de Cristo, a nosotros se aplican perfectamente las palabras del apóstol san Pablo: «Cuando sufre un miembro, sufren todos los miembros juntamente con él. Cuando un miembro se alegra por una especial distinción, todos los demás miembros comparten su alegría» (1 Cor 12, 26). Por el bautismo hemos sido incorporados a Cristo por una muerte semejante a la suya (Rom 6, 5). El Señor llevó su cruz y derramó su sangre por todos nosotros. He aquí por qué de hecho hemos de realizar todos nosotros la ley básica de la solidaridad dentro del cuerpo de Cristo: ninguno vive solamente para sí. «Cada uno atienda a dar gusto al prójimo, a fin de que éste se sienta más animado para el bien, pues tampoco Cristo buscó sus propios gustos» (Rom 15, 2s). El bautismo nos impulsa a suscitar en nosotros aquel sentimiento que animaba al apóstol: «No deis escándalo ni a judíos, ni a griegos, ni a la Iglesia de Dios; por mi parte, me esfuerzo por dar gusto a todos, atendiendo no a mis gustos personales, sino al bien de la comunidad para que todos se salven. Seguid mi ejemplo como yo sigo el de Cristo» (1 Cor 10, 32-11, 1).

Hemos sido bautizados *en el nombre de Jesús*. Este nombre significa salvación y amor. Como bautizados, llevamos su nombre redentor. Pero no llevaremos con auténtica dignidad el nombre si nuestra conducta no responde a nuestra condición de discípulos de aquel que señaló la caridad y concordia fraterna como signo distintivo de los suyos. «En esto conocerán que sois discípulos míos, en el amor que os tengáis mutuamente» (Jn 13, 35). Mediante el amor y

1. San AGUSTÍN, *In epist. Johannis tr. 10*, n.º 3, PL 35, 2055.

la unidad seremos «en Cristo Jesús» portadores de la salvación para los demás hombres.

También hemos sido bautizados en nombre del Dios trino. «Bautizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19). Por el bautismo llevamos ya en nosotros la vida de la Trinidad santa; nuestra vida está ya orientada hacia el más alto destino: a celebrar por toda la eternidad el amor con que Padre e Hijo se aman en el Espíritu Santo. Después de haber sido en vida testigos fervientes de este amor del cual participamos por el bautismo y que se traduce en nuestra caridad y unión fraterna, gozaremos eternamente de la dicha inefable de ese sumo y concorde amor. ¿Cómo podríamos concelebrar un día el amor de Dios con los coros jubilosos de los ángeles y santos, si no estuviésemos interiormente animados de ese amor, si no nos amáramos de verdad unos a otros?

La caridad de los bautizados entre sí está llamada a ser, en este tiempo intermedio, el tiempo de prueba y espera que corre desde pentecostés hasta el día de su vuelta, revelación del amor que arde en el seno de la Trinidad ocultamente y también signo de salvación, fanal de esperanza para todos los hombres. Así como la muerte y resurrección de Cristo son para los creyentes la demostración del íntimo amor trinitario, igualmente la unión y caridad de los cristianos, unidos por el bautismo en el nombre de Cristo, ha de ser para todos testimonio del amor y de la redención de Dios.

De esta forma, nuestra vocación bautismal es por su misma naturaleza vocación para la caridad y el amor fraterno.

CONFIRMACIÓN Y CARIDAD

Por la santa confirmación se nos otorga de manera particular el don del Espíritu, que es el don del amor divino en persona. El aspecto particular de esta donación consiste en ser una donación en orden al apostolado. Ahora bien, la *preocupación consciente por la salvación del prójimo es propiamente el meollo y la sustancia de la caridad.*

Para llegar a amar al prójimo con un amor que le acerque a Dios, hemos de pedir al Espíritu Santo que purifique nuestro corazón y nuestra voluntad con el don del santo *temor* y en general con todos

sus dones. El don de *sabiduría,* por el que saboreamos la alegría de la amistad con Dios, nos ayudará a comprender que todo el bien que intentemos hacer al prójimo resulta vano trabajo, fruto huero, si no le impulsa a crecer en el amor de Dios o a encontrarlo de nuevo.

Una mujer que vivía en concubinato pretendía tener libre acceso a los sacramentos de la penitencia y eucaristía, sin estar dispuesta a separarse del hombre con quien cohabitaba. Y daba esta razón: «No puedo ocasionarle esa pena, porque le quiero demasiado.»

Cuántas veces se justifica una actitud pecaminosa con protestas de parecido amor. Hablando con propiedad le llamaríamos más bien inclinación natural, afecto, pasión. Y no negamos que en el fondo de todos estos sentimientos torcidos haya algo de amor, pero es un amor mezclado con grave escoria.

San Agustín no duda en afirmar que todo cuanto sucede en la historia del mundo proviene del amor. Pero son dos los amores que operan en la historia: el falso y el verdadero. Lo importante es purificar el amor que impulsa a los hombres, separando el verdadero del falso. Es el Espíritu Santo quien nos da el sentido y la facultad para distinguir estos dos amores, para amar rectamente. El *temor de Dios* hace que nuestro amor aparezca limpio y transparente a la mirada del Señor. Los dones de *sabiduría y entendimiento* nos ayudan a captar el sabor del amor auténtico; nos permiten juzgarlo todo según el criterio seguro de la fuente de donde brota todo amor. El don de *fortaleza* da decisión a nuestro amor para aceptar el sacrificio y también para sajar y quemar cuando así lo exige la curación de nuestra alma. La caridad fraterna puede incluso exigir que ayudemos a nuestro hermano con una seria amonestación.

El amor al prójimo debe ser probado a puro fuego. Este amor ha brotado del don del Espíritu, que es don del resucitado, de Cristo triunfante, el cual por amor quiso pasar a través de la cruz y de la muerte. Por eso el amor ha de ser «fuerte como la muerte». Sus llamas y su amor no pueden ser extinguidos ni por las mayores trombas de agua.

«Si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tuviera caridad, de nada me serviría.» Lo importante no es hacer cosas grandes y difíciles. Lo que da valor a nuestra caridad es que nazca de la inspiración del mismo Espíritu que alentaba a Cristo cuando moría por nosotros en la cruz.

«El amor es paciente. El amor es bondadoso; no busca sus propios intereses; lo soporta todo, lo cree todo, lo espera todo, pasa pacientemente por todo» (1 Cor 13, 3ss). No hay límites ni fronteras para el amor cristiano, porque en el fondo es siempre el mismo amor de Cristo que el Espíritu Santo aviva en nosotros.

EUCARISTÍA Y CARIDAD

Todo cuanto los sacramentos del bautismo y de la confirmación pueden decirnos sobre la caridad fraterna, lo tenemos compendiado en el misterio del altar. Reunidos en torno al mismo y único altar, para comer del *único* pan que engendra en nuestro corazón un amor dispuesto a todos los sacrificios, ¿qué hacemos sino celebrar el misterio de nuestra solidaridad de destino y redención? La celebración comunitaria del misterio eucarístico pone de relieve esta solidaridad que contrajimos en el bautismo y la confirmación y que por virtud de la eucaristía nos sentimos más obligados a realizar prácticamente en nuestra vida.

El Espíritu de pentecostés nos descubre la gran verdad de que el amor ha de ser ante todo traducido en celo por la salvación de nuestros prójimos. Y es también el mismo Espíritu quien nos abre los ojos y el corazón para comprender el misterio del amor de Cristo hasta la muerte tal como nosotros lo celebramos en la santa eucaristía. En este sacramento como en ningún otro se revela plenamente ante nuestros ojos la prueba de que el amor «no busca su propio interés sino que lo soporta y aguanta todo».

Con cuánta razón los santos padres, en sus homilías y catequesis sobre la caridad, fundamentaban la obligación de amarnos mutuamente sobre el misterio eucarístico. Porque, efectivamente, aquí radica la fuente, la medida y el motivo más alto de la caridad hacia los hermanos. Cada vez que celebramos su muerte, nos repite el Señor solemnemente su gran mandamiento: «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros tal *como yo os he amado*» (Jn 15, 12). En el sacrificio de la cruz nos dio Jesucristo la suprema medida de su amor. Y en la oración sacerdotal que pronunció antes de dirigirse a morir por nosotros, nos habló igualmente de la caridad: «Padre, yo les di a conocer tu nombre y aún haré que lo conozcan más,

para que el amor con que tú me amaste esté en ellos y yo mismo esté en ellos» (Jn 17, 26).

Al darse a nosotros en la santa comunión, nos da el Señor una participación del amor infinito que reina por toda la eternidad entre Él y el Padre. Nuestra caridad hacia el prójimo ha de alimentarse de este mismo torrente de amor, ha de renovarse en este caudal de aguas vivas y ser testimonio viviente de él ante el mundo.

La eucaristía expresa y realiza ante todo la armonía y unión entre todos los fieles. Para que nuestras canciones litúrgicas en la eucaristía resuenen armoniosamente es preciso que nuestras voces y nuestros corazones canten acordes. Las celebraciones eucarísticas tienden a reflejar exteriormente la imagen de la comunidad. Los sacramentos operan lo que significan y significan lo que hacen. Nos sentamos todos en torno a una sola y única mesa para significar y realizar mejor la comunidad. «Los fieles se mostraban asiduos a la comunión fraterna del pan y a la oración» (Act 2, 42). «Toda la muchedumbre de los fieles no tenían más que un solo corazón y una sola alma» (Act 4, 32). A partir de la *Didakhé* encontramos ya una y otra vez el mismo símbolo: así como el pan se ha formado de muchos granos, y el vino proviene de muchas uvas, de igual manera en la eucaristía nos hacemos todos una sola cosa.

Es preciso que el ritmo exterior de la celebración contribuya a poner de manifiesto estos efectos del sacramento. Con todo, más importante aún es que en la vida demos testimonio efectivo de esta unidad que se crea en torno al altar. Frente a las fuerzas del mal que se extienden cada vez más gracias a los movimientos de masas y a tendencias colectivistas, no habrá apostolado duradero si no planeamos una acción de conjunto en la que se integren los esfuerzos de todos. La actividad apostólica dispersa no puede tener las bendiciones de Cristo.

Ponemos sobre el altar nuestros dones, ofrecemos nuestra vida y nos ofrecemos a nosotros mismos en unión con el sacrificio de Cristo; pero si al hacer esta oblación no estamos interiormente animados de una caridad dispuesta a sacrificarse por el prójimo y a pasar por encima de todo con tal de salvar el vínculo de la caridad, Dios no aceptará complacido nuestros dones. Ante Él nuestra participación en el misterio eucarístico sólo será grata cuando estemos dispuestos a salvar por encima de todo, nos cueste lo que cueste, el tesoro pre-

cioso de la concordia y de la caridad. Nuestras ofrendas han de ir siempre sazonadas con la mirra costosa de la abnegación: «Si al llevar tu ofrenda al altar, recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, ve primero a reconciliarte con tu hermano, y luego vuelve a ofrecer tu don» (Mt 5, 23s).

PENITENCIA Y CARIDAD

En el sacramento de la penitencia experimentamos nosotros el amor misericordioso de nuestro divino Redentor. Habiéndole herido con nuestros pecados, se vuelve hacia el eterno Padre y pide nuestro perdón: «Padre, perdónales, pues no saben lo que hacen.» Cuando confesamos sinceramente nuestras culpas, nos levantamos con la más completa seguridad de que el Señor ya no las tendrá más en cuenta.

El sacramento de la penitencia nos pone bajo la ley del amor misericordioso. Conscientes de nuestros pecados, rezamos en el padrenuestro: «Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.» Vivimos de la misericordia de Dios, y por ello estamos doblemente obligados a comprender y a perdonar compasivamente a los que nos hacen mal. «El amor no guarda las ofensas.»

En una ocasión preguntó Pedro al Señor: «Cuando mi hermano falte contra mí, ¿cuántas veces tendré que perdonarle? ¿Hasta siete veces?» Jesús replicó: «No solamente hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (Mt 18, 21s). Y el Señor le explicó con una parábola hasta qué punto estamos obligados a perdonar en virtud del perdón que Dios nos concede en el sacramento: Un siervo debía a su señor mucho dinero. Viendo el amo que aquel pobre hombre no le podría pagar, le perdonó aquella deuda. Pero poco después el siervo tropieza con un compañero que le debía una pequeña cantidad, y sin la menor consideración, le mete en la cárcel hasta que se la pague. Enterado el señor de esta crueldad, increpa al siervo malvado y «ardiendo en cólera, le entrega a los carceleros para que lo sometan a tortura hasta que haya pagado toda la deuda» (Mt 18, 34).

En el sacramento de la penitencia nos encontramos con el buen pastor. A Él hemos de manifestar sobre todo las faltas contra la caridad fraterna, pues son las que más le hieren. No olvidemos tampoco en el confesionario que la caridad es «la plenitud de la ley». Y examinemos con toda detención nuestros deberes a este respecto.

El sacerdote, destinado a pronunciar en el sacramento la palabra del perdón y de la paz, está particularmente obligado a mostrar dentro y fuera del confesionario una comprensión y una compasión que sean fiel reflejo del amor compasivo del mismo Redentor.

Todo pecado ocasiona una herida en el cuerpo de Cristo y una baja en las fuerzas del bien. Una conversión auténtica ha de incluir el propósito de reparar el mal ocasionado en nuestro ambiente. Nuestra acción de gracias por el perdón deberá traducirse en un empeño eficaz por la salvación del prójimo. Los mejores «frutos de conversión» son las obras de caridad y, entre ellas, sobre todo las obras de apostolado.

SACRAMENTO DEL ORDEN Y CARIDAD

¡Qué gran misterio que el Hijo nos ame con el mismo amor que le tiene el Padre! El misterio del sacerdote, que ocupa el lugar de Cristo, consiste en comunicar a los demás hombres el amor que él recibe de Cristo. El sacerdote está llamado a ejercer este alto y humilde servicio de dispensador. En todo su ser, en todas sus palabras y acciones, debe el sacerdote ser viva imagen del amor de Cristo. «Como el Padre me envió, os envío yo a vosotros», dijo Jesús a sus discípulos. El Padre nos envió al Hijo por puro amor. El Hijo es para nosotros la encarnación del amor del Padre. Todo discípulo auténtico de Cristo, y muy especialmente el sacerdote, puede prolongar sobre la tierra el testimonio del amor del Padre. En nosotros alienta el mismo Espíritu Santo que animaba toda la persona y la actividad del Verbo encarnado. Estamos, pues, llamados a esta sublime misión: dar testimonio de la caridad divina, y no solamente con alguna que otra acción caritativa aislada, con alguna que otra buena palabra: el sacerdote y todos aquellos que están sobre el «candelero» — y aquí entran todos los bautizados, pues todos constituyen la «raza sacerdotal» — han de procurar ser por sí mismos imágenes vivientes, personalidades ejemplares, que dan al mundo el testimonio más acabado de la caridad del Padre.

El sacramento del orden establece una ordenación santa, una *jerarquía de divinos ministerios*: el sacerdote ha de estar sometido en *obediencia y caridad* a su obispo y muy especialmente al obispo de Roma que detenta la plenitud de poderes pastorales. Los fieles deben al sacerdote, que es para ellos ordinariamente el representante más próximo de la jerarquía, amor, reverencia y gratitud. Él, por su parte, animado de una caridad en la que se cifren todas las demás virtudes, ha de hacerse «todo para todos», como podía afirmar de sí el apóstol de las gentes.

En el curso de la ceremonia de ordenación, dice el obispo al neopresbítero: «Recibe la vestidura eclesiástica que representa la caridad. Que poderoso es el Señor para aumentártela y consumártela.» La caridad es efectivamente el vestido radiante con el que se presenta el sacerdote ante Dios para interceder por los fieles y ante éstos para satisfacer todas sus necesidades.

Una caridad profundamente creyente hacia todos los hijos de la familia de Dios y muy señaladamente hacia los hijos extraviados, es deber sagrado que impone al sacerdote como obligación peculiar el sacramento del orden. Pero este santo deber no ha de asustar ni hacer retroceder al sacerdote, pues por encima de ese deber está incluida una gracia especial para cumplirlo.

SACRAMENTO DEL MATRIMONIO Y CARIDAD

Por el sacramento del matrimonio se ofrece al hombre y a la mujer la posibilidad de participar en el misterio del amor de Cristo y de la Iglesia de una forma tan honda y perfecta, que ambos, hechos una misma cosa, se convierten en testigos vivientes del amor de Dios.

El amor del marido hacia la esposa ha de ser tan ferviente y sincero que a través de ese amor pueda la mujer descubrir la hondura del amor de Cristo, el cual supera toda humana comprensión. Por su parte, el amor de la esposa ha de ser tal que ayude al hombre a hacer del amor conyugal una reproducción cada día más fiel del amor entre Cristo y su Iglesia. El amor conyugal, amor santificado por un sacramento, tiene que ser de verdad una reproducción del amor abnegado y generoso que Cristo demostró a su Iglesia al morir

por ella en la cruz, y del amor agradecido de ésta a su divino Esposo [2].

El que por amor del reino de los cielos ha abrazado la virginidad, sobre todo el sacerdote y el religioso, ha de convertirse en testigo de este mismo amor de Cristo ante el mundo, pero en una medida mucho más expresa y radical. Él participa más inmediata y directamente que los esposos del misterio nupcial entre el cordero y la esposa.

En el amor del consorte debe descubrir cada uno de los cónyuges un reflejo del amor de Dios. Lo mismo decimos de los hijos respecto del amor de sus padres. Y en altura mucho mayor se aplicará esto al sacerdote, que debe ser para los fieles una imagen viva de la bondad y del amor de Dios. No hace mucho escuché a un obrero esta apreciación sobre su párroco, ya muerto: «Cuando quiero imaginar a nuestro Dios volviendo nuevamente al mundo para vivir entre nosotros, me figuro que sería exactamente como es nuestro párroco.» Dicho párroco, nacido en el seno de una familia numerosa, no dejó al morir ni lo necesario para los gastos de su entierro. Lo había dado todo. He aquí un deber de todo cristiano: en virtud de su pertenencia al pueblo de Dios debe ayudar a sus prójimos a comprender mejor el amor de Dios.

El sacramento del matrimonio está diciendo no solamente a los casados, sino también a todos en general, que el misterio más profundo de Cristo y la Iglesia es misterio de amor, y que nosotros no participaremos de la riqueza de este misterio sino en la medida en que hagamos de nuestras relaciones mutuas algo viviente en amor solícito y desinteresado.

SACRAMENTO DE LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS Y CARIDAD

El sacramento de la unción de los enfermos viene a recordarnos una vez más, en ocasión de grave enfermedad que solicita nuestro sí definitivo a la pasión y a la muerte, que hemos sido incorporados a Cristo mediante una muerte semejante a la suya. Junto con la gracia del perdón y la paciencia para soportar los sufrimientos de la última

2. Cf. Ef 5.

enfermedad, este sacramento confiere a todos los que lo reciben fielmente, como don especial, los mismos sentimientos de Cristo al morir, para que también nosotros podamos hacer de nuestros dolores y de nuestra muerte una oblación perfecta en beneficio de nuestros hermanos.

Aun en la enfermedad, en nuestra senectud y en el mismo lecho de muerte nos es posible un excelente, aunque callado, apostolado: nuestro espíritu de fe, el ejemplo de nuestra paciencia, de nuestra piedad y de nuestro agradecimiento por todos los servicios que nos prestan nuestros allegados u otros, son obras excelentes de caridad hacia nuestros prójimos.

Y en los días en que disfrutando de buena salud podemos prever lejano el final de nuestro peregrinar en la tierra, hemos de acostumbrarnos a ofrecer generosamente nuestra muerte en unión con el amor redentor de Cristo hacia todos los hombres. El sacramento de la unción de los enfermos ha de encontrarnos ya dispuestos para la última unión con la obediencia amorosa de Cristo al Padre, que fue al mismo tiempo la muestra suprema de su amor a los hombres. Por eso necesitamos tanto la práctica cotidiana de la caridad fraterna que constituye un ejercicio excelente y necesario de bien morir, ordenándolo todo: vida, alegrías, sufrimientos, mortificaciones, días de cruz, a la salvación del prójimo.

LA IGLESIA, SACRAMENTO DE CARIDAD

En todos y cada uno de los siete sacramentos está siempre palpitante el sacramento original, que es el sacramento o el misterio del amor de Cristo a su Iglesia. En un sentido más universal podemos afirmar que la Iglesia es en sí misma sacramento de la caridad. Ella es a quien obliga sobre todo el deber de hacer visible y palpable a los hombres el amor de Cristo, cuya misión de revelar al Padre está llamada a continuar la Iglesia por todos los siglos. En la Iglesia propiamente es donde reviste formas humanas la caridad que viene de Dios y conduce a Dios.

La misma misión pastoral de la Iglesia no es sino una función de caridad hacia las almas inmortales. Y cuantos participan de cualquier modo del oficio pastoral de la Iglesia, han de tener sumo interés de que en todas sus empresas predomine siempre con gran ventaja la caridad sobrenatural hacia los hombres sus hermanos, caridad que luego ha de expresarse palmariamente en todas sus obras y palabras. El que se atreva a espetar las leyes eclesiásticas a los oídos del pecador sin ninguna consideración y caridad, no pretenda actuar en nombre de la Iglesia. De hecho, ese tal actúa contra el sentido más profundo de la Iglesia. Sus leyes, en efecto, no son sino expresión de su amor pastoral; todas desembocan en el precepto fundamental de la caridad. Es absolutamente necesario que este origen y finalidad de las leyes de la Iglesia presida siempre su aplicación, igual que se exige que la gracia sacramental se traduzca visiblemente en el signo de cada sacramento.

La Iglesia es *comunidad de fe y de amor*. El ejercicio del magisterio eclesiástico, como también la confesión de fe, no adquieren su pleno valor sino cuando a través de esos actos se hace patente y comprensible la caridad que interiormente debe animarlos. El Señor rezó por sus apóstoles y por todos los que un día abracen la fe por su ministerio: «Que sean consumados en la unidad, para que el mundo conozca de este modo que tú me enviaste y que los amaste como me amaste a mí» (Jn 17, 23).

La Iglesia en su conjunto y en cada uno de sus aspectos es sacramento de caridad, y por eso toda comunidad eclesiástica y cada miembro de las mismas ha de empeñarse con todas sus fuerzas en dar un testimonio fehaciente de esta realidad.

La validez de la administración de los sacramentos está en la Iglesia católica asegurada por la especial intervención de Dios. Pero una triste experiencia nos enseña que frecuentemente se «administran» los sacramentos de una manera tan exterior y formalística y los fieles «cumplen» con dichos ritos de una forma tan material, que a los no iniciados les resulta poco menos que imposible reconocer los misterios de fe y caridad que realmente implican y representan. Algo parecido ocurre con este sacramento universal de caridad que es la Iglesia. Hay épocas en las que aun en el seno de la Iglesia «se enfría la caridad de muchos» (cf. Mt 24, 12), mientras simultáneamente aumenta el número de falsos profetas que, precisamente por falta de auténtico fervor en las filas eclesiásticas, ejercen entonces con mayor éxito su papel seductor.

Así como el rito esencial de cada sacramento nos obliga de

modo especial a traducir en signos exteriores la comunidad interior de caridad, de igual manera el misterio más íntimo de la Iglesia que, como decimos, es este misterio de amor y caridad, ha de ser un motivo mucho más fuerte para impulsarnos a dar ante el mundo en todo momento y con la mayor decisión y fuerza posibles el testimonio evidente de nuestra caridad a los hermanos. Todos nosotros somos — en cuanto somos todos Iglesia — «sacramento» eficaz, signo evidente y fidedigno del amor de Cristo que se revela en nuestra unión de sentimientos y en nuestras palabras y obras de amor

PREGÓN DEL MANDAMIENTO DEL AMOR EN TODAS SUS FORMAS

En nuestra misma naturaleza ha puesto Dios la inclinación hacia el tú y hacia la comunidad. Existe en nosotros un impulso natural altruista. El hombre recto se abre hasta con cierta naturalidad a las necesidades y valores del tú. Intuye los beneficios de la comunidad y se siente obligado frente a ella. Por otra parte, el hombre no se hace plenamente «yo», personalidad portadora de valores, sino cuando se abre al servicio del tú y de la comunidad. Solamente cuando el hombre logra comprender el valor de su prójimo y salir a su encuentro con su aprecio y su amistad, puede decirse que ha llegado enteramente a sí mismo. Un hombre que no mira al prójimo sino en el aspecto utilitario de cómo podrá servirse de él para sus fines, es un hombre que no ha alcanzado la madurez personal.

La caridad cristiana no desprecia esta base natural altruista, pero encuentra su auténtico fundamento, su motivo más propio, en el amor de Dios a nosotros. Él, en efecto, «nos amó primero» y mediante este amor nos hizo entrar en una comunidad de amor sobrenatural. Por virtud del amor de Cristo se establece entre todos los redimidos una comunidad tan estrecha que san Pablo pudo afirmar que todos juntos forman un solo cuerpo.

Esta verdad del cuerpo místico es mucho más que un motivo o una consideración de orden puramente exterior. Más aún que la misma inclinación natural hacia la sociedad, este lazo de comunidad sobrenatural es una *realidad impresa en nuestra misma existencia.* El mandamiento que Cristo nos dio de palabra, el que nos enseñó a cumplir mediante su ejemplo, es mandamiento grabado en nuestro interior mediante el fuego de su amor, es vida nuestra recibida del Espíritu vivificante que se nos comunica a través de los sacramentos. En verdad, pues, el amor de Cristo es una maravillosa capacidad de amor que Él ha puesto en nosotros y que nos impulsa a amarnos con su mismo amor (cf. 2 Cor 5, 14). No hay nada que pueda apartarnos del amor de Cristo (Rom 8, 35). Si dejamos que este amor domine nuestra vida, ningún poder terreno, ni tentación, ni el mismo «homicida desde el principio», es decir, ni el mismo diablo, podrá hacer vacilar el amor de los cristianos entre sí y el amor a todos los hombres que Dios quiera llamar a la santa comunidad del pueblo de su amor. Dios nos ha impuesto el precepto de amar, y no solamente nos dio ejemplo sino que infundió en nosotros esa *nueva* capacidad de amar.

Dios nos anuncia el gran precepto de la caridad de múltiples modos: con el sonido dulce del arpa, con las campanas jubilosas de la pascua, con clarines de victoria, pero también con las estremecedoras trompetas del juicio. Nadie quedará sin escuchar este gran mandamiento del «amarás a tu prójimo». Nadie puede hacerse el desentendido. El niño divino que llora en la gruta fría y destartalada, nos enseña la humildad y la renuncia de sí mismo en servicio del prójimo. Luego, con palabras llenas de autoridad y de amor, el divino Maestro irá pregonando este precepto por toda Palestina: sobre el monte de las bienaventuranzas, en el cenáculo, en lo alto del Calvario. Allí, sobre el monte en que murió por nosotros, se alza el púlpito supremo de este gran predicador de la caridad. El viernes santo y el día de pascua nos anuncian la sublime victoria de este amor y la urgencia tremenda de este maravilloso precepto. Y el Espíritu enviado por el Señor glorificado vendrá a inscribir el nuevo mandamiento en nuestro corazón. El júbilo que envuelve a los ángeles y santos del cielo nos están diciendo que no hay otro camino sino el de la caridad. Nos lo dice también la palabra del Señor en el saludo que dirige a los llamados a gozar eternamente de su reino: «Venid, benditos de mi Padre, a posesionaros del reino que está preparado para vosotros desde la creación del mundo» (Mt 25, 34). Y este reino no será sino el reino del amor jubiloso en la comunidad de todos los que han aprendido a amar según el precepto de Cristo; éstos son los únicos que podrán entrar en ese reino para amar eternamente al Señor a quien amaron ya en sus hermanos de la tierra.

Si hubiera algún oído tan sordo o algún corazón tan cerrado que no se dejaran impresionar por todos estos acordes celestiales, arránquele del sueño de su corazón endurecido la voz terrible del juez. En el último día el gran amante tendrá que increpar así a los corazones perversos: «Lejos de mí, malditos, al fuego eterno.» Su incapacidad de amor es principio de su condenación. *El amor atrae todas las bendiciones divinas; el corazón sin amor se atrae la maldición.* El premio y la condenación están en la misma entraña del amor, pues el amor es un don tan alto, don del mismo Dios, que nadie puede ser admitido al festín del amor eterno si no le ha dado ya cabida en su corazón. El juicio final se hará sobre el código de la caridad, porque en la caridad está la plenitud de la ley. Y el amor que Dios ha derramado en nuestros corazones lleva ya en germen toda la bienaventuranza. «Dios es caridad.»

Los sacramentos graban mediante su gracia la ley de la caridad en nuestro corazón. De ellos brota para nosotros la más santa y más urgente exigencia de amor fraterno. Cuanto más dispuestos estamos a seguir sus impulsos, tanto más nos abrimos a las riquezas de gracia que contienen. La espiritualidad sacramental tiende a hacernos mensajeros y testigos del amor de Cristo ante todos los hombres.

Señor, tú derramaste el Espíritu de la caridad en nuestros corazones. Tú nos guías mediante los sacramentos pascuales hacia la tierra bendita de tu amor. Te pedimos, Señor, que nos des a todos un solo corazón a fin de que el mundo conozca que tu amor domina en nosotros. Tú, que con el Padre, en unión del Espíritu Santo, vives y reinas, oh Dios, por los siglos de los siglos.